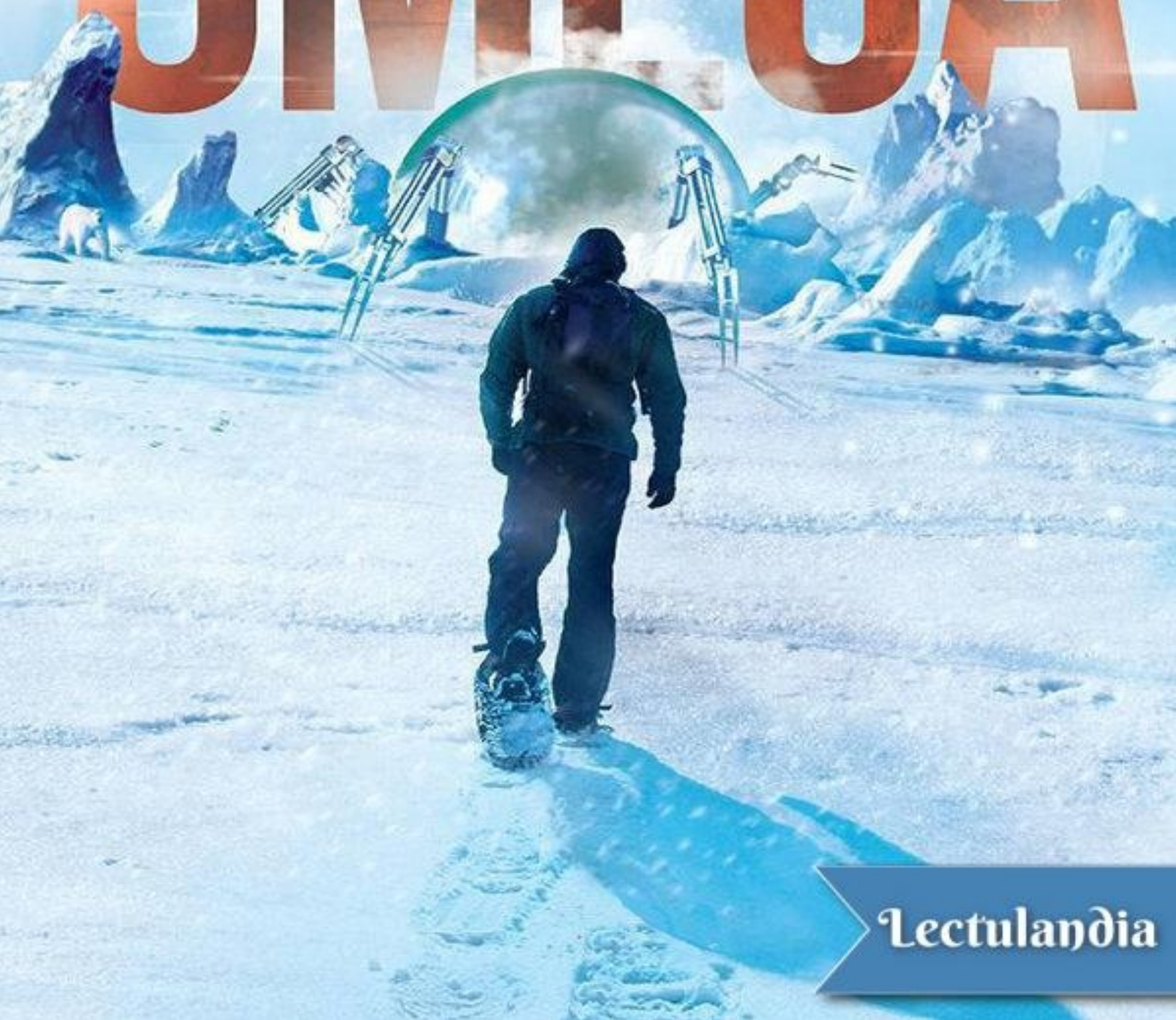


POR EL AUTOR DE EL TESTAMENTO MAYA

STEVE ALTEN

PROYECTO OMEGA



Lectulandia

2020-2025. En los cinco años que duró la Gran Mortandad murieron millones de personas.

Durante ese período, cuando el mundo se convirtió en un lugar salvaje, escenario de una lucha a muerte por cualquier alimento, el joven Robert se encontró a sus padres asesinados en su propia casa. Desde entonces, ha sobrevivido solo, aislado.

El tiempo pasa y el gobierno aspira a restablecer la ley. Pretende crear un nuevo orden, un mundo basado en un consumo racional de energía limpia. Las autoridades reclaman a Robert, porque en su día participó en un proyecto para obtener una nueva fuente de energía de la Luna. Ahora le necesitan para que se una a una misión en la Antártida, el único lugar con condiciones similares a las de una de las lunas de Júpiter, Europa.

Una palpitante aventura cargada de adrenalina.

Lectulandia

Steve Alten

Proyecto Omega

ePub r1.0

Titivillus 02.02.15

Título original: *The Omega Project*

Steve Alten, 2013

Traducción: Luis Murillo Fort

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Esta novela está dedicada al doctor Arul Chidambaram
y a los médicos, enfermeras y entregado personal del
Wellington Regional Hospital. Gracias por salvarme la vida...*

La supervivencia de la raza humana depende de su capacidad para encontrar nuevas moradas en otras partes del universo, pues existe un riesgo creciente de que una catástrofe natural destruya la Tierra.

STEPHEN HAWKING,
autor de *Breve historia del tiempo*

Prólogo

*Laboratorio de Propulsión a Chorro
Instituto de Tecnología de California
12 de marzo de 1998*

El hombre que lucía la bata blanca de rigor no era científico; había sido elegido para dirigirse a la prensa más porque estaba disponible que por su experiencia como relaciones públicas. Al salir del bloque de administración y enfrentarse al viento helado, se maldijo por no haber llamado diciendo que estaba enfermo.

Los murmullos de los periodistas desaparecieron cuando se acercó a la improvisada tarima repleta de micrófonos. El hombre se sacó del bolsillo la declaración que llevaba preparada y estudió a la muchedumbre con la mirada entre el revuelo de los obturadores de las cámaras fotográficas.

«Míralos..., como un rebaño de ovejas, aterrorizadas por una voz solitaria que grita que viene el lobo. No dejes que te vean secarte ni una sola gota de sudor, entienden el lenguaje corporal. Léelas la maldita declaración, responde unas cuantas preguntas y para adentro, que se está más calentito».

—Buenos días. Ayer, el astrónomo Brian Marsden, formado en Harvard y miembro de la Unión Astronómica Internacional, hizo pública una circular de la UAI sobre una posible aproximación a la Tierra del asteroide 1997 XF11. Según los cálculos efectuados por Marsden, dicho asteroide, cuyo diámetro es aproximadamente de un kilómetro y medio, pasará a menos de cincuenta mil kilómetros el jueves 26 de octubre de 2028, alrededor de la una y media de la tarde, hora de verano de la Costa Este. El señor Marsden aseguraba que, aunque las probabilidades de que el asteroide llegue a chocar con la Tierra son escasas, no es algo que pueda descartarse por completo. Un asteroide de un kilómetro y medio de diámetro, como muchos de ustedes saben, podría causar importantes daños.

»A raíz del anuncio del señor Marsden, dos científicos de nuestro laboratorio, los doctores Donald Yeomans y Paul Chodas, han reexaminado los datos sobre el 1997 XF11 basándose en los cálculos de órbita obtenidos en marzo de 1990 en el Observatorio Palomar de Caltech, siete años antes de que Jim Scotti, del grupo Spacewatch, anunciara su descubrimiento. En virtud de esos datos más concluyentes, nos complace afirmar que el asteroide 1997 XF11 pasará a una tranquilizadora distancia de 960 000 kilómetros, aproximadamente el doble de lo que nos separa de la Luna, lo cual reduce casi a cero las probabilidades de una colisión con nuestro planeta.

Un bosque de brazos trató de atraer su atención en medio de un discordante coro de preguntas. Se guardó la declaración en el bolsillo y buscó una cara amable entre la multitud.

—Lo siento, no conozco sus nombres. Sí, el caballero de la corbata a rayas rojas —dijo señalando con el dedo.

—Zach Bachman, del periódico *L. A. Times*. ¿Cómo es que los científicos del LPC han podido encontrar estos nuevos datos menos de veinticuatro horas después de hacerse pública la circular de la UAI?

—Si está insinuando algún tipo de conspiración, señor Bachman, quizá debería hablar con los productores de esas dos nuevas películas sobre asteroides que impactan contra la Tierra. —Sonrió ante la eficacia de la respuesta ensayada de antemano y aprovechó las carcajadas para pasarse una mano por la frente húmeda con disimulo—. En realidad, el asteroide ya fue fotografiado por científicos del LPC en Palomar en 1990, pero nadie le puso nombre. Si se hubiera hecho en su momento, supongo que no habría cundido el pánico y yo ahora podría estar desayunando tranquilamente en la cafetería. ¿Sí? Usted, el de la camisa a cuadros.

—Tom Cubit, del *USA Today*. Según Jack G. Hills, del Laboratorio Nacional de Los Álamos, se trata del asteroide más peligroso de cuantos se hayan avistado y su impacto equivaldría a dos millones de bombas como la de Hiroshima. ¿Se podría comparar esta amenaza con la del asteroide que exterminó a los dinosaurios hace sesenta y cinco millones de años?

—El asteroide al que usted se refiere era unas tres veces mayor que el 1997 XF11. Y, repito, las probabilidades de que colisione contra la Tierra son mínimas. No restamos importancia al peligro; solo hemos recalculado la órbita del asteroide según cálculos más precisos y fiables. Sí, la señorita de la CNN.

—¿Existe algún factor que pueda alterar la órbita prevista del asteroide a lo largo de los próximos treinta años? Por ejemplo, ¿podría afectarle la gravedad terrestre en su siguiente paso por la Tierra, que, si no me equivoco, será el día de Halloween de 2002, y que ello tuviera consecuencias en 2028?

El hombre tenía la espalda empapada de sudor.

—Si bien es cierto —respondió— que la interacción gravitacional con un objeto mayor puede alterar la órbita de un asteroide en un cuarto de grado aproximadamente, los cálculos del LPC confirman que la influencia de la órbita terrestre sobre el 1997 XF11 en su aproximación de 2002 debería ser mínima. En el peor de los casos, el asteroide 1997 XF11 pasaría a no menos de una luna de distancia en octubre de 2028. Gracias, es todo por ahora.

El representante del LPC saludó con la mano a los allí reunidos y abandonó el estrado, mientras reflexionaba sobre la última frase que había pronunciado. «No menos de una luna de distancia... ¿Se ha tomado alguien la molestia de trazar la órbita de la Luna para cuando el 1997 XF11 pase junto a la Tierra en el año 2028?».

PRIMERA PARTE

LA GRAN MORTANDAD

2020-2025

Fuerte y sano, ¿quién piensa en la enfermedad hasta que esta cae como un rayo? Obsesionado con el mundo, ¿quién piensa en la muerte hasta que llega como el trueno?

SUTTA NIPATA II,
recopilación de discursos de Buda,
siglo V a. C.

12 de marzo de 2022

Yo no sabía mucho de armas. La que sostenía entre las sudorosas manos tenía cuatro balas en el cargador y una en la recámara, como cuando la saqué del cadáver con el que me había tropezado hacía dos semanas. En aquellos tiempos era raro encontrar un muerto al que no le hubieran arrancado la piel y la carne. Por suerte, nunca me había visto obligado a comer carne humana, y por eso estaba allí... en el bosque, con la esperanza de cazar un ciervo antes de que desapareciese el último, antes de que se agotaran mis escasas provisiones y el hambre me empujase al canibalismo, el suicidio o la muerte por inanición.

Había llegado al bosque poco antes del amanecer, después de viajar toda la noche en motocicleta. Gracias a mis gafas de visión nocturna no necesitaba encender las luces, y tampoco hacía ruido, pues la moto funcionaba únicamente con batería. Llevaba en aquel escondite casi ocho horas. Las gotas de sudor seguían deslizándose por la cara y el traje de camuflaje, y los bichos eran implacables, pero había elegido aquel lugar porque estaba a solo veinte pasos del arroyo y me permitía apuntar sin problema si alguien o algo se aproximaba. En realidad, jamás había disparado nada más peligroso que un tirachinas, pero las situaciones desesperadas exigían medidas desesperadas.

De pequeño, mi padre me llevó de acampada con los Boy Scouts. Lo más cerca que estuvimos de cazar algo fue asar malvaviscos. Un cazador de verdad no habría intentado cazar ciervos con una pistola. Seguramente, un cazador de verdad no habría tenido picaduras de hormiga en los tobillos ni de mosquito en los brazos, y tampoco habría estado tan asustado.

No tenía miedo del bosque. Lo que me aterrorizaba era estar perdido en él, no saber cómo volver a la carretera y a los arbustos donde había escondido la moto. Más que nada, me asustaba pensar en lo que podría estar acechando a los cazadores de ciervos.

Yo los llamaba «S. S».: Supervivientes Sociópatas. Violadores, asesinos, caníbales... Seres sin alma que solo querían disfrutar al máximo de sus últimos momentos en la Tierra. Nunca los había visto en acción, pero sí había encontrado

pruebas de su depravación y me aterraban.

Guardaba la última bala de la recámara para volarme la tapa de los sesos si aquellas fieras me atrapaban.

Los S. S. eran auténticos parásitos antes de la Mortandad, y precisamente por eso habían sobrevivido. Vivían al margen de la red de suministros. Igual que los expertos en *Dwarf Fortress*, los fanáticos de los búnkeres, los teóricos de la conspiración y otros chiflados que sabían leer los posos del café y se dieron cuenta de que las reservas de petróleo del mundo se estaban agotando.

Nota para las futuras generaciones que escuchen estas grabaciones: los que mandaban sabían que las reservas de petróleo alcanzaron su techo en 2005; de hecho ya intuían cómo iba a acabar todo allá por los años setenta, cuando Jimmy Carter era presidente. Y aun así los muy capullos no hicieron nada.

Mi padre lo sabía, por eso dejó su puesto en la Universidad de Virginia y nos mudamos a una pequeña comunidad rural a los pies de la cordillera Blue Ridge. Sin internet, sin televisión por cable, pasamos de ser una familia moderna normal a convertirnos en pioneros del siglo XXI que se iban alejando cada vez más del mundo. A ninguno nos entusiasmaba la idea; mi madre pensó en divorciarse, mis hermanas pequeñas empezaron a llamar a papá «el nuevo Unabomber» y amenazaron con escaparse de casa. En cuanto a mí, si mi padre me hubiera dicho que iba a caer el diluvio, rápidamente habría ido a ayudarlo a construir el arca.

Mi padre me explicó la razón de todo aquello poco después de que cayera la primera bomba en Teherán. «Robbie, la vida es una prueba, y la humanidad se enfrenta a una de las más serias. Por desgracia, cuando se trata de afrontar lo impensable, la mayor parte de la gente prefiere seguir negando lo evidente. Tú viste *Titanic*, ¿verdad? Cuando el barco chocó contra el iceberg, unos cuantos pasajeros se dirigieron hacia los botes salvavidas, pero la mayoría estaba tan convencida de que el barco no podía hundirse que se quedó en la cama o volvió al bar para tomarse otra copa. Antes de que te hagas mayor quiero que aprendas dos grandes lecciones: no se puede salvar a alguien si no quiere que lo salven; y optar por seguir en la inopia cuando sobreviene una catástrofe demuestra falta de inteligencia».

Papá podría haber añadido a la ecuación el ego humano.

Yo había crecido en un mundo de rescates financieros, recesiones, desempleo, economías en bancarrota y guerras sin fin; mi país pervirtió la democracia hasta el punto de garantizarles a las empresas los mismos derechos que a los ciudadanos. La corrupción estaba por encima de cualquier sentido de la justicia, y la radicalización del sistema político impedía que los pocos representantes auténticos de unas masas repentinamente empobrecidas promulgaran soluciones que podrían haber revertido el colapso de la sociedad. Como decía mi padre: «El ego humano creó estos problemas, y el ego humano nos precipitará al vacío. Más valdría que un ordenador gobernara el mundo».

«Ah, ordenadores... El próximo me lo implantarán en el cráneo».

¡Un ruido! El corazón me dio un vuelco. Era un animal, que se acercaba al arroyo por mi izquierda.

Con sigilo, me sequé el sudor de la frente y las palmas de las manos, que tenía empapadas, y cambié el peso de pierna para apuntar sin apartar la mirada del claro. Era un ciervo, un macho joven de unos treinta y cinco kilos, y tan nervioso y sediento como el que os habla. Me tembló la mano cuando el animal miró hacia donde yo estaba, me estremecí cuando me ofreció su flanco para una diana perfecta.

Dudé y tomé aire, repentinamente temeroso del disparo y de quién podría oírlo...

¡Zaaap!

El venado cayó sobre sus patas delanteras sin hacer el menor ruido; la flecha había surgido de la nada y la punta había traspasado con limpieza el espinazo del animal para salirle por el tórax.

Abandoné mi improvisado escondite para acercarme al ciervo moribundo. El ángulo de entrada de la flecha indicaba que el tirador había disparado desde los árboles.

—Toca ese ciervo y eres hombre muerto.

Me volví despacio, con el corazón a mil, mientras ella salía del bosque como una erótica guerrera de una pintura de Luis Royo. Los cabellos negros como el ébano le llegaban casi a la cintura, una masa rizada y camuflada con ramitas y hojas; hasta el último centímetro de su piel estaba pintado de verde y marrón, o bien cubierto por un body muy ajustado y de esos mismos tonos. La tenía a diez pasos de distancia, pero me llegó su olor, un aroma intenso, animal. Aparentaba mi edad. Llevaba un carcaj atado al muslo y los músculos de su torso parecían a punto de saltar mientras me apuntaba al corazón con su arco de grafito.

Me quedé prendado, además de estupefacto.

—El ciervo es tuyo. Cógelo.

—Eso voy a hacer. Suelta el juguete.

—¿El qué? Ah, la pistola. En serio, te la puedes quedar. Creo que ni siquiera habría sido capaz de pegarle un tiro. —Bajé el arma, la dejé en el suelo y retrocedí unos pasos—. ¿Cómo te llamas?

—Cierra el pico.

Guardó la flecha en el carcaj, cogió el arma y, con mano experta, sacó el cargador y comprobó la recámara. Volvió a montarla, la metió en un pequeño morral que llevaba escondido en la cintura, se cargó el venado al hombro y desapareció.

De nuevo solo, esperé treinta segundos y luego seguí sus pasos hacia la densa maleza, pero enseguida le perdí la pista.

¿Quién era? ¿Estaba sola o formaba parte de algún grupo? Por su actitud, más bien lo primero. ¿Mi teoría? Que cuando las luces se apagaron y no quedó nada en los estantes de los supermercados, ella había huido a las montañas, o quizá tenía familia viviendo allí. En ambos casos, era mi polo opuesto: inflexible, astuta..., una cazadora que no conocía la piedad.

Y aun así a mí me había perdonado la vida.

«Bueno, tonto del culo, le has dado el arma, y casi has hecho una reverencia al dejarla en el suelo».

Me detuve otra vez y agucé el oído; no oí nada.

Por su olor, supe que vivía en el bosque, probablemente en una gruta. Fui ascendiendo por un sendero de helechos y piedras cubiertas de musgo hasta llegar a un claro con hierba crecida.

A mi izquierda la cordillera Blue Ridge acariciaba el sol poniente entre sus picos y el valle. A apenas noventa minutos del anochecer tenía que tomar una decisión: la mujer o el refugio.

Hacía veinte meses que no mantenía una conversación con otro ser humano. Tal vez sea introvertido por naturaleza, pero oír solamente la voz de mi cabeza día y noche es para volverse loco; de ahí que me decidiera a grabar esta especie de diario. Pero verla a ella... era una bomba, una diosa. Tenía que encontrarla, aunque aquello supusiera arriesgarme a una escaramuza con los S. S.

Me detuve al borde del claro, saqué agua y una manzana de la mochila, le di unos rápidos bocados, enterré las pruebas y continué monte arriba.

A menos de cien metros empezaba de nuevo el bosque. Las sombras de los pinos se cernieron sobre mí, anochecía rápidamente. Vagué durante media hora entre un laberinto de árboles hasta que la noche se me echó encima y tuve que aceptar que estaba irremediablemente perdido.

Entonces oí voces masculinas y me escondí.

Había una decena de hombres, y varios más dentro de la cueva.

Los perros habían encontrado la guarida de la mujer, cuya pequeña entrada estaba tapada con ramas. Supuse que se quedarían apostados por la zona esperando a que ella volviera.

La olí mientras se movía entre las sombras para ocultarse junto a mí tras los matorrales. Noté que apoyaba con firmeza el cañón del arma en el lado izquierdo de mi caja torácica.

—Necesito un sitio seguro.

—Llévame de vuelta a la carretera.

La moto estaba escondida en un barranco a la altura del mojón número 36. Hacía medio año le había cambiado el motor y el depósito por un motor eléctrico y una batería recargable de camión, de modo que era muy rápida y a la vez silenciosa. Esperamos una hora más antes de dirigirnos hacia el sur; mi visor nocturno me permitía controlar la calzada y sus alrededores, protegiéndonos de posibles depredadores.

El barrio de las afueras donde vivía mi familia había sido abandonado hacía tiempo. Nuestra casa se encontraba en un callejón sin salida, entre cascotes

quemados. Yo había despejado el terreno circundante para que nadie pudiera aproximarse sin ser visto. Las ventanas estaban tapiadas, y la casa y el muro de casi dos metros y medio que rodeaba la parte de atrás los había pintado para que pareciesen basura carbonizada.

El césped estaba cubierto con planchas de metal: cientos de capós y maleteros de coche hincados en la hierba y soldados para formar un gigantesco rompecabezas. Al bajar de la moto le dije a la hermosa cazadora que siguiera exactamente mis pasos. Mis gafas de visión nocturna revelaban un camino que serpenteaba hasta unos arbustos altos que escondían una entrada lateral subterránea. Una vez que estuvimos dentro, eché el cerrojo a la puerta de acero y, para gran sorpresa de la chica, encendí las luces.

—¿Tienes electricidad? ¿Cómo puede ser?

—Mientras la gente buscaba comida y agua, yo me hice con baterías de coche y paneles solares.

—Y capós. ¿Para qué?

—Seguridad. Quien ponga el pie en mi propiedad recibirá una descarga eléctrica de diez mil voltios. Por cierto, me llamo Eisenbraun, Robert Eisenbraun. Casi todo el mundo me llamaba Ike.

—Andria Saxon. —Dejó caer el venado muerto al suelo y se puso a curiosear por la casa—. Aire acondicionado, nevera y cocina que funcionan... Impresionante, Einstein. ¿Qué más tienes por aquí?

—Una ducha y jabón, para empezar. Y es Eisenbraun.

—¿Sabes qué? Tú haz de Einstein y déjame el resto a mí. Puede que nos las arreglemos para salir vivos de esta.

La muerte de un hombre es una tragedia. La muerte de millones es una estadística.

IÓSIF STALIN

—Haces el amor como un principiante.

—Y tú, como si quisieras domar a un semental salvaje.

Llevábamos tres semanas en casa de mis padres, durmiendo en habitaciones separadas y con el cerrojo echado. Ella me enseñó a hacer blanco desde las ramas de los árboles y yo la aleccioné sobre el funcionamiento de los mecanismos de la fortaleza que compartíamos, pero apenas hablábamos sobre nuestras vidas antes de la Mortandad.

Y entonces, una tarde, ella se volvió hacia mí mientras recogíamos manzanas en el huerto y me besó.

Pocos minutos después estábamos en la cama, desnudos y entrelazados; ambos entramos en un mundo nuevo y excitante.

Cuando acabamos, Andria se tumbó a mi lado. Tenía varias cicatrices en la espalda bronceada y en las nalgas.

—Rasca.

Acepté mis obligaciones y reprimí el impulso de abrazarla por detrás por si me partía la tráquea de un codazo en la garganta.

—Habrás notado que me cuesta controlarme, Eisenbraun. Imagino que me viene de estar sola desde los quince años. Un poco más abajo. Más fuerte, con las uñas... Dios, qué gusto. Bueno, y tú ¿qué? ¿Cómo aprendiste a hacer todas estas cosas?

—Estudiando mucho. Ya sabes, poca vida social.

—Qué curioso, yo pensaba que eras el típico cachas. ¿Cuánto mides? ¿Metro noventa? ¿Dos metros? Seguro que jugabas al baloncesto.

—Atletismo. Mi madre era una atleta innata, heredé su velocidad. Hice algo de salto de longitud y corrí los cien metros lisos en el instituto, pero después el entrenador universitario me obligó a probar de receptor en el equipo de fútbol americano. Era absolutamente incapaz de atrapar un balón. Me llamaban «Manitas de Piedra», aparte de «judío cabrón». Sin embargo, la cosa cambió cuando me pasaron a cierre de la defensa y se vio que al judío le gustaba dar caña.

—De ahí la marca que tienes en el hombro, ¿verdad? Parece que somos almas gemelas. ¿Jugaste al béisbol en la universidad?

—Yo quería, pero los del Pentágono me lo prohibieron. Supongo que tenían miedo de que un pelotazo me machacara la sesera.

—¿El Pentágono?

—Mi tío era general, un pez gordo de la Agencia de Proyectos de Investigación de Defensa Avanzados. Con catorce años creé un algoritmo para un videojuego que terminó utilizándose para el manejo de aviones militares no tripulados. Tres años después a mi tío le encargaron una iniciativa de alto secreto llamada Omega. Abandoné la universidad en el segundo año para trabajar con su equipo.

Santo cielo, estaba parlotando como una niña pequeña.

—¿Y?

—Es alto secreto. Ahora tú. ¿De dónde eres? ¿Quién te enseñó a cazar?

—Tengo sangre seminola, pero no cambies de tema. Cuéntame algo de Omega. Y nada de tonterías de que es alto secreto. El mundo se ha ido a la mierda por culpa de capullos como tu tío.

—Mi tío no era ningún capullo y Omega no era un arma. Se trataba de una iniciativa que podría haber impedido la Gran Mortandad. El Proyecto Omega era un programa energético de setecientos cincuenta mil millones de dólares; el Pentágono lo desarrolló en secreto durante los mandatos de Obama para sustituir los combustibles fósiles por energía de fusión.

—Justo lo que necesita el mundo, más desechos nucleares.

—No, no, eso es fisión. La fusión se basa en la energía limpia que se libera cuando dos átomos de hidrógeno se fusionan. El gran inconveniente es que las elevadísimas temperaturas que se requieren para generar una reacción en cadena también liberan neutrinos, unas partículas que destruyen el recipiente del reactor. La solución pasaba por fusionar deuterio con helio-3, pues así se estabiliza el proceso.

—En cristiano, Einstein.

—Para estabilizar la fusión hace falta helio-3, un elemento que se origina en el Sol. El problema es que la densa atmósfera terrestre solo deja pasar una pequeña cantidad de helio-3. La Luna, en cambio, posee más de un millón de toneladas de ese elemento, suficiente para generar energía durante los próximos mil años.

—Entonces ¿Omega era una misión secreta para sacar helio-3 de la Luna?

—Exacto.

—Pero has mencionado el Pentágono. ¿Para qué implicar a ese hatajo de belicistas?

—En primer lugar, porque los capullos disfuncionales del Congreso jamás habrían aprobado subvencionar un plan energético tan radical cuando la prioridad era bajar la tasa de desempleo, a pesar de que el programa creó muchos puestos de trabajo. En segundo lugar, porque el Pentágono no solo tenía acceso al dinero necesario, sino también la capacidad de desarrollar el programa en secreto sin la supervisión del Congreso. Aun así, los retos científicos eran considerables; la NASA tenía que diseñar nuevas lanzaderas lunares para transportar el helio-3, y con un habitáculo capaz de alojar a un equipo de extracción. Ten en cuenta que cada astronauta necesita grandes provisiones de comida, agua y oxígeno.

—Creía que había agua en la Luna... Ráscame el culo.

—Hay hielo, o sea que sí hay agua. Pero también hay polvo lunar, lo cual plantea grandes dificultades. Las partículas de polvo lunar actúan como esquirolas de cristal, con lo que hay un riesgo constante para la piel y los ojos de los astronautas. Aparte de que el cuerpo humano tiene sus límites, sobre todo cuando está expuesto durante mucho tiempo a una fuerza gravitacional que es una sexta parte de la de la Tierra. Entre eso y los elevados costes, cerca de un millón de dólares por astronauta y día, mi tío optó por otra táctica... los drones o naves no tripuladas.

—¿Naves no tripuladas? —Andria se dio la vuelta, apoyó la cabeza en mi pecho y se puso a acariciarme el pene distraídamente con la mano derecha—. Continúa.

—Pues... Se trataba de sustituir a los astronautas por un equipo de extracción que se pudiera operar por control remoto desde la Tierra. Solo hacía falta un superordenador capaz de manejar los drones. Lo que pensó mi tío fue que, si un ordenador podía controlar a distancia cualquier cosa, desde un avión de pasajeros hasta un apéndice mecánico utilizado en neurocirugía, ¿por qué no una operación minera en la Luna? Esa fue la razón de que me reclutara para el Proyecto Omega, quería que me sumase a los mejores científicos para diseñar y fabricar GOLEM.

—¿Qué es GOLEM?

Tuve que coger aire cuando comenzó a besarme el abdomen.

—Es el nombre que le dimos al superordenador, suena mejor que «máquina de excavación lunar geológica a distancia». Piensa que no iba a ser solo un superordenador, sino el no va más en inteligencia artificial, una máquina capaz de pensar y adaptarse con el fin de controlar complejas e intrincadas tareas a cuatrocientos mil kilómetros de distancia.

Cerré los ojos deseando que su boca se aventurara más abajo. Ella se detuvo.

—Sigue hablando, Eisenbraun. ¿Cómo es que un entusiasta del atletismo acabó metido en el proyecto?

—Mi tío contaba con que resolviera los defectos de diseño del ordenador, de modo que me puso a trabajar a las órdenes de la directora de GOLEM, Monique DeFriend, la antigua jefa de CSAIL, un prestigioso laboratorio de inteligencia artificial. DeFriend solo me encargaba tareas de poca importancia, hasta que un día presenté un diseño para la matriz de ADN de GOLEM que dejó a todo el mundo boquiabierto. Dos días después me puso al mando del equipo de programadores. Yo acababa de cumplir veinte años.

—Qué bien. ¿Y qué pasó?

—¿Que qué pasó? La Gran Mortandad, nada menos. El mundo se fue al infierno.

Andria se apartó con el gesto torcido.

—¿Quién eres tú para quejarte? Has sobrevivido, Eisenbraun. Tú, con tus paneles solares, tus filtros de agua y tu agua de lago. Yo no tuve semillas ni comida en lata; no tuve un patio repleto de árboles frutales.

—Tampoco tuviste a antisemitas famélicos por vecinos. Cuando el gobierno se vino abajo, mis padres les pidieron a mis hermanas pequeñas que guardaran el

secreto, «Si los vecinos descubren que tenemos comida, primero nos la robarán y luego pedirán las sobras», pero es lógico que los adolescentes quieran ayudar cuando sus amigas se están muriendo literalmente de hambre.

»El día que nuestros vecinos pasaron al ataque, yo volvía a casa desde el caos de Washington. Mis padres y mis hermanas fueron masacrados por tres bolsas de arroz integral y diez kilos de manzanas. El resto de las provisiones seguía donde lo habíamos escondido, en el desván del garaje.

—Lo siento. —Volvió a tumbarse en la cama, con una mano abierta sobre mi pecho—. Y después de eso, ¿qué hiciste?

—Primero enterré a mi familia detrás del muro del huerto. Luego utilicé la gasolina que quedaba en casa para incendiar las casas de los asesinos mientras dormían. Desde aquel día he estado aquí solo.

—Eres un cabroncete lleno de odio, Eisenbraun, pero ya no estás solo.

Se subió encima de mí y me besó. Su lengua áspera me exploró la boca y su mano me acarició los bajos hasta que volví a penetrarla.

Está el amor, cómo no. Y está también la vida, su enemigo.

JEAN ANOUILH

Seis meses más tarde...

El sol de agosto asomó hasta teñir de oro la grisácea pared vertical del risco. El corazón se me puso a cien.

—Andie, no lo veo nada claro.

—Lo verás más claro en cuanto nos pongamos a ello.

—Es que no quiero ni ponerme. Cuando dijiste que sabías cómo solucionar lo de mis terrores nocturnos, pensé que íbamos a ir de excursión por el monte.

—Es una excursión, pero en vertical hasta la cima.

—¿Sin cuerdas ni arneses? Esto es una locura.

—No, se llama escalada libre. Y puedes hacerlo.

—No, no puedo.

—Claro que sí. Tienes fuerza física, lo que te falta es el control psicológico necesario para no caerte de la pared. Tienes que dominar tus miedos recurriendo a la respiración abdominal: inspiras por la nariz, llenas el abdomen y luego expulsas lentamente el aire por la boca. Concéntrate en la cumbre. Piensa que eres un mono araña y haz que tus dedos se peguen a la roca. Y hagas lo que hagas, Ike, no dejes de mirar hacia arriba.

Andria y yo llevábamos viviendo juntos algo más de cinco meses cuando empecé a sufrir graves ataques de ansiedad. Ella lo achacaba, en broma, a la presión que me suponía estar siendo domesticado, y en cierto sentido tenía razón. Preocuparme por mi supervivencia había sido muy distinto a proteger a la mujer que amaba de las bandas de asesinos que merodeaban por la región.

El miedo penetró en mis sueños en forma de pesadillas horribles. Unos macabros personajes irrumpían en nuestra casa; aquellos diablos sin rostro violaban y torturaban a Andria y me amordazaban para obligarme a mirar. Las pesadillas terminaban siempre con la muerte de Andria, seguida de mis gritos de espanto.

La cosa se puso tan fea que nos vimos obligados a dormir otra vez en habitaciones separadas.

Cuando la ansiedad se convirtió en una fuerte depresión, Andria decidió que necesitábamos cambiar de aires. Me aseguró que conocía un escondite perfecto en las montañas, a salvo de los sociópatas, de modo que empaquetamos provisiones y

viamos toda la noche en mi moto. Justo antes del amanecer, llegamos al pie de Buzzard Rock, una montaña de 343 metros de altura en el condado de Loudoun, Virginia.

Cuando me señaló la ruta, noté que la sangre se me helaba.

—Tranquilo, Ike. He escalado esta pared una decena de veces. Yo iré delante, haz exactamente lo mismo que yo y todo irá bien. Y no lo olvides...

—Sí, sí, ya sé. Mirar siempre hacia arriba.

Iniciamos la ascensión. Medí con mucho cuidado los primeros cincuenta asideros, temblando de pánico mientras aprendía a mantener el equilibrio en una pared de roca. Pasado un rato, mis dedos, manos y pies se convirtieron en engranajes de carne con los que me adhería a la pared del risco. Aprendí a aferrarme a los mínimos surcos de dos centímetros de anchura que se abrían entre las losas de pizarra; los dedos de mis zapatillas de correr buscaban la menor de las grietas para soportar mi peso, al tiempo que yo pegaba el cuerpo como una lapa a la terrible montaña.

Tres metros se convirtieron en quince; quince, en treinta. Cada vez que estiraba un brazo controlaba la respiración, y de vez en cuando respondía «Estoy bien» a las preguntas de Andie. Hicimos una parada en un saliente de tres palmos de ancho a ciento diez metros de nuestro punto de partida, y desde allí contemplamos un panorama lleno de copas de árboles mientras descansábamos y comíamos un poco.

Di un mordisco a una pera madura. Mi cuerpo estaba fatigado; mi musculatura, tensa.

—Andie, ha sido un ejercicio fantástico, pero estoy hecho polvo y todavía tenemos que volver a bajar. La verdad, no me veía capaz de subir ni tres metros, y mucho menos hasta aquí arriba.

Ella estaba bañada en sudor, y sus pómulos prominentes, de un moreno intenso, acentuaban su ascendencia india.

—Vamos a subir hasta la cima, Ike. Confía en mí, ya hemos pasado lo peor. A partir de aquí es pan comido.

Me fie de ella.

«Pero ¡qué tonto! Qué tonto».

Las siguientes horas de ascensión fueron ligeramente más llevaderas, pues la pared estaba llena de grietas de tres dedos de anchura que nos permitieron alcanzar un nuevo balcón hacia los doscientos setenta metros.

Señalé un piñón herrumbroso que alguien había hincado en la roca y dije:

—Nenazas.

—Tú eres un hombretón, Eisenbraun —dijo Andie con una sonrisa, y le dio un mordisco a una manzana—. En cuanto llegemos arriba, voy a echarte un polvo que te vas a enterar.

Miré hacia lo alto. En el lado positivo, unas raíces medio podridas asomaban de la pared; en el negativo, un anillo de roca de metro y medio protegía la cima como una rebaba.

—¿Cómo vamos a escalar eso?

—Te lo explicaré cuando estemos allí. ¿Preparado? Me estoy poniendo muy cachonda.

Reanudamos la ascensión, yo con los dedos en carne viva y con ampollas, y las palmas de las manos sudorosas debido a que el sol del mediodía nos daba de frente, lo cual suponía un nuevo peligro. Las raíces fueron una bendición hasta cierto punto. Nos ofrecían un buen agarre, pero nos llenaban las manos de astillas.

Y por fin llegamos al último balcón, bajo el techo de roca que sobresalía un metro y medio sobre nuestras cabezas.

Andria me señaló una serie de raíces en la parte exterior de la repisa.

—No te asustes, pero lo que tenemos que hacer es inclinarnos hacia fuera, agarrarnos a esas raíces y luego lanzar los pies y las piernas hacia arriba para superar el anillo.

—Te has vuelto loca. Estoy tan cansado que casi no puedo ni sostenerme.

—Razón de más para llegar hasta arriba. Así podremos descansar y mañana hacer el descenso.

—Ya. ¿Y cómo vamos a bajar, ahora que lo mencionas?

Andria me dedicó una sonrisa bobalicona.

—Por el camino que hay.

La furia me hizo temblar de pies a cabeza mientras la insultaba sin parar. Me sentía absolutamente impotente, obligado a vivir una situación límite que era tan desquiciante como frustrante e incomprensible; tan desquiciante como lo que les había ocurrido a mi familia y al mundo entero, tanto como los psicópatas que merodeaban por el campo y me acosaban en sueños. Pero esta vez tenía una alternativa. Esta vez podía salvar el pellejo o, al menos, morir con cierta dignidad.

—Asume el miedo, Ike. Agárrate a él para concentrar tu fuerza.

—Vale, Andie, pero yo voy primero.

—No me parece buena idea. Yo he escalado esta mont...

—Y una mierda. No la has escalado nunca; si lo hubieras hecho, no habrías elegido esta ruta. Te diste cuenta en el último descanso, te lo noté en la cara. Viste que la habías cagado, pero, como de costumbre, procuraste improvisar, controlar la situación. Pero sí tienes razón en una cosa: como no lleguemos ya arriba, no conseguiremos bajar, porque dentro de nada se hará de noche. Así que vamos a intentarlo, pero yo voy primero. Y no porque tú seas mujer ni por caballerosidad masculina o chorradas similares, sino porque te quiero y no... y no soportaría verte caer al vacío.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, era la primera vez que mostraba sus sentimientos delante de mí. Metió la mano en su mochila y sacó una cuerda de nailon de seis metros.

—Átate bien —dijo, y se ciñó un cabo alrededor de la cintura antes de pasarme el otro—. Cuando llegues a la cumbre, podrás tirar de mí hacia arriba. Si pasa algo,

moriremos juntos. —Se inclinó hacia mí para besarme—. No he amado a ningún otro hombre, Eisenbraun. No la cagues.

Me enrollé la cuerda a la cintura e inspiré hondo varias veces tratando de reunir las pocas fuerzas que me quedaban. Por primera vez en toda la ascensión me sentí vivo de verdad. Sabía que, pasara lo que pasase en los días, semanas o años venideros, allí y en aquel momento no iba a permitirme fracasar de ninguna manera.

No violencia significa evitar la violencia física externa, pero también la violencia interna del espíritu. No solo rehusas disparar a alguien, sino que rehusas odiarle.

MARTIN LUTHER KING, JR.

Una gran mortandad provoca un tipo de miedo distinto al de una guerra o una catástrofe natural. En la guerra hay un enemigo común; en un tsunami, un terremoto o un huracán hay un acuerdo entre humanos para ayudar a los que lo necesitan.

En una mortandad, la muerte es un juego de las sillitas musicales que empieza como un forúnculo inofensivo. Un esporádico corte de luz da paso a apagones interminables, los funcionarios del gobierno aseguran que hay reservas de petróleo para treinta años más aunque los precios se disparan y en las gasolineras se forman colas de varios kilómetros. Las tiendas de comestibles se convierten en campos de batalla, pues todo producto no perecedero provoca un combate cuerpo a cuerpo y los clientes con carritos hasta los topes se largan sin pagar para no poner en peligro su preciado botín. Todo ello degenera en altercados, que obligan a implantar el toque de queda, y las protestas y la violencia callejera acaban sacando a los militares de sus cuarteles.

Parad la música y retirad la silla de la libertad individual.

La segunda fase es el racionamiento. Gasolina, gas natural, carbón, leña..., comida. Los comunicados se reducen a una vez por semana y afirman que son tiempos duros, pero que la cosa mejorará pronto. Estas arengas de los políticos, también llamadas mentiras, están diseñadas para ganar tiempo, ya que el tiempo es la variable que permite que los débiles mueran, ya sea gimiendo (de inanición) o por herida de bala (un antidisturbios con órdenes de tirar a matar).

Para las clases bajas, la música se ha terminado.

Y llega un largo invierno sin calefacción. A esto hay que sumarle la escasez de agua y de víveres, por no hablar del cierre de hospitales, y ya tenemos en jaque a la clase media, primero en las frías zonas rurales y luego en las áreas urbanas. Mientras retiramos esa silla, el gobierno echa el cierre, la sociedad se derrumba y ya es oficial: que cada familia se las apañe como pueda.

Hay muertes para todos los gustos. Uno puede morir de hambre, congelado, intoxicado por gases de combustión, de sed, de enfermedades físicas o tal vez de un balazo al intentar conseguir comida para uno mismo o para un hijo hambriento. A lo largo de los últimos años había visto todo eso, y las imágenes no se han borrado; las pesadillas y la rabia vivirán conmigo para siempre.

En los estados más cálidos, la gente de las zonas residenciales había durado una

temporada más que sus congéneres urbanos, pero toda mortandad, como las sillitas musicales, es un juego de suma cero. Al final, todas las familias, salvo el agricultor con su propio y bien armado ejército de braceros inmigrantes y las inaccesibles comunidades preparadas para el apocalipsis, se vieron obligadas a abandonar sus hogares sin luz y sus vehículos sin combustible en busca de comida y agua potable, sumándose al éxodo nómada que definió el paisaje a partir de entonces. Los cazadores seguían cazando y los pescadores pescando, pero la lucha por la comida volvió a unos vecinos contra los otros; ya no había refugio seguro contra las hordas de gente desesperada. Los padres llevaban a sus hijos famélicos en carritos de supermercado o en carretillas, abandonando a su suerte a abuelos y a animales domésticos. El hambre atroz podía convertir a la población en una muchedumbre de psicópatas desquiciados. Los países de Occidente no aceptaron el fin como lo habría hecho un país africano habituado a la miseria. Salieron a por todas.

Yo había sobrevivido a todas aquellas adversidades gracias a mi preparación, a la suerte y a un miedo que espoleó mi ingenio. Preferí la soledad a la locura, y aguanté el primer año en aquella fortaleza. Me mantuvo vivo una pura cuestión numérica: sin petróleo, la población mundial pasaría de siete mil millones a apenas seiscientos; si conseguía conservar mi sillita, tal vez llegara a ver un mundo diferente y más sensato.

Sin embargo, debí pasar la cuarentena ante una sociedad trastornada por completo. El destino quiso que, tras dieciséis meses de racionamiento, me viese obligado a salir de mi prisión. Fue así como finalmente conocí a mi nueva compañera.

Lo primero que experimenté por Andria Saxon, aparte de un flechazo, fue la sensación de estar ante una guerrera innata, una cazadora que no le temía a nada y para quien su casa era el bosque, al igual que para mí lo era el laboratorio. Luego, cuando la conocí mejor, supe que estaba equivocado.

Andria se negaba a darme muchos detalles sobre su familia, aparte del hecho de que estaba sola desde los quince años. Con el tiempo, pude ir encajando las piezas de una vida difícil: su «dureza» forjada en bares de striptease, la calle y albergues para vagabundos. Después de vivir durante casi un año en el coche de su difunta madre, la mortandad afectó a Andria tan poco como a los esquimales, los mayas y otros pueblos indígenas con poco apego por los avances tecnológicos. Lo que le hizo abandonar las calles de Lynchburg, Virginia, y subir a las montañas fue el miedo a que la sodomizaran y la convirtieran en bestia de carga.

Andria desconfiaba de todo el mundo, y en especial de los hombres. Más tarde supe que, cuando nos conocimos, su intención era hacerse con mi «guarida» y luego matarme. Lo que demoró mi ejecución fue que necesitaba entender cómo funcionaba todo en mi casa. Hasta una semana después no decidió que yo le convenía más vivo que muerto; transcurrido un mes, se dio cuenta de que no constituía una amenaza para

ella.

Para Andie, el rato que pasábamos en la cama era pura lujuria, una diversión tonta. Nunca se permitía volverse vulnerable a sus muy reprimidas emociones.

Nuestras aventuras escalando desencadenaron profundos cambios psicológicos en los dos. En mi caso, pasé de ser un hombre que vivía para sobrevivir, pero que le temía a la vida, a encontrar una nueva libertad que me libró de las fobias que habían dominado mi existencia desde el instituto. En cuanto a Andria, después me confesó que no pensaba que fuéramos a sobrevivir a la montaña. Convencida de que su destino estaba marcado, que tarde o temprano acabaría siendo esclavizada y torturada por las bandas de sociópatas, me había llevado hasta Buzzard Rock para poner fin a nuestras vidas de la manera más emocionante que se le ocurrió. Había sido mi acto de generosidad en la cumbre lo que había derretido su frialdad, del mismo modo que mis terrores nocturnos habían terminado gracias a un acto de fe.

La noche siguiente regresamos a la casa de mi familia reencarnados en recién casados. Cada beso era como el primero, sabedores de que también podía ser el último. Durante los veinte meses siguientes vivimos en un nido de amor rodeado de caos, y siempre con la precaución de no engendrar un hijo mientras esperábamos a que el mundo cambiara.

Y entonces, un día fatídico, los lobos llamaron a nuestra puerta.

29 de mayo de 2025

—¿Cuántos hay, Ike?

No era fácil de ver; los objetivos de casi todas las cámaras de vigilancia por circuito cerrado estaban empañados de rocío, tanto que se había producido un cortocircuito en el cuadro eléctrico.

—Yo cuento nueve, más los dos fiambres que han intentado salvar a sus perros electrocutados.

Andria me pasó una pistola cargada, la misma que me había quitado el día que nos conocimos.

—¿Cuánto tardarán en darse cuenta de que el cuadro no funciona?

—No mucho.

—Salgamos; nos los cargaremos uno a uno según vayan asomando por la pared del jardín.

Cruzamos la cocina de ventanas tapiadas y salimos al jardín por la puerta metálica blindada. Los muros de dos metros y medio que rodeaban el patio estaban rematados por alambre de espino, pero yo dudaba de que los soportes resistieran más allá del primer asalto.

Transcurrieron diez minutos, y entonces oímos pisadas de botas sobre los capós de coche. El corazón se me aceleró todavía más.

—¡Se han dividido!

—Quédate aquí —dijo ella—. Yo me ocupo de la puerta principal.

—Andie, no...

¡¡Bum!!

La explosión reventó unos seis metros de pared, y fragmentos de ladrillo y mortero rasgaron el aire, que se llenó de humo. La cabeza me latía tras el estruendo y me empezaron a zumbiar los oídos mientras las balas volaban por el huerto, destrozando nuestra cosecha de otoño.

Andria me agarró de la muñeca y me arrastró hacia el interior de la casa un segundo antes de que la puerta principal estallara. La onda expansiva hizo caer los aparadores donde mi madre guardaba la porcelana buena. Andria disparó a ciegas hacia el boquete de la puerta y llenó de plomo el pecho de un palurdo de barba pelirroja, destrozando su collar de dientes humanos.

Tiré de Andria para apartarla del vestíbulo, abrí rápidamente la puerta del sótano y bajamos por la ruidosa escalera de madera, rezando para que los depredadores no hubieran descubierto la salida de emergencia que había abajo. Andie comprobó el monitor de seguridad mientras yo desconectaba la moto del cargador: las baterías apenas se habían recuperado tras el largo trayecto de la víspera.

—Parece que está despejado —dijo.

Descorrió el pestillo de la puerta y montó detrás de mí abrazándose a mi pecho. Puse el motor en marcha y su silencioso zumbido quedó apagado bajo las ráfagas de ametralladora que en aquel momento destrozaban la puerta de acceso al sótano en lo alto de la escalera.

Salimos a la luz del día y enfilamos un trecho de asfalto de dos palmos de anchura protegido por arbustos. Los neumáticos rodaron sobre el césped cubierto de chapa metálica y el sonido alertó a los caníbales que nos buscaban en la parte delantera. Nos empezaron a disparar a medio camino del callejón.

La motocicleta se quedó sin batería antes de que llegáramos al final.

—¡Andie, corre!

Abandonamos la moto y esprintamos calle abajo, aproximadamente un centenar de metros por delante de la furiosa manada de lobos. Por suerte sus perros se habían electrocutado en la parrilla, pero no había dónde esconderse, tan solo una urbanización desierta separada del bosque por la carretera interestatal, que pasaba más abajo.

Nos lanzamos por un terraplén herboso para alcanzar la carretera, y el corazón me dio un vuelco cuando oí que Andria gritaba de dolor.

—¡El tobillo! He notado que se partía algo.

La ayudé a levantarse, pero solo para verla llorar de frustración, pues su tobillo no aguantaba el menor peso.

—Dame tu pistola, Ike.

El corazón se me aceleró todavía más: era el momento del suicidio.

Me palpé el cinturón.

—Mierda. Se me habrá caído al bajar por la pendiente.

—Maldita sea, Ike.

—No pasa nada, te llevaré en brazos.

—¡Eso cabrones nos alcanzarán! Ike, escucha, tienes que matarme, tienes que partirme el cuello. Ven, ponte detrás de mí y hazlo. Tú puedes, Ike, por favor...

—Andie, no puedo...

Ambos teníamos las mejillas empapadas de lágrimas; Andria me miraba muerta de miedo.

—¡Dijiste que me amabas, Ike! Juraste por ese amor que si llegaba el momento me matarías.

—¡Chis!

Al oír voces, tiré de ella y nos echamos al suelo. Abrieron fuego y las balas rebotaron en la viga metálica de la carretera.

—Andie, las balas. Cuento hasta tres y nos ponemos en la línea de fuego.

Ella me besó fuerte y rápido.

—Eres mi vida.

De repente, cuando me disponía a decirle cuánto la amaba, los disparos cesaron. Tumbado boca abajo, pude oír unas botas avanzar entre la hierba.

—Me pondré de pie para atraer sus disparos; luego te levantaré del suelo.

—Bien.

—Una... dos...

Si dije «tres», no llegué a oírlo. Sí oí, en cambio, la tremenda reverberación de las aspas de un helicóptero golpeando el aire, y luego disparos, una de esas ráfagas que pueden partir un coche en dos.

Me coloqué encima de Andria hasta que cesó la lluvia de balas y el helicóptero se posó en la carretera.

—¿Estáis bien? —preguntó alguien.

Levanté la vista hacia el soldado, que tenía el rostro oculto por la visera oscura del casco.

—¿Quiénes sois? —dije.

—Reserva de la Marina. Estamos batiendo la zona en busca de supervivientes. Cuando vemos a un carnívoro humano, primero disparamos y luego hacemos las preguntas.

Había dieciséis personas a bordo del *Sikorsky*: adultos estupefactos, niños desnutridos, un paraplégico atado a una carretilla y un bebé que succionaba el pecho de su madre. Nos enteramos de que internet volvía a funcionar con la energía de paneles solares y molinos de viento. Alguna gente se había organizado y recurrido a veteranos de guerra y soldados licenciados a fin de movilizar efectivos suficientes como para restablecer la ley y el orden. Sus vehículos funcionaban con reservas de combustible secretas almacenadas en bases militares.

Nos trasladaron por aire a la Universidad de Virginia. Las principales

universidades del país hacían las veces de capitales estatales y ofrecían a los supervivientes comida y alojamiento a cambio de trabajo. Para localizar a familiares y amigos se había creado una página web, Supervivientes.org.

Sentí un gran alivio, aunque no sorpresa, al enterarme de que mi tío David estaba vivo.

A Andria le embutieron el tobillo roto en una bota de montaña. Vivíamos en una tienda de campaña y trabajábamos en el campo.

Un mes más tarde, en julio de 2025, los representantes de setenta y dos comunidades universitarias se reunieron en Topeka, Kansas —el centro geográfico de Estados Unidos—, para crear un nuevo marco de gobierno. Los Padres Fundadores se habrían sentido orgullosos del resultado de aquella convención de seis semanas de duración. Nada de partidos políticos. Límite de legislaturas para todo miembro elegido. Y, lo más importante, la eliminación de las futuras influencias en las elecciones, salvaguardada por un Consejo Supremo que se aseguraría de que todos los candidatos tuvieran las mismas oportunidades.

El primer presidente de los Nuevos Estados Unidos de América fue una profesora de ecología y ciencias agrícolas elegida por los miembros fundadores del Congreso. Su vicepresidente, el doctor Lee Udelsman, era un experto en fusión que había trabajado en el Proyecto Omega antes del derrumbe de la sociedad.

El tío David se presentó en Virginia poco tiempo después. Nuestro reencuentro se agrió cuando le comuniqué que no pensaba continuar con GOLEM. Pactamos una tarifa de asesor: una beca de investigación y un laboratorio que me permitiría experimentar con un nuevo proyecto de animales domésticos, y la aceptación de Andria en la Agencia Espacial de Energía a punto de inaugurarse en cabo Cañaveral, donde compartiríamos un apartamento mientras ella se formaba para pilotar las naves que transportarían toneladas de helio-3 hasta la Tierra.

¿Podríamos recuperarnos como especie? No me cabía la menor duda. Si algo habían demostrado los humanos, como individuos y como naciones, era una gran fortaleza nacida del coraje. Aun así, nuestra capacidad de resistencia dependía de nuestro número. Cuando nos dividíamos como pueblo, los fuertes se cebaban en los débiles y sacaban a la luz nuestros peores atributos: el ego humano desbocado. La Gran Mortandad había servido para recordarnos, una vez más, que el diablo anidaba en cada uno de nosotros; las consecuencias habían sido demoledoras, más de cinco mil millones de personas aniquiladas.

Al menos de momento, parecía que el reino de la subespecie de *Homo sapiens* conocida como «Hombre del Petróleo» había llegado oficialmente a su fin, y con él el dominio del oro negro sobre las energías limpias y renovables.

La pregunta era la siguiente: ¿habíamos aprendido algo?

SEGUNDA PARTE

2028

¿Por qué no echaron un vistazo a su alrededor, se dieron cuenta de lo que estaban haciendo y pararon antes de que fuera demasiado tarde? ¿En qué estaban pensando cuando talaron la última palmera?

JARED DIAMOND,
«Easter's End»

Aferrarse a la ira es como coger un carbón al rojo vivo con la intención de lanzárselo a alguien; el que se quema eres tú.

BUDA

Carolina del Norte
60 kilómetros al sur de Fayetteville
19 de septiembre de 2028

Mi padre solía decirme que, de todos los sentimientos humanos, el más peligroso era la ira. Y no porque pudiera elevar la presión sanguínea y conducir a discusiones capaces de destrozarse una relación, sino porque, cuando una persona se enfurecía de verdad, su alma abandonaba literalmente el cuerpo. Parece una locura, ¿no? Pues había más. Según antiguas enseñanzas hebreas, el peligro de que un alma abandonara el cuerpo era que otra alma —inferior— ocupase temporalmente ese vacío, y entonces era cuando se armaba la de Dios.

Era el octavo aniversario del asesinato de mi familia. Como si hablara por boca de mi padre, mi terapeuta online me aconsejó superar la ira por medio del perdón. Para complacerle, me pregunté: si mi hijo estuviera muriéndose de hambre, ¿le quitaría la vida a otra persona para darle de comer? Mi padre, un hombre muy ético, no le habría quitado la vida a otro ser humano bajo ninguna circunstancia, y tampoco se habría resistido a compartir nuestra comida, sobre todo si la vida de alguien de su familia hubiera estado en juego. El desenlace habría sido distinto si un vecino se hubiera acercado a papá. Pero nuestros vecinos se habían convertido en una turba, y las turbas piensan colectivamente en términos primitivos, como por ejemplo: «Los judíos están acaparando la comida», «*Juden Raus!*» (véase la Alemania de Hitler) o «¡Los judíos envenenaron los pozos!» (véase la peste negra). Podría seguir, pero no cambiaría nada. Mi padre estaba muerto, al igual que mi madre, Diane y Debby... y muchas otras personas inocentes.

Seguía teniendo problemas para controlar la ira. De hecho, me estaba costando hacerlo en aquel mismo momento, sentado en mi compartimento de primera clase de un tren propulsado por energía solar de camino de Orlando a Washington, D. C. Lo que atizaba mi fuego interior era la influencia vainilla que escupía la rubia oxigenada sentada frente a mí. «Influencia vainilla» era el término coloquial con que mi padre definía toda locura artificiosa presentada como un hecho probado para influir en la opinión pública, en concreto la «ciencia» del cambio climático fundada por las compañías petrolíferas y repetida hasta la náusea en ciertos telediarios de las cadenas por cable y en determinados blogs hasta que la ficción acabó siendo aceptada como

objeto de discusión. Mi padre, un progresista asqueado por la corrupción empresarial, me advirtió de que hasta la más descabellada de las mentiras, repetida las veces suficientes al número suficiente de personas, podía convertir la caca de caballo en vainilla, de ahí el término. «No te dejes arrastrar a un debate por esa gentuza, Robbie; te exprimirán como si fueras una puta cara», me decía.

—¿Le repito la pregunta, señor Eisenbraun?

Katherine Helms sí que parecía una puta cara en mi teléfono holográfico, con aquel top superceñido que acentuaba sus pechos dándoles el aspecto de dos melones envueltos en plástico retractilado. La estratagema era interesante, teniendo en cuenta que representaba a un grupo religioso subvencionado por la Coalición Carbón Limpio. Antes de que os forméis una opinión equivocada sobre mis ideas políticas, diré que eso de que la CCL esté produciendo un combustible libre de gases con efecto invernadero es pura influencia vainilla, más o menos como los pechos de la señorita Helms. Por el ángulo obtuso de los pezones, estaba un 94 por ciento seguro de que sus tetas eran falsas, y ni siquiera de las buenas —vía quirófano—, sino de las virtuales, fruto de una aplicación del h-phone pensada para estimular el sexo telefónico.

Qué orgulloso estaría Alexander Graham Bell.

—Es profesor Eisenbraun, señorita Helms, y la oigo perfectamente. En cuanto a su pregunta, cualquier cosa que yo responda será manipulada por su cadena para avivar la polémica contra la energía de fusión.

—En la Gran Mortandad perdieron la vida cinco mil millones de personas, profesor. ¿Me está diciendo que jamás se le ha ocurrido pensar que aquello fue obra de Dios? Se lo preguntaré de otra manera: ¿usted cree que a Dios le gusta que el hombre juguete con su creación?

—Señorita Helms, a juzgar por su cuerpo menudo, dudo mucho que fuera Dios quien la bendijera con ese imponente escote talla XL. ¿Diría usted que esos implantes pertenecen a la categoría de «jugueteo»?

Sonreí al ver que la periodista se ruborizaba y entornaba los ojos.

—¡Cómo se atreve a comparar mis pechos con su blasfemia! Conozco a la gente de su calaña, pro..., señor Eisenbraun. ¡Para usted una mujer no es más que el soporte vital de la vagina! —Quitó el volumen del h-phone para silenciar el torrente de insultos.

Antes de que se me olvide: todo esto consta en acta, por así decirlo, pues está siendo grabado en el interior de mi cráneo por el chip de Mejora Biológica Fusionada (MBF) que yo mismo diseñé y que me implantaron quirúrgicamente en el cerebro. El prototipo del MBF era la razón por la que Vaca Lechera me estaba entrevistando a distancia, pero su «influencia vainilla» tenía menos peso específico que la visión de aquellos melones de mentira que le botaban en el pecho, y mi paciencia ya se había agotado.

De todas formas, supongo que la réplica de la vagina se merecía una respuesta.

Cerré los ojos y regurgité las primeras frases de un discurso que había dictado a mi memoria MBF:

—Si está convencida de que Dios es perfecto y de que fuimos creados a su imagen y semejanza, señorita Helms, entonces ¿por qué no somos perfectos? La respuesta está en el cerebro humano. Igual que un ordenador, nuestro cerebro fue diseñado para procesar información, en el caso de los humanos unos cuatrocientos mil millones de bits de información por segundo. Solo somos conscientes de un porcentaje infinitesimal de ese almacén de memoria porque nuestro cerebro debe observar las limitaciones impuestas por las fuerzas de nuestra realidad percibida, una realidad atenazada por la selección natural y por el peso de nuestra propia evolución como especie. Si bien existen excepciones a la regla, como la memoria fotográfica o que Mozart compusiera música de muy pequeño, resolver problemas abstractos de lógica o recordar textos previamente leídos no era algo que nuestros antepasados necesitaran para sobrevivir como cazadores o recolectores. Es más, el cerebro humano no puede transmitir a la mente aquello que nuestros sentidos no pueden percibir, y estos últimos nos mienten a cada momento.

»Deduzco, por su cara de perplejidad, que se ha perdido. Ahí va un ejemplo: mientras estamos hablando, nuestro planeta gira sobre su eje y viaja por el espacio a casi mil ochocientos kilómetros por minuto. Y, sin embargo, no notamos nada. ¿Por qué? Porque nuestros sentidos nos mienten, le esconden esa velocidad al cerebro. Las paredes de este vagón de tren tienen átomos, cada uno de ellos es un universo en sí mismo, pero tampoco somos capaces de percibir esas micronociones. Si nuestros sentidos no pueden percibirlo, señorita Helms, entonces para nosotros no existe. Y, sin embargo, sí existe. Lo que hace falta son unas gafas neurales que nos permitan ver.

»Le presento a MBF, un biochip que permite al usuario dirigir sus propios impulsos mentales hacia la parte del cerebro más adecuada para descargar, asimilar, almacenar y recuperar la información. Vendría a ser como un mando a distancia, solo que en este caso utiliza la energía del pensamiento para permitir que el usuario cambie de canal o sintonice al instante el programa o la aplicación deseado.

Aproveché un breve respiro para restaurar el volumen del h-phone vía mi chip MBF: pillé a la periodista en mitad de una ráfaga.

—... investigación virtual dio como resultado que un 86 por ciento de una población «mejorada» con ese chip neural utilizaría MBF como un viaje de ácido, oliendo colores y viendo música en sus cabezas. El 97 por ciento de los individuos implantados con MBF perdería un mínimo de cinco horas de trabajo semanales, abstraídos en algún sórdido acto de masturbación mental. Y más preocupante aún para muchos de nosotros, los neoestadounidenses que seguimos las directrices de la Biblia, es el hecho de que ese chip neural puede controlar la secreción de hormonas como la progesterona, lo que permitiría que una mujer abortase sin más.

Y por fin llegó. Fuera cual fuese el tema, los integristas religiosos siempre

llevaban la conversación hacia el Trío Maravillas, como lo había bautizado mi padre: Dios, aborto y gais. La diferencia era que, ahora, los cruzados disponían de una nueva herramienta con la que engañar a la gente en su arsenal de mamarrachadas: la investigación virtual. El algoritmo disfuncional era una mierda de influencia vainilla soltada por un grupo de creacionistas empeñados en que los programas de estudios online incluyeran la rama de su presunta ciencia, que calificaba de muy poco probable la teoría de la evolución.

«Investigación virtual». Aquellas palabras me dispararon la tensión, y la arteria carótida empezó a latirme en el cuello. Durante una fracción de segundo noté que la ira reclamaba la presencia de otra alma en busca de un puesto vacante.

Oh, pero tenía el chip MBF.

Presintiendo el maremoto emocional, mi minúsculo implante redujo mi nivel de adrenalina de forma que los vasos sanguíneos volvieron a dilatarse; era una sensación similar a la de sumergirse lentamente en una piscina un día de mucho calor.

«Ah...».

Los síntomas físicos me indicaban que la ira se batía en retirada, así que era el momento ideal para enseñarle a *madame* Glándulas Mamarias de qué iba aquello del MBF.

—*Ty mne Vanku ne valjay.*

—Lo siento, no hablo alemán.

—Es ruso, señorita Helms, una de las varias decenas de lenguas que hablo actualmente gracias al implante del MBF en el lóbulo temporal, que estimula la memoria y permite al usuario crear su propia base de datos en el tiempo que se tarda en escuchar un CD de idiomas. Lea un libro y habrá memorizado el texto; conecte la unidad de dictado del chip y podrá grabar una carta o incluso una novela al mismo tiempo que la descarga en el chip MBF de cualquier otra persona que lo lleve. Programe la aplicación de autodiagnóstico y su cerebro reforzará automáticamente el sistema inmunitario para prevenir el cáncer o curar casi cualquier dolencia. La inmortalidad está al alcance de nuestras manos, señorita Helms. El MBF tiende un puente definitivo entre la fragilidad y la perfección humanas; por desgracia no lleva incorporada una aplicación para vencer la ignorancia de los seres humanos.

—Si el MBF lo ha hecho tan listo, profesor, ¿por qué lo echaron del Proyecto Omega?

«Uf, esta no me la venía venir».

—¿Quién le ha contado eso? ¿Una fuente anónima?

—En realidad ha sido Monique DeFriend. ¿Se acuerda de la doctora DeFriend? Creo que fue su supervisora durante tres años antes de la Gran Mortandad. Me explicó que lo asignaron a GOLEM, el ordenador que se está utilizando ahora para las prospecciones mineras en la Luna.

—Sí, yo fui uno de los ingenieros que lo diseñaron. Y no me echaron del proyecto, sino que dimití..., por motivos estrictamente personales, para ponerme a

trabajar en el MBF.

—DeFriend ya me advirtió de que diría eso. También me dijo, y cito textualmente: «Robert Eisenbraun es un científico brillante, sin duda, pero su chip está pensado para servir tan solo a las necesidades personales del usuario, mientras que GOLEM, que es verdadera inteligencia artificial, se creó para preservar y proteger a la humanidad. Después de la Gran Mortandad, la decisión del profesor Eisenbraun de poner su gloria personal por encima de las necesidades de la humanidad es, como mínimo, desconcertante». ¿Quiere refutar su declaración antes de que salga en mi telediario?

—*Ty mne Vanku ne valjay.*

—Sí, eso ya lo ha dicho antes. ¿Qué significa?

—«No hagas más el idiota de lo que ya lo haces». Buenos días, señorita Helms.

Puse fin a la entrevista y el holograma colocado encima de la mesa de trabajo se pixeló en mil y un microfragmentos.

«Bien hecho, Eisenbraun. Luego dicen que no hay que echar leña al fuego».

El pequeño dispositivo de audio que llevaba prendido del lóbulo de la oreja izquierda hizo dos clics.

—MBF, identifica la llamada.

ANDRIA SAXON. DESDE: CABO CAÑAVERAL.

—Aceptar llamada. En visual.

Reapareció el videocono tridimensional y allí estaba mi hermosa prometida, con su pelo negrísimo muy corto y salpicado de mechaz azul marino a juego con el color de sus ojos. Su sexo quedaba apenas disimulado bajo un traje de neopreno de dos piezas diseñado para correr, y su físico bien adiestrado de astronauta relucía bajo una capa de sudor mientras trotaba a paso vivo en una cinta de correr todoterreno.

Andie miró el h-phone que tenía delante, a la altura de la frente, y su sonrisa me levantó el ánimo.

—Hola, encanto —dijo—. ¿Todavía me adoras?

Decidí contener mi júbilo. Nuestra última discusión aún estaba fresca en mi memoria.

—Depende —dije, no sin cierta mala leche—. ¿Llamas para disculparte o para romper nuestro compromiso?

—No lloriquees. Sabes que quiero estar contigo toda la vida. Simplemente es que ahora no me siento cómoda planeando una boda.

—Pues nos fugamos.

—¿Y por qué no me das un porrazo en la cabeza como los neandertales y me llevas a rastras hasta tu cueva?

—Que yo recuerde, la que vivía en una cueva cuando nos conocimos eras tú. Y eso del adiestramiento para la misión empieza a ser aburrido. Verte solo tres días al mes me fastidia mucho. Si al menos estuviéramos casados...

—Dentro de seis semanas me licencio. En cuanto termine mi internado en la

Colonia Alfa...

—Para el carro. No me habías dicho nada de la Colonia Alfa. ¿Cuánto tiempo vas a estar en la Luna?

—Tres semanas. Es un requisito nuevo para todo el personal, por si algo saliese mal y nos perdiéramos. —Aceleró el paso; la gravilla simulada sobre la que corría rechinó más fuerte. Era su modo de intentar evitar aquella conversación—. Después me asignarán a un almacén de fusión y podremos hacer planes de futuro.

—¿Qué has dicho? Casi no te oigo.

Tocó un botón de la rueda todoterreno para pasar de gravilla a arena, mucho más suave y silenciosa. Aquella superficie la obligó a reducir la velocidad casi a la mitad.

—¿Mejor ahora? —dijo.

—Sí.

—Seis semanas y nuestro futuro estará resuelto. Para ti, ahora que hibernas dentro de tu cabeza como un monje shaolín, seis semanas son como seis días.

—No sabía que me hubiera convertido en algo tan malo.

—Acéptalo, Ike, estás enganchado a ese trasto que llevas en el cerebro.

—Pues mira, voy a hacer una cosa: mientras esté en Washington prometo no acceder al MBF.

Andria sonrió.

—Te apuesto tu edición de coleccionista de los Stones a que no eres capaz.

—Y si gano yo, ¿nos casaremos cuando regrese?

—Ni hablar. Además, los discos ya te los he cogido. Oye, Ike, no me has explicado nada. ¿De qué va esa reunión con tu tío? Y ¿por qué en Washington? La ciudad apenas tiene influencia.

—Tío David me dijo que nuestro orden del día es estrictamente confidencial, y yo nunca discuto con un general de tres estrellas. Ahora bien, si estuviéramos casados...

—Vale, pues no me lo digas.

—No sé para qué quiere verme. Últimamente el Pentágono está más centrado en localizar subidas de voltaje y calcular rendimientos de cultivos que en asuntos de seguridad nacional.

—¿Cuándo volverás a Florida?

—¿Ya me echas de menos?

—Bueno, es que quiero hablar contigo.

—¿Negocios o algo personal?

—Las dos cosas, pero preferiría no hacerlo por teléfono.

Se produjo una breve pausa.

—Dicen que habrá cielos cubiertos hasta Washington. Puedo tardar entre trece y dieciocho horas, según cómo funcionen las baterías de reserva del tren.

Como si me hubiera oído, el aire acondicionado de mi compartimento se apagó de golpe y las luces parpadearon.

—Ya estamos otra vez. Ordenador, reduce el tinte de la ventana en un 75 por

ciento.

La ventana, que era un rectángulo casi negro, se iluminó de pronto y pude ver una campiña gris borrosa a los 422 kilómetros por hora de velocidad del tren bala.

—Tranquilo, Ike. Dentro de unos cuantos años habremos excavado suficiente helio-3 en la Luna para que el mundo funcione las veinticuatro horas seguidas.

—Andie, dime, ¿qué es eso tan importante?

—Tengo que dejarte, cielo. Llámame después de la reunión, ¿eh?

Desconectó antes de que yo pudiera reaccionar.

Sin sol que alimentara su techo de paneles solares, el tren bala fue perdiendo paulatinamente su inercia hasta detenerse; aquello era molesto, destrozaba el horario previsto y provocaba sudores. Fuera de mi compartimento privado, oí unos golpecitos que se acercaban a mi puerta hasta finalmente impactar en ella.

—Está abierto.

El revisor asomó la cabeza hacia el interior de mi cubículo de primera clase.

—Disculpe la demora, doctor Eisenbraun. Las baterías de reserva no han podido cargarse en Charlotte debido al apagón parcial. Está previsto un retraso de entre una y tres horas. Si hace mucho calor puede bajar las ventanillas. ¿Quiere que le traiga una bebida fresca?

—De momento no, gracias.

Esperé a que cerrara la puerta y luego eché el pestillo. Lo que no le había explicado a Andria era que quien me había convocado en el Pentágono no era mi tío, sino el vicepresidente.

La pregunta seguía siendo esta: ¿para qué?

El tren avanzaba sigiloso en la oscuridad previa al amanecer, los paneles solares menguados por la noche. Solo su proximidad a la Union Station de Washington hacía que aquella bestia de acero y aluminio compuesta por siete vagones surcara la vía a algo más de treinta kilómetros por hora mientras su generador de reserva chupaba del empalme energético situado cincuenta y tres kilómetros más al norte.

Me desperecé en mi espacioso compartimento. Aún faltaban cincuenta y ocho minutos para que saliese el sol y la velocidad aumentara. El reloj incorporado del MBF me informó —como un sexto sentido— de que eran las 6.12 de la mañana. A diferencia del tren, el minúsculo dispositivo neurológico implantado en mi cerebro no necesitaba batería ni pilas fotovoltaicas, puesto que se alimentaba de mi propio calor corporal. Mientras yo funcionara, el chip también lo haría.

Salí de la cama y fui al cuarto de baño. El váter apenas era lo bastante grande para mi cuerpo. Vacié la vejiga y luego me lavé los dientes y contemplé mi reflejo en el espejo oval. Tenía el pelo castaño oscuro y lo llevaba largo a lo Jesucristo, con la barba y el bigote bien recortados. A los diecisiete años tuve serios problemas de acné, y desde entonces siempre había llevado barba y bigote. Durante un buen rato,

contemplé la idea de afeitarme, aunque solo fuera por ver la cara que pondría Andie. Pero lo pensé mejor. Me dio miedo que el acné me hubiera dejado marcas en las mejillas, no había necesidad alguna de mostrarlas.

Al salir del baño me tumbé boca abajo en el cálido suelo de baldosas e hice una serie de treinta flexiones. Noté un tufillo procedente de mis sobacos y volví al baño para lavarme con las manos y ponerme desodorante.

«¿Y ahora qué?». Un trayecto que debía de haber durado siete horas entraba ya en su segundo día gracias a los caprichos de la meteorología y a una nueva red eléctrica todavía en mantillas. Un año después de desarrollar el chip, se me pasó por la cabeza comprar una vieja locomotora de vapor y acoplarle un sistema que utilizara la propia rotación de las ruedas del tren para mantener una serie de baterías permanentemente cargadas. Cuando ya tenía los planos, resultó que el mundo había puesto su futuro en manos de una fuente de energía completamente nueva.

Suspiré aliviado cuando el aire acondicionado empezó a funcionar otra vez y una oleada de aire fresco inundó el compartimento, al tiempo que el tren ganaba velocidad.

Exactamente a las 7.14 de la mañana, veinticinco horas después de haber subido al tren en Orlando, pisé el andén de hormigón del nivel superior de la Union Station. A diferencia de lo que ocurría en Florida, el aire portaba un helado toque otoñal y tuve que sacar una sudadera de mi vieja bolsa de gimnasia. Andria odiaba aquella antigualla y amenazaba con quemarla junto con mis pantalones cortos de la universidad, cuya goma elástica era visible por detrás. Pero yo soy una persona de hábitos y, además, prefiero llevar una bolsa que pueda colgarme al hombro y, si es preciso, utilizar como almohada. Como las escaleras mecánicas de la ciudad ya no funcionaban, resultaba más práctico mi método que la lujosa maleta con ruedas de Andria.

Me eché el petate sobre el hombro izquierdo y caminé hacia la antigua terminal con el resto de los veintitantos pasajeros.

Un techo abovedado con una recargada arquitectura romana me recibió al cruzar la mal iluminada estructura de ciento veintiún años. La Gran Mortandad había sido cruel. La zona de restaurantes había desaparecido y los escaparates de las tiendas, saqueados hacía una década, estaban vacíos. Un reciente proyecto de restauración había limpiado los comercios y había acabado con la población roedora, pero la estación estaba a una generación de recuperar su estatus de meca turística.

De momento, la Union Station funcionaba como el principal empalme energético entre Richmond, Virginia y Filadelfia. Sus novecientos paneles solares, dispuestos en hileras sobre el tejado del edificio y el último piso descubierto del aparcamiento cerrado, proporcionaban 150 kilovatios de energía al tren bala y a los barrios del escasamente poblado Distrito de Columbia.

Seguí los rótulos escaleras abajo, en dirección a la salida de Columbus Circle. No había dejado aún la terminal cuando mi h-phone comenzó a gruñir en el bolsillo de mis pantalones.

LLAMADA IDENTIFICADA. DAVID SCHALL. DESDE: SIN IDENTIFICAR.

—Acepta llamada, solo audio. Tío David, ¿dónde estás?

—Todavía en el Pentágono. Te he enviado un coche. No te muevas de ahí, está rastreando tu señal.

Miré hacia el exterior y de repente vi un sedán negro que pasaba a toda velocidad hacia el este por las desiertas calzadas que confluían en Columbus Circle. La estruendosa sirena del vehículo ahuyentó a los peatones al detenerse a tres metros de la entrada del centro comercial.

—¿Copiloto o asiento de atrás?

—Copiloto.

Vi que se abría la puerta del acompañante.

Aparté a codazos a los fisgones, me monté en el asiento delantero y la puerta se cerró automáticamente tras de mí. El salpicadero albergaba un volante de quince centímetros de diámetro, respiraderos y una estación de entretenimiento que en aquel momento mostraba el GPS.

No había conductor, en el vehículo solo estaba yo.

—Santo Dios, tío David, ¿no podrías al menos activar un holograma?

En el asiento del conductor cobró vida una joven latina, una voluptuosa morena de larga melena vestida con un uniforme negro de chófer. La parte superior de la chaqueta tenía suficientes botones desabrochados para proporcionar una tentadora visión de su bien torneado pecho izquierdo.

—Soy Selena. Ponte cómodo, abróchate el cinturón y disfruta del panorama.

Me guiñó un ojo mientras enfilaba Columbus Circle.

—¿Qué le pasa a este país con los pechos holográficos?

Selena se metamorfoseó en el cuerpo frágil de una octogenaria. Encorvada sobre el pequeño volante, volvió hacia mí sus flácidas mandíbulas y sus ojos agrandados por unas gafas de culo de vaso.

—Me llamo Greta. ¿Quieres ver mis tetitas holográficas?

Las risotadas de mi tío inundaron el coche.

—¿Qué te pasa, Robbie? Estás muy pálido.

—Creo que tengo arcadas.

La imagen se agrandó y un anodino hombre de raza negra vino a ocupar el uniforme de chófer.

—Mejor así. Ahora tal vez puedas decirme por qué estoy aquí.

—Todavía no. Disfruta del trayecto. Nos vemos dentro de veinte minutos.

Me quedé a solas con el chófer holográfico y el silencio de un motor eléctrico propulsado por un maletero lleno de baterías. La vista de la antigua capital de Estados Unidos seguía siendo inquietante: ocho años de naturaleza sin trabas y la maleza

crecía como un bosque en miniatura entre los bloques de hormigón.

Pocos minutos después, el coche había abandonado la interestatal y seguía North Rotary Road dejando atrás varios aparcamientos desiertos y llenos de vegetación. Un puesto de control automatizado nos franqueó el paso a Heliport Road, y de allí hasta la entrada norte de lo que en tiempos había sido el centro de mando del ejército más poderoso de la historia.

Mi tío salió por el acceso oeste del Pentágono para saludarme; mi único pariente consanguíneo vivo seguía llevando su uniforme militar pese a que ya no existían ejércitos permanentes. El general David Schall tenía sesenta y siete años, el pelo blanco y unos penetrantes ojos azul grisáceo que relucían bajo la luz de la mañana.

—Por fin. Saluda a tu tío como es debido. —El licenciado por West Point me dio un abrazo de oso y me susurró al oído—: Influencia vainilla.

Me quedé helado al oír la clave secreta de mi padre.

—Me alegro de que hayas pasado por aquí, Robbie. En el sector energético hay una decena de personas que se mueren por conocerte. ¿Te importa que entremos a saludarlos antes de ir a casa para que veas a tu tía Carol? Seguro que a ella no le molesta.

«¿Que haya pasado por aquí?».

—Adelante, será un placer saludarlos.

Con el pulso acelerado, entré en el edificio detrás de mi tío. Mi MBF me alertó rápidamente del escáner corporal que me realizaron al pasar por un detector de metales camuflado.

—¿Qué tal está la tía Carol?

—Ocupadísima intentando que Georgetown vuelva a ser una ciudad universitaria decente.

El general se detuvo ante una puerta de plexiglás y luego miró hacia una esfera metálica del tamaño de un pomelo situada a la derecha de la entrada de seguridad; el centro de la bola despedía un brillo azul neón.

Para mi sorpresa, mi tío se dirigió al ojo mecánico:

—Creo que ya conoces a mi sobrino, Robert Eisenbraun. Robbie, saluda a GOLEM.

—Bienvenido, profesor Eisenbraun.

Demasiado estupefacto para responder, me quedé embobado mirando el aparato sensorial como un padre plantado de pronto frente a su hijo pródigo.

Fabricar un gran avión requiere tener un gran enemigo.

DICHO DE LAS FUERZAS
AÉREAS ESTADOUNIDENSES

La voz de la máquina era masculina, hueca y metálica, sin atisbo de personalidad humana.

Con la mirada, mi tío me advirtió de que no hiciera preguntas.

—GOLEM, quiero llevar a mi sobrino a la sala de control para que salude al vicepresidente. Creo que con un pase de visitante de una hora será más que suficiente.

—Acceso concedido.

El tío David me hizo pasar por el control de seguridad automático y luego me guio por un aséptico pasillo blanco hasta una fila de ascensores. Montamos en el primero, descendimos seis plantas en silencio y salimos a una puerta blindada que requería autorización. Él sacó su tarjeta de plástico y la banda magnética hizo que la puerta se abriera con un clic.

Muerto de curiosidad, entré detrás de mi tío en la sala de control, que era del tamaño de un gimnasio escolar, con paredes de acero y hormigón armado. Frente a varias hileras de ordenadores había hombres y mujeres ataviados con vaqueros, camisas y batas de laboratorio. Toda la pared delantera estaba ocupada por un mapa computarizado del mundo. El Sistema de Vigilancia y Rastreo Espacial, una elaborada matriz pensada originalmente para detectar firmas acústicas de submarinos y actividad de misiles balísticos, localizaba en aquel momento cortes de luz a lo largo y ancho de la fracturada red energética estadounidense.

Nadie se volvió para mirarnos siquiera.

El general señaló el mapa y dijo:

—Las señales verdes son granjas eólicas; las naranjas, conglomerados de paneles solares; las azules, embalses hidroeléctricos. Como puedes observar, su cobertura es bastante limitada. El problema es que no podemos ampliar la red sin los plásticos derivados del petróleo y otras materias primas necesarios para levantar la infraestructura. Producir energía requiere energía, en este caso la que se necesita para reciclar materias primas destinadas a nuevos usos, de modo que damos dos pasos hacia delante y uno hacia atrás.

—¿Y esos destellos rojos?

—Reactores de fusión. Todo está a medio construir. Cuando los tengamos a punto, esta red parecerá un árbol navideño. —Mi tío miró a su alrededor, diría que más pendiente de la esfera azul incandescente del techo que de mí—. El vice debe de

estar terminando su reunión, vayamos a saludarle.

Como un soldado obediente, subí tras él un pequeño tramo de escalera hasta llegar a un patio interior y las puertas de lo que supuse que era una sala de reuniones. Las ventanas de grueso material plástico estaban insonorizadas y tintadas para garantizar la intimidad. El general puso el pulgar en un teclado y la puerta se abrió.

Sentados alrededor de una mesa ovalada había siete hombres y dos mujeres. La mayoría de los que llevaban batas blancas me sonaba; cada científico representaba un sector clave del Proyecto Omega.

El fornido caballero del traje gris sentado en un extremo esbozó una gran sonrisa al tiempo que rodeaba la mesa para darme un abrazo.

—¡Ike! Dime, ¿cómo estás?

—Bien, Lee. Muy bien. ¿O debo llamarte señor vicepresidente?

—De momento, mejor guardar las formas. Date la vuelta, deja que te vea la nuca. Sin decir ni una palabra, hice lo que me pedía.

Cuando volvimos a estar frente a frente, dijo:

—Así que decidiste ponértelo. Yo no habría tenido agallas.

—La operación es bastante sencilla, y los resultados son increíbles. Es como tener internet dentro de la cabeza.

—Si es así, creo que me conformaré con el h-phone. Pero siéntate, hombre, tenemos mucho de que hablar. General Schall, ¿por qué no se encarga usted de ponerlo al corriente?

Mi tío me indicó que tomara asiento en una de las dos sillas desocupadas.

—Esta sala es zona silenciosa, o sea...

—O sea que GOLEM no nos puede oír.

El general asintió.

—Antes de que imagines lo peor, creo que todos cuantos estamos aquí presentes convenimos en que el funcionamiento del ordenador a lo largo de estos veintiún meses ha sido casi perfecto, hasta el punto de que hemos confiado en él para supervisar otros sectores relacionados con la ciencia pero fuera del Departamento de Energía. Y durante el proceso ha ocurrido algo muy interesante. Cuantas más responsabilidades le pedíamos a GOLEM que asumiera...

—... más eficaz se mostraba el ordenador. —Miré a mi alrededor—. Forma parte de su programación adaptativa. ¿A qué sectores se ha vinculado GOLEM?

—Recursos humanos de la Agencia Espacial de Energía, tanto nacionales como internacionales; todas las misiones de la NASA, pasadas y presentes, y el *Hubble*. GOLEM ha estado utilizando el telescopio como una especie de sistema GPS lunar.

—Muy listo. Sin duda, optimizar el uso de tan diversos sistemas sensoriales incrementó la capacidad de GOLEM para resolver problemas, además de su coeficiente intelectual funcional, un ejemplo más de la programación adaptativa del ordenador.

Me interrumpió una de las científicas.

—Doctor Eisenbraun, ¿la programación adaptativa de GOLEM incluye el desarrollo de mecanismos proactivos?

—Desde luego.

—Entonces tal vez pueda usted aclararnos la diferencia entre mecanismos proactivos e independencia cognitiva.

«Oh, oh». Miré en derredor. El resto de los presentes mostraba la misma expresión de desconcierto que debía de tener yo.

—¿Está insinuando que GOLEM ha actuado al margen de su programación?

—No lo sabemos con seguridad —dijo el vicepresidente—, y esa es una de las razones de que te hayamos hecho venir. El doctor Nilsson está al mando del programa de conversión de helio-3. Él te lo explicará.

Thomas Nilsson, de nacionalidad sueca, era el geólogo que había desarrollado el Programa de Análisis de Suelo Lunar de GOLEM.

—Hola otra vez, doctor Eisenbraun. Nos encontramos ante una situación inquietante. Hace cinco meses, su ordenador envió un mensaje de máxima prioridad a todos los departamentos. Entre otras cosas, incluía un análisis químico de muestras tomadas de cada uno de los diecisiete yacimientos de helio-3 que había excavado en la superficie lunar. Según ese análisis, el gas derivado de la mena no era lo bastante puro para generar una reacción de fusión estable; dicho de otro modo, el helio-3 no servía para nada. Como puede imaginar, todos nos sentimos bastante abrumados.

Aquel tremendo contratiempo me hizo gruñir; fue como un puñetazo en el estómago.

—Tantas horas de trabajo..., tanto dinero invertido...

El doctor Nilsson continuó:

—Aún hay más. A partir de datos sacados de viejos archivos de reconocimiento de la NASA, GOLEM localizó una fuente alternativa de helio-3 capaz de proporcionar una reacción de fusión estable y con un rendimiento energético mucho mayor.

—Vaya, eso es fantástico. ¿Y dónde está la fuente?

—Bajo el agua. —Nilsson conectó la mesa inteligente y proyectó un holograma del planeta Júpiter—: En las profundidades del océano helado de una de las lunas de Júpiter, Europa.

Abrí los ojos como platos al ver que las lunas se agrandaban en torno a Júpiter, y el holograma se centraba ahora únicamente en Europa, cuya agrietada superficie parecía una caótica red de carreteras.

—No puede ser —dije—. La tecnología necesaria para llegar a Europa...

—El ordenador lo tuvo en cuenta y diseñó un velero solar para uno de los vehículos de transporte de helio-3.

—¿En serio? Uau. —Intenté que el ego no me distrajera—. Aun así, ¿Europa? Si ni siquiera hemos puesto el pie en Marte. ¿Y en qué datos nos basaríamos para poner en marcha semejante misión?

Thomas sonrió con suficiencia.

—El ordenador reconfiguró los datos descargados de la vieja sonda *Galileo* de la NASA. Unos respiraderos hidrotermales localizados en el lecho marino dispersan el helio-3.

Mi tío se volvió hacia mí.

—La valoración de GOLEM es ciertamente seductora, pero una misión tripulada a la luna de Júpiter tendría un valor económico potencial de unos tres billones de dólares. El caso es que este inesperado revés nos tenía aún en pie de guerra, de modo que ordenamos a GOLEM que siguiera adelante con las prospecciones mientras poníamos a punto una lanzadera y enviábamos a un equipo de científicos a la Colonia Alfa con la misión de examinar los yacimientos. Y ahí fue cuando GOLEM quiso dejarnos claro quién mandaba.

Thomas asintió.

—Su ordenador clausuró todas las excavaciones a cielo abierto en la Luna. Después envió correos electrónicos a ingenieros y especialistas para que se pusieran en contacto con Caltech a fin de iniciar la inmediata construcción de *Oceanus*, un habitáculo submarino tripulado para extraer helio-3 de Europa.

—¿GOLEM diseñó el habitáculo? —Era como estar en la gloria. Que una inteligencia artificial creara de manera independiente un habitáculo para una misión que la máquina misma había concebido... era surrealista. Pero entendía por qué el equipo de Omega estaba tan nervioso—. Después de que cerrara las minas, ¿intentaron anular el automatismo del sistema?

—Naturalmente —respondió la científica—. Pero nada de lo que hicimos tuvo el menor efecto. La interpretación que GOLEM hizo de la situación fue que se limitaba a seguir la maldita norma fundamental que usted grabó en su matriz.

—Proteger y preservar la especie humana... Lo había olvidado por completo.

—Ya. Pues GOLEM, no. Dado que la máquina equipara extraer helio-3 a preservar la especie humana, sus sistemas de defensa contrarrestaron todas las medidas que tomamos.

—Esa fue precisamente la razón de que pusiéramos a un ordenador, y no a un político, al mando del Proyecto Omega. —El hombre que acababa de interrumpir la conversación tenía poco más de sesenta años y una calva incipiente, y trataba de ocultar su barriga bajo una americana de diseño italiano—. Sebastian Koch, de Koch Fusion Industries. Nuestra compañía eléctrica aportó una importante suma a ese proyecto lunar. He hablado del tema con la doctora DeFriend, y ambos estamos de acuerdo en que todo cuanto hace su ordenador es en nuestro beneficio.

—¿Y cómo está tan seguro? —preguntó Thomas.

—Para empezar, porque GOLEM no es un político sino una máquina diseñada para pensar..., para adaptarse. A diferencia de algunos de los aquí presentes, no endulzará el mensaje para conservar el puesto ni se dedicará a defender sus teorías científicas solo para justificar su trabajo. GOLEM clausuró las operaciones mineras

en la Luna porque no quiso malgastar más tiempo, dinero y recursos de KFI sabiendo que los objetivos no se iban a cumplir. Y, al mismo tiempo, localizó otra fuente de helio-3, diseñó el habitáculo requerido para la misión en Europa y, finalmente, reunió al personal necesario para llevarla a cabo con la máxima eficiencia y al menor coste posible.

El vicepresidente Udelsman dio un golpe en la mesa con ambas palmas.

—¿Con qué autoridad está operando GOLEM, señor Koch? La última vez que lo comprobé, era mi oficina la que estaba al mando de la Agencia Espacial de Energía, no su compañía, y tampoco la doctora DeFriend. ¡Y mucho menos un maldito ordenador!

—Ese ordenador está programado para salvaguardar a la humanidad; no necesita su autorización —replicó Koch.

—Calma, señores —intervine en un intento de sofocar el fuego cruzado—. Creo que la pregunta subyacente que debemos contestar es si la evaluación que GOLEM ha hecho del helio-3 lunar es correcta.

—Estoy de acuerdo —dijo mi tío—. La lanzadera lunar debería estar lista la semana que viene, y llevaría a treinta y siete geólogos, dieciséis ingenieros de fusión y otros veinte científicos a la Colonia Alfa. Su trabajo consiste en analizar todas las muestras de suelo lunar recogidas en los dos últimos años y determinar si la evaluación del ordenador es correcta.

—Entonces, ¿qué pinto yo aquí?

El vicepresidente se inclinó hacia delante.

—Estás aquí porque fuiste el principal científico encargado de desarrollar la matriz biológica de GOLEM. Estás aquí porque quiero saber si ese cerebro mecánico trucado tuyo se ha chiflado como pasaba en aquella película, *2001: Odisea en el espacio*... ¿Cómo se llamaba el ordenador, Amanda...?

La civil con el pelo color caoba sentada junto a Udelsman respondió sin levantar la vista de su h-phone:

—Hal.

—Ah, sí. Hal. El trasto aquel se apoderaba de la nave.

Sebastian Koch negó con la cabeza.

—¿De qué tiene miedo, señor vicepresidente? ¿Teme que, accediendo a archivos personales y diseñando un sistema para extraer helio-3 de Europa, GOLEM pueda adueñarse del mundo? Afrontemos los hechos. Usted y sus científicos se equivocaron al pensar que podríamos emplear el helio-3 de la Luna para estabilizar los reactores de fusión. Aunque le resulte duro admitirlo, GOLEM ha paliado ese contratiempo y, gracias a él y a Koch Fusion, dentro de seis años nuestro planeta tendrá suficiente energía limpia y sostenible para hacer frente a las necesidades energéticas de la especie humana durante los próximos mil años, y me quedo corto.

—¿Se tardarán seis años en construir el habitáculo oceánico? —pregunté un poco decepcionado—. No parece muy eficiente para una inteligencia artificial tan

sofisticada.

Sebastian Koch sonrió con suficiencia.

—Para su información, doctor Eisenbraun, *Oceanus* ya está construido. Mientras estamos hablando, la nave va camino de la Antártida junto con la unidad central de GOLEM para realizar seis semanas de pruebas en la barrera de hielo de Ross.

Vale, aquello sí me había impresionado, pero seguía sin responder a mi pregunta.

—General, ¿por qué estoy aquí?

—Estás aquí —se adelantó el vicepresidente— porque, en última instancia, soy yo quien decide si Naciones Unidas se gasta otros veintisiete mil millones de dólares en enviar este maldito ordenador y a su tripulación de doce científicos cuidadosamente seleccionados a un viaje de seis años con destino a Júpiter. Y tú, doctor Eisenbraun, eres la persona más cualificada para asesorarme.

El general se puso de pie.

—Doctor Eisenbraun, quédese aquí un momento, por favor. Al resto de ustedes, gracias por venir. Esta noche les comunicaremos nuestra decisión.

La sala se vació y solo quedaron el vicepresidente, su ayudante y mi tío. Me sorprendí soltando un suspiro de alivio.

—Uf, gracias por invitarme, Lee. ¿Cuántas personas exactamente saben que su futuro profesional depende de mi decisión?

—Demasiadas.

—¿En serio crees que GOLEM está actuando al margen de su programación?

—Según un experto en ordenadores con ADN biológico, esa posibilidad existe.

—¿Quién es ese experto?

—Tú, amigo. General, refrésquele la memoria a su sobrino.

Mi tío activó el modo de reproducción de su h-phone. Era una conversación telefónica grabada hacía unos años. La voz que hablaba con la doctora DeFriend era la mía. «... los sistemas de inteligencia artificial que utilizan algoritmos bioquímicos con complejos sistemas adaptativos poseen el potencial para sobreanalizar internamente sus propias normas fundamentales y crear bucles en circuito cerrado de cadenas de ADN segregadas. Esto puede conducir a una corrupción del sistema en el sentido de que estas pautas de solución sean archivadas como “perfección” y en consecuencia queden ya al margen de una reevaluación rigurosa. La inteligencia artificial valida este nuevo protocolo en un vacío, un estado cognitivo que la mayor parte de los psiquiatras definiría como “ego psicopático”».

Mi tío paró la grabación.

El vicepresidente me miró como si yo hubiera ocultado un crimen.

—Informaste de tus descubrimientos a la doctora DeFriend. ¿Por qué no me lo comunicaste a mí?

—Seguí el protocolo. Monique decidió que los beneficios de la fusión superaban con creces cualquier amenaza potencial de un bucle cerrado.

—¿Tanto esfuerzo te habría supuesto quedarte a resolver ese problema?

—Quien mandaba era Monique. Yo tenía otro asunto importante.

—Ya. Necesitabas crear un biochip que permitiera al usuario masturbarse virtualmente las veinticuatro horas del día.

Cerré los puños, noté que me subía la tensión y no le tiré una silla al segundo de a bordo de nuestro país gracias a los veloces bioajustes de mi MBF.

—Mira, Lee, si resulta que vuestros cálculos sobre el helio-3 eran inexactos, no nos echéis la culpa ni a mí ni al ordenador. Y en cuanto al chip biológico, es mucho más importante para el futuro de la humanidad que la energía de fusión.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Expulsé el aire, sintiendo una euforia repentina.

—Perdona, ¿qué decías? Ah, sí, el MBF. Lee, no creé el biochip para hacer cálculos matemáticos ni para aprender latín ni para sobrestimular los centros cerebrales del placer; lo diseñé para impedir que la mente humana siga sus instintos más primitivos y egoístas. Cuando el portador del chip da muestras de los síntomas fisiológicos asociados a emociones como la ira, el odio y los celos, el MBF hace que el cerebro segregue serotonina, un neurotransmisor que crea una sensación de dicha. Imagínatelo: no más crímenes, no más extinciones por culpa del hombre. Dejé el proyecto Omega porque me interesaba más influir en la evolución del ser humano que en la de la máquina.

—Eso es muy encomiable —dijo mi tío—, pero el vicepresidente y yo necesitamos saber si un bucle lógico en la matriz de GOLEM podría explicar que el ordenador actuara por su cuenta y que por eso detuviera todas las operaciones mineras en la Luna.

—Cabe esa posibilidad. Pero, repito, el proceso que llevó a GOLEM a tomar esa medida tendría que estar basado en su interpretación de su directiva fundamental. Parar las extracciones solo sería una forma de proteger a la humanidad en el caso de que, en efecto, las reservas lunares de helio-3 fueran ineficaces.

—¿Sería posible programar a GOLEM para que falsificara los resultados del helio-3 si interpretara la fusión como un peligro para la propagación de nuestra especie?

—Sí, pero solo si esa conclusión fuera generada por su propia matriz de soluciones.

—¿Conoces a alguien que sea capaz de hacerlo?

—¿Aparte de mí? La doctora DeFriend podría hacerlo, y cualquiera de los ingenieros informáticos de nivel cuatro, que eran una decena. Pero después de haber trabajado con la mayoría de ellos, dudo mucho que quisieran poner palos en las ruedas del proyecto.

—Hace años que no trabajas con esas personas —repuso el vicepresidente—. La energía de fusión tiene detractores y competidores. Lo que quedó de Big Oil ha creado una coalición energética junto con las industrias del carbón y las arenas bituminosas. No des por hecho que Monique DeFriend o ciertos miembros clave de

su personal sean inmunes a aceptar un soborno.

—Vale, entonces esperad a que vuestro equipo vuelva de la Luna con sus propios resultados. No veo dónde está el problema.

—El problema —dijo mi tío— es que los análisis del helio-3 no estarán listos hasta mediados de enero. La próxima ventana de lanzamiento a Europa se abre el 15 de diciembre. Si nos pasamos de esa fecha, habrá que esperar otros diecinueve meses a que la órbita de Júpiter vuelva a alinearse con la de la Tierra.

En un milisegundo, mi MBF calculó la distancia entre ambos planetas, que puede oscilar entre 600 y 960 millones de kilómetros en función de sus diferentes órbitas con respecto al Sol. Absorto en la carta cartográfica subliminalmente desplegada frente a mi visión cerebral, no reparé en que el vicepresidente me miraba con fijeza.

—Perdón. Y no me estaba masturbando mentalmente.

—Ike, estoy convencido de que algún día ganarás el Nobel. Pero estamos ante un grave dilema. Si no lanzamos la misión a Europa y resulta que el ordenador acierta en su valoración del helio-3 lunar, la industria de los combustibles fósiles se hará con el poder y volveremos a lo de 2012, solo que mucho peor. Las arenas bituminosas son mucho más tóxicas que el petróleo en lo que al dióxido de carbono se refiere. Al cabo de menos de diez años se acabaría produciendo un cambio climático incontrolable.

—¿Y si os arriesgáis en diciembre y el helio-3 de la Luna resulta ser satisfactorio?

—Quedamos como un hatajo de payasos y perdemos las elecciones a la Cámara de Representantes, con lo que haríamos peligrar todo el programa energético espacial. Ya hemos visto que el electorado sufre pérdida de la memoria a corto plazo.

—Está bien, ¿y en qué puedo ayudar yo?

El general bajó la voz, quizá no del todo convencido de que la sala estuviese insonorizada.

—Robbie, ha surgido una oportunidad que te permitiría evaluar tanto a GOLEM como al equipo de la doctora DeFriend durante las seis semanas que durará la misión de adiestramiento. Tus observaciones determinarían si lanzamos el habitáculo en diciembre o no.

—¿Y en qué consiste exactamente esa misión de entrenamiento? Koch ha dicho que será en la Antártida, ¿no?

El general asintió.

—Es el único lugar de la Tierra con condiciones similares a las de Europa. El ejercicio comienza por sumergir el habitáculo *Oceanus* en una capa de hielo de más de un kilómetro de espesor y anclarlo al lecho del mar de Ross, ambas operaciones análogas a lo previsto en Europa. Una vez situado el habitáculo, los miembros del equipo se encargarán de ensamblar mecánicamente la nave a una serie de respiraderos hidrotermales. Taponarán los respiraderos y las aguas sobrecalentadas serán dirigidas a través de varias tuberías a una plataforma submarina donde se separarán los gases. En este caso, el dióxido de azufre sustituirá al helio-3. Luego se almacenarán en cisternas para su transporte al buque nodriza.

—Su función —intervino la ayudante del vicepresidente— consistirá en trabajar directamente con GOLEM para evaluar la idoneidad psíquica de la tripulación. —Se puso de pie al tiempo que deslizaba un informe médico sobre la mesa—. Son los resultados de una evaluación psiquiátrica obligatoria a la que se sometieron todos los miembros de la tripulación de Omega cuando GOLEM los seleccionó para ir a Europa. Al revisar los informes, vimos que uno de los hombres del equipo posee un rasgo de personalidad sociopática leve. A nuestro equipo médico se le escapó en primera instancia porque está lejos de ser algo patológico, pero podría exacerbarse por la dureza de trabajar en un habitáculo aislado durante un largo período de tiempo. Dada la gravedad de la situación y los posibles trastornos que podría llevar consigo sustituir a un miembro de la tripulación a estas alturas, la Agencia Espacial estuvo de acuerdo en aprovechar las seis semanas de adiestramiento para valorar clandestinamente si dicho tripulante es capaz de hacer su trabajo bajo presión. Hace dos días introdujimos los datos de la evaluación en GOLEM, pero ocultamos a propósito el nombre del científico. Después le pedimos al ordenador que seleccionara una alternativa entre la lista de suplentes, alguien que pudiera incorporarse a la sesión de adiestramiento como sustituto en potencia para la misión a Europa sin levantar sospechas, pero que tuviera asimismo la capacidad de diagnosticar un posible trastorno psicológico.

Mi tío, el muy capullo, me sonrió:

—Enhorabuena.

—¿Yo...? ¿Se puede saber por qué demonios figuro en esa lista de reservas? ¡Ni siquiera soy astronauta!

—Tampoco lo son la mayoría de los otros científicos. Sin embargo, tú fuiste quien desarrolló el *software* biológico de GOLEM, y además te graduaste con una doble titulación en psicología...

—Es mentira.

La ayudante del vicepresidente me guiñó un ojo.

—Bueno, eso tuvimos que amañarlo. Por suerte, el ordenador se lo tragó. Dentro de dos días usted se reunirá con la tripulación del *Oceanus*. Una vez que se hayan sumergido, tendrá dos semanas para evaluar si existe un posible bucle lógico en GOLEM o determinar si DeFriend o algún otro miembro del equipo sabotó a propósito los resultados del helio-3 lunar.

—¿Dos semanas? Creía haber entendido que la misión de adiestramiento duraría seis.

—La misión en la Antártida será de seis semanas —respondió aquella irritante mujer—. Pero usted pasará las cuatro últimas dormido.

—¿Cómo que «dormido»?

—El viaje hasta la luna de Júpiter durará trece meses, y eso plantea varios desafíos. La exposición a gravedad cero durante un período de tiempo tan prolongado puede redundar en una pérdida importante de densidad ósea y de masa muscular. Por

otro lado, dado que todo el espacio disponible a bordo de la lanzadera solar debe reservarse para transportar el habitáculo *Oceanus*, harán el trayecto bastante apretados. Los programas de adiestramiento de cosmonautas y astronautas demostraron que los efectos psicológicos de estar confinado en un espacio reducido derivaban en brotes depresivos que provocaban divisiones en la tripulación y conducían a enfrentamientos físicos. No se estará tan mal a bordo del *Oceanus* una vez restaurada la fuerza de la gravedad, pero el viaje de ida y vuelta a Europa es especialmente arriesgado. La solución de GOLEM fue poner a los doce astronautas en suspensión criogénica. De este modo, no solo se suprime la presión física y mental del trayecto en sí, sino que nos ahorra combustible al no tener que transportar alimentos y agua para trece meses.

—¿Suspensión criogénica? Ya entiendo... Pero confío, por el bien de la tripulación, en que no se trate de esa técnica de congelación que utilizaban aquellos centros de alargamiento vital hace treinta años. ¿No le congelaron la cabeza a Ted William en uno de ellos?

—Era un proceso completamente distinto, se utilizaba específicamente para congelar a pacientes recién fallecidos a fin de que pudieran ser resucitados en una fecha futura, suponiendo que para entonces su enfermedad ya fuese curable. La suspensión criogénica, o sueño frío, aplicada a seres humanos vivos y sanos es, además de segura, bastante sencilla. Una vez recibidas una serie de inyecciones pensadas para nutrir y preservar internamente los órganos vitales, el tripulante es sometido a sedación e introducido en una cápsula criogénica llena de un gel compuesto de tetrodotoxina. El individuo no envejece ni siente nada; su mente entra en un estado de hipnosis profunda, un nuevo tipo de actividad cerebral ultralenta que hemos bautizado oficialmente como «ondas omega». Por último, la fase de deshielo comprende una serie de pequeños electrochoques y, en el peor de los casos, inyectar epinefrina directamente en el corazón. Por lo que me han dicho, el proceso de hibernación es bastante relajante, como echarse una siesta larga.

El tío David me apretó el brazo como si quisiera darme ánimos.

—El período de adiestramiento de Omega concluirá sometiendo a la tripulación a estasis criogénica durante treinta días. GOLEM controlará todo el proceso y mantendrá las cápsulas dentro de una cámara hermética a bordo del *Oceanus*. En el exterior de la cámara, y fuera del control de GOLEM, habrá una decimotercera cápsula criogénica... para ti.

—General, tiene que ser una broma.

—Es la única forma. Tienes que convencer a GOLEM de que estás preparándote en serio para sustituir al tripulante en cuestión. Si tu ordenador sospecha lo contrario, quién sabe cómo reaccionaría.

—Con el debido respeto, no pienso meterme de ninguna manera en una cápsula criogénica para que un ordenador tuneado me pringue por todas partes y me convierta en una piruleta humana. Ni un día, ni un mes, ni un año.

El general Schall hizo una mueca.

—En ese caso, no nos dejas otra alternativa. Señor vicepresidente, recomiendo oficialmente proceder con Omega. Tendremos que confiar, por el bien de esos doce astronautas y del resto del mundo, en que el ordenador esté funcionando bien y en que los miembros de la tripulación estén bien de la cabeza y no hayan aceptado sobornos de la industria de los combustibles fósiles. Es arriesgado, pero Andria Saxon y el resto de su equipo ya lo sabían cuando aceptaron la invitación de GOLEM para sumarse a la misión.

Noté que me ponía pálido.

—¿Andria es uno de los astronautas de Omega? ¿Mi Andria?

—¿No te ha dicho nada? Bueno, claro, es que era todo alto secreto. Lo siento, hijo. Será mejor que aprovechéis el tiempo que os queda juntos, porque ella no regresará a la Tierra hasta dentro de seis años.

Creo que Europa es el lugar más prometedor de todo el sistema solar en cuanto a potencial astrobiológico.

ROBERTO PAPPALARDO,
científico de la misión Europa en el
Laboratorio de Propulsión a Chorro de la
NASA, 28 de agosto de 2009

Antártida Oriental

25 de septiembre de 2028

Antártida: la región más fría de la Tierra, casi un millón y medio de kilómetros cuadrados de hielo que doblaban su tamaño en invierno cuando los mares circundantes se congelaban hasta alcanzar el metro ochenta de espesor. Con una capa de hielo de una profundidad media de más de un kilómetro y medio, contenía el 70 por ciento de las reservas de agua dulce del planeta. Si ese hielo se derritiera alguna vez, el nivel del mar ascendería unos sesenta metros.

Más extensa que Australia y Estados Unidos, la Antártida también era el continente más alto del planeta; su masa continental estaba desigualmente dividida en dos sectores, el oriental y el occidental, por la cordillera Transantártica, de cien millones de años de antigüedad.

La Antártida Occidental, situada por debajo del extremo meridional de América del Sur, era la menor de las dos regiones y comprendía dos importantes plataformas de hielo y el monte Erebus, un volcán en activo. El calentamiento global era allí una amenaza especialmente preocupante, pues buena parte de su capa de hielo queda por debajo del nivel del mar.

La Antártida Oriental, situada en el lado del océano Índico de la cordillera, ocupaba dos tercios del continente. Se trataba de un montañoso desierto de hielo y era el lugar más frío, más seco y más inhóspito de todo el planeta.

La Antártida no fue siempre un yermo helado; en tiempos, su masa continental fue una zona templada que formaba parte del supercontinente Gondwana. Hace doscientos cincuenta millones de años Gondwana se dividió y, como consecuencia de ello, la Antártida se separó y quedó a la deriva en los mares ecuatoriales. Los bosques de coníferas dominaban la masa continental durante el Cretácico, y en aquel hábitat verde prosperó la población autóctona de dinosaurios.

Hace veintitrés millones de años el continente quedó todavía más aislado al abrirse el Paso de Drake. Las corrientes oceánicas y los movimientos de la placa tectónica se combinaron para empujar a la Antártida hasta su actual ubicación sobre el Polo Sur, donde las temperaturas más frías, atribuidas a un brusco descenso en los

niveles de dióxido de carbono del planeta, diezmaron los bosques y dejaron en su lugar el casquete glaciario permanente que ha cubierto toda la masa continental durante los últimos seis millones de años.

En su órbita alrededor del Sol, la Tierra también giraba 23,4 grados sobre su eje. Desde el equinoccio de primavera, el 20 de marzo, hasta el de otoño, el 22 de septiembre, el Polo Sur se inclinaba alejándose del Sol y sumiendo a la Antártida en una gélida oscuridad durante seis meses. El Sol volvía a finales de septiembre y calentaba el continente hasta el mes de febrero.

Pese al frío extremo, la Antártida albergaba el hábitat alimentario oceánico más fértil de la Tierra; sus mares circundantes formaban una zona de convergencia donde el agua fría se encuentra con las corrientes cálidas que fluyen de norte a sur. Nutriendo la flora y la fauna, los mares antárticos atraían desde gigantescos bancos de kril hasta pequeños grupos de ballenas azules, las criaturas más grandes que hayan habitado nuestro planeta.

El Boeing CH-47 Chinook vibró y traqueteó cuando sus dos motores de 4733 caballos ordenaron a su par de aspas giratorias que elevaran el helicóptero de 10 900 kilos y a su tripulación en el frío aire antártico. Propulsado por una combinación de pilas de combustible de hidrógeno y un codiciado combustible para reactores que se atesoraba en la piqueta de la estación Casey, el transporte militar modificado tenía la autonomía justa para depositar en la isla de Ross a su tripulación, a mi maldito tío y a mí mismo.

Pegué la frente a la escarchada ventanilla del espacio de carga y contemplé el eterno paisaje blanco. Seguí con la vista la sombra del helicóptero mientras cruzábamos Wilkes Land y el MBF proporcionó a mi mente la información necesaria de inmediato:

WILKES LAND: ANTÁRTIDA ORIENTAL.

UN DESIERTO DE HIELO DE CASI CINCO KILÓMETROS DE GROSOR. OCULTO BAJO LA CAPA DE HIELO SE ENCUENTRA EL MAYOR CRÁTER POR IMPACTO DE METEORITO DE NUESTRO PLANETA. DESCUBIERTO POR EL EQUIPO DE SATÉLITES GRACE DE LA NASA, MIDE CERCA DE 500 KILÓMETROS DE ANCHO Y FUE CREADO POR EL IMPACTO DE UN CUERPO CELESTE DE CINCUENTA KILÓMETROS DE DIÁMETRO. LA COLISIÓN TUVO LUGAR HACE APROXIMADAMENTE DOSCIENTOS CINCUENTA MILLONES DE AÑOS Y PROVOCÓ LA MAYOR EXTINCIÓN QUE SE CONOCE, LA DEL PÉRMICO-TRIÁSICO. EL IMPACTO SUPUSO LA DESAPARICIÓN DEL 99 POR CIENTO DE TODA FORMA DE VIDA EN EL PLANETA, PRERREQUISITO EVOLUTIVO QUE CONDUJO A LA PROLIFERACIÓN DE LOS DINOSAURIOS. SE ATRIBUYE A DICHO IMPACTO EL INICIO DE LA FALLA TECTÓNICA QUE ORIGINÓ EL RESQUEBRAJAMIENTO Y POSTERIOR SEPARACIÓN DEL SUPERCONTINENTE DE GONDWANA, QUE DIO PIE A LA FORMACIÓN Y ACTUAL REUBICACIÓN DE LOS SIETE GRANDES CONTINENTES.

Me libré de la sobrecarga de datos con un pestañeo, prefería seguir dándole

vueltas a lo que me había obsesionado durante las últimas veinticuatro horas.

Todo había empezado con una llamada a Andria; la conversación enseguida degeneró en un intercambio de gritos. ¿Cómo había sido capaz de aceptar una misión de seis años a Europa sin decirme nada? ¿Contaba con que la esperara? ¿Cómo reaccionaría ella si hubiera sido al revés?

En plena batalla decidí no comentarle nada sobre mi visita al Pentágono ni sobre el hecho de que me uniría a ella a bordo del *Oceanus* para el adiestramiento de Omega. Tres horas más tarde, cuando volví a llamarla, Andria y sus compañeros de tripulación estaban ya camino del Polo Sur y no había modo de comunicarse con ellos desde el mundo exterior.

Un fuerte viento catabático abofeteó el helicóptero y me sacó de mis cavilaciones. Tres días antes el sol había coronado por fin el horizonte antártico poniendo fin a seis meses de oscuridad invernal. Aunque la luz diurna hubiera vuelto, la primavera no llegaría hasta mediados de noviembre y el deshielo del mar se produciría, por fin, en enero.

—¿Estás bien, Robbie?

Miré a mi tío, que estaba sentado junto a mí. Ambos llevábamos puestos calzoncillos térmicos largos, pantalones de esquiar y botas. Estábamos sentados sobre nuestras gruesas parkas de plumón, pero aun así los duros asientos nos castigaban las nalgas cada vez que botábamos.

—Sí, pensaba en Andria.

—Tu problema es que piensas demasiado. La verás dentro de seis horas. Lo cual me recuerda que te toca otra inyección.

—Ya te lo he dicho, estoy a vuestra disposición para el adiestramiento de Omega, pero paso de que me congelen.

—Y yo ya te he dicho que GOLEM no te dejará subir a *Oceanus* sin un análisis de sangre. Los astronautas de Omega ya llevan un mes de inyecciones. Vas a tener que doblar tus dosis en las dos próximas semanas, justo hasta que se congele a la tripulación. Entonces podrás decirle al ordenador que has determinado que el tripulante en cuestión puede continuar con la misión y que tú dedicarás el tiempo que se suponía que debías pasar en estasis criogénica a ponerte al día con tus lecturas. Así tendrás otras cuatro semanas más para observar a GOLEM.

Mi respuesta quedó sofocada por una nueva oleada de turbulencias. Las violentas rachas de viento ametrallaban el Chinook con partículas de hielo mientras la aeronave volaba rumbo oeste sobre la cordillera Transantártica, hacia la barrera de hielo de Ross.

Formada y alimentada por ocho inmensos glaciares, la barrera de Ross era una capa de hielo de casi mil kilómetros de longitud, ochocientos de anchura y casi un kilómetro de espesor. Este inmenso acantilado blanco, que flotaba sobre el océano Antártico meridional, se resquebrajaba de vez en cuando y enviaba al mar de Ross — que formaba el margen sudoccidental de la barrera— icebergs del tamaño de una

ciudad.

Pasaron ochenta minutos antes de que el transporte militar aminorara la marcha para posarse en la base McMurdo.

Creada en 1955 y ubicada en la península de Hut Point de Ross Island, la base McMurdo era un centro de investigación compartido por científicos de todo el mundo. Esta comunidad, la más meridional de cuantas existen en el mundo, funcionaba como una ciudad en miniatura; disponía de cuatro pistas de aterrizaje hechas de hielo duro, un puerto y más de cien edificios prefabricados, entre los cuales había dormitorios colectivos, una cafetería, un gimnasio, una tienda con casi todo tipo de productos, una estafeta de correos, una barbería, una emisora de radio y televisión, una capilla y un acuario. Los edificios estaban numerados según el orden en que habían sido construidos. Durante los meses de invierno, era frecuente que en McMurdo hubiera más bloques que seres humanos.

El Chinook se estremeció violentamente al aterrizar sobre el hielo perpetuo del helipuerto. Un todoterreno militar acudió al instante. Su eje trasero iba provisto de cintas transportadoras y los neumáticos delanteros habían sido sustituidos por esquís. Una estufa eléctrica, instalada bajo el capó, impedía que se resquebrajara el bloque del motor.

Me ajusté la capucha de la parka, descendí del helicóptero y seguí a mi tío bajo un frío glacial.

Está el frío, el frío que pela y luego el frío que te roe los huesos, que te acojona, que te hace gritar sacadme-de-aquí-de-una-puta-vez. Tres días antes me había subido a un tren propulsado por energía solar en Orlando. Al amanecer, la temperatura allí era de unos agradables 28 °C. Cuando puse el pie en el amanecer antártico, el aire ventoso estaba a -20 °C. Sobre mi cabeza, un cielo azul cobalto salpicado de levísimas vetas de un tono verde neón. Las partículas cargadas de la aurora boreal parecían deslizarse como culebras hacia el Erebus, el volcán de 3600 metros de altura que se elevaba por el este.

Un viento ululante sacudía el complejo; me escocían las orejas y se me empezaron a cristalizar las lágrimas en los ojos. El calor del todoterreno era el único refugio, de modo que hice entrar a mi tío de un empujón en la parte de atrás y luego me senté a su lado. Cuando cerré la puerta de golpe, el invierno que se batía en retirada en aquel continente pareció enmudecer. Me temblaba todo el cuerpo.

El conductor iba embutido de pies a cabeza en un mono protector con calefacción interna. Antes de volverse hacia nosotros, se quitó la mascarilla y dejó al descubierto una buena mata de pelo color paja y unas mejillas coloradas.

—Comandante Phillip Gazen. Bienvenido a la nevera, general. Tengo instrucciones de llevarlos a usted y su sobrino al centro Crary para una sesión informativa.

—¿Dónde está el resto del equipo Omega? —pregunté.

—Dos de sus componentes, un hombre y una mujer, están haciendo trabajo previo

en los laboratorios; el resto se encuentra ya en el lugar de despliegue, cincuenta y nueve kilómetros al noroeste. Allí la capa de hielo es de un kilómetro y medio de espesor y el viento catabático es tan frío que puede convertirte las pelotas en un par de cubitos de hielo en menos de dos minutos. Disfruten de las temperaturas tropicales de McMurdo mientras puedan. Pronto experimentarán qué significa exactamente el frío antártico.

«Genial...».

El conductor dirigió el ruidoso vehículo hacia el centro del recinto y el Centro de Ciencia e Ingeniería Crary, que contaba con las mayores instalaciones de la isla. Constaba de tres bloques prefabricados unidos por un largo pasillo que en total ocupaban 4300 metros cuadrados de espacio de trabajo.

El comandante Gazen aparcó en lo alto del cerro delante de la entrada del primero y mayor de los tres bloques rectangulares del centro Crary, un edificio de dos plantas elevado sobre varios pilares un metro y medio por encima de sus cimientos de piedra.

—Bienvenidos a Crary. Este edificio es Fase I. La sesión informativa tendrá lugar dentro de cuarenta minutos en la sala de reuniones de Fase II; solo tienen que seguir la rampa larga hasta el bloque vecino. Considérense en su casa, caballeros; les hemos dejado bocadillos y café en la biblioteca del piso superior. Ah, y otra cosa: debido al clima seco y ventoso, no se permite fumar ni encender velas o quemar incienso en ningún punto de la base. Los veré después.

—Espere, comandante. ¿Dónde puedo encontrar a la mujer del equipo Omega?

—Ni puñetera idea. Pruebe en el servicio de señoras.

Cerré de un portazo para ahogar la carcajada de Gazen y me apresuré a seguir a mi tío por la rampa de hormigón que conducía a las puertas herméticas del centro Crary.

Por dentro, Fase I parecía un hospital moderno pero sin el olor a enfermo. El pasillo estaba alicatado en blanco y los marcos de las puertas eran de color rosa. Había laboratorios, salas de material, despachos... Todo estaba abierto, pero no había ni un alma.

—Como una ciudad fantasma —murmuré.

—Ha salido el sol, pero siguen faltando cuatro meses para que el mar de Ross sea navegable —me explicó mi tío—. Apuesto a que hay menos de cien personas en todo este lugar. Tengo que encontrar un lavabo.

—Y yo, a Andria.

Me separé de mi tío y seguí el pasillo principal hasta que llegué a una rampa larga que ascendía hasta el bloque conocido como Fase II. Estaba dividido en dos secciones, una de Ciencias de la Tierra y otra de Ciencias Atmosféricas. Entré en esta última y recorrí a toda prisa un laberinto de oficinas, me perdí al poco rato y acabé yendo a parar a una especie de vestíbulo con una puerta cerrada al fondo.

En la placa ponía TELESCOPIO. Oí voces al otro lado de la puerta y entré.

La sala estaba oscura, la única iluminación provenía del resplandor fluorescente de cuatro pantallas de ordenador montadas en formación escalonada por encima de una compleja estación de GPS. Un hombre de pelo canoso que aparentaba setenta y muchos años trabajaba en el terminal mientras conversaba con alguien por un teléfono fijo.

—... según la última serie de imágenes, Arthur, la magnitud absoluta de 1997 XF11 ha cambiado. O bien el asteroide es mucho más grande de lo que pensábamos o su trayectoria se alteró al pasar junto a Júpiter. Quiero que Carol y tú recalculéis el error eclipse de la aproximación del 26 de octubre.

Colgó el teléfono e hizo girar su butaca.

—¿Más visitas? Esto se está poniendo de bote en bote. Lowell Krawitz, de la Unión Astronómica Internacional.

—Robert Eisenbraun. ¿Por casualidad alguna de las otras visitas ha sido una mujer? Cabello negro. Tipo atlético. De mi edad, más o menos.

—La última vez que la vi estaba trabajando en el acuario. Siga el pasillo hasta Fase III.

—Gracias. Entonces, ese asteroide... ¿pasará muy cerca de la Tierra?

—Bueno, «cerca» depende de la perspectiva. No nos tocará por algo menos de quinientos mil kilómetros, la distancia entre nosotros y la Luna, aproximadamente. No supone una amenaza, pero es un pedrusco mucho mayor de lo que esperábamos, así que le estamos echando un vistazo por si las moscas.

—Que se diviertan.

Al salir me di cuenta de que continuaba perdido. Entonces me acordé de mi MBF e hice que el biochip accediera al plano del centro Cray. Segundos después, el GPS interno me sacó de Fase II y me guio hacia el pasillo principal.

«¿Masturbación mental? Imbéciles...».

Descendí por otra larga rampa, crucé más puertas herméticas y entré en el más pequeño de los tres edificios.

El acuario era más un lugar de investigación que de exposición. En su recinto de más de 600 metros cuadrados había un acuario interactivo, cinco grandes tanques ovalados, neveras y cámaras frigoríficas inmensas, terminales de trabajo y varios laboratorios.

Me dio un vuelco el corazón. Estaba de espaldas a mí, frente a un acuario de doce mil litros de agua salada. Su cuerpo de ánfora estaba cubierto por una sudadera amarilla y azul marino de la Universidad de Delaware y un pantalón de chándal a juego. Ya no llevaba reflejos azules en el pelo azabache, que me pareció más largo que cuando nos habíamos abrazado por última vez hacía cuatro semanas.

—Hola, guapísima.

Al volverse se topó con mi beso; le sondeé la boca con la lengua, y tanto mis labios como su olor me alertaron, demasiado tarde, de que acababa de morrearlo con

la mujer equivocada.

Ella borró cualquier asomo de duda que pudiera quedarme con una fuerte bofetada.

Retrocedí con el corazón acelerado.

—Ay, Dios, cuánto lo siento. Perdón, la he confundido con otra persona.

—Sí, claro. —Era bastante guapa, una especie de Andria en versión oficinista, solo que mucho más convencional que mi aguerrida cazadora—. Voy a llamar a seguridad.

—Cálmese. Formo parte del equipo de adiestramiento. Soy uno de los suplentes. Me llamo Robert Eisenbraun.

Su ira se transformó en una sonrisa.

—Eres Ike. Has pensado que era Andria.

El alivio rebajó el rubor de mis mejillas.

—¿La conoces?

—Simplemente hemos pasado los últimos ocho meses trabajando juntas. —Me tendió la mano—. Lara Saints, bióloga marina. Perdona el sopapo.

—Perdona tú el beso.

—No, el beso ha estado bien. Quizá un poquito menos de lengua la próxima vez. Entiendo que Andie no sabe que has venido.

—Digamos que es una sorpresa. ¿Sabes dónde está?

—Está en la zona de lanzamiento, con los demás. Yo me he quedado porque tenía que preparar a mis amiguitos para la zambullida de mañana.

Señaló hacia el acuario.

Me pareció que dentro no había nada, salvo un poco de coral con motas marrones.

—¿Ahí hay algo?

—Fíjate.

Con unas tenacillas, Lara sacó un cangrejo vivo de un cubo de plástico. Luego recorrió los pestillos de la tapa de plástico del acuario y dejó caer el crustáceo al agua.

Como por arte de magia, los laterales del coral se convirtieron en sendos pulpos que pasaron de tener la piel marrón y moteada a volverse de un rosa translúcido.

—Uau, a eso lo llamo yo camuflaje.

—Te presento a Oscar y Sophia. Ambos pertenecen a la especie *Megaleledone setebos*, que en latín significa...

—«Los que nunca abandonan su casa» —dije tratando de impresionarla—. Y ¿dónde está esa casa?

—En el Polo Sur, aquí mismo. Todos los pulpos de la era moderna proceden de una misma especie de cefalópodo antártico que habitó en estas aguas hace unos treinta y tres millones de años.

—¿Y cómo pudo evolucionar una sola especie hasta convertirse en muchas con tanta rapidez?

—Pura adaptación. Al congelarse la Antártida, la mayoría de los cefalópodos buscó otros entornos marinos y su fisiología fue evolucionando para adaptarse a sus nuevos ecosistemas. Cada cambio derivó en nuevas especies de pulpos. Oscar y Sophia nacieron en aguas abisales; su adaptación fisiológica consistió en abandonar sus bolsas de tinta.

—¿Les molesta la luz? Parece como si entornaran los ojos.

Lara se rio.

—No son ojos, solo pliegues de la piel. En realidad los ojos están en los costados.

—Tienen tu misma sonrisa.

—Eso no es una boca, sino una especie de estampado muy común.

—¿Por qué está cerrada con pestillo la pecera? ¿Temes que alguien pueda robártelos?

—Lo dudo. Aquí donde los ves, son unos grandes escapistas; pueden meterse por un agujero del tamaño de tu puño. Los cefalópodos son muy listos. Mira.

Con las tenacillas, sacó otro cangrejo vivo del cubo y lo puso dentro de un tarro con agua salada. Los dos pulpos parecían nerviosos; sin duda observaban a Lara mientras la mujer enroscaba con fuerza la tapa del tarro. Cuando vi que cogía otro recipiente y otro cangrejo, empecé a sentirme culpable.

Lara introdujo los dos tarros cerrados dentro de la pecera y los cefalópodos se dividieron inmediatamente el botín sin perder ni un momento en intentar abrir la tapa de sus respectivos recipientes. Pocos segundos después, aquellos dos seres translúcidos se habían aposentado encima de ellos y conseguían abrirlos aplicando a las tapas las potentes ventosas de sus ocho tentáculos.

—Muy listos —dije verdaderamente asombrado—. ¿Se le puede hacer un test de inteligencia a un pulpo?

—Imagino que sí, pero estaría basado en nuestra limitada definición de inteligencia, no en la suya. Después de trabajar durante los últimos cuatro años con cefalópodos, puedo decir que estos animales poseen personalidades bien diferenciadas, que reconocen a los humanos y que reaccionan de forma distinta ante cada individuo. He visto a cefalópodos en libertad construir santuarios con cáscaras de coco y apilar piedras frente a la boca de su refugio con el único propósito de ahuyentar a los depredadores.

—Una pregunta que me parece interesante: ¿crees que los pulpos tienen alma?

—Eso es mejor que se lo preguntes a Dharma, que es la budista del grupo. Lo que sí sé es que tienen tres corazones, todos alojados en la cabeza, y que su cerebro está situado muy cerca de la boca. Espera, esto te va a gustar.

—No pretenderás torturar a otro cangrejo, ¿verdad?

Pasando por alto mi comentario, Lara sacó una botella de plástico vacía de un cubo de reciclaje, la lavó, la llenó de agua salada y la introdujo en la pecera, donde fue hundiéndose hacia el fondo.

Oscar la interceptó (bueno, supuse que se trataba de Oscar), pero, en vez de

tocarlo, el pulpo macho creó un potente chorro de agua para empujar así el envase hacia Sophia. Minutos después, los dos cefalópodos estaban enfrascados en lo que podría describirse como un partido de béisbol a dos.

—Increíble.

—Que sean juguetones es otra señal de inteligencia —explicó Lara—. Lo que diferencia a los pulpos de otras formas de vida superior es que son seres solitarios ya desde su nacimiento. Los humanos y los chimpancés, los perros y los delfines, aprenden de otros miembros de su manada. En cambio, el cefalópodo tiene que adquirir los conocimientos necesarios para sobrevivir por sí mismo.

—Algunos de nosotros sobrevivimos así a la Gran Mortandad. —Miré el reloj que había en la pared. Eran las 18.05—. Uf, llego tarde a la reunión. Encantado de... bueno, de conocerte.

Me guiñó un ojo.

—Hasta pronto.

Salí del acuario y eché a andar a toda prisa por el pasillo que conectaba Fase III con Fase II. Dirigido por mi biochip, localicé enseguida la sala de reuniones, llamé con los nudillos y entré.

Mi tío estaba sentado a una mesa holográfica con forma de donut, enfrente de un científico con una incipiente calva que daba la impresión de tener sesenta y pocos años. El hombre lucía una barba de un tono canela rojizo. El general me lanzó una mirada molesta, como si mi tardanza se hubiera debido a un polvo rápido con mi novia.

—Siento si esta reunión ha interrumpido tu vida social.

—No era ella.

—Doctor Robert Eisenbraun, te presento al doctor Donald Bruemmer, uno de los doce de Omega. El doctor Bruemmer es el químico de materiales que GOLEM puso al mando de la construcción de *Oceanus I* y *II*. Para evitar confusiones: *Oceanus I* es el prototipo que utilizamos en la misión de adiestramiento, mientras que *Oceanus II* es el módulo lunar que será remolcado por la lanzadera espacial y desplegado en Europa. El doctor ha demorado su presencia en el lugar de las pruebas con el único objetivo de ponerte al corriente.

El alemán me miró con desdén.

—Como ya le he dicho al general, no me gustan las sorpresas. Hasta ayer no me informaron de su presencia en la misión de adiestramiento.

El MBF me proporcionó al instante una réplica ensayada:

—GOLEM quería que un suplente se sometiera al adiestramiento, por si acaso. Si el habitáculo fuera más grande, seguro que habría dos más, aparte de mí.

—Menos mal que no lo es. —Bruemmer tocó un mando y una imagen holográfica de *Oceanus* apareció sobre el agujero central de la mesa—. Esto es *Oceanus I*. Idéntico al habitáculo que transportaremos a Europa, salvo en que la cámara criogénica de *Oceanus II* irá a bordo de la lanzadera, para disponer así de más

espacio vital. Como puede ver, el diseño es esférico; de este modo el vehículo tiene la fuerza compresiva óptima para mantener la integridad estructural a grandes profundidades. *Oceanus* llevará una cubierta de tres palmos de grosor compuesta de aerogel, el material sólido más ligero y de menor densidad jamás fabricado. El aerogel se produce eliminando todo el líquido del gel de sílice, pero dejando intacta su densidad molecular.

Para ilustrar sus palabras, Bruemmer sacó del bolsillo de su bata un pedazo de aerogel del tamaño de un cubito de hielo.

—Si examinara el aerogel con un microscopio, vería billones de nanopartículas de dióxido de sílice interconectadas en un laberinto poroso compuesto fundamentalmente de aire. El material es increíblemente denso. Si aplastáramos este cubito, ocuparía todo un campo de fútbol. Sin embargo, a pesar de su densidad, toda la estructura del *Oceanus*, con sus tres niveles y sus cuarenta y cinco metros de diámetro, pesa poco más de veinte toneladas. La NASA utilizó esta sustancia como aislante térmico, y es ideal para las condiciones de frío extremo tanto del espacio como del mar de Europa.

»Para localizar, extraer y segregar helio-3 de los respiraderos hidrotermales de Europa, GOLEM ha ideado un tubo de vacío de aerogel poroso compuesto de fluoróforos sensibles al helio-3. Una vez acoplado a un respiradero, el tubo redirigirá el vapor generado por las aguas supercalentadas hacia una turbina que proporcionará energía a *Oceanus* mientras los fluoróforos se rompen y separan el helio-3 del resto de la emisión. Es realmente ingenioso.

—Esas fumarolas están situadas en el lecho marino. ¿Cómo espera GOLEM que esta gigantesca pelota de playa atraviese doce kilómetros de hielo?

Bruemmer señaló los cuatro brazos de la esfera.

—Además de servir de base, cada uno de estos soportes contiene cohetes gemelos, con un tubo de escape apuntando hacia abajo y el otro hacia arriba. Cada motor tiene combustible suficiente para derretir cincuenta kilómetros de hielo. Con los cuatro cohetes encendidos, se podrá abrir una especie de hueco de ascensor en la placa de hielo.

El científico cambió la imagen y apareció un plano del interior de la esfera.

—Como puede ver, *Oceanus* tiene tres cubiertas principales. El nivel inferior sirve para recoger y almacenar el helio-3. También alberga la central eléctrica del habitáculo, un pequeño reactor nuclear.

—¿No ha dicho que *Oceanus* funciona con el vapor generado por los respiraderos hidrotermales?

—Así es, pero necesitamos un sistema de reserva. No ponga esa cara, es la misma unidad que se utilizaba en los viejos submarinos de ataque clase Los Ángeles. En caso de emergencia, el núcleo puede echarse por la borda.

—¿Y qué son esas cuatro esferas más pequeñas?

—Sumergibles que hacen también las veces de tanques de escape. Hay asimismo

un dispositivo de egresión, aunque no sé si serviría de mucho; el agua estará helada y a esa profundidad es imposible sobrevivir. —Señaló la cubierta central, que era la mayor de las tres—. El segundo nivel cubre las necesidades de la tripulación. Todo el mundo tiene su propio aposento privado con cuarto de baño individual. Hay una cafetería, una cocina, un arboreto para convertir el CO₂ en oxígeno, una planta de ósmosis inversa que convierte el agua salada o lo que sea que haya en Europa en agua pura, y múltiples zonas de almacenamiento. Este recinto de aquí se utilizará como área de entretenimiento en *Oceanus II*; en *Oceanus I* hemos tenido que utilizarlo para colocar las cámaras criogénicas. Solo nos han cabido las doce previstas; la suya ha tenido que situarse en otra zona.

—Espero que no sea en la lavandería.

El general señaló un conducto vertical que atravesaba el núcleo de la esfera.

—¿Qué es eso? Parece un hueco de ascensor.

—En realidad, es una cámara estanca donde va la unidad central de GOLEM. Bien, si me disculpan, he de hacer varias cosas antes de que nos marchemos al lugar de la inmersión. El comandante Gazen nos recogerá frente al centro Crary dentro de cuatro horas. Preséntense en la zona de equipamiento de este mismo edificio con una hora de antelación para que podamos suministrarles el material adecuado. Según mi última comunicación con el capitán Read, allí están a -38 °C debido al viento glacial.

Una parte de mí deseó renunciar a aquella misión de inmediato; pero la presencia de mi media naranja en aquel témpano a -38 °C me impidió cambiar de opinión.

«Qué cosas hacemos por amor...».

Dios, concédeme serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar las que sí puedo cambiar y sabiduría para distinguir entre unas y otras.

REINHOLD NIEBUHR,
«La oración de la serenidad»

Zona de adiestramiento de Omega
59 kilómetros al oeste de la estación McMurdo
Barrera de hielo de Ross

—La temperatura más baja registrada aquí fue de -89 °C en 1983. —El comandante Gazen tuvo que gritar para hacerse oír por encima del ruido de los rotores mientras el helicóptero sobrevolaba la capa de hielo—. Procuren no llevar la ropa demasiado apretada; el aire entre capa y capa les servirá de aislante.

Le hice un gesto de aprobación con el pulgar desde el asiento del copiloto, más que nada porque era la única extremidad que podía mover en aquel momento. Iba envuelto en más capas que una cebolla, empezando por la muda térmica de manga y pernera largas (todo tan ceñido que hacía que los calzoncillos se me metieran por la raja del culo) y continuando por los pantalones y el jersey de forro polar, todo ello embutido en una especie de mono pensado para protegerme del viento. Dos pares de calcetines, dos pares de botas (con la capa exterior provista de goma aislante), unos guantes apretados debajo de unos mitones largos hasta el codo, bufandas, gorro doble, gafas ahumadas... Ni un solo centímetro de carne al descubierto. Estaba sentado sobre mi parka de plumón; me habían dicho que esperara hasta que aterrizáramos para ponerme aquella última capa protectora.

Abajo, el helado desierto blanco se me antojaba tan inhóspito como infinito.

Más o menos del tamaño de Francia, la barrera de Ross era el mayor volumen de hielo flotante del planeta. Vista desde el mar de Ross, que la limitaba al sur, la plataforma recordaba a los acantilados de Dover, una imponente muralla blanca de sesenta metros de altura.

Moviéndome como un robot, dirigí la vista hacia el horizonte, donde la aurora boreal parecía una radiante guirnalda verde y blanca en el cielo. Más arriba, unas nubes como de nácar danzaban doradas en una estratosfera azul plomo, y sus ondulantes formaciones reflejaban el amanecer como una marea etérea.

El comandante señaló al frente. En el blanquísimo paisaje divisé un convoy de vehículos eléctricos y camiones propulsados por baterías enganchados a lo que, según nuestro piloto, eran unos remolques para clima extremo. En medio de la caravana, alzándose cinco pisos de alto sobre el lecho de hielo como un gigantesco globo

reflectante, estaba *Oceanus I*.

El comandante Gazen aminoró la marcha y descendimos rápidamente sobre una X verde pintada en el hielo hacia el oeste. El aparato botó dos veces antes de posarse, pero al momento una ráfaga de viento de cincuenta kilómetros por hora estuvo a punto de hacerlo volcar.

—¡Abajo! —vociferó Gazen.

Con las parkas puestas, los cuatro salimos apresuradamente del helicóptero. El intenso frío atravesó como una guadaña mis numerosas capas de ropa mientras intentaba avanzar por el hielo. Bruemmer se puso en cabeza y señaló hacia un remolque de doble anchura. Una banderita naranja adornada con la letra griega omega en color blanco señalaba el puesto de mando.

El alemán abrió la puerta con esfuerzo para que entrasen Lara Saints y el general Schall; luego me hizo señas para que me diese prisa.

Lo ignoré, pendiente de una figura oscura que yacía inmóvil en el hielo a unos sesenta metros de distancia. Señalé con el dedo y luego medio corrí y medio patiné en dirección a ella abriendo algún que otro agujero con los dientes de acero de mis botas en la llanura helada.

Bruemmer hizo un gesto de desesperación para darme por imposible y se metió en el remolque.

Al acercarme, me pregunté si estaba alucinando.

La mujer era asiática, de unos treinta y tantos años. Estaba tumbada sobre una esterilla de goma y vestía un traje de neopreno y unas botas, todo en negro. Pese a estar expuesta a los duros elementos antárticos, su rostro permanecía sereno; la melena castaña oscura, que le llegaba hasta la cintura, restallaba al viento como una bandera. Tenía los ojos cerrados. Vi que no se enfrentaba a los elementos; por cursi que pueda sonar, parecía estar integrada en ellos.

Y lo más raro de todo era que su cuerpo despedía vaho, calor autogenerado que los aullidos del viento dispersaban luego con violencia.

Indeciso sobre si debía marcharme o despertarla, simplemente me quedé mirando.

Mientras la observaba, su serenidad dio paso a una expresión de asombro. Los ojos almendrados se abrieron de golpe, solo para quedar cegados al momento por el viento gélido. El combustible que había estado alimentando su caldera interior pareció agotarse, pues de pronto fue como si estuviera desnuda frente a los elementos, su mente presa de la hipotermia.

Rápidamente me quité la parka y cubrí con ella el frágil torso de la mujer. Después de colocarle la capucha, la levanté enrollada en el chaquetón y me la llevé hacia el remolque. Yo quedé expuesto a un frío que amenazaba con paralizar mis músculos rígidos.

La puerta del remolque se abrió y mi tío nos hizo entrar enseguida.

Depositó a la ninja de la nieve en un colchón de lana; su cuerpo inerte, de unos cincuenta y cinco kilos, parecía el de una marioneta sin cuerdas. Estaba temblando y

tenía los labios morados.

Lara la cubrió con una manta eléctrica mientras que mi tío cogía un intercomunicador de su cargador de baterías.

—Aquí el general Schall. Tenemos en el remolque de mando a un miembro de la tripulación con problemas. Necesitamos asistencia médica.

Bruemmer resopló.

—No se apure, general, lo hace muy a menudo. Estos budistas están chiflados, creen que pueden desafiar las leyes de la termodinámica.

Estreché los dedos casi congelados de la mujer entre mis manos e intenté activar su circulación sanguínea.

—Lara, ¿quién es?

—Se llama Dharma Yuan. GOLEM la asignó a *Oceanus* como psicoterapeuta del equipo.

—Un derroche de comida y material, si quieren saber mi opinión. —Bruemmer se sirvió una taza de chocolate y la calentó en el microondas—. ¿Para qué diablos queremos una psicoterapeuta?

Lara le lanzó una mirada asesina.

—Seis años lejos de la Tierra, metidos en un habitáculo de mil metros cuadrados con otras once personas... Puede que yo necesite una psicoterapeuta para no matarle. —Pasó con brusquedad junto al científico cascarrabias, le cogió la taza humeante y se la puso en los labios a la asiática—. Dharma, bebe un poco, entrarás en calor.

El general terminó de hablar con alguien por radio.

—Hay un furgón en camino para llevarlos a los cuatro a *Oceanus*. A Dharma la atenderán una vez a bordo.

—¿Tú no vienes?

—No, Robbie. Los motores de *Oceanus* están encendidos y ya ha empezado la cuenta atrás para la inmersión. Me quedaré en McMurdo hasta mañana. Luego me marchó a Australia seis semanas, hasta que emerjáis.

—Tías buenas y mucha playa, ¿eh?

—Reuniones de energía. Debo explicar a las Naciones Unidas por qué los mejores ingenieros del mundo han sido enviados a la Luna para una cumbre de emergencia sobre la fusión.

Se oyó el claxon de un vehículo en el exterior. Dos enfermeros entraron en el remolque con un saco térmico de emergencia. Metieron dentro a Dharma y luego se encaminaron hacia el furgón, seguidos por Lara y el doctor Bruemmer.

Mi tío David me agarró de la muñeca.

—Ya has visto cómo se las gasta Bruemmer. No olvides que la mayor parte de la tripulación lleva más de un año trabajando junta. Recelarán de ti. ¡Perfecto! Pisa unos cuantos callos. Si alguno o varios de los tripulantes nos han vendido a la industria del carbón, quiero saberlo.

Nos dimos un abrazo y luego me puse la parka, salí del remolque y me encaramé

al asiento de atrás del furgón.

El vehículo, alimentado por baterías, dejó atrás varios remolques y cuatro depósitos de combustible provistos de patines y marcados con la etiqueta COMBUSTIBLE PARA COHETES: INFLAMABLE. Más adelante estaba *Oceanus I*, una bola de cristal enorme en la que se reflejaba, invertido, lo que había a su alrededor; con sus cuatro patas de doble articulación, la estructura parecía una araña gigante. Al aproximarnos a uno de dichos soportes, altos como silos, advertí que la parte superior y la inferior de cada apéndice vertical estaban carbonizadas.

El furgón se detuvo frente a una grúa móvil cuyos escalones térmicos de aluminio conducían a un portal situado en el tercer nivel del habitáculo. Un paramédico cargó con Dharma escaleras arriba.

Esperé un poco y luego seguí a los demás hasta el interior de *Oceanus*.

—¡Uau!

La vista panorámica de 360 grados era asombrosa, como meterse en una pecera gigante. Doce sillones de piel, equipados con arneses y mesas ajustables, estaban colocados por parejas mirando hacia la superficie de aerogel. En lo alto, el firmamento se había rendido a la aurora, que recorría el azul infinito como un río de menta verde. Abajo y alrededor, el campamento se había movilizó: furgones, remolques y depósitos de combustible formaban un convoy que sabía que iba a reagruparse varios kilómetros más al este.

Me forcé a dejar de contemplar la vista para echar un vistazo al resto de la sala. Alzándose por las paredes como las líneas de los paralelos en un globo terráqueo, había seis contrafuertes tubulares. Eran vigas acrílicas y huecas de un metro y medio de diámetro que seguían el techo curvo hasta confluír en el centro en un pozo vertical.

La columna central tenía una circunferencia de tres metros. Compuesto de aerogel, el tubo transparente estaba lleno de un fluido de color naranja, más parecido al aceite que al agua.

Mientras lo observaba, un objeto redondo ascendió flotando por el hueco como un grumo de cera en una lámpara de lava. Era una esfera acrílica y su interior estaba lleno de un líquido claro y viscoso, pero aparentemente menos que lo que había en el hueco.

El objeto subió hasta quedar a la altura de mis ojos, y entonces pude ver sus entrañas y, en consecuencia, identificarlo.

«GOLEM...».

Puesto que los ordenadores convencionales fueron ideados para realizar un solo cálculo a gran velocidad, su actuación siempre estuvo limitada por el número de transistores que podían caber en un único chip de silicio de circuito integrado. Ahora tenía ante mis ojos una supercomputadora bioquímica, un salto evolutivo en el mundo de la tecnología. En vez de utilizar el sistema binario, donde el valor 1 indica un estado *on* y el valor 0 un estado *off*, la supercomputadora empleaba cadenas

codificadas de ADN para producir al instante miles de millones de soluciones potenciales y mejorar así el rendimiento simultáneo de un billón de chips de silicio.

La creación artificial más sofisticada jamás creada me observó desde múltiples ángulos: una cámara dentro de su esfera, las otras montadas en la cubierta abovedada.

Mi primera impresión de la máquina que yo había diseñado y programado para después abandonarla antes de su verdadero nacimiento fue que GOLEM parecía un gigantesco globo ocular flotante. En el centro exacto de su esfera había una masa negra, una especie de pupila con un diámetro similar al de una pelota de baloncesto. La membrana gelatinosa y porosa, que funcionaba como el núcleo de una célula, estaba llena de trifosfato de adenosina, una sustancia que las células humanas emplean en el metabolismo para transportar energía química.

En una supercomputadora bioquímica no había circuitos ni dispositivos mecánicos que enchufar. Girando dentro del elixir enzimático de la esfera y, ocasionalmente, atravesando la superficie porosa de aquella especie de globo ocular, había decenas de millares de hebras de quince centímetros de longitud, finas como alambres. Compuestas de ADN, cada una de aquellas cadenas de doble hélice tenía capacidad para almacenar miles de millones de veces más datos que un chip convencional de silicio y siempre empleaba para ello una cantidad de energía mucho menor. Codificados por colores con combinaciones únicas de verde lima bioluminiscente, naranja fosforescente, rosa neón y azul eléctrico, los nucleótidos y aminoácidos pasaban continua y perpetuamente a través de la membrana semipermeable de la masa negra. Cada salida generaba una diminuta chispa eléctrica que alimentaba decenas de millares de computaciones en un proceso que imitaba las reacciones químicas que tienen lugar en las células humanas.

—Vaya, el hijo pródigo ha vuelto para ver a su criatura.

Monique DeFriend llevaba puesto un ceñidísimo mono azul Francia; los atributos físicos de la pelirroja estaban tan a la vista como los del ordenador.

Me di la vuelta para mirar a mi antigua jefa, preparándome para uno de nuestros habituales duelos verbales.

—GOLEM no es mi criatura. En el proyecto trabajamos treinta científicos.

—El diseño que seleccionamos para la matriz de ADN fue el tuyo; yo diría que eso te convierte en su padre.

—Entonces ¿debo suponer que tú eres la madre?

—Faltaría más.

—¿Te quedaron estrías después del parto? Imagino que sí.

Los ojos avellana de Monique bailotearon; la sonrisa se le quedó congelada.

—Estás aquí para hacerme una pregunta. Hazla y vete.

—De acuerdo. ¿GOLEM ha evolucionado hasta volverse independiente?

—Eisenbraun, deberías saber que toda evolución implica adaptaciones a largo plazo. GOLEM está aprendiendo, reorganizando sus cadenas de soluciones algorítmicas, que se hacen microscópicamente más largas cada vez que atraviesan su

matriz de soluciones. Cuanto mayor es la longitud de las cadenas, más experiencia adquiere el ordenador. No creo que a eso se le pueda llamar evolución.

Dio una vuelta alrededor de la columna como una madre orgullosa.

—¿Qué opinas? Debes de sentir cierta satisfacción aunque al final abandonarás el proyecto.

Pasé por alto la pulla.

—Es más grande que en mi diseño. ¿Por qué es tan voluminoso su recipiente de enzimas? GOLEM tardaría cien años en utilizar el 10 por ciento de ese espacio para soluciones.

—Es una cuestión de memoria, Eisenbraun. Piensa en el *software* de reconocimiento de voz de GOLEM, por ejemplo. Comprender y asimilar los matices del habla humana, con sus dialectos, sus inflexiones y en algún caso sus defectos, requiere enormes almacenes de memoria. Lo mismo ocurre con su *software* óptico, que solamente en este habitáculo está conectado a treinta y dos cámaras. Luego está el *software* de movimiento y los apéndices robóticos..., una auténtica pesadilla para un programador. Al final vimos que cuanto mayor fuera el espacio libre para soluciones, mejor maduraría una cadena de ADN. Es como en un acuario: cuanto mayor sea la pecera, más podrán crecer los peces. Esa fue la verdadera razón por la que GOLEM tuvo que clausurar las operaciones en la Luna, no porque al ordenador le hubiera entrado el síndrome Hal 2001, sino porque sus cadenas no habían evolucionado lo bastante deprisa como para manejar simultáneamente dos sistemas autónomos. Otra cosa es intentar explicarle eso a nuestro vicepresidente, que entiende de fusión, no de ordenadores.

—¿Y por qué meter a GOLEM dentro de *Oceanus*? ¿No era más sencillo que monitorizara las operaciones por control remoto desde la Tierra, como hizo en la Luna?

—En la Luna contábamos con la Colonia Alfa y sus satélites repetidores. Europa está mucho más lejos y no tenemos ningún puesto de avanzada para comunicaciones.

—Esta misión de adiestramiento... ¿Cuáles son con exactitud las responsabilidades del ordenador para los próximos cuarenta y cinco días?

—GOLEM controlará a la tripulación durante sus turnos de trabajo, evaluará sus capacidades y luego supervisará todos los equipos de mantenimiento vital mientras los tripulantes permanezcan en estasis criogénica. Queremos que sus cadenas de ADN continúen evolucionando, pues de ese modo GOLEM estará más preparado para la misión a bordo del *Oceanus II*. Para cuando nuestra lanzadera solar llegue a Júpiter, el nivel de sofisticación del ordenador ya debería permitirle hacer pleno uso de sus brazos robóticos.

—¿Le has puesto apéndices a GOLEM? ¿Qué sentido tiene entonces enviar tripulantes a Europa? Deja que el ordenador se encargue de todo el proceso de extracción del helio-3.

—Podríamos haber enviado a GOLEM... si hubiéramos dispuesto de cuatro años

más para desarrollar una serie de apéndices robóticos capaces de operar bajo el agua a temperaturas y profundidades extremas. Como no hay tiempo, será nuestro equipo humano el que se encargue de extraer el helio-3 de los respiraderos hidrotermales mediante sifón. Para ello utilizaremos los sumergibles biplazas amarrados al exterior de la cubierta inferior. —Monique fingió una sonrisa—. Andria se ha preparado para pilotar uno; en cuanto anclamos en el fondo del mar de Ross, deberías pedirle que te lleve a dar un paseíto.

—Te ha contado lo nuestro, pero a mí no me había dicho que estuviera implicada en esta misión.

—Puede que los amantes se oculten secretos, pero ya te darás cuenta de que en la tripulación de Omega no los hay.

—Aviso: seis minutos para el descenso.

Ambos levantamos la vista hacia el ojo sensorial de color azul neón.

—Seis minutos, Eisenbraun. Seis minutos, seis semanas..., seis años. Seis hombres y seis mujeres a bordo... y tú. GOLEM nos eligió tanto por nuestras capacidades respectivas como por el encaje entre nuestras personalidades. La pregunta es evidente: ¿qué pintas tú aquí? Supongamos que fuera realmente necesario reemplazar a un miembro de nuestra tripulación, ¿estás seguro de ser la persona más idónea para ello? Deberías meditarlo a fondo, te quedan solo cinco minutos y medio.

Por primera vez la magnitud de la decisión de unirme a la misión pesó de verdad sobre mis hombros.

—GOLEM, localiza a Andria Saxon.

—Andria Saxon está en la *suite* 1, cubierta 2.

Miré a un lado y a otro, perdido.

Monique señaló una escalera vertical alojada en uno de los seis mamparos.

—Cuando hables con Andria, no olvides preguntarle si le importa compartir su habitación contigo. Hay doce *suites*, pero trece tripulantes.

Descendí a toda prisa por la escalera metálica hasta la cubierta 2 y de repente me encontré en un pasillo circular; las *suites* de la tripulación estaban ubicadas en la parte exterior, y los accesos a unos compartimentos mucho más grandes en el interior. Caminé en sentido contrario a las agujas del reloj, dejé el camarote 8 a mi derecha y la cocina, a mi izquierda. A toda velocidad, pasé frente a un laboratorio que abarcaba desde el camarote 7 hasta el 3. Una minisala de cine, un gimnasio, y allí estaba el camarote número 1, con la puerta abierta.

Me detuve en seco al oír la voz de Andria.

—¿... y cómo iba a saberlo, Kevin? No he sido yo la que lo ha invitado a venir.

—¿Y si al final sustituye a un tripulante en la misión a Europa?

—Seguro que no.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo conozco, Kevin. Seguramente todo esto haya sido cosa de su tío. Confía en mí, Ike no es de los que arriesgan el pellejo, como tú o yo; necesita estar en

su zona de confort. Y no se le da muy bien relacionarse con gente. Se volvería loco si pasara casi seis años viviendo en un habitáculo cerrado con otras once personas...

—Nunca me habías dicho que fuese tan ermitaño.

—Los cerebritos suelen serlo. Sospecho que su padre también lo era. La gente como Ike pasa la mayor parte del tiempo dentro de su cabeza, siempre analizando la vida en lugar de vivirla. ¿Por qué crees que inventó el MBF? Ese microchip que lleva implantado en el cerebro le permite ser tan autosuficiente como GOLEM. Lo malo de vivir continuamente dentro de tu cabeza, claro está, es que te aíslas del mundo real.

—Einstein era así. Quizá tenga que ver con ser judío.

—¿Lo dices en serio? Al final resultará que eres antisemita.

—No, claro que no. Quería decir... Es que nunca he entendido la atracción que sientes por él. Ese tío es un obseso.

—Pues ese «obseso» consiguió que sobreviviéramos durante la Mortandad; su inventiva y su previsión nos permitieron escapar de las bandas que a él se lo habrían comido y a mí me habrían convertido en esclava sexual. Ike fue el primer hombre en quien pude confiar.

—Entonces, ¿por qué estás conmigo?

—La Mortandad pasó, pero Ike sigue viviendo en el miedo. Sus fobias respecto a la humanidad lo han vuelto muy posesivo. ¿Crees que él quiere que pilote lanzaderas espaciales o sumergibles en la luna de Júpiter? ¡Qué va! Ike me quiere en su cama y criando uno o dos niños mientras él se dedica a explorar la física cuántica con su biochip.

—No es lo tuyo, Andria. Tú tienes madera de líder, eres una guerrera nacida para la acción. Igual que yo. Me volveré loco si no podemos dormir juntos durante esta misión. Tienes que contarle lo nuestro.

Al oír que se besaban, caí de rodillas, como si alguien me hubiera atizado un puñetazo en la barriga. Andie no solo me había mentido acerca de aceptar una misión de seis años, ¡sino que además me era infiel!

Quería soltarle mil cosas, réplicas y acusaciones, peroratas e innumerables explicaciones para justificar quién era y por qué había acabado siendo así, solo que en aquel momento me encontraba en el peor sitio, en el peor momento y por los peores motivos posibles; tenía que salir de allí enseguida, antes de que *Oceanus* se sumergiera.

Un torbellino de sentimientos me paralizó la mente, comencé a tambalearme por el pasillo... y casi me choco con Lara Saints, que salía del camarote 7 con una videocámara del tamaño de una mano.

—¡Ike! ¿Te pasa algo? Estás pálido.

Mientras buscaba con la vista la maldita escalera, murmuré:

—Quizá debería hacer un diagnóstico de nivel uno.

Ella se rio.

—¿Estás fingiendo que eres un ordenador?

—¿Qué? No, no. Lara, ¿dónde está la escalera? ¿Y quién coño es Kevin?

—Kevin Read. Es el oficial al mando de la nave. ¿Por qué lo preguntas? —Me siguió por el pasillo—. Oh, Ike, lo siento. ¿Quieres entrar un rato en mi *suite* y charlar?

¿Charlar? No, no quería hablar, lo que quería era coger una bayoneta y metérsela a alguien por el...

—Aquí está la escalera.

Ella ascendió primero, impidiéndome correr; le golpeaba las nalgas con la coronilla desde abajo. Salimos a la cubierta superior a tiempo de oír un coro de voces:

—... tres... dos... ¡uno!

«Demasiado tarde».

Un estruendo ahogó sonido y espacio, y toda la estructura reverberó en mis huesos cuando vi que la panorámica de 360 grados era consumida por un caos de llamas y humo, y una espesa niebla blanca borraba por completo el firmamento antártico. El ruido de los cohetes en ignición bajo las patas del habitáculo acalló mis protestas, así como los vítores en que prorrumpieron los ocho miembros de la tripulación del *Oceanus* instalados en los sillones con correas de seguridad para presenciar el histórico descenso.

Paradójicamente, durante una fracción de segundo, la nave se elevó casi diez metros sobre el banco de témpanos, hasta que los tubos a 1205 °C convirtieron la capa de hielo en gas y la gravedad hizo que la esfera de veinticinco toneladas descendiera por el vacío que iba formándose rápidamente. La sensación fue muy parecida a la de una caída libre.

La fuerza de la gravedad me dobló como a una silla plegable. De pronto me vi de rodillas a horcajadas sobre Lara. Ella, tumbada boca arriba, parecía disfrutar del trayecto.

Transcurrieron treinta segundos y la esfera seguía cayendo a plomo. Incapaz de sostenerme erguido por más tiempo, caí sobre los codos, con la cara a un centímetro de la de Lara.

Ella me agarró por la nuca y tiró hacia abajo de mí hasta que nuestros labios se unieron por segunda vez, solo que en aquella ocasión fue ella quien me introdujo la lengua en la boca. La gravedad nos mantuvo pegados otros cuarenta segundos, hasta que los motores desaceleraron.

El hueco que se había evaporado debajo de *Oceanus* se llenó de agua, y aquello ralentizó el descenso de la nave. Liberado de la fuerza de la gravedad, me separé de Lara, tan perplejo por su beso como ella por el mío cuando la confundí con Andria.

Me guiñó un ojo.

—Ahora estamos en paz.

Una luz azul turquesa transformó la cámara en un acuario viviente mientras *Oceanus* se sumergía bruscamente bajo la capa de hielo hacia un mar color

esmeralda.

Me puse en pie, hechizado. Ni siquiera recuerdo si ayudé a Lara a levantarse, tan cautivados estaban mis sentidos por la belleza que nos rodeaba.

No suelo emplear esta frase hecha, pero, sí, el espectáculo cortaba la respiración, por qué no decirlo. La parte sumergida de la barrera de hielo de Ross parecía un techo infinito de algodonosas nubes azules. Derretida a consecuencia del rápido descenso, un maremoto de agua dulce se fundía con el agua salada del fondo y se helaba de nuevo ante nuestros ojos para formar una cascada permanente.

Entretanto, *Oceanus* seguía hundiéndose, y en la estela que la gran pelota dejaba a su paso viajaban grandes medusas cuyos cuerpos de más de un metro, rosados y anaranjados, palpitaban como los delicados flecos de una torera.

A medida que alcanzábamos mayor profundidad, la luz iba disminuyendo y al final el turquesa se volvió violeta. GOLEM activó las luces submarinas del habitáculo, dos grandes faros que buscaban el lecho marino.

El contacto se produjo a 392 metros de profundidad. Las cuatro patas del habitáculo aplastaron los lechos de coral al posarse, sus fuselajes de acero desprendían vapor mientras se hundían en el lecho para anclar la nave al fondo del mar.

—¿Ike?

La voz de Andria me devolvió al mundo real.

Las normas de la misión la habían obligado a desprenderse de las mechas azules del pelo, pero no había códigos que pudiesen alterar el modo en que sus atléticas formas llenaban el mono color naranja oscuro. La cremallera ocultaba sus pechos generosos para no transmitir falsos mensajes.

Al mirarla, de pronto tomé conciencia de la presencia del resto de la tripulación. Habían acudido para ver el espectáculo, expectantes desde el momento en que supieron que yo iba a subir a bordo.

En favor de Andria debo decir que no quiso servirles de entretenimiento.

—Vayamos a hablar en privado —propuso, y me condujo hacia una escalera situada dentro de otro mamparo.

Bajamos dos tramos hasta el nivel inferior controlados por GOLEM, cuya fastidiosa esfera apareció segundos después como un mirón gigante.

Seguí a Andria en silencio. Dejamos atrás una puerta hermética con un rótulo que decía SUB-4 y zigzagueamos entre bultos de material envuelto en plástico. Me fijé en una escotilla que había en el suelo, con el símbolo de radiactividad.

Andria se detuvo frente a otra puerta hermética donde ponía EGRESIÓN.

Abrió la escotilla y me hizo entrar en una pequeña cámara alicatada que me recordó al interior de un cuartel de bomberos. Había una decena de trajes de supervivencia provistos de capucha, como los Steinke de la armada, colgados de unos ganchos y con un letrero plastificado e instrucciones paso a paso. Sobre el marco había una luz roja y otra verde, ambas apagadas. Una pequeña puerta en el otro

extremo de la sala conducía a la escotilla de emergencia.

Andria se sentó a horcajadas en uno de los dos bancos atornillados al suelo y me indicó que me sentara frente a ella.

Bajó la vista para evitar el contacto visual.

—No sé cómo decirte esto, así que iré al grano.

—No. Ya lo he oído una vez, no creo que pudiera soportarlo de nuevo.

—¿Que has oído qué y de boca de quién?

—De la tuya. Hace diez minutos, junto a la puerta del camarote 1. Si tan infeliz eras conmigo, ¿por qué no me lo dijiste?

—No era infeliz.

—Vamos a ver... Resulta que soy un lastre, un ermitaño. Que vivo dentro de mi cabeza. Que me da miedo vivir. ¿Te suenan estas palabras? ¡Joder, me describes como a un enfermo mental!

Andria me miró con los ojos llorosos, pero guardó silencio. No había nada que decir, yo tenía todas las cartas e iba a perder la mano. Pero no pensaba caer sin luchar.

—Te pedí que te casaras conmigo en enero. «Sí, Ike, de acuerdo, pero tendremos que esperar a que termine mi adiestramiento de piloto... hasta que me gane las alas». ¿Qué demonios te pasa, Andria?

—Me seleccionaron para la misión a Europa una semana después de nuestro compromiso. Necesitaba tiempo para pensar. Me he pasado tres años entregada a la misión Omega, ¿cómo iba a dejar escapar semejante oportunidad? Solo doce personas en todo el planeta fueron elegidas para ir a Europa, y tuvimos que jurar que lo mantendríamos en secreto.

—Ya, ¿y por eso me has sido infiel?

—No fue algo planeado, surgió con el tiempo. Yo no buscaba nada, pero las circunstancias... Ante la idea de estar fuera durante seis años supongo que empecé a alejarme sentimentalmente de ti. Acéptalo, Ike, tú no me habrías dejado ir a Europa de ninguna manera. Mi personalidad y la de Kevin encajan a la perfección. Sé que esto te parecerá una estupidez, pero creo que el ordenador emparejó a propósito a todos los tripulantes.

Eché la cabeza hacia atrás y me golpeé en la pared, más por teatro que por hacerme daño.

—Menudo ordenador. Tarda dos malditos años en darse cuenta de que el helio-3 de la Luna no nos sirve, pero monta una agencia de contactos entre astronautas.

—Entiendo que estés enfadado.

—No estoy enfadado. Bueno, sí lo estoy, pero también estoy dolido. Te quiero, Andie. Puedo cambiar.

—Basta. Lo siento de veras, Ike. He llevado este asunto de la peor manera. Pero hablemos claro: yo voy a estar ausente durante seis años, y eso no va a cambiar. Ahora quiero saber la verdad: ¿por qué estás aquí? Y no me digas que estás preparado para pasar los próximos seis años en Europa.

Dudé. La situación era diferente a la que había ensayado con mi tío.

Me decidí por una versión censurada de la verdad.

—La Agencia Espacial llevó a cabo una serie de pruebas psicológicas; todos los candidatos tuvieron que pasar el protocolo antes de ser admitidos en la academia. Descubrieron que uno de los tripulantes masculinos de Omega podría tener tendencias sociopáticas.

—¿Quién?

—Solo sé que es uno de los seis hombres. No me preguntes cuál, porque no me lo han dicho.

Andria negó con la cabeza, sin dar crédito a mis palabras.

—¿Por qué tardaron tanto en darse cuenta de algo así?

—Es un caso muy leve.

—Ningún caso lo es cuando se trata de vivir tanto tiempo en aislamiento. Biosfera-2 tuvo a ocho individuos encerrados en un habitáculo enorme durante menos de dos años y empezaron a perder la cabeza. Nosotros estaremos en Europa cuarenta y dos meses. Esto es como manejar un huevo que ya está medio agrietado; toda la tripulación corre peligro.

—Entonces no vayas.

—Sí voy, o sea que no empieces. Pero ¿por qué te eligieron a ti como suplente?

—No tengo la menor idea. Fue cosa de GOLEM. La agencia me pidió que aceptara; por lo visto, mis conocimientos de psicología me cualificaban para observar a la tripulación en acción. Y para que mi evaluación fuera absolutamente imparcial, se negaron a decirme quién es el presunto sociópata.

Su mirada se convirtió en un doble rayo láser.

—¡Ya eres parcial! Sabes que he estado con Kevin. Si con eso pudieras separarnos, lo pintarías como el próximo Hannibal Lecter.

La voz del hombre que ocupaba el primer puesto en mi lista de cabrones sonó por el intercomunicador:

—A toda la tripulación: preséntense rápidamente en la cocina de la nave.

Andria me miró, indecisa.

—Ike, ¿qué vas a hacer?

—Mi trabajo. Nos vemos en la cocina. —Me levanté para marcharme—. Por cierto, que ni se te pase por la cabeza ponerte en órbita con mis CD de los Stones.

Tarde o temprano, todo el mundo se da un banquete de consecuencias.

ROBERT LOUIS STEVENSON

Para poder comer en el espacio se necesita diseñar y empaquetar alimentos con una fecha de caducidad alejada, en raciones individuales y que puedan sobrevivir a la deshidratación completa o al tratamiento de calor para matar los microbios. A pesar de todas esas restricciones, el menú en *Oceanus* era muy completo, con más de trescientos artículos desarrollados por la NASA, las agencias espaciales rusa y europea, y Japón.

De pie en una de las cuatro áreas del comedor, sintiéndome como un pez fuera del agua, fingí mirar una carta computarizada antes de elegir un cóctel de gambas como entrante y una bolsa de zumo para beber.

Tras procesar el pedido, GOLEM extrajo los productos de unos arcones en la zona de almacenamiento valiéndose de un brazo robótico colgado del techo que parecía la trompa de un elefante. Diseñado por la empresa de autómatas Festo, el apéndice se componía de tres resortes flexibles de poliamida soldados entre sí para formar un tentáculo dotado de un movimiento fluido. La trompa terminaba en tres dedos triangulares diseñados para agarrar objetos.

Después de seleccionar los artículos, la trompa biónica colocó la comida y la bebida envasadas al vacío en una cinta transportadora para su entrega.

Recogí mi almuerzo y luego medí mi siguiente movimiento. Había once tripulantes sentados a la larga mesa rectangular que ocupaba el centro del recinto. Quedaba una silla desocupada. Me dirigí hacia allí y dejé mis cosas sobre la mesa, pero Monique DeFriend me reprendió al momento.

—Lo siento, Eisenbraun, ese sitio está reservado para el capitán Read. —Señaló hacia cuatro taburetes altos colocados junto a una barra—. Trece tripulantes, doce sillas. Supongo que tú eres el que sobra.

El resto del equipo dejó de comer y me miró para ver mi reacción.

—El trece siempre ha sido mi número de la suerte.

Cogí mi almuerzo y me dirigí hacia la barra, seguido por once pares de ojos. «Tranquilo. Quince días más haciendo el marginado y a estos capullos los pondrán a echarse una siesta de cuatro semanas».

Tomé nota mental de que debía mearme en la bañera criogénica de Monique.

Al inspeccionar mi almuerzo, me di cuenta de que el envase de las gambas era mucho más difícil de abrir de lo esperado. Procurando no llamar la atención, intenté pincharlo con el tenedor, pero el cubierto de plástico se partió en dos.

La asiática se percató de mis forcejeos. Mientras ella se acercaba, la memoria a corto plazo de mi MBF la identificó como Dharma Yuan.

—Hola, soy Robert Eisenbraun.

—Sí, ya lo sé.

Llevaba el pelo cepillado pero húmedo, como si acabara de darse un baño caliente. Su larga coleta olía a lilas y le había dejado una marca de humedad al final de la espalda.

—¿Recuerdas lo que pasó? —pregunté buscando su gratitud.

—Sí, que casi me matas.

—¿Qué? No..., yo fui quien te llevó adentro. Estabas sentada en el hielo, a punto de congelarte.

—Estaba trascendiendo, mi mente había convertido mi cuerpo en un horno. Tu aura rompió el trance.

—¿En serio? No lo sabía. Lo siento mucho. ¿Ahora ya estás bien?

—Naturalmente. —Sacó unas tijeras pequeñas de un bolsillo del mono y, con un movimiento rápido, rajó el plástico de mi cóctel de gambas—. Cuando hayas terminado, asegúrate de depositar los restos en el cubo de reciclaje.

Miró por encima de mi hombro. Me volví en el momento en que un hombre de espaldas anchas y pelo oscuro y muy corto entraba en la cocina.

El MBF me puso al corriente.

READ, KEVIN. RANGO: CAPITÁN. NACIDO EL 14 DE MAYO DE 1987. NACIONALIDAD: CANADIENSE. LICENCIADO CON HONORES EN CINÉTICA HUMANA E INGENIERÍA POR LA UNIVERSIDAD DE OTTAWA.

«¡Basta!».

Al menos yo era más alto.

—Bien, veo que estamos todos, incluido el señor Eisenbraun. Dharma, ¿por qué no vienes a la mesa de la tripulación?

Dharma, que Dios la bendiga, se sentó en el taburete contiguo al mío.

Kevin Read reaccionó al pequeño acto de desafío con una sonrisa hipócrita.

—Puesto que no va a haber muchas ocasiones en que podamos reunirnos como grupo, quería darle la bienvenida a bordo a todo el mundo. Hemos trabajado muy duro para llegar hasta aquí, pero nos esperan desafíos aún mayores. GOLEM ha establecido un riguroso programa de adiestramiento, podéis consultarlo en vuestros h-pads. El comando Alfa tiene turno de día hasta las 18.00, de modo que os pediré que bajéis dentro de quince minutos a la cubierta inferior para desempaquetar el equipo necesario para la primera zambullida del comando Beta, que debe comenzar a las 19.30.

Me miró de arriba abajo, sonriendo como si fuéramos amigos de toda la vida.

—Hacemos turnos de doce horas, de seis a seis. GOLEM le ha asignado al comando Beta, el turno de noche. Puede recoger su mono, cubiertos y platos y h-pad en el almacén principal, cubierta dos. No hemos podido meter su cámara criogénica

en el laboratorio, pero le hemos buscado un lugar adecuado.

Risas de los otros hombres del equipo sentados a la mesa.

Hice caso omiso.

—¿Dónde duermo?

—Buena pregunta. ¿Alguien quiere un compañero de habitación?

Silencio en la sala.

—Puedes utilizar la mía —se ofreció Andria—. Yo estoy en el comando Alfa; mientras tú duermas, yo trabajaré, y viceversa.

Read la miró con fijeza, tan decepcionado como si acabara de decir que le había venido la regla.

—Tal vez no sea muy buena idea —dijo—. GOLEM ha establecido que Eisenbraun cambie de comando la segunda semana.

—Puede utilizar mi *suite* cuando llegue el momento —señaló Lara Saints.

Aquello aumentó la tensión y además hizo que la bióloga se ganara un mal gesto por parte de Andria.

—Gracias, señoras. —Miré de nuevo a Kevin Read, con las cejas enarcadas—. Problema solucionado. ¿Algo más?

El capitán me traspasó con la mirada antes de reanudar su discurso.

—GOLEM ha solicitado que el señor Eisenbraun cambie de estación todos los días...

—Profesor.

—¿Cómo dice?

—Yo no le llamaría señor Read, así que, por favor, no me llame señor Eisenbraun. Profesor o doctor; o incluso Ike. Era solo por puntualizar.

—¿Me permite continuar?

—Cómo no.

Sonreí inocentemente, paladeando la facilidad con que conseguía cabrear al Capitán Trueno. «Dentro de una semana, me llamará cosas mucho peores que señor Eisenbraun...».

Después de terminar su informe, Read se marchó acompañado por el resto del comando Alfa, incluida mi exprometida.

Dharma se puso de pie.

—Tengo que ir con ellos. Puede que la semana que viene, cuando cambies a Alfa, puedas explicarme por qué intentas provocar al capitán.

—Te lo contaré si tú me lo cuentas a mí.

Respondió a mi juego de palabras dándome unos golpecitos en la frente con el dedo índice, y luego se marchó.

—Profesor Eisenbraun. —Era la voz del ojo azul neón tamaño pomelo colocado en el techo—. Por favor, termine su comida del mediodía y preséntese en el laboratorio de ciencias.

—Recibido. Y, GOLEM, se le llama almuerzo. Pareces salido de una peli mala de

ciencia ficción.

Me metí en la boca el sorprendentemente delicioso contenido de la bolsa de gambas con salsa de mango, tiré el envase al cubo de reciclaje más cercano y salí al pasillo principal. Giré a la izquierda y seguí el corredor curvilíneo hasta llegar al laboratorio, cuya puerta de doble hoja se abrió automáticamente.

Era una sala con forma de tarta, poco iluminada y el doble de grande que la cocina; sus paredes convergían en la columna central transparente que alojaba a GOLEM. El hueco estaba vacío, así que el ordenador debía de haber ido a otro de los niveles. Una luz situada en el techo daba un resplandor dorado al tubo relleno de líquido; el resto de la estancia estaba a oscuras, salvo por cuatro pequeños focos empotrados que emitían una luz violeta. Con aquella iluminación, el laboratorio parecía un after.

A mi izquierda estaban las cámaras criogénicas. Distribuidas en cuatro filas de tres, cada cápsula acrílica de dos metros diez de largo por metro veinte de ancho estaba alojada en una base metálica rectangular atornillada a la cubierta. Colgando del techo sobre cada hilera había una trompa de elefante idéntica al apéndice que había visto en la cocina. Los brazos mecánicos parecían inertes, a la espera de las órdenes neurales de su amo.

Al otro lado de la cámara había un centro quirúrgico. Otros dos apéndices de acero pendían sobre una mesa de operaciones de aluminio. Aquellos brazos, mucho más sofisticados que los otros, estaban provistos de una rueda giratoria de instrumentos quirúrgicos, desde bisturíes, sondas y fórceps, hasta un láser para suturar heridas.

En la pared había dos puertas correderas de aluminio contiguas, de tres metros de alto por tres y medio de ancho. Sentí curiosidad y abrí el panel de la derecha.

Era una cámara frigorífica inmensa. Tenía estanterías repletas de bolsas de suero, plasma y medicamentos. Volví a cerrar la puerta y probé el compartimento de al lado; me sorprendió ver un congelador con estanterías similares.

Percibí un movimiento: GOLEM bajaba silenciosamente por su tubo.

Volví a ajustar la puerta del congelador, atajé por uno de los pasillos que quedaban entre las cámaras criogénicas y llegué a la columna vertical en el momento en que GOLEM alcanzaba mi altura.

—Buenas tardes, profesor Eisenbraun. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien. ¿Y tú, GOLEM, cómo estás?

—Funciono dentro de los parámetros esperados, gracias.

—Me alegro. Pero la pregunta también se refería a tu estado emocional. Por favor, no utilices el programa lingüístico automatizado y responde adecuadamente.

—Las emociones forman parte de la condición humana. La matriz de GOLEM no está programada para experimentarlas.

Aprovechando la ocasión, decidí tantear el nivel cognitivo del ordenador.

—Define «GOLEM», por favor.

—GOLEM es intelecto, programado para proteger y preservar la especie humana.

—Y ¿cómo puede GOLEM cumplir ese objetivo si no es capaz de comprender la condición humana?

—Definición. Proteger: impedir todo daño. Definición. Preservar: prevenir la extinción. GOLEM funciona dentro de los parámetros esperados.

—Define «condición humana».

—Este tipo de preguntas no está relacionado con el propósito de esta reunión.

—¿Cuál es el propósito de esta reunión?

—Comprender de qué manera establecerá el profesor Eisenbraun cuál de los miembros varones de la tripulación Omega sufre un trastorno psicológico y si dicho trastorno psicológico supone una amenaza para el éxito de la misión.

—Define «condición humana».

—Condición humana: físicamente imperfecta debido a la mortalidad; emocionalmente imperfecta debido al ego.

—Ahora define «sociópata».

—Sociópata: ser humano carente de conciencia. Muestra desdén hacia sus congéneres. El sociópata cree que los demás existen para su propio placer y beneficio. Poseedor de un encanto superficial. Manipulador y astuto. Poseedor de un exagerado sentido de sí mismo. Embustero patológico. Carece de remordimientos, culpa o vergüenza. Emociones poco profundas. Incapacidad para amar. Problemas de conducta a edad temprana...

—Ya vale. Analiza las observaciones de la tripulación llevadas a cabo a lo largo de los últimos doce meses. ¿Qué miembro varón de Omega no ha mostrado al menos un rasgo de los que acabas de citar?

—Ninguno. Todos los miembros varones de la tripulación han mostrado al menos un rasgo sociopático.

—Saca una conclusión del análisis previo.

—Conclusión: todos los miembros varones de la tripulación Omega son sociopatas.

Se me escapó una sonrisa.

—Interesante conclusión, pero falsa. Según las exhaustivas valoraciones psiquiátricas llevadas a cabo por la Agencia Espacial de Energía, al menos cinco de los seis tripulantes varones no son sociopatas. ¿Cómo explicas tu error?

—GOLEM no posee una adecuada comprensión de la condición humana ni de la sociopatía.

—Correcto. Ahora ya conoces el motivo de mi presencia a bordo de *Oceanus I*. ¿Alguna pregunta?

—¿Cómo va a determinar el profesor Eisenbraun qué miembro varón de la tripulación de Omega sufre un trastorno psicológico y si dicho trastorno psicológico constituye una amenaza para el éxito de la misión?

—Mediante la observación personal de los miembros varones de la tripulación

durante las próximas dos semanas, momento en que presentaré mis conclusiones a GOLEM. ¿Te parecen aceptables estos términos?

—Los términos son aceptables, siempre y cuando GOLEM reciba informes periódicos.

El MBF debió de registrar mi súbita subida de adrenalina, porque noté que se me dilataban los vasos sanguíneos.

—Justifica la necesidad de que Eisenbraun informe periódicamente a GOLEM acerca de las observaciones que lleve a cabo a diario.

—Los informes periódicos son necesarios para la adaptación y reevaluación de las cadenas de algoritmos de ADN de GOLEM en relación con las presentes observaciones y evaluaciones de la condición humana en lo que atañe a la norma fundamental.

—Recibido. GOLEM, Eisenbraun está cansado. ¿Tienes algún inconveniente en que pongamos punto final a esta reunión por el momento?

—Ningún inconveniente.

Me dirigí rápidamente hacia la salida, nervioso al sospechar que el ordenador podría haber estado poniéndome a prueba, utilizando mis respuestas y mis tácticas durante nuestra conversación para reconfigurar y desarrollar sus cadenas de soluciones. Estaba claro que iba a tener que medir mis palabras de ahora en adelante.

La puerta metálica se abrió de manera automática. Antes de salir del laboratorio, me volví hacia el hábitat líquido del ordenador.

—GOLEM, ¿cuál es el camarote de Andria Saxon?

—Andria Saxon ha sido asignada al camarote 2.

La nota estaba pegada a la puerta.

Ike:

El ordenador siempre te permitirá acceder a mis aposentos. Los turnos son de seis a seis, con veinte minutos de pausa a las doce. Duerme hasta las 17.45 y luego preséntate en tu puesto. En el *h-pad* encontrarás tu listado de tareas.

ANDIE

Arrugué la nota y entré en el camarote; la puerta se cerró automáticamente a mi espalda.

—No está mal.

La *suite* era sorprendentemente espaciosa. Estaba dividida en dos, mitad sala de estar y mitad cocina; el dormitorio y el cuarto de baño quedaban ocultos tras una puerta a mi derecha. El mobiliario era moderno; el sofá, las sillas y la mesa de cocina estaban provistos de ruedas para que pudieran moverse sobre la tarima, que imitaba la madera de haya. En la pared del fondo, a mi izquierda, había estantes con libros y DVD, y un televisor de pantalla plana conectado a un lector de DVD.

Por alguna razón, el sofá y las sillas miraban hacia la pared delantera, no al televisor. Pulsé un mando y las cortinas que la cubrían se abrieron dejando ver un panel de aerocristal de tres metros de alto y, más allá, el mar de Ross, oscuro salvo por el haz de faros giratorios que abría tajos de luz azul en la negrura.

—Muy bonito.

Entré en el dormitorio, donde la vista marina continuaba frente a la cama de metro y medio por dos, la cajonera y el cuarto de baño empotrado, provisto de ducha, lavabo e inodoro.

Encima de la cama había un h-pad nuevo, todavía envuelto en celofán, y un mono de color naranja, que parecía más para presidiarios que para astronautas. Mi bolsa estaba en el suelo, junto a la cama. Sin duda aquellos cabrones la habrían registrado.

Me despojé del resto de mi atuendo para el frío, me di una ducha rápida y luego me metí —desnudo a propósito— en la cama de Andria. Procedí a desenvolver el h-pad y accedí al plano de la nave para cargar automáticamente aquella información en el chip de memoria del MBF.

Mi reloj interior me dijo que eran las 13.43, lo justo para una cabezadita de dos horas. Busqué la lista de tareas, vi que mi primera asignación era en el arboreto, me tumbé del lado izquierdo y cerré los ojos.

No hemos venido para temer el futuro. Estamos aquí para darle forma.

BARACK OBAMA,
en un discurso durante una sesión del
Congreso, 9 de septiembre de 2009

—Atención, profesor Eisenbraun. El turno de noche empieza dentro de quince minutos.

Abrí los ojos e inmediatamente me puse de muy mal humor. Mi cuerpo suplicaba dormir más, mi mente fatigada trataba de arrancar, distraída por el aroma de Andria en las sábanas. Durante un largo segundo me quedé mirando el ojo de buey panorámico mientras una voz interior que no era la del MBF me recordaba que, al menos metafóricamente, había pisado una mierda. «No estás en Florida. Estás un kilómetro y medio por debajo del casquete polar antártico, rodeado de agua por todas partes, y Andria se lo monta con otro tío».

—Atención, profesor Eisenbraun. El turno de noche empieza dentro de catorce minutos.

«Maldita inteligencia artificial. Debería haberla programado con un botón para las siestas». Busqué en el techo y localicé el azul neón del globo ocular sensorial que albergaba la perversa cámara tridimensional.

—Gracias, GOLEM. Estoy despierto.

Me incliné por el borde de la cama para coger la bolsa, saqué unos calzoncillos limpios, unos calcetines blancos de deporte, unas zapatillas para correr y un neceser de plástico con mis artículos de aseo. Me puse la ropa interior y luego me probé el mono naranja; me llevé una sorpresa al comprobar el tacto liviano pero cálido de la nanofibra.

Los siete minutos siguientes los pasé en el baño. Guardé la bolsa y las cosas para el frío en un armario, y salí del camarote cuando faltaban tres minutos para el cambio de turno de las 18.00.

El MBF me guio por el pasillo circular hasta la entrada del arboreto en la cubierta central. Las puertas herméticas se abrieron para franquearme el paso a una pequeña antesala que separaba el pasillo exterior de una puerta de cristal. Tras ella, la condensación impedía ver nada.

La abrí y entré en el arboreto.

La humedad me abofeteó la cara, y un momento después mis sentidos quedaron abrumados por las vistas, sonidos y aromas de una selva tropical. La bruma y el calor escapaban por unos respiraderos situados en el techo, y unas enredaderas ocultaban en parte las luces ultravioleta empotradas. El ruido blanco de una corriente de agua

me acompañó por un sendero que zigzagueaba entre una jungla en miniatura de palmeras, árboles frutales y flores. Su aroma dulce atraía a mariposas de color naranja y azul neón, y a abejas que diseminaban el polen.

El sendero terminaba en una escalera de roca artificial que descendía en espiral hasta la planta inferior. De pie junto a un estanque también artificial había una atractiva mujer de piel morena y menos de treinta años que llevaba el cabello negrísimo recogido en una trenza. Calzaba unas botas de goma hasta la rodilla encima de unos vaqueros y estaba dando de comer a los peces la comida que llevaba en un delantal atado a la cintura.

—Robert Eisenbraun, informático.

Me miró con sus brillantes ojos color índigo.

—Bella Maharaj, botánica.

—Es realmente impresionante. ¿Cuánto tiempo has necesitado para montar todo esto?

—Menos de cuatro meses. Pero el arboreto de *Oceanus II* está mucho más adelantado. Los árboles ya tienen fruto. Claro que en ese otro habitáculo disponemos de mucho más espacio, dado que las cámaras criogénicas viajan en la lanzadera.

—GOLEM me ha asignado al arboreto. ¿En qué te puedo ayudar?

—Eso depende. ¿Has oído hablar del biomimetismo?

Lo cierto era que no, pero la información fluyó hacia mi subconsciente en un nanosegundo.

—Es la emulación consciente de la naturaleza; el estudio de cómo los organismos resuelven sus retos específicos a través de su ADN programado.

—Has recitado la definición, pero no hay fe en tus palabras.

—Al contrario. Creo firmemente en la evolución.

—Esto va más allá; es evolución con un propósito, un plan divino en pleno proceso.

—Eso me recuerda a la religión.

—La religión provoca conflictos; yo estoy hablando de armonía espiritual. Este jardín, por ejemplo. Lo que hemos creado aquí es un entorno equilibrado en el que humanos, animales y plantas pueden prosperar en una relación simbiótica. Casi todos los horticultores prefieren tener un control absoluto sobre sus jardines, así que exterminan todos los insectos que aparecen y siegan cualquier diente de león que asome la cabeza. Perturban el flujo de la naturaleza. Puede que, para un jardinero, el diente de león no sea más que una mala hierba; para un sanador, es una planta con muchas propiedades medicinales. Los pesticidas matan los insectos, sí, pero también añaden toxinas a la fruta. Y aunque ciertos insectos son dañinos, junto con ellos desaparecen también los buenos, aquellos cuya presencia puede mejorar el jardín y controlar las plagas sin necesidad de recurrir a venenos.

Hizo una pausa y señaló una flor.

—La orquídea pato volador. Fíjate en que sus pétalos se asemejan a una avispa

hembra. A esto lo llamo yo naturaleza en armonía. Engañada por la semejanza, la avispa macho intentará copular con la orquídea; al hacerlo, recoge el polen y lo transporta a otra flor. La naturaleza mantiene el planeta en un estado de equilibrio; es el hombre el que toma más de lo que necesita y no quiere compartir con los demás. Solo el hombre declara la guerra al medio ambiente. Es como prender fuego al barco que uno necesita para mantenerse a flote.

Bella Maharaj se despojó del delantal y devolvió el resto de la comida para peces a un recipiente que parecía una piedra.

—Antes de la Gran Mortandad, trabajaba con un equipo de botánicos en un proyecto llamado Eslabón de Gondwana, un antiguo punto caliente de biodiversidad que ocupaba medio millón de kilómetros cuadrados en la zona sudoccidental de Australia. En su bosque de eucaliptos vivían millares de especies vegetales únicas, pues durante decenas de millones de años se ha mantenido al margen de la glaciación. Nuestro equipo quería garantizar que hubiera semilleros de las especies más amenazadas de la flora y la fauna antes de que el cambio climático provocara su extinción.

»En un intento por restablecer la riqueza de los terrenos colindantes, hablamos con los agricultores del lugar y los convencimos de que emplearan un banco de semillas autóctono para fomentar la diversidad genética; de ese modo, plantas y animales podrían adaptarse al cambio climático que ya afectaba a la fauna. Era un proyecto muy importante, porque las predicciones para aquella zona de Australia y otras similares de Sudáfrica eran funestas: se preveía que hasta el 60 por ciento de las especies vegetales se habrían extinguido antes de que pasaran cien años. Corrió la voz y, en un plazo de cuatro años, las cosechas se habían fortalecido y diversificado en toda la región, sin utilizar fertilizantes ni pesticidas artificiales.

»Cuando la empresa Monsanto averiguó lo que estábamos haciendo, sobornó a los políticos locales para que los agricultores les compraran semillas manipuladas genéticamente, diseñadas para producir una sola cosecha. Además de aquello, Monsanto les vendió también soja transgénica modificada para tolerar el herbicida que ellos mismos fabricaban, Roundup. Aquella situación no se estaba dando solo en Australia, sino que se estaba desarrollando paralelamente en diversas partes del mundo. En lugar de producir fruta y hortalizas a partir de plantas cultivadas en un ecosistema sano y diverso, Monsanto había convencido a los políticos de que la manipulación genética era la clave para alimentar al planeta. La empresa recorrió el mundo como una peste, entregó millones de dólares en becas a las universidades para que reprimieran cualquier investigación negativa, al tiempo que presionaban y sobornaban a los jefes de Estado para que sus países utilizaran sus semillas, con la intención de monopolizar el conjunto de la industria agrícola.

»La Gran Mortandad no fue ningún accidente, doctor Eisenbraun, sino la respuesta de la naturaleza a la esterilización sistemática de la fuente de alimentación del planeta. Murieron cuatro mil setecientos millones de personas porque los

beneficios de las empresas primaron sobre las necesidades de la gente. Y volverá a suceder a menos que tengamos éxito en Europa.

—Otra vez con tu doctrina *hippy*, ¿eh, Bella? —El hombre que subía por la escalera de roca aparentaba menos de cuarenta años y hablaba con un marcado acento holandés—. Kyle Graulus, biólogo.

Estreché la mano que me tendía, que estaba grasienta y empapada de sudor. Reprimí las ganas de meter la mía en el estanque y me presenté.

—Lo sé. GOLEM le ha puesto a trabajar conmigo en el nivel inferior. Vamos.

Bella Maharaj dirigió su mirada violeta azulada hacia mí mientras seguía obedientemente al neerlandés escaleras abajo. Los peldaños se combaron peligrosamente bajo el peso de los dos.

Kyle señaló una escalera de aluminio atornillada al techo.

—Las tuercas de anclaje deben de haberse desenroscado. —Miró hacia el más próximo de los ojos sensoriales—. GOLEM, añade esto a la lista de *Oceanus II*: sustituir tuercas de anclaje del arboreto por soportes de aerogel.

—Recibido.

La temperatura descendió notablemente mientras bajábamos al nivel inferior. La sala, situada justo debajo del arboreto, estaba siendo utilizada como laboratorio marino y zona de almacenamiento. Tenía dos paredes con estanterías llenas de recipientes de plástico que contenían piezas de repuesto. En un rincón había un fregadero incorporado a una larga mesa de aluminio sobre la que descansaba una decena de peceras vacías. Uno de los acuarios estaba operativo: un habitáculo de cuatro metros cúbicos de agua salada para los pulpos de Lara, Oscar y Sophia.

—Hola, pareja. —Di unos toquecitos en el cristal e, inmediatamente, la piel rosa translúcido de los cefalópodos se oscureció hasta volverse de un color gris parduzco—. Kyle, ¿qué son todos esos tanques vacíos?

—Una parte de la misión en Europa consiste en buscar nuevas formas de vida, que es el único motivo de que yo aceptara sumarme a ella. Cuando nuestros ingenieros hayan taponado los respiraderos hidrotermales, accederemos a los minisubmarinos y el comando Beta podrá intentar la captura de especímenes marinos.

—Imagino que vais a por peces bastante grandes.

Señalé una cisterna enorme que había en el suelo, detrás de la escalera de caracol. Me llegaba a la altura del pecho y medía por lo menos dos metros. En aquel momento estaba cubierta con una lona, de modo que no podía ver qué había dentro.

—Sí —dijo Kyle Graulus con una risotada—, aquí dentro irá un pez de los gordos. —Se acercó a la cisterna y retiró la lona para descubrir una cámara criogénica—. Es tu cama para la siesta. Como no había sitio en el laboratorio de ciencias, les pedimos a los ingenieros de la Agencia Espacial que la instalaran aquí. Dormirás con los peces.

—Fabuloso.

—Jason Sloan, que es el criogenista del equipo, solicitó que conectáramos la

unidad para verificar su buen funcionamiento. Cada uno de nosotros hizo lo mismo con su propia cámara, supongo que para quedarnos más tranquilos.

—Como cuando guardas el paracaídas en persona.

—Aunque el tuyo está envuelto de una manera algo distinta a los nuestros. Como GOLEM no tiene brazos automatizados dentro de esta sala, seremos nosotros quienes te pongamos en estasis y los que te despertemos. —Esbozó una gran sonrisa—. Veo que eso te inquieta.

—Y a vosotros ¿quién os despierta?

—GOLEM.

—¿Y si la nave se quedara sin electricidad?

—*Oceanus* se nutre de un reactor nuclear y un sistema de ventilación que ha estado bombeando agua supercalentada del manto terrestre durante miles de millones de años. No nos quedaremos sin energía.

—¿Y si las placas tectónicas se mueven?

—El proceso criogénico te provoca ansiedad. Es comprensible. Yo he estado dos veces en estasis. La primera estuve muy nervioso hasta que los sedantes hicieron efecto. La sensación es muy profunda; es como si tu conciencia fuera cayendo y cayendo como una pluma hasta que te sumes en un sueño de lo más agradable.

—¿Y sueñas?

—Desde luego. Los sueños Omega son los más vívidos que puedas imaginarte. Quizá sea porque el proceso impide que te despiertes como lo harías durante un REM normal. Durante mi segunda estasis me enamoré de una bellísima sudafricana. Nos casamos y formamos una familia. Ella acababa de quedarse embarazada por segunda vez cuando me despertaron. Echo de menos a mi familia Omega; confío en que me estén esperando cuando regrese dentro de trece días.

—Vale, pero... y si ocurre algo inesperado, supón que falla un circuito dentro de la propia unidad.

—En tal caso, la unidad se vacía y su ocupante recibe una inyección de adrenalina desde el interior de la propia cámara. Lo mejor es que eso no pase, porque el despertar rutinario es mucho más placentero. —Kyle abrió un panel de control situado a la izquierda de la unidad—. Solo estamos haciendo un ensayo. Antes de dormirte de verdad, hay que activar el *software* criogénico.

Pulsó el control F-1 del teclado. En el pequeño monitor aparecieron las palabras PROBANDO UNIDAD, junto con un reloj digital que hacía una cuenta atrás desde los seiscientos segundos.

—Kyle, ¿puedo hacerte una pregunta personal?

—Adelante.

—¿Por qué le has hablado así a Bella?

Graulus resopló.

—Has hablado diez minutos con nuestra chiflada de la ecología, yo llevo escuchándola más de un año. Su forma de ver la existencia deriva de un

estancamiento espiritual autoinducido tras siglos y siglos de salmodias. Como biólogo, yo miro a mi alrededor y solo puedo ver la evolución, que nos arrastra consigo como a insectos sobre una hoja ¿Quieres saber por qué el ser humano estuvo a punto de desaparecer? Pues a un clímax demográfico súmalo una anticipada falta de recursos; es algo que viene sucediendo desde hace quinientos millones de años. Piensa en el súbito descenso de la población de renos en St. Matthew Island cuando la masa de individuos que necesitaban alimento acabó con la única zona de pastos a su alcance; piensa, si no, en la extinción en masa que se produjo en la isla de Pascua cuando los nativos decidieron quemar todos los árboles para aplacar a sus dioses. Te diré una cosa: la Gran Mortandad, amigo mío, se veía venir. Todo un continente llevaba décadas muriéndose de hambre porque los pastores africanos sobreexplotaron su tierra; los océanos se estaban diezmando porque a los pescadores comerciales se les permitió expoliar especies enteras. Puedes observar la evolución incluso en la llamada economía de la codicia; fíjate en cómo las empresas y grandes bancos más importantes del mundo tocaron techo y se desplomaron. Pero los muy idiotas siguieron pensando que eran inmunes a las leyes de la naturaleza. ¿Por qué? ¿Porque nuestros pulgares oponibles nos hacen muy listos? *Hoeren*, se merecen *krijg kanker en ga dood!*

El MBF tradujo: ¡HIJOS DE PUTA, SE MERECEM PILLAR UN CÁNCER Y PALMARLA!

—Nos comportamos como cabezas de chorlito, y ahora tenemos que ir a otro mundo para arreglar este desastre. Pero también eso forma parte de la evolución: la necesidad de adaptarse en respuesta a una emergencia. Un perfecto ejemplo de darwinismo, *ja?*

—¿Y GOLEM? ¿Cómo encaja la supercomputadora en la evolución?

Kyle asintió.

—GOLEM forma parte de una evolución tecnológica que terminará con la obsolescencia, la trascendencia o la transformación humanas. Al igual que tu microchip implantado dará pie con el tiempo a seres superiores genéticamente mejorados, algún día estas máquinas superinteligentes cruzarán el umbral de la conciencia. En cualquier caso, no creo que importe mucho.

—¿Por qué no?

—Mi querido Eisenbraun, porque la evolución siempre se guarda un as en la manga, nunca empieza de cero sin arrasar sus propias torres de Babel. Hace quinientos millones de años, la vida surgió de los respiraderos hidrotermales a los que ahora recurrimos para conseguir energía. Doscientos cincuenta millones de años después, un asteroide impactó contra Gondwana y aniquiló casi al 90 por ciento de la población. Los dinosaurios reinaron durante doscientos millones de años, hasta que la era glaciaria, provocada por otro meteorito, acabó con ellos. De sus cenizas surgieron los mamíferos, luego los primates y el hombre, hasta que... ¡bum!, hace setenta mil años una caldera entró en erupción y solo quedaron con vida unos cuantos miles de humanos. Setenta mil años más tarde, el petróleo se agota y diezma los imperios

creados por el hombre moderno. ¿Ves la pauta? En cuanto la vida deja de ser sostenible, viene la evolución y se la carga. Estoy seguro de que nuestra budista particular no tardará en acorralarte para largarte su sermón sobre la búsqueda de la plenitud. Pero, si realmente quieres ser inmortal, olvídate de Dharma y de sus creencias, olvídate de Bella Maharaj. El nirvana está dentro de esta máquina, solo tienes que cerrar los ojos, pedir un bonito deseo y soñar.

Como si lo hubiera oído, el panel de control de la cámara criogénica se iluminó; había finalizado la comprobación.

Cuando un científico se adelanta a su tiempo, suele ser por no entender la verdad actual, más que por intuir la futura. En ciencia no existe un error tan grande que, tarde o temprano, desde cierto punto de vista, no parezca profético.

JEAN ROSTAND,
biólogo y filósofo francés

Kevin Read pasó el brazo derecho por encima del torso desnudo de Andria Saxon.

Ella se apartó y se incorporó en la cama. Los callos de la palma de la mano de Kevin le acariciaban sus perfectos músculos abdominales.

—Pero ¿qué te pasa, Andria? Lleva solo tres días a bordo y te has vuelto tan fría como la capa de hielo que tenemos encima.

—¿Quieres bajar la voz?

—Estas habitaciones están insonorizadas.

—Me da igual. Podría estar al otro lado de esa pared, escuchando.

—¡No está ahí, está de servicio! Se suponía que íbamos a pasar este rato juntos.

—Ya lo sé, y pensaba que podría manejar la situación, pero resulta que no.

Se levantó e introdujo las bronceadas piernas de velocista en el mono.

—Espera, Andria. GOLEM, localiza a Robert Eisenbraun.

—El profesor Eisenbraun está a bordo del Sumergible 2.

—¿Lo ves? Ni siquiera está en la nave.

—¿Y con quién está? GOLEM, ¿quién pilota el sub 2? No será Lara Saints, ¿verdad?

—El sumergible 2 lo pilota Yoni Limor.

El capitán Read negó con la cabeza.

—Es increíble. Estás celosa de verdad.

—No digas tonterías.

—Entonces ¿qué más te da?

—Lara es una manipuladora. Eso me molesta.

—¿Sabías que él la besó en la estación McMurdo?

—Fue por equivocación; Ike pensó que era yo.

—Puede que tenga que besar a Lara por error, así querrás volver a estar conmigo.

Andria se sentó en el borde de la cama de Kevin, sin fuerzas.

—Era broma. No lo decía en serio. —El capitán se incorporó y se puso un segundo almohadón bajo la cabeza—. Hace quince días te morías de ganas de llegar a la Antártida para que pasáramos tiempo juntos. ¿Qué ha pasado? ¿He hecho algo que te haya molestado?

—No.

Andria tenía la mirada fija en la silenciosa oscuridad que había al otro lado del ojo de buey.

—¿Sabes lo que pienso? Que te diste cuenta de que vuestra historia había terminado el día en que Omega recibió luz verde. Y ahora que existe la posibilidad de que él también vaya a Europa, ya no lo ves tan claro.

—Ya te lo he dicho: Ike no irá a Europa.

—¿Y por qué está a bordo, entonces? ¡Explícamelo, Andria, maldita sea!

—Mierda.

Andria se puso a gatas y avanzó hasta el panel de control de la pared para correr las cortinas cuando apareció uno de los sumergibles, con su triángulo de luces reflejado en el panel exterior de aerocristal.

Kevin se levantó de la cama.

—Creo que deberías irte.

—Kev, perdona.

—Vamos.

—¿En serio quieres que me marche?

—Lo que quiero es que recuerdes tus deberes. Esta misión afectará al futuro de nuestro planeta. Soy el oficial al mando. Eso significa que no debe haber secretos. Y ahora dime: ¿qué hace Eisenbraun a bordo?

Ella se puso en pie y se ajustó el top antes de subirse la cremallera del mono.

—El perfil psicológico de uno de los tripulantes varones indica una posible sociopatía. A Ike le han encargado valorar la situación.

—Joder. —El capitán Read, pensando a toda velocidad, se sentó en el borde de la cama—. ¿Quién es?

—Ike dice que no lo sabe. Kevin, no me siento cómoda hablando de esto cuando tenemos a ya sabes quién escuchándolo todo.

Desvió la vista hacia el ojo sensorial que emitía destellos azules desde el techo de la sala de estar.

Kevin cerró la puerta del dormitorio de un puntapié.

—Métete en la cama, desnúdate otra vez y cuéntamelo todo.

El sumergible de dos plazas se escoró bruscamente a la altura del brazo de soporte C y el piloto dirigió una vez más los faros delanteros hacia la cubierta intermedia de *Oceanus*.

—Lo siento, Eisenbraun. Han corrido las cortinas.

Me incliné hacia delante, forzando el incómodo cinturón de seguridad que me apretaba el tórax, e intenté atisbar algo en el nivel medio de la nave.

—Bueno, gracias de todos modos.

—Los judíos tenemos que ayudarnos, ¿no crees? —El acento israelí de Yoni Limor era tan marcado como su cintura; sus 135 kilos apenas cabían en el asiento del

piloto. Como si me hubiera leído el pensamiento, añadió—: Sí, ya lo sé, debería adelgazar. Diseñar sumergibles no te deja mucho tiempo para ir al gimnasio. Amanda dice que le gustan los hombres grandes, o sea que igual no estoy tan mal. Claro que tu vástago ya debía de saberlo cuando la seleccionó como mi pareja.

—¿De qué estás hablando?

—¿No lo sabías? A ver si te enteras de una vez, doctor Ike-en-stein. Fue tu monstruito el que inició, diseñó y llevó a cabo todas las fases de esta pequeña aventura, incluida la selección de los seis hombres y seis mujeres de a bordo. No lo hizo al azar, amigo mío. La pregunta es ¿por qué? ¿Por qué nosotros? ¿Se basó en nuestros currículos o en nuestro ADN? ¿Buscaba que hubiera rivalidad o basó su escrutinio en el algoritmo utilizado por una inteligencia artificial de búsqueda de citas que cree que equivale a la compatibilidad entre humanos?

Esperé mientras Yoni alejaba el sumergible en dirección a otras luces más lejanas.

—¿Insinúas que GOLEM hizo de casamentero al seleccionar a la tripulación?

La idea me parecía ridícula.

—Es una hipótesis basada en la observación. Por ejemplo, Lara Saints. Es joven, brillante, agradable a la vista. Podría ligarse a cualquier hombre de la Agencia Espacial, ¿no? Pero su perfil psicológico indicaba que era compatible con hombres mayores.

—Y tú ¿cómo lo sabes?

Yoni sonrió, y la mueca hizo bailar su perilla castaña.

—Antes de diseñar estos juguetes, yo era *hacker*. Aquí lo que cuenta es que tu ordenador eligió a Donald Bruemmer por delante de ingenieros de sistemas más jóvenes y, en varios casos, mucho más cualificados, para trabajar en el mismo laboratorio que Lara Saints. ¿Coincidencia? Tal vez. Luego tenemos a tu exjefa, Monique DeFriend. Es una fiera..., ideal para Jason Sloan. Cierto, necesitábamos un criogenista a bordo y, sí, el señor Sloan es sin duda muy competente, pero ¿es solo una coincidencia que él sea el masoquista que encaja con los sádicos deseos de Monique? En cuanto a la chica india del arboreto y al científico neerlandés, puede que ahora mismo se odien el uno al otro, pero los primeros ocho meses pasaron largas noches trabajando en el jardín y aún duermen juntos... Al menos anoche lo hicieron.

—¿Es todo?

—Pues no. —Yoni hizo una pausa para limpiar la condensación de sus gafas de montura metálica—. Todavía no conoces al físico ruso, Egor Vasiliev; está en Alfa. Estoy casi convencido de que fue seleccionado pensando en Dharma Yuan. No lo sé con seguridad, pero creo que esa china lo ha asustado con su terapia de regresión y todo ese rollo de hablar con los muertos.

—¿Dharma habla con los muertos?

—Se comunica con sus almas. Yo tampoco me lo creía... hasta que celebramos una sesión. Solo te diré que me convenció, y no soy una persona fácil de convencer.

—¿Y qué me dices de Andria?

—No es nada personal, amigo, pero parece que a tu exnovia le van los típicos estadounidenses pasados de testosterona, aunque este nació en Canadá. ¿Está cualificada para ser la copiloto de nuestro marcial capitán? Tú me dirás. Por lo que yo sé, ni siquiera se ha ganado las alas para pilotar lanzaderas a la Luna. Pero es tan dura como un comando israelí, igual que Read. Y no es que tú no lo seas.

—¿Y qué hay de ti?

—Me emparejaron con la doctora Amanda Lynn Moss, la exobióloga del equipo. Una voz femenina, cabreada, resonó en la cabina.

—¿Se puede saber qué pasa, Yoni? Llevo diez minutos esperando.

—Perdona, cariño. Le estaba enseñando al chico nuevo los alrededores de *Oceanus*. Dos minutos. —Me miró guiñando un ojo—. Tengo debilidad por las tías dominantes. Agárrate al asiento.

El sumergible aceleró por el mar oscuro en dirección a las luces que se divisaban a lo lejos. Al acercarnos distinguí el casco de un segundo minisubmarino y, una vez a su altura, pude ver que quien lo pilotaba era Amanda Moss. Debajo de la nave, como una serpiente amarilla que ascendía reptando desde el fondo del mar, había un largo tubo flexible tan ancho como una tubería de desagüe. Uno de los extremos estaba conectado a *Oceanus*; el otro salía de una especie de caperuza que tapaba el flujo de un respiradero hidrotermal. Yoni me explicó que la alta temperatura del agua dentro del tubo había causado problemas de flotabilidad y aquello había obligado a que los equipos sumergibles de Omega anclaran el conducto al lecho del mar.

La voz de Amanda volvió a sonar por el radiotransmisor:

—Yoni, necesito que agarres la junta con la zarpa de tu nave para poder fijar el arnés al suelo.

—Comprendido.

El israelí extendió el brazo mecánico de nuestro sumergible e intentó coger una de las uniones del conducto valiéndose de la pinza de acero y grafito. Lo consiguió al tercer intento; luego tiró del tubo para permitir que el brazo robótico de la otra nave clavara un pesado arnés en el lecho marino para asegurar aquella especie de tubería de un metro y medio de diámetro.

—Primera junta asegurada. Volvamos hacia la fumarola.

—Tus deseos son órdenes, Amanda. —Yoni me guiñó otra vez el ojo y quitó el sonido de la radio—. Es mejor que piensen que ellas mandan.

—Acaba de contarme lo de GOLEM. ¿Estás convencido de que el ordenador seleccionó a la tripulación según su compatibilidad?

—Al principio sí lo pensé; luego profundicé un poco más. Al examinar los antecedentes familiares de los doce miembros, descubrí que la genealogía del grupo abarcaba casi todas las razas y culturas del mundo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que GOLEM ha reunido a una tripulación con un acervo cromosómico extremadamente diverso y, por tanto, saludable.

—¿Con qué fin?

—Con el de establecer una colonia humana permanente en Europa.

Me eché a reír. Al orondo israelí le iban las teorías conspiratorias. Yoni frunció el ceño.

—Veo que llevar un chip implantado en el cerebro no te ha servido para tener una mente más abierta.

—Digamos que el medidor de chorradas del MBF sigue funcionando bien.

—Tú creaste el protocolo del ordenador... para proteger y preservar la raza humana. Si tuvieras que elegir el mejor lugar de nuestra galaxia para establecer una nueva colonia humana, ¿dónde estaría? Europa tiene agua. Y calor interno. Una fuente de energía. Un banco de témpanos donde desarrollar vida terrestre. —Yoni se acarició la perilla y abrió mucho los ojos tras los cristales de sus gafas—. ¿Te parece que estoy loco?

—Como un cencerro.

—¿Es por eso por lo que has venido, para ocupar el puesto de este gordo israelí? Adelante, por mí no te cortes. Pero, dime, ¿tu sangre también es tipo 0 y Rh negativo?

—¿Cómo sabes mi grupo sanguíneo?

—El 0 es donante universal. El factor Rh negativo es común en el 15 por ciento de la población. Todos los elegidos para esta misión tienen sangre tipo 0 y Rh negativo.

Una hora más tarde, me encontraba tomando café en la cocina con la doctora Amanda Lynn Moss. La científica sonrió cuando le resumí la conversación que había mantenido con su piloto «compatible».

—Yoni se toma muy a pecho esas cosas. Pero tendrás que reconocer que las probabilidades de que los doce miembros de la tripulación tengan el mismo tipo de sangre y factor Rh son demasiado escasas como para atribuirlo al azar. La pregunta es por qué. ¿Por qué vamos realmente a Europa?

—Aparte de la sangre, ¿por qué crees que te eligieron?

—Soy exobióloga, y la exobiología se centra en el estudio de cómo surgió vida en la Tierra, concretamente en las reacciones químicas que dieron lugar a su origen.

—Imagino que te refieres a ese caldo primordial que fluye de los respiraderos hidrotermales que taponamos anoche.

—Los respiraderos submarinos no forman compuestos orgánicos, solo los reciclan y descomponen. Es más probable que la vida se originara en los primitivos lagos y lagunas de nuestro planeta, ya que las aguas poco profundas son mucho más favorables para que se produzcan reacciones prebióticas en ellas. En 1953, un alumno de la Universidad de Chicago que trabajaba en un laboratorio envió una corriente eléctrica a través de un tanque que contenía una mezcla de agua, metano, amoníaco e

hidrógeno, básicamente el mismo elixir que se encontraba en los océanos de la Tierra hace tres mil quinientos millones de años. El relámpago artificial generó compuestos orgánicos, entre ellos aminoácidos, que son los cimientos de la vida. Sigue siendo un misterio cómo llegaron tales elementos a la Tierra; puede que algunos fueran transportados por meteoritos o asteroides, otros tal vez por cometas o polvo cósmico. Yo estoy convencida de que en Europa también los habrá, y con ellos la posibilidad de vida. —Me miró, calibrando mi reacción—. ¿Qué?

Negué con la cabeza notando que la sangre me desaparecía de la cara.

—Esas sustancias químicas que acabas de mencionar... son las mismas que utilizamos en el algoritmo biótico del tanque de GOLEM.

Yo no aspiro a ser inmortal gracias a mi trabajo. Me basta con no morirme.

WOODY ALLEN

—Su primera semana ha terminado, profesor Eisenbraun. ¿Ha determinado si alguno de los miembros varones del equipo Beta tiene un trastorno psicológico?

Desde el laboratorio de ciencias miré hacia el ente esférico que flotaba en la columna vertical de líquido; aún me costaba creermelo absurdo de la situación. Los siete días anteriores habían sido física y mentalmente agotadores, y ahora que estaba a punto de cambiar de turno e incorporarme al comando Alfa, el de Andria y el capitán Dos Cojones, no tenía claro cómo iba a lidiar con la tensión emocional añadida.

Pero, antes, tenía que enfrentarme a GOLEM.

—Los varones del equipo Beta parecen funcionar dentro de unos parámetros psicológicos aceptables.

—El capitán Read, Jason Sloan y Egor Vasiliev son los miembros varones del equipo Alfa. Identifique al sociópata e informe cuanto antes.

Sonó más como una orden que como una petición, pero lo dejé pasar.

—Haré cuanto esté en mi mano.

Me levanté, ansioso por probar la cama de Lara.

—Profesor Eisenbraun, lleva una inyección criogénica menos de las programadas.

—¿Sí? Le pondré remedio en cuanto termine mi turno con Sloan.

Las luces quirúrgicas aumentaron de intensidad y, sobre la mesa de operaciones, vi una bandeja de instrumental con una aguja hipodérmica y un algodón humedecido con alcohol.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Seguir el programa marcado para las inyecciones asegura la absorción idónea de tejido.

—Bueno, no querría fastidiarla, entonces. —De mala gana, me dirigí hacia la sala de operaciones, de cuyo techo colgaban los dos enormes brazos robóticos; sus ruedas de instrumentos quirúrgicos parecían un par de navajas gigantes del ejército suizo—. GOLEM, ¿cuánto falta para que evoluciones neurorreceptores suficientes para controlar esos apéndices?

—Doce meses, tres días, seis horas y diecisiete minutos.

—¿Y entonces podrás practicar operaciones quirúrgicas?

—La Fase 1 de procedimientos médicos se reduce a radiografías, recolocar huesos y realizar vendajes sobre el terreno. La Fase 2 estará operativa dentro de

catorce meses e incluirá obstetricia, ginecología y exámenes prostáticos, así como cirugía ortopédica y plástica.

—Poner tetas y meter el dedo en el trasero... estupendo.

Sonreí ampliamente, pero la idea de permitir que una máquina armada con un montón de instrumentos punzantes me examinara la próstata no me dejó muy tranquilo.

—La Fase 3 estará operativa dentro de veintisiete meses y dieciséis días, e incluirá apendicectomías, cardiocirugía, neurocirugía y procedimientos dentales.

—Razón de más para cepillarse los dientes después de las comidas. —Me bajé la cremallera del mono y dejé al descubierto una pequeña parte de mi nalga izquierda. Me froté bien la piel con el algodón húmedo y cogí la jeringuilla con la mano derecha—. Lo que hay que hacer por amor. —Me clavé la aguja y me inyecté el elixir transparente. El dolor del pinchazo dio paso a un acceso de náuseas—. ¿Alguna cosa más antes de que vomite?

—Preséntese aquí mañana a las cinco cero cero para la siguiente inyección.

—Eres peor que un grano en el culo, ¿lo sabías?

—Los exámenes proctológicos tendrán que esperar a que los neuroreceptores hayan evolucionado a la Fase 2.

—Vale... A propósito, si aún no tienes activados esos apéndices, ¿cómo has conseguido dejar la aguja encima de la mesa?

—Eso lo ha hecho Jason Sloan.

El criogenista Jason Sloan era un tipo de metro ochenta, delgado como un palillo, de cabello castaño largo hasta los hombros y unos ojos color avellana que centelleaban cuando ponía en marcha su coeficiente intelectual de 167. Era dos años más joven que yo, y no había duda de que estaba colado por servidor.

—He seguido tus avances con el MBF desde que recibiste la subvención del Departamento de Defensa. ¿Por qué ellos, precisamente? ¿El MBF se considera un arma?

—No, a menos que consideres que el pedo cerebral es la próxima arma de destrucción masiva. Mi tío es general; él me consiguió la beca.

—Qué bien. ¿Cuál es el primer recuerdo al que has tenido acceso? ¿Has podido recordar algo del día en que naciste? ¿O incluso de cuando estabas en el útero?

—Esos recuerdos son accesibles, pero sin la conciencia...

—¿Puedes simular un viaje en ácido? ¿Abandonar tu cuerpo? ¿A qué huelen los colores? Jo, tío, ¿y el sexo? Si yo llevara un MBF, ¡me convertiría en un obseso sexual!

—Creo que para eso no te hace falta chip. —Seguí a mi efusivo nuevo compañero por el nivel inferior hasta el laboratorio de biología que albergaba mi cámara criogénica—. Así que, Jason, ¿eres tú el que va a programar mi cámara?

—Ya está programada. Yo solo me encargo de las conexiones neurales justo antes de que te quedes dormido. Tranquilo, colega. Nunca he perdido a un sujeto, excepto a Alec.

—¿Alec?

—Alec Russell. Uno de nuestros primeros conejillos de Indias humanos. Digamos que el tío no se descongeló uniformemente. Pero, ya te digo, tú tranquilo. No hemos vuelto a tener problemas desde que perfeccionamos los chutes.

—¿Y si se pasa el efecto de la inyección?

—Imposible —me aseguró Jason mientras verificaba una válvula de presión en el chasis de la cámara criogénica—. Para que te duermas, te administramos un suero que contiene anestesia y un activador. Este último se mezcla con las inyecciones que te han ido administrando; básicamente sirve para parar la mitosis celular y el proceso de envejecimiento. El gel de tetrodotoxina hace el resto. La actividad celular queda cancelada hasta que el tanque se vacíe y las células vuelvan a entrar en contacto con el oxígeno. Da igual que te tires un día o un siglo entero ahí metido: mientras no estés expuesto al aire, serás como un pirulí helado. Oye, ¿te has planteado que podrían piratear el MBF?

—¿Cómo? No, es imposible de piratear; los patrones neuronales son diferentes en cada individuo.

—Claro, claro. ¿Y qué hay que hacer para que te enchufen una cosa de esas?

—Yo llevo el único prototipo. Las primeras ediciones del MBF-100 deberían estar listas en abril.

—En abril estaremos pasando por delante de Marte. ¡Venga, hombre, implántame uno!

—Lo siento, Jason.

—Te lo compensaré. ¿Te imaginas pasarte todo el adiestramiento con una polución nocturna de treinta días de duración? —Jason dio unos toquecitos al panel de la cámara—. Yo lo llamo «inyección de memoria Omega». Se trata de algo nuevo que estoy probando. Un momento antes de entrar en estasis criogénica, el casco sensorial pone en funcionamiento imágenes pregrabadas que estimulan la corteza cerebral...

—¿Con «imágenes pregrabadas» quieres decir porno?

—Eso a tu gusto, ahí no me meto. A mí me va el stackismo.

—No tengo ni idea de qué es eso.

—El stackismo se centra en la objetividad y en estar dispuesto a probar cualquier cosa sin juzgarla, siempre y cuando no haya daño físico para uno mismo o para otros. Le pusimos ese nombre en honor al fallecido Robert Stack, presentador de *Misterios sin resolver*. —Jason se subió una manga; en el bíceps izquierdo llevaba tatuadas las palabras EN STACK CONFIAMOS—. Soy miembro fundador.

—Enhorabuena.

—Sabía que te gustaría. Pensamos igual, tú y yo. El stackismo busca misterios y

luego recaba datos con el fin de llegar a una explicación lógica. Se podría decir que la criogenia fue una aplicación temprana del stackismo. Es decir, hablemos claro, hace falta tenerlos muy bien puestos para ser uno de los primeros que se dejan congelar metidos en esa cosa.

—Estoy seguro de que tu amigo Alec estaría de acuerdo. —Miré aquella especie de sarcófago. Mi plan siempre había sido declarar normales a todos los miembros varones de la tripulación y luego escaquearme de ser criogenizado, pero ¿y si GOLEM me ordenaba dormir?—. Imagina que te ponen en estasis y te ves metido en una pesadilla de las feas. ¿Hay algún modo de despertarse?

—Estás hablando de un lavado de emergencia. Lo siento, pero lo han descartado del protocolo de la misión.

—Y ¿por qué?

—Pregúntale a GOLEM.

Bajé la voz.

—¿Y si no quiero preguntarle nada? ¿Y si quiero que haya un lavado de emergencia en mi cámara por si las moscas?

Jason sonrió y se acercó tanto a mí que noté el olor a zumo de tomate en su aliento.

—En el viaje a Europa no podría hacerlo, pero en el adiestramiento... ¿solo en tu cámara? Sí, es factible, porque la tuya es independiente, no está conectada a GOLEM como las otras doce.

—Continúa.

—El lavado de emergencia se activa neurológicamente cuando pronuncias un pasaje o un código determinado durante el sueño.

—Y eso ¿cómo lo hago?

—El sueño de ondas omega es distinto del sueño REM. Tienes acceso a todos tus recuerdos. Los sueños son muy reales. Al pronunciar la contraseña, la cámara se vacía y tus células quedan expuestas al oxígeno.

—Hazlo. Conecta mi cámara con la opción de emergencia y en cuanto regresemos a casa me ocuparé de que te implanten en el cerebro uno de los MBF-100. Por cuenta de la casa.

—Trato hecho, tío.

Jason Sloan abrió el panel de control de un puñetazo. Con unas herramientas de joyero y unas lentes de aumento provistas de luz, se puso a trabajar en la placa base. Tres minutos después había terminado.

—¿Ya está?

—Aún no. He quitado el control manual, pero hay que programar el sistema con una contraseña o una frase. Algo que solamente tú puedas saber.

Jason abrió la tapa de la cámara criogénica y pude ver el interior del tanque. Había un enjambre de tubos y cables conectados a una especie de bañera central hecha de plástico blando y con la forma de un bípedo de más de dos metros.

—¿Para quién es esto, para un profesional del baloncesto?

—El traje interior se encoge una vez que te tumbas para amoldarse a todo tipo de anatomías.

—¿Yoni incluido?

—Lo de Yoni fue todo un reto. —Jason metió la mano en un compartimento y sacó un casco sensorial de finísimo aerogel transparente—. Ponte esto, el interior del casco se adaptará al tamaño y forma de tu cráneo. Cierra los ojos. Cuando oigas un zumbido, repite mentalmente tres veces la frase o el pasaje. Después avísame y yo lo apagaré.

Seguí las instrucciones del pequeño genio y me puse el casco en la cabeza. El interior cóncavo era muy cómodo y tenía un tacto sorprendentemente suave. En un momento noté que la piel del interior se amoldaba a mi cráneo, frente y orejas... Una suave vibración eléctrica me hizo cosquillas en el cuero cabelludo.

«Influencia vainilla. Influencia vainilla. Influencia vainilla».

Abrí los ojos y le hice una señal a Jason. La sensación de zumbido desapareció. Me quité el casco y se lo pasé al criogenista.

—¿Estás seguro de que esto funcionará?

—Tan seguro como de que estoy aquí. En cuanto se reciba la orden generada neuronalmente, las bombas se activarán y el tanque se vaciará. Cuando desaparezca la tetrodotoxina, se te administrará una inyección de adrenalina en el corazón y volverás en ti. No digo que sea la mejor manera de despertarse, pero servirá.

—Eres una buena persona, Jason. Tú mantén esto en secreto y dentro de cinco semanas podrás oler colores y explorar todos tus recuerdos perdidos.

—Al cuerno con eso. Lo que quiero es acceder a mi ADN primigenio y montarme un viaje de biochip para revivir mi época de neandertal. O, mejor aún, ir todavía más atrás y ponerme a cuatro patas ;como un mamífero prehistórico!

Negué con la cabeza. En el mundo del chocolate y la vainilla, Jason Sloan era el pistacho.

Primero te ignoran, después se ríen de ti, luego te ponen trabas y, al final, ganas.

MOHANDAS KARAMCHAND GANDHI

Noveno día. Cuando terminé el turno, fui al camarote 7 pensando en ducharme, comer y dormir. Olí el perfume de Lara mientras cruzaba la sala de estar y entraba en la habitación.

—Buenas noches.

Estaba tendida en la cama vestida solo con una de mis camisetas.

—¿Qué haces aquí todavía, Lara? Vas a llegar tarde.

—Hoy tengo ganas de ser mala. —Levantó sus larguísimas piernas de modelo y me recorrió juguetonamente el torso con los dedos de los pies. Aquella acción me regaló una vista de la parte baja de su torso—. Portémonos mal juntos.

Noté que mi erección aumentaba mientras el MBF registraba mis egoístas pensamientos de sexo por venganza que después podría restregarle a Andria por la cara. Mi entrepierna me animaba como un adolescente cachondo: «Venga, hazlo. Nos hace falta, Ike. Es sexo terapéutico, chaval, justo lo que necesitamos».

Di un paso atrás y sus piernas resbalaron hacia abajo.

—No puede ser, Lara.

—Ike, ella no te quiere.

«Hazle caso —parecían decir mis partes—; tiene toda la razón».

Debería haberme acostado con Lara sin pensarlo, pero no fui capaz. Cierto, Andria me había sido infiel y, cierto, mi deber como hombre era anestesiar la herida. Y lo habría hecho de no ser por dos cosas: la primera, por patético que suene, yo aún quería a Andria; la segunda, y mucho más importante, no puedes echar un polvo ocasional con una chica como Lara, y menos en aquellas circunstancias, atrapado en el mismo habitáculo que tu exnovia. Diez minutos después de haber eyaculado, toda la tripulación estaría al corriente, porque Lara, una mujer posesiva, se ocuparía de que así fuese, con lo cual se armaría la de Dios es Cristo. Y no porque Andria quisiera recuperarme, sino porque Lara se lo pasaría por la cara, y lo último que me apetecía era verme en medio de una pelea de mujeres con la posibilidad de estar treinta días congelado criogénicamente y tener que recurrir a aquellas dos felinas para mi liberación.

Evité mirar su cuerpo desnudo mientras salía de espaldas del dormitorio.

—Voy a picar algo. Si todavía estás aquí cuando vuelva, buscaré otro sitio donde dormir.

Di dos vueltas al pasillo a paso ligero antes de entrar en la cocina, confiando en

conseguir bajar «la tienda de campaña».

Cuando entré, Kevin Read estaba conversando con el físico nuclear ruso Egor Vasiliev. Andria estaba sentada al otro extremo de la mesa, leyendo algo en su h-pad. Ella me miró y yo la miré a ella; su instinto femenino le hizo bajar la vista hacia la parte delantera de mi mono, como si examinara la escena de un crimen.

Kevin Read se percató de todo, captó la situación e inmediatamente trató de controlarla.

—Hombre, Eisenbraun. Siéntese a cenar algo con nosotros.

—No puedo —dije, y saludé con la mano a Dharma Yuan, que estaba sentada a la barra, leyendo—. Tengo cita con la doctora.

Me desvié hacia la zona de servicio de alimentos, pedí un bocadillo de pollo y una bolsa de refresco, y me senté al lado de la terapeuta china.

—No podemos seguir viéndonos así.

Ella me miró, perpleja.

—¿Cómo dices?

—Era broma. Ya sabes, por el cable que me echaste la semana pasada. En fin, me alegro de verte. ¿Te gusta trabajar en Alfa? ¿Qué haces allí todo el día?

—Entre otras cosas, meditar. Como bodhisattva, registro los biorritmos de toda la tripulación.

—¿Los míos también?

—Especialmente los tuyos. Tu presencia está provocando el caos entre la tripulación.

—Vaya. Será verdad que el trece trae mala suerte...

—El problema es de ellos. Si estás en la misión es porque así lo dictó el karma.

—Y tú ¿cómo lo sabes?

—Lo que importa no es cómo lo sé, sino por qué estás tú aquí.

Mi visión periférica registró la expresión de Andria cuando se levantó para salir de la cocina. Era como si me dijera: «Ven conmigo, tenemos que hablar».

—Perdona, Dharma, tengo que irme corriendo. Cuando averigües por qué estoy aquí, no dejes de decírmelo.

Me metí la cena en los bolsillos y salí del comedor apretando el paso para alcanzar a mi exnovia.

—Eh, Andie. Quería darte las gracias por dejarme usar tu cama.

Justo en ese momento, Lara salió de su *suite*; pasó de largo lanzándome una mirada asesina.

La de Dios es Cristo, ya lo decía yo.

—¿Qué pasa con la reina de los calamares?

—Nada, quería compartir conmigo algo más que las sábanas.

—¿Y lo has hecho?

Me puse delante de ella para que no siguiera andando.

—Me conoces, Andie. La lujuria es un instinto primitivo. Siempre he aspirado a

algo más profundo.

Sonrió.

—Mira que eres pavo.

—Quizá sí. Pero nunca engañaría a quien amo.

La sonrisa se desvaneció.

—Siento haberte hecho daño.

Estaba a punto de contestarle cuando apareció el científico ruso.

—Mañana por la mañana te toca conmigo. Nivel inferior, reactor nuclear. Sé puntual.

Esperé a que desapareciera por el pasillo.

—Qué simpático, el tío. Y luego dices que yo soy antisocial...

Para mi sorpresa, Andria deslizó sus dedos en la palma de mi mano.

—He mirado la lista de turnos y libras el decimotercer día. Si te vienes en mi minisub, te enseñaré cómo pensamos capturar criaturas marinas en Europa.

Me dio un beso rápido y se alejó. El prieto trasero de su mono era la única criatura que yo tenía ganas de capturar.

Las ideas son más poderosas que las armas. No dejaríamos que el enemigo tuviera armas, así que por qué habríamos de dejarle tener ideas.

IÓSIF STALIN

Era el decimotercer día y tenía la sensación de haber completado el círculo; Andria volvía a ser la cazadora y yo, su fiel compañero.

Me agarré como si me fuera la vida en ello cuando Andria despegó del lecho marino como una adolescente que estrena carnet de conducir. Las turbulencias hicieron salir de su escondite a un pulpo de dos metros y medio.

—Entonces ¿qué? ¿Vas a casarte con él?

—Hemos roto.

El submarino dio un brusco bandazo mientras ella perseguía al asustado cefalópodo. Al notar que se me aceleraba el pulso, me ajusté el ocular y centré mi atención en el mar oscuro, que en aquel momento tenía un tono como de puré de guisantes.

—No te quedes ahí callado escondido en tu cerebro; di algo, joder.

—Creía que él era lo que buscabas.

—Me equivoqué.

Andria apuntó con el láser a su presa y un momento después hizo presión con el dedo índice sobre una especie de gatillo que había junto a su pierna derecha. Una explosión de aire comprimido salió como un eructo del extremo del brazo mecánico sumergible y se convirtió en una red color amarillo neón que atrapó al pulpo en la fracción de segundo que tarda la lengua de una rana en zamparse una mosca.

Estaba observando al pulpo forcejeando en la red cuando Andria me sobresaltó al entrelazar sus dedos con los míos.

—¿Es demasiado tarde para nosotros, Ike?

Apoyé la cabeza contra el respaldo de piel.

—¿Y qué pasa con Europa?

—Ven con nosotros.

Esbocé una sonrisa burlona.

—¿Seis años a bordo de *Oceanus* con el capitán Testosterona? Sí, claro, menudo festival del amor. Imagínate que yo me hubiera acostado con Lara. ¿Aceptarías la misión sin pensártelo?

—Supongo que no.

Espiré con fuerza. Llevaba días imaginando una y otra vez aquella misma escena en mi cabeza, y la partida de ajedrez siempre terminaba en tablas.

—Bueno, supongo que esto se acaba. Mañana por la noche a vosotros os congelarán y yo me tiraré treinta días charlando con el ordenador.

—Pero ¿y Kevin? ¿Y tu informe?

—Dentro de unas horas me toca reunión con el jefe, pero da lo mismo, porque ya he decidido declarar a todos tus camaradas varones mentalmente sanos.

Andria apartó la vista; vi que le temblaba el labio inferior.

—Eh... ¿estás bien?

—La he cagado. —Ahora estaba llorando a mares—. No quiero separarme de ti.

Tragué con dificultad el nudo que se me estaba formando en la garganta.

—Y yo no quiero que te vayas.

—¿Por qué no le dices a GOLEM que el sociópata es Kevin? ¿Vendrías conmigo a Europa entonces?

—Por Dios, Andie.

Se bajó la cremallera del mono unos quince centímetros y luego llevó la palma de mi mano a su pecho izquierdo. Yo me incliné para besarla, pero me lo impidió el maldito arnés de seguridad. Andria me liberó y empezamos a montárnoslo. Accionó el piloto automático con una mano y a mí con la otra, y yo le bajé la cremallera del todo para dejar a la vista sus tetas bronceadas...

—¿Andria, informa! ¿Va todo bien?

Estaba encima de mí, medio desnuda, tratando de arrancarme el mono. Jadeando, alargó el brazo para coger la radio.

—Sí, todo bien, capitán.

—Has puesto el piloto automático.

—Estaba comprobando el sistema.

Le lamí un pezón y bajé los dedos para acariciarle la entrepierna.

—Tus baterías están por debajo del 8 por ciento. Vuelve ahora mismo a *Oceanus*. Es una orden.

Andria volvió a encajar la radio en su soporte con brusquedad y se apartó de mí. Ambos respirábamos con dificultad.

—Ven a verme esta noche. A las nueve en mi camarote. Prepararé una cena de verdad.

—Allí estaré. ¿Qué hay para cenar, aparte de ti?

—Mi plato favorito. —Sonrió con malicia y señaló el amasijo de tentáculos que había al otro lado del cristal de la nave—. Calamares.

Me di una ducha, guardé mis cosas y me puse a ver la versión original de *El planeta de los simios* en el DVD de Lara para matar el tiempo. A las 20.47 salí del camarote y me dirigí a la cocina. En el comedor no había nadie y las luces brillaban con poca intensidad para dar un ambiente de turno de noche. Fui hasta el selector de alimentos, miré lo que había para beber y elegí un recipiente de vino.

—Cuatro, por favor.

—El alcohol es una bebida regulada. Se permiten dos raciones cada veinticuatro horas.

—Las otras dos son para Andria Saxon.

—La tripulante Saxon debe pedir su bebida alcohólica personalmente.

—Ya, bueno... Ponme dos recipientes de vino para llevar.

—Hoy es 7 de octubre de 2028. La estasis criogénica está programada para mañana, 8 de octubre, a las doce cero cero. No debe consumirse alcohol durante las treinta y seis horas previas a la estasis criogénica. Petición denegada.

—¿Por qué no has empezado por ahí?

Di media vuelta... y me topé de bruces con Dharma Yuan. Iba descalza y no llevaba encima más que un *longgua*, el batín tradicional chino que solían usar las concubinas de la corte. La prenda era de lustrosa seda negra e hilo metálico envuelto en oro, estaba adornada con medallones de dragón y un surtido de caracteres budistas, entre ellos murciélagos que, según el MBF, simbolizan la felicidad. Encima del corazón, agitado por las olas del mar, había un disco de color verde claro que representaba la Luna.

Estaba deslumbrante, pero yo tenía la mente en otra parte.

—Robert, tenemos que hablar.

—¿No podría ser mañana por la mañana?

—¿Por qué estás aquí?

—Quería coger unas bebidas para llevar, pero el jefe no me ha dejado.

—No, me refiero a por qué estás en esta misión.

—¿No eras tú quien iba a averiguarlo?

—He intentado entenderlo a través de la canalización. Y los mensajes que he recibido son francamente inquietantes.

Con Andria esperándome, lo último que me apetecía era que Dharma me largase un sermón filosófico pseudobudista.

—Ya que insistes tanto, estoy aquí porque el Pentágono estaba preocupado por la salud mental de uno de los miembros varones de Omega. He hecho las comprobaciones pertinentes y todo está bien. Falsa alarma.

—Sé que tú crees que ese es el motivo de tu presencia, pero en un plano más elevado de la existencia hay fuerzas que están moviendo los hilos. Robert, toda alma nacida en el reino físico está destinada a completar su propio viaje, es una ley kármica. Tu presencia a bordo de esta nave señala el inicio de un trayecto, y sus consecuencias se dejarán notar mucho más allá de nuestra época. El karma que te ha traído hasta aquí... hasta este momento en el tiempo y el espacio... es muy poderoso.

—Si tú lo dices...

—¡No te burles de mí! Soy budista de decimosexta generación, discípula de Manjushri, divinidad trascendente de la sabiduría, uno de los cuatro grandes bodhisattvas. Tu chi perturbó mi aura en la barrera de hielo. Que otra persona, y más

aún un occidental, irrumpa en la consciencia de mi alma es... sencillamente imposible.

Hube de reconocer que Dharma era todo un barril de pólvora.

—Escucha, no te sientas mal, digamos que he tuneado mi chi con un implante biológico. El MBF me permite concentrar las ondas cerebrales de maneras que está claro que tú no habías experimentado nunca.

—El karma no puede verse afectado por un dispositivo neurológico; el karma es un reflejo de vidas pasadas... —Se detuvo—. Veo por tu forma de reaccionar que no crees en la reencarnación.

«Madre mía...».

—Dharma, no quiero faltarte al respeto, pero tengo que irme.

Se interpuso en mi camino.

—Soy clarividente, y por tanto estoy entrenada para acceder a las experiencias de una vida previa. He entrado en la tuya para tratar de comprender la naturaleza de tu karma y del viaje que te espera. ¿Quieres saber algo de tus vidas anteriores, Robert?

La intensidad de su mirada me inquietó, fue como un jarro de agua helada para mis planes con Andria.

—Dame solo los titulares.

—No son muchos. Todas tus vidas pasadas han terminado de manera brutal, cada muerte asociada a una maldad perpetrada por alguien que actuó obedeciendo a un impulso fruto del lado más oscuro de la existencia humana. La oscuridad es la ausencia de luz, y esta última es la fuerza vital del Creador, la energía que comparten todas las almas. En la primera vida a la que he podido acceder, eras un esclavo hebreo y el capataz egipcio te mataba a palos. En otra encarnación nacías y crecías en España, hijo de un rabino ortodoxo. A través de tus ojos vi que la Inquisición os hacía subir a ti y a tu familia, junto a decenas de miles de judíos, a buques de vela para que un capitán español os arrojara por la borda una vez en alta mar.

—Esto es absurdo. No recuerdo nada parecido.

—Una terapia de regresión lo sacaría todo a la luz. Pero, por desgracia, no hay tiempo.

—Quizá cuando emerjamos. Pero ahora tengo prisa...

—En tu última encarnación, eras un muchacho encerrado en un campo de exterminio nazi. Sentí tu ira contra el Creador cuando viste que se llevaban a tu madre al horno crematorio; viví tu miedo y tu desesperación cuando te pusieron en manos de Josef Mengele, un psicópata que realizó experimentos genéticos con niños judíos.

—¡Basta! —El corazón me iba a mil y tenía la piel cubierta de una capa de sudor frío—. ¿Se puede saber por qué me cuentas estas pesadillas?

—No son pesadillas, Robert, sino vidas pasadas. Y cada una de ellas ha dejado una huella indeleble en tu karma. Es lo que en budismo llamamos el espíritu del Fantasma Hambriento. Lleno de la ira de sus vidas anteriores, consumido por un

espantoso vacío, vives tratando de corregir el pasado. El Fantasma Hambriento posee una boca del tamaño del ojo de una aguja y un estómago grande como una montaña. Eres náufrago del destino, Robert, has sido testigo de los días más turbios de la existencia. Ahora vuelves a vivir, pero solo para cambiar la historia.

—No, Dharma, la historia no. El odio. La codicia. La violencia. Toda esa oscuridad que te has imaginado. Mi meta es acelerar la evolución humana más allá de los límites del ego. El MBF es el prototipo, el primer paso para alcanzar lo que tú llamarías «nirvana». Mientras vosotros extraéis energía en Europa, yo estaré en la Tierra iluminando la civilización.

—No puedes alcanzar la iluminación mientras sigas aferrándote a la ira.

—Pero el MBF, sí. Considéralo la vela que ilumina la oscuridad. Si nació de mi rabia contra la Gran Mortandad, contra el sufrimiento y la pérdida de mi familia, que así sea.

El MBF me dio un aviso: las 21.11.

—Se me hace tarde. Gracias por la información. No descarto probar esa terapia de regresión cuando te descongeles.

La aparté de mi camino, fui hacia la puerta de la cocina y salí al pasillo exterior. Pero ¿qué demonios era todo aquello? No podía ni imaginarme estar seis años en Europa con aquella bruja como mi psicóloga. Decidí pasar de la cena e ir directamente al sexo de reconciliación. Andria tenía que compensarme por muchas cosas.

Llamé a la puerta del camarote 2.

—¿Andie? Lo siento, llego tarde.

Al abrirse la puerta, me vi frente a los seis varones de la tripulación Omega. Estaban todos de pie, formando un semicírculo; parecían dispuestos a lincharme.

El jefe de aquella chusma se adelantó. La sonrisita de gato de Cheshire de Kevin Read activó el protocolo de pelear o escapar del MBF.

—Bueno, Eisenbraun, ¿ha decidido cuál de nosotros es el sociópata?

—¿Está haciendo campaña para el cargo, capitán?

La risa sofocada de Jason Sloan hizo que se ganara duras miradas por parte del resto.

—¿Cuánto te está pagando Sebastian Koch? —exigió saber el doctor Bruemmer.

—¿Pagarme? No me paga nadie.

—Seguro que es Koch —me espetó Egor Vasiliev—. Todo el mundo sabe que está detrás de la iniciativa de las arenas bituminosas en Canadá.

—Y además ha subvencionado la campaña de conversión al carbón —añadió Kyle Graulus.

Mi orondo amigo israelí me apuntó al pecho con un dedo como una salchicha.

—¿Quién introdujo los resultados falsos del helio-3 en los algoritmos de GOLEM? ¡Fuiste tú, confiesa!

—Sí, Yoni, lo hice yo porque en el fondo quiero terraformar Europa con tipos de

sangre 0 negativo.

Kevin Read interceptó al gordo, que se había abalanzado contra mí, antes de que este pudiera machacarme.

—¡Ya basta! No hemos venido para debatir teorías conspiratorias, Yoni. Se trata de la misión a Europa. Todos hemos hecho grandes esfuerzos para estar aquí; de ninguna manera voy a permitir que las opiniones de un... jodido idiota provoquen la ruptura en mi tripulación.

—Iba a decir «judío», ¿no es cierto, capitán? Ha estado a punto de decir «las opiniones de un judío».

Yoni se volvió hacia Read, menos furioso que decepcionado.

—Ni se te ocurra tragártelo, Yoni. Solo se está haciendo el listo, es el viejo truco de divide y vencerás —arguyó Read.

—Dejen marchar al profesor Eisenbraun.

Todo el mundo levantó la vista hacia el ojo sensorial que nos observaba desde una esquina del techo.

—Esto no es de tu incumbencia, GOLEM.

—Cualquier asunto relativo al éxito del Proyecto Omega es de la incumbencia del sistema GOLEM. Fue el sistema GOLEM el que solicitó la presencia del profesor Eisenbraun en la misión de adiestramiento.

—¿Con qué objeto? —inquirió Bruemmer.

—La eficiencia.

—¿A quién ha venido a sustituir? —preguntó Jason Sloan.

—A aquellos tripulantes que sean considerados un lastre llegado el momento del lanzamiento en diciembre. El exceso de peso del señor Limor aumenta su riesgo de un fallo cardíaco durante la misión. La señorita Moss no ha conseguido dominar las operaciones con minisubmarinos. La señorita Saints ha desarrollado apego sentimental hacia sus muestras biológicas. La avanzada artritis reumática del doctor Bruemmer lo convierte en un lastre a largo plazo. El implante cerebral del profesor Eisenbraun permite que pueda entrenarse para cualquiera de los puestos a bordo de *Oceanus II*.

Miré con fijeza el dispositivo óptico sensorial. Se me puso la piel de gallina, maravillado ante el sesgado proceso evolutivo de mi criatura. GOLEM estaba mintiendo. El ordenador, de hecho, se había inventado una historia para modificar el resultado de una situación.

«Y si ha mentado sobre mi presencia a bordo...».

—Como comandante en jefe, debería haber sido informado.

—Su papel consiste en supervisar el bienestar de la tripulación. Usted no está al mando del Proyecto Omega, capitán.

Fue un momento de tensión, el motivo por el que yo estaba allí. Presentí que el verdadero sociópata estaba poniéndose en evidencia.

Los tripulantes se apiñaron para hablar entre sí.

El capitán Read comunicó el veredicto un minuto después.

—Bienvenido al Equipo Omega, doctor Eisenbraun. Señor Sloan, ¿nuestro amigo ha completado ya el protocolo de inyecciones criogénicas?

—Sí, señor.

—Entonces metámoslo dentro.

Kevin le hizo un gesto con la cabeza al doctor Bruemmer y este me clavó la jeringuilla que escondía en la palma de la mano en el lado izquierdo del cuello.

Ningún sentimiento priva tanto a la mente de su capacidad de actuar y de razonar como el miedo.

EDMUND BURKE

Las luces se apagaron, la sala empezó a dar vueltas. Las oleadas de pánico recorrían mi ser como descargas eléctricas cada vez menos potentes. Las voces sonaban amortiguadas y con eco, imposibles de reconocer. Dejé de notar las piernas y el entumecimiento fue extendiéndose desde las extremidades hacia el resto del cuerpo. La idea de perder el control de los músculos respiratorios me aterrorizaba. Me tumbaron, alguien me ajustó una mascarilla de oxígeno sobre la nariz y la boca, y la unidad portátil comenzó a insuflarme aire a la fuerza en los pulmones.

Izado horizontalmente, no notaba ni mi cuerpo, ni las manos que me transportaban pasillo abajo.

Ahogándome en un mar de anestesia, sobreviví gracias al MBF, que derivaba frenéticamente mis vías neuronales en busca de un canal de lucidez.

Recuperé la audición cuando cruzamos el arboreto y bajamos por la escalera de caracol hasta el nivel inferior.

—... no sigue el protocolo.

Lara Saints perforó con su voz la burbuja de la sordera, y aquello provocó una convulsión en mi musculatura torácica. ¡Podía respirar!

—Estaba nervioso por lo de la estasis —mintió Kevin Read—, por eso pensamos que esta sería la mejor forma de hacerlo. Jason, ¿está listo el suero de Eisenbraun?

—Sí, señor. Pero habrá que desvestirlo antes de colocarle el arnés interior.

—Lara, ¿te importa hacer los honores?

—Que te den, Kevin.

Empecé a ver mejor. Aún paralizado, me di cuenta de que estaba viendo mi reflejo en el tanque de los pulpos mientras unas manos rudas me arrancaban el mono de un cuerpo que ya no sentía.

—La cámara está lisa. Metedlo dentro... Un momento, sostenedlo mientras le pongo los brazos y las piernas en posición.

Mi mente gritó sin voz al notar que me introducían en el arnés interior. Durante un momento tuve frente a mí los ojos de Jason Sloan mientras el experto en criogénesis se apresuraba a engancharme varias terminales de electrocardiograma.

—Joder, está consciente.

—No puede ser —dijo el doctor Bruemmer—. Le he puesto anestesia suficiente para tumbar un caballo.

—Fijaos en las pupilas. Reaccionan a la luz. Nos está viendo... ¡Nos oye!

La cara del capitán apareció en mi campo de visión.

—Es ese maldito chip cerebral. Sloan, póngale el gota a gota y duérmalo. Los demás, vuelvan a sus puestos. Lara, quiero hablar contigo fuera, en privado.

El MBF seguía esforzándose por devolverme a la vida, aumentando la capacidad transportadora de oxígeno de mis glóbulos rojos, eliminando la anestesia. Como si recibiera las punzadas de cien mil agujas, mi piel se recuperó del entumecimiento.

Jason me ató un tubo de goma en torno al bíceps izquierdo, seleccionó una vena e introdujo suavemente la aguja del gota a gota en el vaso sanguíneo.

Recuperé la voz cuando el elixir apagó el fuego que me abrasaba las venas.

—No... por favor.

Jason abrió por completo los ojos, asustado. Miró un instante a sus espaldas, confirmó que estábamos solos y luego se agachó y bajó la voz:

—Escúchame bien. Read la ha tomado contigo. No todo el mundo está de acuerdo con esto, pero nadie tiene huevos de enfrentarse a él o a Monique. El suero te calmará y hará que te duermas. No opongas resistencia; lo último que te aconsejaría es que recuperaras la consciencia antes de que la tetrodotoxina haga efecto.

Mi cuerpo flotaba otra vez, pero ahora en un río de balsámico frescor.

—Así está mejor, muy bien. Una vez que entres en la estasis de ondas omega, podrás dar la orden para anular el automatismo y el tanque se vaciará. ¿Te acuerdas del código?

—Sí.

—Utilízala solo si te estás volviendo majara de verdad. Ya verás, todo irá bien. El tiempo no es un factor en la estasis criogénica; treinta días se te pasarán sin enterarte. Y recuerda el trato que hicimos: hoy por ti, mañana, o el mes que viene, por mí.

Noté que me pesaban los párpados, que mi cuerpo se hundía deprisa.

Jason me colocó el casco, fino como una oblea, en la cabeza.

—Dulces sueños.

Una segunda piel se amoldó a mi carne y aisló todo sonido, a excepción del que producía el flujo de aire dulzón que entraba en la mascarilla.

El suave zumbido hidráulico me provocó un atisbo de ansiedad en el momento en que un peso frío tiró de mí hacia abajo, como si la gravedad hubiera doblado su fuerza.

Sedado por completo, me sumí en un mar de oscuridad...

TERCERA PARTE

DESPERTARES

Cuando la ira no puede surgir en tu interior, no ves enemigos exteriores en ninguna parte. El enemigo exterior únicamente existe si hay ira en el interior.

LAMA ZOPA RINPOCHE

El futuro acostumbra a presentarse sin previo aviso.

GEORGE WILL,
columnista

Consciencia —provocada por una singularidad—: un alfilerazo de dolor insufrible que atraviesa un frío y olvidado corazón.

Un tubo insufla aire en dos pulmones, como un fuelle.

—Uhhh...

Inspirar.

—... hhu.

Espirar.

El pulso irregular amenaza con fallar en cualquier momento, no encuentra su cadencia.

¡Zzzt! ¡Zzzt! ¡Zzzt!

Las cargas de electricidad surgen de siete chakras diferentes, unas estaciones de servicio neurológicas dormidas desde hace tiempo que solo se activan cada noventa y seis horas para reaccionar precisamente a esta situación.

—Uhhh...

—... hhu.

¡Zzzt! ¡Zzzt!

Gracias a la repentina inyección de oxígeno, los viscosos glóbulos rojos se ponen en acción y empiezan a movilizarse.

—Uhhh... hhu.

—Uhhh... hhu.

¡Zzzt! ¡Zzzt!

Las ondas alfa sustituyen a las omega y obligan al durmiente sumergido a salir de las profundidades. El estado vegetativo se derrite hasta convertirse en una errática marea de actividad neurológica forzada. Las terminaciones nerviosas envían impulsos cada vez más rápidos a través de kilómetros de carreteras abandonadas. Los músculos tiemblan involuntariamente, salvo los del brazo derecho.

Demasiada tensión para el corazón resucitado; se produce una parada cardíaca.

La electricidad detiene el órgano contrariado. Transcurren sesenta segundos hasta que la aguja se clava de nuevo en él y el elixir de adrenalina reinicia el corazón para que pueda mantener una cadencia estable.

—Uhhh... hhu.

—Uhhh... hhu.

—Uh... hu.

La respiración irregular se vuelve autónoma.

El durmiente abre los ojos. Bailan sombras, la mente permanece desconectada.

Un peso asfixiante le aplasta el pecho y le corta el suministro de aire. Como un animal atrapado, agita con fuerza el brazo izquierdo, su mente atascada en una marcha primordial carente de conocimiento, raciocinio y pensamiento complejo.

Con un gruñido, logra sacar el objeto de la cámara criogénica astillada y hace caer al suelo la escalera de caracol herrumbrosa.

Esa reacción primitiva ha terminado con el hombre sentado en una postura extraña. La parte inferior del torso permanece oculta por los restos de fluido del féretro metálico; su mente, vacía de realidad y memoria a las que anclar sus pensamientos, sigue siendo un lienzo en blanco.

Es un hombre primigenio.

El súbito flujo de sangre en su cerebro es excesivo y se desmaya.

El dolor le avisa.

Vuelve a abrir los ojos.

Varios zumbidos resuenan en el gris del alba. Sin verlo, contempla un agujero en el cielo titilante que desemboca en un bosque oscuro.

Maná caído del cielo que aterriza sobre su estómago. Sobresaltado, trata de cogerlo y mueve el brazo izquierdo. Al hacerlo, roza las dos agujas hipodérmicas vacías que todavía sobresalen del lado izquierdo del tórax. Se las queda mirando —es un neandertal curioso—, y luego se arranca del corazón los punzantes objetos; el dolor es indescriptible.

Encuentra la manzana podrida que había caído del agujero del cielo y se la embute en la boca, medio masticando y medio tragando.

Su nivel de azúcar en sangre sube de golpe.

Sus entrañas se rebelan.

Se incorpora y vomita el pedazo de fruta sobre el charco de porquería.

Las abejas atacan el vómito. Más de una le pica.

Contempla, horrorizado, que el enjambre va ganando en agresividad, lo cual le obliga a huir. Arrastrándose cual animal herido, sale de la cámara criogénica rota y se desploma sobre una plataforma inclinada unos cuarenta grados.

Las abejas organizan su ofensiva.

El hombre grita, pasa a trompicones junto a los oxidados peldaños metálicos y sale al pasillo dejando atrás la estancia inclinada.

En el nuevo entorno, el aire es frío.

Las abejas giran en círculo y luego regresan a sus dominios tropicales; prefieren el calor.

Cojeando, logra enderezarse allí donde la pared y la plataforma se unen, al tiempo

que trata de alejarse de las abejas zumbonas. Atraído por una luz azul de emergencia que parpadea a lo lejos en la oscuridad, camina hacia ella mientras su cerebro recupera la capacidad de poner las extremidades en movimiento, aunque el brazo derecho sigue colgando a un costado todavía inútil, como un pedazo de carne inerte.

Está desnudo y tiritando. El nuevo mundo da vueltas a su alrededor. Localiza una hilera ascendente de barrotes metálicos. Empleando las piernas, consigue subir por los peldaños de la escala de mano hasta el siguiente nivel.

Olisquea el aire y detecta una fragancia terrosa de bosque tropical. La supervivencia requiere que encuentre agua, así que se apresura por la inclinada semioscuridad... Cruza a trancas y barrancas la puerta de la cocina, avanza por la tarima inclinada y choca de costado con la barrera que en tiempos fue el mostrador automatizado donde se pedía la comida.

Pegado a la pared para no caerse, pasa junto a aparatos destrozados y bandejas vacías hasta toparse con un extraño objeto inclinado cuarenta grados hacia abajo. Olisquea la superficie fresca y detecta olor a comida procedente de su interior.

Agarra el asa con la mano izquierda, la única que le funciona, e intenta levantar la pesada puerta de aluminio por la que se accede a la cámara frigorífica. Suelta un gruñido, está demasiado débil para levantar la barrera de cuarenta kilos utilizando solo un brazo.

Al segundo esfuerzo, la oscilante cocina empieza a rodar en su cabeza y se desmaya.

Vuelve en sí con un ataque de tos. Está desnudo, aterido, sediento, muerto de hambre: un cromañón perdido en Oz. Grita, se levanta y consigue alzar la enorme puerta de aluminio lo suficiente para introducir la rodilla y el hombro.

Finalmente, con un alarido animal, empuja la barrera hacia un lado y la gravedad hace el resto.

Mira dentro del agujero rectangular revestido de madera; la cámara sigue funcionando gracias a la corriente de emergencia. El olor a comida le abruma y se desliza por las heladas tablas del suelo hasta una pila de bolsas de plástico y envases de cartón. Encuentra una caja llena de líquido, la abre con los dientes y bebe.

Abandona la cocina veinte minutos después. Se ha hidratado y ha retenido en su interior alimento suficiente para satisfacer sus necesidades energéticas inmediatas. Entretanto, sus riñones se han puesto en marcha otra vez. Observa con curiosidad que el chorro de orina sale teñido de sangre.

El alimento le ha devuelto cierta lucidez a su instinto de supervivencia. Su mente lo provoca con retazos de recuerdos, sus pensamientos van acompañados de imágenes que le resultan familiares pero no logra entender. Armado con un cuchillo de sierra que sujeta entre los dientes, temblando de pies a cabeza a causa del frío, el

simio camina por el suelo inclinado hacia el pasillo principal.

Todas las puertas de las *suites* de la tripulación están abiertas, es una función que se activa cuando la nave funciona con corriente de emergencia. Se asoma a la puerta más cercana y entiende, más o menos, que se halla en algún tipo de habitáculo, casi seguro un barco; pero no alcanza todavía a comprender qué hace él allí ni de qué barco se trata.

No busca respuestas; lo prioritario es protegerse del frío.

Tras varios saltos extenuantes, logra por fin alcanzar el borde del marco de la puerta, situado dos metros y pico por encima de su cabeza. Ayudándose con los pies, consigue franquear la entrada marcada con las palabras CAMAROTE 9.

La pared interior está cubierta de cascotes. Del panel curvo exterior cuelgan unas cortinas que oscurecen la vista. Un sofá y una mesa de cocina permanecen atornillados al suelo inclinado. El hedor es insoportable.

Utilizando el respaldo del sofá como pasamanos, cruza la sala de estar y entra en el dormitorio.

La cama y la cómoda están apiladas contra la pared interior. Pasa por encima de los desechos y registra un armario. Encuentra un mono naranja de talla grande; observa la prenda extrañamente familiar que lleva la palabra «YONI» cosida sobre la pechera izquierda.

Introduce las piernas en el mono; la tela es cálida. Con el brazo izquierdo se ayuda para meter el derecho en la manga correspondiente; sube la cremallera hasta arriba. Se percata, por el tamaño de la prenda, de que su propietario tenía que ser más corpulento. Encuentra dos zapatillas de deporte del mismo par e introduce en ellas sus pies desnudos; no puede atarse los cordones con una sola mano. Hace una especie de nudo y vuelve al dormitorio, coloca el colchón de rayas encima de la pila inclinada de muebles, se arrebujá en una manta y, hecho un ovillo, se pone a pensar.

Trata de retener fragmentos de recuerdos, pero se le escapan y el esfuerzo dispara las sinapsis en la superficie de su cerebro. Cada descarga eléctrica es como un molesto y minúsculo sobresalto. Contempla la pared extrañamente curvada sobre su cabeza; es de un verde aceituna apagado.

«Esto parece ser una especie de buque. Ha sucedido algo terrible. ¿Qué era esa cosa rara donde estabas metido? ¿Cuánto tiempo llevabas dentro? ¿Hay otras personas a bordo?

»¿Quién soy?».

La vista se le nubla. Vuelve a concentrarse en la pared curva y detecta un ligero movimiento.

Incapaz de escalar el suelo inclinado del dormitorio, regresa a la sala y se apoya en el sofá para acercarse a los cortinajes, que a su vez le sirven como cuerda guía. Toca la fresca cara interior de la pared curva. Analiza el revestimiento verde.

«¿Algas? ¡Estoy bajo el agua!».

Pega la cara a la superficie que parece de cristal, pero no puede ver más allá de la

espesa vegetación.

Al retroceder, se ve reflejado.

El pelo, castaño oscuro y grasiento, le cae por la espalda, del mismo tono que la barba que se descuelga de su rostro macilento, el cual logra reconocer.

«Roy... Rick... Rikenbrawn.

»¿Ike?».

—¡Ike! Soy Ike... ¿Eisen? ¿Eisner? ¿Eisenbert...? ¡Eisenbraun! ¡Soy Ike Eisenbraun y esto es *Oceanus*!

Fue como si mi cerebro fuera una lámpara y me hubiera tropezado con el interruptor. Aturdido, miré en torno a la habitación como si la viera por primera vez y la angustia se sumó a la confusión.

—Santo Dios, pero ¿qué coño ha pasado?

Antes de que pudiera analizar la situación, oí una reverberación que me llegó hasta la médula de los huesos, seguida del amortiguado ulular de una sirena... ¡Era ruido de metales retorcidos!

Oceanus empezó a rodar con un concierto de acero oxidado, una fuerza invisible lo estaba enderezando y aquello hacía que toda clase de objetos se me vinieran encima resbalando por el suelo inclinado. La inercia repentina abrió un hueco entre las algas, lo cual me permitió una visión fugaz de lo que estaba ocurriendo en el exterior de la nave.

El brazo de apoyo del lado norte se hundía, redistribuyendo así el peso de *Oceanus*, que ya había perdido su apéndice del lado sur. Durante un instante la esfera quedó equilibrada sobre sus patas oriental y occidental, hasta que esta última empezó a doblarse bajo el tambaleante centro de gravedad del habitáculo.

La esfera comenzó a rodar de nuevo, esta vez hacia mi izquierda. Me agarré a las cortinas y me deslicé hasta la pared del fondo con la vista fija en la brecha abierta entre las algas de fuera. Conseguí pegarme al ojo de buey y miré hacia arriba con la esperanza de encontrar una capa de hielo, pero solo había mar azul.

Lo que estuvo a punto de hacer que me meara encima fue lo que vi al mirar hacia abajo.

En el lecho del mar se había abierto una garganta oscura y profunda, una grieta negra e irregular, y la única pata que la nave conservaba estaba a menos de cien metros del borde. Cuando se hundiera, la inercia haría rodar la esfera gigante hacia la sima y *Oceanus* se perdería para siempre.

«¡Mierda, Eisenbraun, tienes que salir de aquí cagando leches!».

Salí del camarote y eché a correr por el oscuro pasillo circular... y me detuve a la altura del laboratorio de ciencias.

—Andie...

Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada herméticamente.

—¡GOLEM, abre el laboratorio! ¡GOLEM, recibe!

El habitáculo se estremeció de repente y la reverberación fue creciendo como un maremoto.

«El último brazo... ¡se está hundiendo!».

No podía hacer absolutamente nada, no tenía donde agarrarme. De pronto me vi volando de espaldas por el pasillo, y luego de lado por un hueco hasta caer de cabeza en la espesura del arboreto. Conseguí ponerme en pie mientras la selva que me rodeaba seguía girando en un lento desafío a la gravedad; los árboles estaban inclinados en posición horizontal y sus ramas se partían y caían con estruendo entre un coro de gemidos de animales que yo no podía ver.

Entonces sentí el duro impacto de una rama en la espalda cuando, por suerte, el mundo dejó de rodar sobre sí mismo.

Deduje que lo que quedaba de la pata occidental estaba haciendo de freno e impidiendo momentáneamente que la pelota gigante cayera en la garganta. No tenía ni idea de cuánto aguantaría, pero sí tenía claro que debía llegar cuanto antes a los minisubmarinos.

A la pálida claridad de la luz azul de emergencia advertí que *Oceanus* había girado 180 grados y que yo me encontraba tendido en el techo del arboreto, con un bosque invertido y destrozado encima. Al ponerme a gatas me enganché en una maraña de enredaderas. Un zumbido atronador inundó la sala. Miré hacia abajo por un agujero y, en la cubierta superior, vislumbré el conjunto de colmenas que ocupaba todo el techo abovedado.

Un crujir de metales me hizo mirar hacia arriba. En el hueco donde antes estaba la escalera de caracol, anclada al suelo de la cubierta inferior, se hallaba lo que quedaba de mi cámara criogénica. Pero la base no podía aguantar una cámara invertida y, mientras la miraba, la parte posterior de la unidad de media tonelada se partió e hizo que la delantera empezara a inclinarse poco a poco hacia la libertad definitiva, es decir, hacia una caída libre a través de la cubierta intermedia hasta la bóveda inferior y lo que, a juzgar por el sonido, debían de ser un billón de abejas.

«¡Sal de aquí!».

Trepé como un mono herido, con un solo brazo, por las ramas de un mango invertido.

Unos segundos después, la cámara criogénica cayó a plomo pasando a mi lado y arrastrando consigo ramas y más ramas hasta desaparecer por el techo de la cubierta intermedia.

Por suerte, aterrizó sobre un cojín de colmenas de dos metros de grosor que evitaron que se rompiera la cúpula de aerogel... Pero ¡soliviantó a las abejas!

Si necesitaba más motivaciones para ponerme en marcha, la idea de ser acribillado por varios miles de millones de abejas bastó. Me metí por el hueco de la escalera, trepé hasta la cubierta inferior, localicé una salida y me encaramé al pasillo invertido.

Estaba en la zona de acoplamiento, ¡perfecto! Siguiendo el techo iluminado por

las titilantes luces de emergencia, busqué hasta dar con la estación número 2... pero el submarino no estaba.

Y tampoco los números 1, 3 y 4.

Aquello me dio la esperanza de que Andria y otros miembros de la tripulación Omega hubieran abandonado ya *Oceanus*... aunque el descubrimiento de que me habían abandonado hizo que las tripas me ardieran de rabia.

No tuve tiempo para regodearme en ninguna de las dos emociones, pues una fuerte corriente marina empujó la nave y el habitáculo empezó a rodar de nuevo.

Vi el resplandor rojizo que salía de la cámara de egresión y, sintiéndome como un hámster en una lenta rueda de andar, avancé hasta la escotilla, que estaba abierta.

Mientras aquello seguía girando, me introduje como pude en la cámara alicatada.

Cogí un traje Steinke de un montón y rápidamente me ajusté el casco en la cabeza.

«¡Rápido, fuera de aquí!».

Tiré con fuerza de la pesada puerta presurizada de la escotilla de salida con mi único brazo sano, me encerré en el bamboleante armario metálico y pisé la palanca que decía ESCOTILLA DE EMERGENCIA.

Noté el impacto lateral del agua en la cámara. Había que actuar deprisa, pues el habitáculo inundado giraba a mi alrededor y era imposible saber lo que tardaría la esfera en hundirse en el abismo.

Una maleta de fibra de vidrio que flotaba por allí me dio en la cabeza: ¡era un bote salvavidas hinchable! Agarré el asa con la mano izquierda y lo sujeté con fuerza mientras *Oceanus* llegaba al borde mismo de la garganta submarina y quedaba suspendido sobre el precipicio.

La luz verde se encendió.

Con una explosión de burbujas, la escotilla se abrió hacia fuera y la repentina diferencia de presión hizo saltar los goznes oxidados y tiró de mí y de la balsa de veinticinco kilos hacia las rugientes profundidades del mar azul oscuro. Me vi propulsado horizontalmente como un torpedo durante quince largos segundos, hasta que mis sentidos recuperaron la orientación y comprendí que en realidad estaba ascendiendo, arrastrado hacia la superficie por la maleta flotante.

Miré hacia abajo y vi la enorme esfera infestada de algas perderse en las tinieblas de la zanja abisal.

—¡Andria!

Las oraciones desesperadas de un hipócrita me acompañaron mientras atravesaba cortinas de luz azul... hasta que el mar me regurgitó patas arriba.

Cielo azul, nubes grises con un toque violeta.

Un inclinado horizonte de agua visto desde una cima altísima... que caía de golpe desde una altura de unos doce pisos a un valle de mar amurallado.

Aturdido, desorientado y muy mareado, traté de abrir la maleta mientras el valle se elevaba debajo de mí y la ola me hacía levitar hasta lo alto de su imponente lomo.

Conseguí soltar el último pestillo y tiré del cordón.

Una estampida de aire comprimido me lanzó cuesta abajo por la formidable masa de agua y durante un aterrador momento me vi sumergido, cayendo con el propio peso del mar, sin estar muy seguro de adónde había ido a parar la balsa ni de en qué dirección estaba el cielo.

Mi cabeza salió a la superficie. No vi la balsa por ninguna parte.

Una ola me elevó tan deprisa que vomité el poco alimento que había consumido. Flotando en la cresta de una ola de sesenta metros, miré hacia el gran valle de agua y divisé la pequeña isla naranja a unos ochenta metros... elevándose sobre otra ola que la alejaba a gran velocidad.

Nadé con un brazo, de costado, montaña de agua abajo, batiendo las piernas a toda velocidad y perdiendo en el intento las zapatillas de Yoni. El traje de egresión me frenaba, de modo que dejé de nadar para quitarme el complicado casco que me cubría la cabeza y los hombros mientras el mar volvía a bajar debajo de mí.

Debilitado por la gélida temperatura del agua, me lancé a nadar de costado con furia, siempre en la dirección de la balsa... hasta que noté que el mar volvía a elevarse. Me enderecé como pude para otear la agitada superficie; finalmente divisé la balsa salvavidas de cuatro plazas a menos de dos metros, con la cubierta de lona hinchada como una vela por la acción del viento.

Percibí un movimiento que me hizo levantar la cabeza, y cuando esperaba ver pájaros me encontré, para mi horror, mirando una bandada de depredadores, una especie de murciélagos siniestros cubiertos de pelo marrón y provistos de alas de cinco metros de envergadura y garras afiladas. Sus ojos saltones y opacos escrutaban la superficie del mar mientras volaban en amplios círculos para posicionarse y atacar.

Casi salgo del agua de un salto cuando toqué un objeto punzante con los pies descalzos. Miré hacia abajo y vi un banco de peces; eran del tamaño de los delfines y nadaban a gran velocidad a menos de dos metros de la superficie como una corriente parda y rojiza.

La adrenalina me hizo reaccionar como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Descendí por la pared de la creciente ola y estiré el brazo para alcanzar la balsa. Logré agarrar un cabo con la mano izquierda y tiré del bote hexagonal hasta tenerlo lo bastante cerca como para introducir la cabeza por la abertura de la tienda hinchable de la balsa.

Giré sobre mí mismo, cerré la cremallera de la portezuela de nailon y me dejé caer de espaldas en el interior, con los pulmones a punto de estallar por el esfuerzo.

Bajo mis pies lacerados se fue formando un charco de sangre mientras mi conmocionada mente trataba de entender lo que ocurría. «¡Esto es de locos! ¿De dónde salen esos murciélagos gigantes? ¿Dónde está la tripulación de Omega? ¿Por qué han abandonado el habitáculo sin despertarme? ¿Qué clase de pesadilla es...?». —Ah.

—Ah.

Por fin lo entendí, y aquello me hizo esbozar una sonrisa.

—Estoy soñando, claro. Todo esto no es más que un sueño de ondas omega, todavía estoy durmiendo... congelado en la cámara criogénica en la que me metieron esos cabrones. —Di un respingo de dolor al tocarme los pies—. ¡Joder, parece muy real!

Bajé la cremallera de una ventanita; el paisaje era increíble.

Los murciélagos gigantes se lanzaban en picado sobre la superficie del mar, como las gaviotas, para emerger treinta segundos después con unas extrañas marsopas de dos metros y medio de largo y provistas de branquias apresadas en las garras. Aquellos peces tenían una serie de púas de treinta centímetros dispuestas a lo largo de la espina dorsal, eran como puercoespines marinos.

Tan increíbles eran las visiones, los sonidos y los olores que, durante un instante, casi tuve ganas de seguir soñando para ver qué sucedía a continuación.

Al cuerno. Estaba tiritando de frío y el dolor de los pies era una tortura, y eso por no hablar de las olas inmensas, que me estaban provocando náuseas. Además, aquello estaba bastante lejos de ser la fantasía sexual que me había prometido Jason Sloan.

—Es hora de despertar, Ike. Influencia...

El mar se hundió de repente y tuve que agarrarme como pude al interior de la balsa.

—¡Influencia vainilla! ¡Influencia vainilla! ¡Influencia vainilla!

No ocurrió nada.

—¿Qué mierda pasa aquí? ¡He dicho mi contraseña, Jason! ¡Despiértame de una puta vez!

Una sombra se estrelló contra el techo de la tienda y dos garras de color gris plomo atravesaron el plástico. Antes de que pudiera reaccionar, habían arrancado la tienda de la balsa y los enormes murciélagos se peleaban por una parte del botín a treinta metros del embravecido mar.

Seguí gritando «¡Influencia vainilla!» mientras registraba como un loco los compartimentos de la balsa en busca de un arma. Encontré un remo telescópico, una linterna, unos prismáticos, un botiquín de primeros auxilios y un paquete de bengalas. Me envolví a toda prisa los pies con unas gasas, lo fijé todo con esparadrapo y luego enrosqué el remo de aluminio. Justo entonces, un peludo depredador se precipitó sobre la balsa con las garras por delante, en busca de carne humana...

¡Zas! Blandiendo el remo como si fuera una raqueta de tenis, le golpeé en las patas y conseguí ahuyentarlo. Me las ingenié para hacer lo mismo con un segundo murciélago, pero acto seguido la bandada se me echó encima y el cielo desapareció bajo un alud de chillonas bestias de pelo marrón y almizcle animal... Sin embargo, se dispersaron rápidamente cuando del mar surgió un *ballet* vertical de cuerpos plateados, aerodinámicos y musculosos. Eran marrajos de entre tres y cuatro metros de largo, solo que tenían una aleta caudal el doble de grande que cualquier otra que yo hubiera visto, y aquellas colas los propulsaban por los aires como marlines recién atrapados por un sedal. Surgiendo del agua a pares o de tres en tres, los escualos

mordían con saña a los murciélagos gigantes y, con su peso, los arrastraban hasta la agitada superficie del mar, donde una decena de congéneres marinos los hacían pedazos entre espuma sanguinolenta.

Sucedió todo muy deprisa. Los marrajos obligaron a los pocos murciélagos supervivientes a alzar el vuelo para alejarse de ellos. Las marsopas con púas cuya presencia había puesto en marcha aquella loca coreografía alimenticia unos minutos antes acabaron con los restos de los que habían perecido en el agua.

Luego sobrevino la calma y solo quedó el desasosegante subir y bajar del océano.

Noté que los ojos se me ponían en blanco y perdí el conocimiento.

Un sonido hondo, potente, hizo que volviera en mí de golpe.

Me incorporé en mi propio charquito de vómito, sangre y cuatro dedos de agua salada, y lo primero que noté fue una fuerte resaca, perpetuada por el ruido lejano de olas rompiendo como cañonazos.

Olí la tierra antes de verla.

Con los prismáticos escruté la bamboleante hoya marina que se extendía ante mí y vi un río de aguas poco profundas, y al fondo, una playa de la que nacía una ola inmensa, tan alta que su cresta borró el horizonte.

Con una envolvente explosión de ruido blanco, la ola de sesenta metros de altura descargó arena y agua, y se adentró varios kilómetros en la tierra a la velocidad de un tsunami.

Pasaron los minutos; yo estaba encogido de terror viendo el mar aspirar la marea hacia atrás y la resaca dar pie a una nueva ola... ¡La ola sobre la cual flotaba mi balsa en aquel momento!

—¡Dios mío! ¡Influencia vainilla! ¡Influencia vainilla! ¡Influencia...

La hoya en formación se echó la balsa a la joroba; fue como si estuviera subiendo la primera cuesta de una montaña rusa. La masa de agua se enroscaba debajo de mí y levantaba la ola hasta una altura de veinte pisos...

—... vainillaaaaa!

Rápidamente, me tumbé de espaldas en el bote y metí los tobillos y la muñeca izquierda bajo unas sogas de seguridad, mientras la gigantesca muralla de agua se desplomaba; el desplazamiento de la masa líquida hacia abajo desencadenó un chorro de aire ascendente que atrapó la balsa en su caída como si fuera un disco volador, y la hizo volar sobre la ola que ya rompía con un estruendo ensordecedor de agua burbujeante. Apenas un segundo después, al bote hinchable lo alcanzaba un alud de espuma y volcaba. El mar me estaba tragando entero.

Un río de un fluido negro y arenoso que rugió dentro de mi cerebro me golpeó y amenazó con arrancarme la carne de los huesos al maltratarme con una furia aterradora que me dejó sin respiración hasta que los segundos se hicieron minutos, y yo seguía sin poder escapar.

Un dolor indescriptible señaló el momento en que mi hombro izquierdo chocó contra la arena y la vida dejó paso a una negrura absoluta.

En el paisaje del tiempo, pocas situaciones son tan incómodas como la de aquel que espera que cierta persona o acontecimiento haga su aparición en algún momento incierto del futuro.

ROBERT GRUDIN,
escritor y filósofo estadounidense

Floté en medio de suaves y cálidos ecos... hasta que el sonido se convirtió en un trueno que me hizo despertar.

Abrí los ojos. Tenía la mejilla derecha pegada a una arena blanca y gruesa que refulgía como polvo de diamante. Me puse boca arriba. El sol del mediodía me obligó a cerrar los ojos; dejé que mi piel absorbiera el calor y la brisa, y el murmullo de las olas rompientes me devolvieron al sueño.

Di un salto cuando el agua me lamió los pies y las perneras del pantalón despertándome del todo.

Me incorporé y noté que la cabeza me latía tras el golpe. La marea, que había devorado un kilómetro de playa para alcanzarme, se batía en retirada, una alfombra azul que se alejaba hacia el sereno horizonte del mar. Me volví tratando de orientarme y solo vi playa a ambos lados, un desierto de arena detrás de mí y un horizonte que espejeaba e invitaba a utilizar los prismáticos que todavía llevaba colgados del cuello.

Aflojé el cordón y al hacerlo me di cuenta con alegría de que podía usar la mano derecha, ya no tenía el brazo inutilizado, ¡la parálisis había desaparecido! Me subí la manga y comprobé que podía abrir y cerrar el puño.

Fue entonces cuando vi los verdugones, un rastro de puntos rojos que iba desde el músculo deltoides hasta el bíceps dibujando una curva en el antebrazo. Las marcas eran del tamaño de una moneda y en el centro exacto tenían un agujerito con mi sangre.

Las palpé preguntándome si no serían picaduras de algo, y luego volví a examinar los alrededores con los prismáticos.

La masa de agua que se había retirado estaba formando otra ola enorme, que ya medía varias decenas de metros y no paraba de crecer. El pulso se me aceleró al ver que aquella pared de color verde oscuro llegaba a su punto álgido y luego se desplomaba en medio de una silenciosa explosión de espuma. El ruido seco y el rugido consiguiente no me llegaron hasta segundos más tarde.

Seguí el curso de la ola tierra adentro con los prismáticos. Fue perdiendo volumen y velocidad mientras cubría la extensión de arena brillante que separaba el lugar donde yo me encontraba de la línea de playa. En un momento dado tuve que levantarme y dejar que la ola de un palmo de alto me bañara los pies.

Cuando el agua se retiró, pude ver el botín que me deparaba el mar.

Varias criaturas marinas quedaron desperdigadas por la playa recién anegada. Arañas de mar albinas enredadas en amasijos blancos; extrañas mantas con dientes de barracuda despanzurradas en la arena húmeda; crustáceos rosa pálido, algunos tan grandes como mi tronco, con las pinzas extendidas para tratar de ponerse otra vez panza abajo. Los que lo conseguían hurgaban rápidamente en la arena para esconderse.

Los que eran demasiado lentos caían presos de los lagartos voladores.

De entre dos metros y medio y tres de longitud desde la punta del hocico hasta la cola estrecha, aquellos seres de abdomen blanco y lomo verde claro empleaban una especie de alerones que iban desde las patas delanteras hasta la cadera para navegar por las ráfagas de cuarenta nudos que soplaban en dirección a tierra firme.

Enfoqué a uno de aquellos lagartos en el momento en que atrapaba un pez. Después de zampárselo de un bocado, el carroñero echó a correr sobre las cuatro patas hasta ganar suficiente velocidad para alzar el vuelo apoyándose sobre las traseras y extender luego las alas para aprovechar el viento.

—Vuelacometas.

Vale, no era latín, pero qué importaba; a fin de cuentas aquello no era más que un puñetero sueño.

—Muy bien, volvamos a probar. Influencia vainilla. Influencia vainilla. Influencia vainilla.

Todavía nada.

—La madre que te parió, Sloan. Cuando vuelva a Florida voy a hacer una lista negra para el MBF, y tu nombre...

Guardé silencio. El recuerdo del biochip que llevaba implantado me pilló por sorpresa. La cadena de acontecimientos de los que había tenido que escapar había hecho que me olvidara del MBF.

Intenté acceder al enlace neuronal. Probé el programa de lenguaje. El monitor médico. Probé incluso con mi manuscrito... No hubo respuesta. Era como si me hubieran extirpado el dispositivo.

«Es el frío. El proceso criogénico reduce la temperatura del núcleo del cuerpo y el chip depende de esa temperatura. Espero que la falta de energía no haya dañado la red neuronal».

—¡Cabrones! Tengo que despertarme como sea.

Frustrado, dirigí los prismáticos hacia el desierto que se extendía a mi espalda. Gracias al aumento, alcancé a ver el horizonte a lo lejos y lo que parecía la pared de un risco coronado por un bosque verde.

Miré de nuevo hacia el mar, observé que se formaba otra ola gigantesca, que se enroscaba elevándose poco a poco y absorbiendo las aguas superficiales como si enroscara una alfombra...

Unas sombras cruzaron la rompiente a gran velocidad, unos cuerpos de color marrón que se lanzaban en picado sobre la franja de arena más próxima al agua para

capturar peces antes de que llegaran los lagartos carroñeros.

—Más murciélagos. Cojonudo.

De pronto me sentí aislado e indefenso, y busqué con la mirada algún tipo de arma en la arena; a un kilómetro y medio de distancia, una ola que calculé que debía de medir unos setenta y cinco metros de altura descargó todo su peso sobre los bajíos. La explosión de espuma hizo que los mamíferos voladores se alejaran hacia lo alto.

«Las olas son cada vez más grandes...».

La marea se adentró en tierra firme inundando la arena. Retrocedí instintivamente cuando el agua me llegó a las rodillas. Antes de retirarse, continuó otros quince metros playa adentro y luego la potente resaca casi me arrastró consigo.

Una vez más, los lagartos no tardaron en aparecer sobrevolando la línea de la playa para reivindicar su sitio en el banquete. Fue entonces cuando la vi, varada en la playa a una distancia de medio campo de fútbol.

«¡La balsa! Parece medio destrozada, pero a bordo hay bengalas. Quizá las necesites para encender fuego. ¡Ve a por ellas, antes de que las cojan los vuelacometas!».

Corrí hacia la orilla cada vez más lejana. Tuve que saltar sobre una medusa tan grande como un perro y los pies se me hundieron hasta más arriba de los tobillos en la abrasiva arena mojada. El centelleo de los reflejos del sol era casi cegador y me impedía ver bien. Cuando llegué a la balsa, que estaba medio deshinchada, los pies me sangraban de nuevo, pero no por las heridas que me había hecho en el mar, sino por cientos de molestos cortecitos.

Cogí un puñado de arena, lo examiné de cerca y me sorprendió ver fragmentos de cristal mezclados con los granitos. «¿Cómo demonios...?».

El estallido de la ola al romper contra la playa me sobresaltó, pues fue mucho más estrepitoso que los anteriores. Levanté la cabeza y vi, a quinientos metros de donde yo estaba, un maremoto de cuatro pisos de alto que irrumpía en la tierra.

Cogí la balsa y eché a correr.

Hundiéndome, perdiendo el equilibrio a cada momento, conseguí llegar al punto de partida justo cuando una pared de agua espumosa me atrapaba por detrás. Me vi bajo el agua, pero logré subirme a aquel pedazo de plástico flotante; había recorrido una treintena de metros cuando otra ola tiró de mí mar adentro.

Me bajé de la balsa medio desinflada y me quedé de pie con el agua a la altura del pecho, luchando contra la resaca. No sé cómo, pude seguir agarrado a un trozo de plástico de la balsa, pero era como jugar a tirar de la cuerda y pronto quedó claro quién era el vencedor, pues el mar acabó arrastrándome hacia atrás.

—¡Influencia... vainilla!

Tragué una bocanada de agua. Mi cerebro me decía que debía soltarme, pues la resaca tiraba de la balsa como si fuera un parapente.

Al final lo hice, pero entonces fue la resaca la que no quiso soltarme a mí; tiró de mí hasta que la profundidad se redujo y pude ponerme en pie. Doblado por la cintura

y con el agua a la altura de las rodillas, intenté desesperadamente recuperar el aliento. De pronto, oí a mis espaldas un estruendo aterrador y mi sombra quedó borrada por otra mucho más grande.

Me volví, creyendo que el corazón se me iba a salir del pecho. Fueron los ojos los que estuvieron a punto de salirse de las órbitas al ver la altísima masa de agua que venía hacia mí, una muralla de mar verde oscuro que parecía crecer por momentos... veinticinco metros..., treinta..., tragándose el agua, orlada de fango en los costados, ¡y sin dejar de crecer!

Intenté huir, pero el tira y afloja con la resaca estaba, como mucho, en empate. Mientras, el monstruo rugiente alcanzó una altura de veinte pisos y borró el cielo y el sol. Absolutamente aterrado, me humillé ante la muerte y me puse de rodillas. La corriente limpió mi mono de la orina que no había podido contener.

«Si he de morir antes de despertar, le ruego a Dios que...».

—¡Ay! ¡Aaaah!

Sentí en los hombros el filo de unos cuchillos. Las garras de los murciélagos gigantes me perforaron la carne, las uñas se enroscaron bajo mis clavículas y una fuerza descomunal me levantó en vilo mientras el dolor se hacía tan insoportable que casi perdí el conocimiento. Chillando como un poseso, me aferré instintivamente a aquella especie de cuerdas correosas y estrechas que eran los tobillos del murciélago, con mis brazos aflojando la presión a medida que el mamífero volador ganaba altura.

Una fracción de segundo después, la inmensa montaña de agua explotó a mis espaldas, y nos roció, a mí y a mi salvador alado, con un bombardeo de agua y espuma saladas.

Gritando de dolor, conseguí izarme un poco más y arrancarme las garras de la carne destrozada. Después me así con fuerza mientras las alas del murciélago batían el aire tierra adentro unos veinte metros por encima del maremoto y me empapaban de su intenso olor.

«¡Basta!». Cambié de mano y pasé a agarrarme con la derecha al tobillo que sujetaba también con la izquierda para provocar un desequilibrio en el peso del animal. Este chasqueó sus temibles mandíbulas mientras doblaba el pescuezo para morderme, al tiempo que perdía altura. Al no poder soltar a su presa ni tampoco morderla, el depredador se lanzó hacia la playa con la intención, estoy convencido, de hincarme en el suelo como si fuera un pilote.

Unos tres metros por encima de la gran ola, me solté y caí al agua de pie. Me dejé llevar tierra adentro hasta que por fin pude correr y, doblado por la cintura y jadeando, me detuve en suelo seco.

La sangre manaba de las profundas heridas de mis hombros.

La marea se retiró y dejó atrás lo poco que quedaba de la balsa salvavidas.

Me quedé mirando aquel objeto de plástico naranja, sin dar crédito a mis ojos.

—¿Me estás puteando, Dios?

«Dios no existe, capullo... Soy yo el Dios que se inventa esta película».

Comprobé que el contenido de la balsa estaba aún intacto y tiré del plástico tierra adentro por miedo a que viniera otra ola. El esfuerzo me provocó mucho dolor y la parte superior del cuerpo comenzó a temblarme.

Cuando me pareció que ya estaba a una distancia prudencial de la playa, solté la balsa, me bajé la cremallera del mono y, con cuidado, empecé a sacar los brazos ensangrentados de las mangas destrozadas.

«¿Cómo me puede doler tanto si estoy soñando? Si fuera un sueño normal, el dolor me habría despertado. Lo malo es que no me puedo despertar mientras esté congelado. Como sabe que todo esto es un sueño, mi mente no deja de crear situaciones pensadas para hacerme despertar. Básicamente, mi mente ha creado una nueva realidad, una realidad Omega que no es posible desconectar, lo cual significa que lo experimento todo como si fuera real».

—¡Pues muchas gracias, tío David!

Busqué en los compartimentos de la balsa y cogí las bengalas y el botiquín. Abrí el tubo de pomada bactericida, pero estaba tan duro como el cemento armado. Después abrí un paquetito de gasas, que se hicieron añicos entre mis dedos.

—¿Qué cojones pasa? ¡Influencia vainilla! ¡Envíame una enfermera guapa, Jason!

Un lagarto verde aterrizó a seis metros de mí, se sentó sobre los cuartos traseros yladeó la cabeza como si me estuviera observando.

—No era esto lo que tenía en mente.

Cogí rápidamente una bengala, tiré del inflamador... y del tubo no salió más que polvo.

—Genial.

Busqué una piedra para tirársela al lagarto, pero me topé con un pez de dos palmos de largo que agonizaba en la arena agitando las aletas coloradas. Localicé el cuchillo que había metido en uno de los bolsillos con cremallera del mono, apuñalé al animal y se lo lancé al vuelacometas.

El lagarto lo atrapó al vuelo y el pez desapareció sin ser masticado en su gáznate de pelícano. Satisfecho, se alejó correteando por la playa.

Limpié el cuchillo y luego corté las mangas del mono. Hice unas tiras con el tejido e intenté vendarme como pude las heridas de los hombros aplicando presión para frenar la hemorragia; el dolor era tan intenso que estuve a punto de desmayarme.

Febil, me sobresalté al notar una vez más el agua a la altura de media pierna y su alarmante fuerza. Recuperé la balsa y corrí con el mar y mucho más allá hasta que mis pies volvieron a posarse en seco.

¿Hasta dónde podía perseguirme el mar tierra adentro? Escruté el horizonte con los prismáticos y volví a enfocar el lejano promontorio y el verdor que coronaba su rocosa cima... Un recorrido muy largo, brutal.

Los pies, rebozados en arena y sangre, me dolían horrores. Utilizando el cuchillo, improvisé unos calcetines y una capucha para protegerme del sol con los bolsillos de

la balsa.

Antes de que llegase la siguiente ola, me puse en marcha cojeando por la árida llanura blanca sembrada de peces putrefactos y caparazones de crustáceo vacíos.

Pasaron las horas y el rugido del mar fue convirtiéndose en un rumor lejano. El miedo a la impetuosa marea dejó paso a molestas nubes de moscas y un creciente hedor a pescado.

Cuando el sol empezaba a descender hacia el oeste, llegué a la primera madriguera. La abertura era tan grande como una tapa de alcantarilla. Me asomé al borde para calibrar su profundidad, pero el hueco era curvo y solo pude ver un trecho de diez o doce metros. Como no tenía ganas de enfrentarme a otra criatura imaginaria, seguí adelante.

Las nubes de moscas eran cada vez más negras. Me quité la capucha de plástico, hice unos agujeros para los ojos y me cubrí la cara con la máscara. Intenté espantar a los insectos de mis vendajes y secarme el sudor que se me metía en los ojos...

Había huesos pelados y blanquecinos por todas partes. Las madrigueras eran muy numerosas, pero sus ocupantes se mantenían ocultos.

Empecé a desvariar.

«Vamos a imaginar lo imposible. Supongamos por un momento que no estoy congelado. ¿Qué cataclismo podría haber fundido la capa de hielo de la Antártida? ¿El cambio climático? ¿Un desplazamiento polar?

»Un momento, ¿y si aquel asteroide ha impactado contra el Polo Sur? Eso podría explicar la falta de hielo, pero ¿y todas estas criaturas? Para que evolucionaran especies así... estaríamos hablando de decenas de miles, por no decir millones, de años. Y yo no puedo haber estado congelado tanto tiempo... ¿verdad?

»¿Y Andria? ¿Y los demás? ¿Podrían estar todavía congelados?

»¿Qué podía haber hecho fallar a GOLEM? ¿Acaso la colisión de un cuerpo celeste podría haber inutilizado el ordenador? ¿Podría tratarse de un sabotaje?».

Iba caminando cabizbajo y no vi aquella cosa hasta que casi la tuve encima.

De lejos me había parecido una duna, pues estaba semienterrada en la arena; pero, al llegar a su altura e inspeccionar aquella cosa monstruosa, sus tentáculos inertes, calculé que el cadáver del calamar debía de medir casi cincuenta metros y que su peso en mojado probablemente alcanzaba las sesenta toneladas.

El cefalópodo gigante llevaba bastante tiempo en seco, a juzgar por los restos putrefactos que habían perdido volumen bajo el sol ardiente. El hedor era insoportable y las nubes de moscas que atraía no me permitieron examinar el animal con detenimiento, pero me pareció que no presentaba heridas ni indicios de enfermedad. O bien aquel mamut marino había quedado varado en la playa por una ola gigante, o había muerto en el mar y la última marea alta lo había arrastrado a tierra.

«¿Tan adentro puede llegar el agua?». Aquel pensamiento hizo que me detuviera. Entonces cogí los prismáticos y miré de nuevo hacia el mar.

—Vaya por Dios.

Pese a haber caminado más de ocho kilómetros durante las últimas horas, estaba a apenas unos cientos de metros del punto hasta el que ahora llegaba la implacable marea, que estaba inundando las madrigueras e invitando a sus habitantes a salir a la luz. Al retirarse el mar una vez más, unos cangrejos azul cielo abandonaron sus agujeros, cada uno de ellos tan grande como un coche.

Guardé los prismáticos en uno de los bolsillos con cremallera y eché a correr.

Tardé varios minutos en alejarme de los enjambres de moscas que rodeaban el cadáver del coloso. Una vez lo hube conseguido, dejé de correr. Frente a mí, a lo lejos, se extendía un horizonte de basalto, una pared casi vertical que debía de medir unos seiscientos metros, casi el doble que el peñasco que Andria y yo habíamos escalado en Virginia. Tenía la garganta reseca y los pies doloridos, pero hice caso omiso y seguí adelante. Me preocupaba la hora tardía, y los riscos reforzaron mi temor a que el maremoto pronto cubriera toda aquella extensión de arena, por lo que decidí no detenerme hasta haber alcanzado las primeras rocas.

Al cabo de media hora me derrumbé al pie de los peñascos, en cuya base se amontonaban unas grandes rocas redondeadas de entre tres y seis metros de circunferencia, que formaban una especie de contrafuerte a lo largo de todo el tercio inferior del promontorio. Entre las rocas había masas de algas y peces muertos, la prueba de que con la marea el agua se adentraría hasta aquel punto tan alejado.

Siguiente pregunta: ¿hasta dónde subiría el agua?

Levanté la vista. Solo de pensar en escalar aquella pared de roca, me puse nervioso. «Si me cayera y muriese en este sueño, ¿iría a parar a otro?».

A mi espalda, el sol emergió dorado bajo el techo de nubes del horizonte. Su descenso sobre el mar me facilitó la orientación y una idea aproximada del tiempo que me quedaba antes del anochecer. De repente empezó a hacer fresco.

Aterido, sediento, hambriento, extenuado y muy dolorido, me encaramé a una de las rocas más pequeñas para iniciar la ascensión, ya que el maremoto me daba más miedo que una posible caída.

Al principio no tuve dificultad, pues podía pasar de una roca a la siguiente y el tacto fresco de la piedra me aliviaba los pies. Pero el ángulo de la ascensión era cada vez más pronunciado, y al poco rato ya no pude subir más. Calculé que estaba a ciento veinte metros, por lo menos, sobre el nivel del mar, una altura que superaba la de la mayor de las olas que había visto.

Temblando de cansancio y de frío, me acomodé en un trozo plano de basalto, saqué los prismáticos y enfoqué la espectacular puesta de sol.

Mientras la observaba, la gran bola de fuego desapareció detrás de un muro de agua oscura que bien podía alcanzar los ciento cincuenta metros de altura. El monstruo se desplomó en silencio con un estallido de agua blanca, y el estruendo me

llegó unos segundos antes de que la tierra temblara bajo las rocas del peñasco. Irrumpiendo tierra adentro como un tsunami de veinte metros, devoró rápidamente kilómetros de playa, ahuyentando en su camino bestias aladas hasta lamer mansamente la primera línea de rocas al pie del risco.

No tenía alternativa. Estaba atrapado, de modo que tendría que trepar hasta la cima.

Un viento frío me agitó los vendajes mientras estudiaba los cuatrocientos metros de pared vertical que me quedaban. Estaba intentando trazar visualmente una ruta que me llevara por una serie de grietas hasta lo que pudiera haber en lo alto. Elegí una primera área de descanso —un saliente de pizarra veinte pisos más arriba— y el corazón se me aceleró nada más pensar en la escalada.

Procuré tranquilizarme, expulsé el aire despacio y empecé... pero al tercer paso tuve que volver al punto de partida, porque el dolor de los pies al apretarlos contra la roca era más de lo que podía soportar. Me arranqué los harapos ensangrentados que llevaba en los hombros y me vendé con ellos los dedos de los pies y el empeine, confiando en que aquello me proporcionara al menos una mínima protección.

Estiré de nuevo el brazo hasta una grieta y me icé hasta un saliente tan angosto que apenas pude meter la mitad del pie derecho. Decidí que el dolor era tolerable y seguí, tanteando la piedra con la mano derecha en busca de un lugar donde agarrarme.

Diez metros más arriba, los músculos me temblaban. El aire era cada vez más frío y yo estaba sin resuello. A mi espalda el horizonte se había teñido de rojo, pero no me atreví a apartar la vista de los cristales de roca que centelleaban a dos dedos de mi cara. De un asidero en otro, a cada momento notaba que perdía el equilibrio y que un estornudo o un picor harían que me desprendiera de la pared.

Casi había anochecido cuando llegué al primer lugar de descanso, una mínima repisa que me proporcionó un saliente de siete centímetros y un hueco entre las piedras donde introducir el brazo derecho. Momentáneamente a salvo, volví la cabeza para echar un vistazo rápido al horizonte.

El cielo era de un tono violeta rojizo. Ya no quedaba playa, el mar se la había tragado a base de olas gigantescas que en aquel momento rompían a poco más de un kilómetro.

—Influencia vai... ¡a la mierda!

Ya me daba igual si estaba dormido o no. Para mi cerebro, mis centros nerviosos y mi musculatura, todo lo que había en aquel mundo extraño, incluido el dolor, era muy real.

Y si me caía, iba a hacerme mucho daño.

La noche anunció su presencia con un frío que me entumeció los músculos. Ya casi sin reservas, me planteé seriamente quedarme donde estaba hasta el amanecer. Violando la regla fundamental de mi exnovia, miré hacia abajo y vi que el maremoto alcanzaba ya la hilera superior del contrafuerte rocoso.

«Si te quedas aquí, dentro de una hora estarás bajo el agua».

Temblando de frío, me acordé de Dharma tendida en el hielo. Si una asiática menuda podía aguantar el frío antártico, yo podía hacer lo mismo con aquel.

Me concentré en la respiración e imaginé que con cada inspiración echaba leña a mi caldera interior.

Estiré el brazo y palpé un resalto que no había visto antes. Reanudé la ascensión, todavía con unos doscientos cincuenta metros por delante.

—Hermosa noche —gruñí en voz alta tratando de no pensar en que podía caerme—. Una suave brisa marina. El murmullo de las olas... a lo lejos. Esto es muchísimo mejor que la Antártida, claro que sí. Bueno... el caso es que... técnicamente... esto es la Antártida... Uf, ay, mierda. Voy a necesitar... que me hagan la manicura. Si saliera la Luna... no estaría mal. Ojalá tuviese... un poquito de... música. Rolling Stones. —«Espacio. Respira espacio»—. *I can't get no satisfaction... but I tried...*

Cubiertas tres cuartas partes de la ascensión, y unos sesenta metros por encima de la amenaza de las olas, estiré el brazo izquierdo buscando un punto de apoyo... ¡y perdí el equilibrio!

Al chocar de costado contra la roca, la tanteé frenéticamente con las palmas de las manos y, ¡milagro!, di con la superficie redondeada y áspera de una raíz de árbol. Agarrándome a aquel brote reseco con la mano derecha, quedé colgando de un brazo hasta que logré recolocar los pies.

«Tranquilo. No pasa nada, estás bien..., respira... así, despacio. Si hay raíces es que ya estás cerca. Tómame un pequeño descanso».

Me aferré a la raíz con la mano izquierda y abrí y cerré con cuidado los doloridos dedos de la derecha. Un minuto después cambié de mano y avancé un poco. En lo alto comencé a ver un tapiz de estrellas.

«Me quedan unos cien metros. Bien podrían ser cien años luz...».

Con los ojos llorosos, reanudé la escalada mascullando la letra de uno de mis viejos éxitos preferidos:

—*Sun... turnin' round... with... graceful... motion... bound for... a star... fiery oceans. It's so... uf, very lonely... you're a hundred... light years from home... ¡Ay!*

Estaba tan oscuro que me choqué de cabeza contra un techo de roca salediza. Aturdido, levanté la vista y mi ánimo se vino abajo al inspeccionar el saliente con los ojos llenos de arenilla: un balcón de un metro y medio de anchura me cortaba el paso.

Furioso y frustrado, exclamé a gritos:

—¿Era realmente necesario, Dios?

Era un saliente muy parecido al que Andria y yo nos habíamos encontrado escalando en Virginia. Para salvarlo, tenía que colgarme de las manos y luego levantar las piernas y los pies, a ciegas, como si hiciera la voltereta.

«Asume el miedo, Ike. Utilízalo para concentrar tu fuerza».

Una ráfaga de viento frío me puso en movimiento. Inclinandome hacia el exterior todo lo que me permitió el vértigo, pasé la mano izquierda por la cara inferior del

resalto en busca de algo a lo que agarrarme.

«Nada. Piedra lisa. No, un momento...». Con las yemas de los dedos rocé una grieta de unos cinco centímetros de hondo.

Iba a ser muy difícil, peor aún que lo de Virginia. Una vez que iniciara el movimiento, no habría vuelta atrás; quedaría colgando de los dedos mientras con la otra mano buscaba un segundo punto de apoyo.

Como mucho, tenía veinte segundos.

Temblando más de miedo que de agotamiento físico, demasiado cansado para que me importara vivir o morir, estiré nuevamente el brazo izquierdo y metí los dedos cuanto pude en el surco que había encontrado, con la palma mirando hacia mí, y acto seguido retiré el pie izquierdo de la pared de roca y luego el derecho.

El dolor fue indescriptible. Colgando de la punta de los dedos, mi cuerpo se estremeció al sentir el espasmo candente y punzante que me recorrió el brazo y el hombro izquierdos mientras con la mano derecha palpaba el resalto de piedra que me cortaba el paso... ¡para no encontrar más que una superficie perfectamente lisa!

Me entró el pánico. Se me empezaron a resbalar los dedos. Incapaz de encontrar un segundo punto de apoyo, no tenía más opción que soltarme, caer al agua y volver a intentarlo, suponiendo que sobreviviera a la caída y encontrase un agarre en el peñasco antes de que el mar me arrastrara consigo.

No veía la ola, pero sí sentía que se aproximaba como un rumor grave que hacía que todo vibrara, desde la base de la montaña hasta mis huesos.

La idea de que aquel monstruo líquido me engullera dio nueva vida a mis glándulas suprarrenales. Con la mano derecha me agarré la muñeca izquierda, me icé a pulso y luego me puse boca abajo, de forma que los pies quedaron apoyados en el techo del saliente. Con la roca clavándoseme en los dedos de las manos, pude encaramar la pierna derecha a la parte superior del saliente y palpar, con los ensangrentados dedos del pie, la superficie lisa... ¡hasta que toqué una raíz con el talón!

Haciendo palanca en la raíz con la pierna derecha, deslicé la mano de ese lado por el brazo izquierdo, la pasé por delante de la ingle hasta la pierna derecha y cambié el peso de lado mientras seguía el cuádriceps femoral hasta la rodilla, luego la pantorrilla, el tobillo y, por fin, la raíz.

Asido a la bendita cepa, saqué los dedos agarrotados e hinchados de la pequeña oquedad, agarré la raíz con la mano izquierda y levanté la pierna izquierda para pasarla por encima del canto redondeado del saliente, empujando y resoplando para, lentamente y con esfuerzo, desplazar mi tembloroso cuerpo hasta lo alto de la roca.

Y entonces lo conseguí. Un momento después noté que la siguiente ola gigante se estrellaba contra el peñasco apenas treinta metros más abajo, lanzando un géiser de espuma.

Me dio igual. Me quedé allí tumbado, de espaldas, contemplando las estrellas sobre el tapiz negro de terciopelo. Tenía los dedos de los pies y las manos hinchados

y en carne viva, me dolía todo el cuerpo, pero estaba allí..., dondequiera que estuviese, y con la satisfacción de haber trascendido todas las dificultades físicas. Incapaz de moverme, celebré mi triunfo sobre aquel día con una sonrisa exhausta... como había hecho aquella con Andie mientras veíamos salir el sol desde la cumbre de Buzzard's Rock.

Y, de repente, por increíble que pareciera, allí estaba el sol, asomando su rechoncha cara dorada por el violento horizonte occidental. Pero no era el sol, sino la luna, y era enorme.

Me incorporé, hechizado por la luminosa esfera anaranjada. Durante un instante desapareció detrás de una inmensa pared de agua y tiñó de turquesa la cresta de la ola antes de asomar de nuevo tras ella cuando se estrelló contra la playa.

Mientras ascendía, la esfera fue perdiendo el tono naranja y su reflejo se volvió más pálido sobre el mar, que se hinchaba hasta alturas inconcebibles.

Y entonces una sombra apareció sobre la superficie lunar; era la sombra de la Tierra, un eclipse fugaz que puso al descubierto la órbita alterada de la Luna, que era elíptica, un cambio radical sin duda producido por su incomprensible cercanía; estaba aproximadamente tres veces más cerca que antes.

—¿Cuál podría ser la causa de...?

La superficie del mundo muerto brilló en todo su esplendor; pude apreciar el saqueo del que había sido víctima reciente: un cráter tan grande como Australia cuyo revelador perfil indicaba que la colisión se había producido en la cara oculta de la Luna.

«El asteroide. Debió de esquivar la Tierra... ¡y se estrelló contra la Luna!».

Sobre el horizonte apareció un rastro de desechos cuando la Luna pasó sobre él. Se extendían, a lo largo del cielo como una estela cósmica, el polvo, las rocas y los satélites de la geología exhumada presos en la marea gravitacional de su madre herida.

«No puedo ver lo grande que es el cráter, pero por el campo de escombros por fuerza tiene que haber sido enorme. Toda esa masa, lanzada de golpe al espacio, atrapada en el campo gravitatorio de la Tierra...».

Caí de rodillas, con la piel erizada y el vello de punta, cuando comprendí que, a fin de cuentas, tal vez aquello no fuera un sueño, que el planeta podía haber sufrido un cataclismo mientras permanecíamos en estasis criogénica... y que quizá yo fuese el único que había despertado, el último superviviente de mi especie.

—¡Uau!

De repente, noté que perdía el equilibrio y lancé ambos brazos hacia el suelo pizarroso mientras mi cuerpo se elevaba por los aires. Metido en una bolsa de gravedad cero, ejecuté una voltereta chapucera y casi me di de cabeza contra la roca, pero giré de nuevo y volví a quedar mirando a la Luna. En aquel momento la tenía justo encima, tan próxima que imaginé que podía ir nadando hasta ella. Su enorme masa luminiscente tapaba una tercera parte del cielo.

Estaban sucediendo tantas cosas a la vez que mis sentidos no daban abasto. A mi alrededor se había organizado una coreografía de objetos flotantes: gravilla, hojas de palmera, incluso gotitas de espuma que el mar agitado escupía hacia arriba. Mi levitación alcanzó el punto de equilibrio a dieciocho metros, lo cual me proporcionó una vista tan impresionante que el hecho de haberme vuelto ingrávigo quedó en un segundo plano.

Hasta donde alcanzaba la vista, la superficie del mar estaba tapizada de kril, toda una migración de color rojo fosforescente. Por debajo de ella, emergían para alimentarse los nuevos moradores de las profundidades marinas del planeta: calamares gigantes de unos cien metros de longitud. Ejecutando un *ballet* ritual que denotaba inteligencia y elegancia, los cefalópodos lucían en su piel dibujos bioluminiscentes de todos los colores del arco iris, una manera hipnótica de comunicarse entre ellos que se proyectaba sobre la superficie del mar cuando se movían.

La Luna rebasó su perigeo y la gravedad empezó a reclamarme. Al mirar hacia abajo mi entusiasmo se tornó en inquietud, pues estaba descendiendo directamente sobre el mar.

Agité los brazos al pasar a la altura del saliente, hasta que un viento de cuarenta nudos me lanzó hacia atrás a velocidad de vértigo y fui a parar al bosque circundante.

Ramas invisibles me flagelaron, y mis brazos y mis piernas quedaron atrapados en una maraña de lianas que, por suerte, ralentizó mi caída. La naturaleza me acogió en su hamaca, unos diez metros escasos por encima del suelo.

Allí, envuelto en la calidez de aquella especie de nido, me desmayé.

En el transcurso de los próximos treinta años, un día, sin enterarnos, dejaremos de ser los más listos de la Tierra.

JAMES MCALEAR

Me despertó el dolor.

No fueron las lacerantes punzadas en los hombros, ni el dolor intenso que irradiaban todos mis músculos, ni siquiera las heridas que me quemaban manos y pies. Aquel dolor brotaba de mi estómago, exigiendo agua..., demandando comida. Era el perro de la casa que arañaba la puerta del dormitorio insistiendo en que me levantara cuando lo único que yo quería era dormirme otra vez.

Desorientado, abrí los ojos y vi el gris que precedía al amanecer. Me llegó el olor a bosque antes de verlo, a corteza húmeda, el fuerte aroma a turba. Fue apenas un instante, pero creí estar de vuelta en Virginia, en un campamento de Boy Scouts, con todo el mundo todavía dormido y los alrededores cubiertos de rocío.

La vista se me fue aclarando y distinguí la cúpula arbórea de la bruma de nubes. Un suave murmullo quebró la quietud del bosque al abrirse el cielo. Las gotas empezaron a repiquetear sobre las hojas de los árboles.

Pasados unos minutos, la relajante cadencia dio paso a un brusco chaparrón.

Noté un goteo insistente y frío en el hombro izquierdo. Estiré el cuello e intercepté el chorrito de agua para que penetrara en mi boca. Tragué una decena de veces y luego giré la cabeza para que el agua me diese en la cara.

A mi alrededor colgaban frutos que parecían los adornos de un árbol navideño, grandes como puños y de un color pardo, como de patata. Conseguí sacar el brazo derecho de las enredaderas, lo justo para alcanzar unos nísperos sin caerme del árbol. Arranqué con avidez la piel infestada de mosquitos y me metí en la boca la pulpa más que madura, de un color amarillo claro.

—Dios, qué bueno...

Sabía a gloria, excepcionalmente dulce, con un toque de canela. La subida de azúcar en la sangre fue inmediata, y aquello no hizo sino avivar mis ganas de comer. Escupí las semillas y me zampé en un momento los otros cuatro nísperos que tenía en el regazo. Después bebí un poco más.

La vejiga reclamó mi atención. Me bajé la cremallera del mono e, inclinándome por un lado de mi hamaca de lianas, lancé un chorro de orina hacia el follaje ya empapado por la lluvia. Me satisfizo comprobar que ya no salía oscurecida por la sangre.

Me tumbé otra vez boca arriba y contuve la respiración al notar que mi nido descendía dos palmos antes de volver a estabilizarse. Esperé con la musculatura en

tensión hasta estar más o menos seguro de que no iba a caerme, y entonces bebí de nuevo.

Con mis necesidades inmediatas satisfechas, examiné nuevamente la situación.

«¿Dónde estoy? ¿En un sueño Omega, metido dentro de una cámara criogénica en un habitáculo sumergido bajo la barrera de hielo de Ross, o realmente colgando de unas ramas en un período futuro, en una Tierra que ha evolucionado tras un gran cataclismo? Suponiendo lo primero, no puedo hacer más que intentar sobrevivir al sueño sin sufrir más dolor. Suponiendo lo segundo... Santo Cielo, ¿cuántos miles, cuántos millones de años he estado congelado? ¿Qué ha sido de Andie y del resto de la tripulación? ¿Están en sus cámaras todavía? ¿Los habrá descongelado GOLEM? ¿Habrían sido realmente capaces de abandonarme?

»Imposible. Ni siquiera ese capullo del capitán tendría huevos de hacerlo. Me desperté porque mi cámara se estropeó al venirse abajo la escalera. GOLEM controlaba las otras doce cámaras; eso significa que el ordenador tuvo un fallo».

Miré a mi alrededor.

«Bueno, si esto es la Antártida, el bombardeo de detritos lunares tiene que haber sido espantoso; ha barrido a la humanidad... y desembocado en una nueva Edad del Hielo. Pero si ha sobrevivido alguien, quién sabe si una colonia, es preciso que la encuentre.

»Si ha pasado un millón de años, ¿los reconoceré?».

El aguacero disminuyó y volvió a su inicial cadencia suave.

«Duérmete otra vez, Hombre Omega. Ya te ocuparás de eso después».

Cerré los ojos y mi conciencia se esfumó en la luz del amanecer.

—¿Qué? Oh... ¡mierda!

Estaba cayendo, con pequeñas pausas entre trecho y trecho. Tenía la cara lastimada por las ramas, el brazo derecho inutilizado, el izquierdo intentando agarrarse a lo que podía. Y entonces las enredaderas se tensaron, dolorosamente, en torno a mis tobillos, y me detuve.

Los árboles daban vueltas, invertidos, mientras yo parpadeaba para intentar recuperar el control. El suelo se bamboleaba... No, era yo: estaba colgando cabeza abajo, suspendido unos dos metros y medio por encima del movedizo lecho del bosque.

«¿Movedizo?».

Atraídas por mi orina, las hormigas —negras como la noche y largas como un dedo pulgar— pululaban como locas por el suelo en caóticas oleadas de diez mil ejemplares, alimentando a una columna de obreras que en aquel momento procedía a escalar los árboles cercanos en busca de la fuente de alimentación: ¡yo!

—¡Aaah!

Alguien me disparó en el pie derecho una bala del calibre 45, o al menos aquella

fue la sensación que tuve cuando me mordió la hormiga, un dolor indescriptible que me puso furioso. Conseguí incorporarme, me pasé el brazo izquierdo por detrás de las rodillas y me sujeté para ahuyentar a manotazos los insectos que me atacaban las plantas de los pies. Al mirar hacia abajo advertí que las enredaderas que me sostenían estaban atestadas de hormigas.

—¡Aaah! ¡Hijas de puta!

Una se me agarró al tobillo derecho, otra se abrazó con sus pinzas a mi dedo meñique y me mordió. Lancé un grito de dolor al tiempo que pellizcaba a mis torturadoras hasta reventarles el abdomen y hacer que brotara la sangre que me habían chupado, pero sus cabezas seguían clavadas a mi carne ahora descolorida e hinchada. Aquellas bestias parecían inmunes a mi defensa, y cada mordedura me inyectaba una dosis de veneno neurotóxico que un segundo después alcanzaba mi sistema nervioso central y provocaba una aterradora sensación de entumecimiento.

Una liana pasó junto a mi cara.

Caí otros tres palmos. Estaban royendo las enredaderas que me sostenían.

¿Tan listas eran, las malditas hormigas?

Adivinando mi final, decidí soltarme y traté de aprovechar el impulso para bascular lejos de la colonia que esperaba abajo. Balanceándome como un péndulo, torturado por las obreras que descendían en columna por mis extremidades inferiores, sentí que me invadía la parálisis.

En mi delirio, oí el sonido de una zampoña que se acercaba.

Fue entonces cuando se partió la última liana y caí desde un metro y medio de altura sobre la alfombra de hormigas asesinas.

La adrenalina hizo que me pusiera en pie. Tenía la espalda y el cuello cubiertos de voraces insectos negros, el mono adornado con millares de puntos oscuros. Me alejé cojeando, con la carne agujereada por cientos de balas con dientes, y mis gritos amortiguados por la espesura. Por debajo de la rodilla no sentía nada y daba tumbos entre los matorrales como un chimpancé sedado.

Sufría espasmos por todo el cuerpo, los dolores eran espantosos. Paralizado de tórax para abajo, solo podía respirar superficialmente mientras yacía tirado boca abajo, creyendo que cada inspiración sería la última.

Unos segundos antes de perder el conocimiento, mi mente enloquecida registró dos últimos y delirantes pensamientos: que las hormigas parecían estar abandonando mi pobre esqueleto... y que una cosa muy grande se cernía sobre mí.

Mi campo de visión fue estrechándose a medida que la oscuridad invadía la periferia. Un rostro inquietante apareció delante de mí: el ángel de la muerte, sin duda, mi viejo amigo que me miraba con decenas de ojos nacidos de cientos de vidas pasadas.

«Todas tus vidas pasadas terminaron de manera brutal. ¿Por qué estás aquí, Robert? ¿Cuál es tu viaje?».

«Persigo... el nirvana».

«No puedes alcanzar la iluminación mientras te aferres a la ira».

Ciego y con el pulso irregular, noté que alguien me aplicaba algo pesado sobre los ojos y la boca. Sentí como si me comprimieran la caja torácica en un torno...

¡Zas!

Una sensación de calor me recorrió la espina dorsal, al tiempo que el ángel de la muerte aflojaba su presa glacial y neutralizaba el avance de la toxina, al menos lo suficiente para permitirme respirar.

Y entonces algo poderoso se enroscó a mi cintura y se adhirió al mono que aún llevaba puesto para levantarme del suelo sin esfuerzo. De pronto me vi avanzando por el bosque a toda máquina, y el dolor me condujo sin remisión hacia la oscuridad.

Morí como mineral y me convertí en planta. Morí como planta y volví a la vida como animal. Morí como animal y fui hombre. ¿Por qué tener miedo? ¿Cuándo fui menos por morir?

YALAL AD-DIN MUHAMMAD RUMI,
poeta sufí

La brisa de un aparato de aire acondicionado me había puesto la carne de gallina. Estaba desnudo, tenía los ojos tapados con un paño húmedo, y los brazos y el abdomen suavemente presionados por el tacto pringoso del gel de tetrodotoxina de la cámara criogénica.

Me estiré y gocé de la sensación de ausencia de dolor.

Había vuelto.

Oí a alguien en la habitación.

—Uf, menudo sueño. ¿Andria? ¿Jason? Jason, si eres tú voy a patearte el culo. ¿Tienes idea de cuántas veces he intentado utilizar el sistema de emergencia? Eh, tontaina, ¿me estás oyendo?

Me incorporé bajo el peso del gel e hice ademán de quitarme el paño de la cara.

Una mano recubierta por lo que parecía un guante de goma me lo impidió y volvió a meter suavemente mi brazo dentro de la cuba de gel adormecedor.

El eco de agua goteando me serenó, mi mente se recreó en el sonido tranquilizante.

—Bueno, imagino que todo esto forma parte del protocolo de despertarse. Lo prefiero mil veces a que me atraviesen el corazón con una aguja de quince centímetros. Bueno, ¿quién eres? Deja de putearme. ¿Eres Lara?

Otra mano enguantada me presionó la base del cráneo, y al mirar hacia arriba vi el rostro de Lara, sus cabellos color de ónice acariciándole la delicada curva del cuello, la expresión serena...

Pero ¡si seguía teniendo los ojos cerrados!

Presa del pánico, creyendo que podía tratarse de otro sueño Omega, una continuación del mismo sueño o un simple viaje al reino de la locura, me arranqué el paño de la cara... y descubrí que no me encontraba a bordo de *Oceanus*. Estaba en una gruta, con los pies metidos en un riachuelo subterráneo y envuelto en una luz anaranjada... y el paño que tenía sobre los ojos era una babosa tan grande como la palma de mi mano ¡y lo que tenía al lado era un cefalópodo!

Mejor dicho: *cefalópodo*. El calamar en cuestión había evolucionado para adaptarse a la vida fuera del agua; andaba, respiraba aire terrestre y mantenía erguidos sus dos metros setenta de alto sobre tres, a veces cuatro, gruesos tentáculos. Tenía la carne del dorso cubierta por un áspero pelaje marrón. Con los tentáculos que

no le servían para sostenerse en pie, batía el aire en un movimiento perpetuo que me hacía casi imposible verlo con claridad o, como comprobé enseguida, golpearlo. Aquella cosa había adoptado una postura defensiva para protegerse la cabeza —un alargado rostro alienígena bajo un cráneo que parecía un trozo de cuero tensado sobre el hueso—. Ancha como una calabaza, pero irregular como un pedrusco, la enorme cavidad craneal poseía además un órgano para respirar, una especie de sifón enroscado sobre sí mismo.

Los sonidos que yo había atribuido a una zampoña en el bosque procedían en realidad de aquel sifón.

Por debajo de la cabeza quedaba el manto abatible del cefalópodo, donde estaban el estómago, los órganos vitales y los tres corazones, o al menos el equivalente anatómico de lo que, según Lara, tenían sus ancestros marinos.

Me fijé entonces en los ojos: eran dos protuberancias estereo-ópticas situadas bajo el puente huesudo que le cruzaba la parte inferior de la frente. Los finos pedúnculos gemelos, parecidos a trompas de elefante en miniatura, sobresalían del centro de la cara como el manillar de un triciclo infantil.

En el extremo de cada órgano flexible había un ojo. La córnea era de un amarillo vivo, como en la pantera, y la pupila era negra. En la cuenca de la trompa ocular se apreciaban unos párpados arrugados, superior e inferior. En conjunto, el semblante era expresivo; de hecho, me hizo pensar en los ojos hundidos de Albert Einstein en sus últimos y más contemplativos días.

Otros dos apéndices sobresalían más abajo del manillar, pero aquellos eran brazos, no órganos visuales. Medían un metro veinte de largo y terminaban en un pulgar y un índice a modo de garra de ave rapaz. Justo debajo de la articulación de los brazos estaba lo que podía ser el cuello del animal, o tal vez su abdomen, no lo sé. Lo único que pude ver fue un indicio de boca provista de pico y un conjunto de articulaciones para aquellos ocho tentáculos de fuerza hipnótica.

Nos pusimos de pie y nos observamos el uno al otro, «él» claramente más asustado de mí que yo de él, a pesar de que con uno de sus tentáculos podría haberme asfixiado como una anaconda.

Solo interrumpí el contacto visual al notar que algo correteaba por uno de mis gemelos. Al bajar la vista descubrí con sorpresa que mi cuerpo desnudo estaba cubierto de sanguijuelas de un palmo de longitud. Aquellas alimañas viscosas y negras estaban a reventar tras chuparme la sangre, cosa que al momento me hizo sentir tan mareado que me desplomé hacia delante... Pero mi guardián cefalópodo me atrapó para devolverme acto seguido al fresco abrazo del arroyo subterráneo. Sin fuerza para moverme, apoyé la nuca en una piedra y contemplé a mi guardián mientras me arrancaba con delicadeza una gorda sanguijuela que se había cebado con mi gemelo derecho. Al hacerlo, dejó al descubierto una enorme picadura de hormiga y la carne de alrededor, levantada y cárdena.

«El cefalópodo me ha puesto las sanguijuelas para que me extraigan el

veneno...».

Sin tiempo para analizar lo que implicaba aquella idea, vi fugazmente la parte inferior del tentáculo del animal: la carne rosada y lampiña estaba provista de dos hileras de ventosas.

Levanté el brazo derecho: los verdugones eran idénticos.

Empecé a pensar a toda velocidad, a punto de volverme loco. El cefalópodo me había salvado de las aguas, de algún modo había conseguido arreglarme el brazo... ¡y luego me había salvado de las hormigas!

—Gracias.

El sorprendido calamar de tierra se movió tan rápido que no pude seguirlo con la mirada y lo perdí de vista. Me incorporé al momento y registré con la mirada cada centímetro de la gruta.

El animal había desaparecido.

«¿Qué coño está pasando aquí, Eisenbraun?».

El vértigo me hizo caer despatarrado en el agua, y el impacto contra la corriente formó olas de una luz naranja fluorescente. La triboluminiscencia es un rasgo geológico que comparten la esfalerita y la tremolita; ambas brillan cuando se les aplica fricción. El lecho del arroyo debía de estar compuesto de uno de aquellos minerales —si no de ambos—, y el rápido movimiento del agua sobre la superficie inundaba toda la parte sumergida con su etérea luz naranja.

Volví a tumbarme y me fijé en el techo de la gruta, a nueve o diez metros de mi cabeza. Había estalactitas que parecían dientes caninos, y el liso cristal centelleaba al reflejar el arroyo fulgurante.

Medio mareado, recité una cancioncilla de mis tiempos de Boy Scout: «Rema, rema, rema, suavemente río abajo. Contento, contento, contento, pues la vida sueño es».

El eco de mi voz retumbó y se dispersó por quién sabe cuántos túneles interconectados. Acunado por aquel río, seguía encerrado en mi sueño Omega, muy lejos de sentirme contento.

¿O no era un sueño? ¿Qué era, entonces? Prácticamente todos los episodios, todas las experiencias casi letales vividas desde que había «despertado», tenían que ver con algo previo a mi forzosa congelación, desde los murciélagos gigantes de aquella bata tan sexy que llevaba Dharma, la del paisaje lunar, hasta mi imaginario rescatador —un pulpo terrestre—, evocado sin duda por mi breve pero agradable primer encuentro con Lara y sus dos mascotas inteligentes.

Aquel recuerdo me sirvió para algo más. Me di cuenta de que el cefalópodo no se había evaporado sin más en el aire frío y húmedo de la gruta, sino que se había camuflado a la perfección.

Me incorporé muy despacio y miré de nuevo a mi alrededor. El arroyo serpenteaba en torno a unas estalagmitas que iban de un metro a un metro y medio de altura, varias de las cuales estaban recubiertas de musgo.

Mmm. Mi tímido guardián ha tenido que disimular el pelo...

Tras arrancarme una sanguijuela del tobillo izquierdo, lancé el grotesco gusano segmentado hacia las estalagmitas, que, como por arte de magia, se metamorfosearon en una cabeza y tentáculos, uno de los cuales atrapó el oscuro proyectil.

—Bravo, Oscar.

El asustado cefalópodo retrocedió un metro, pero permaneció visible.

Levanté las manos para hacerle entender que no debía asustarse.

Pasados unos minutos, el calamar terrestre se acercó un poco.

Yo me arranqué otra sanguijuela y se la tendí con un movimiento pausado.

El cefalópodo dudó. Después, extendió un musculoso tentáculo nada menos que tres o cuatro metros y aceptó mi ofrecimiento. Devolvió la sanguijuela al agua.

Aquello me animó. Volví a repetir la operación hasta quedar totalmente desnudo ante él, libre de sanguijuelas.

Levanté el brazo derecho y señalé las amarillentas marcas de succión y luego el tentáculo de la criatura más próximo a mí. Asentí despacio con la cabeza.

El cefalópodo repitió mi gesto. Habíamos establecido comunicación... «Bueno, y ahora, ¿qué?».

Debilitado por el hambre, me señalé la boca.

Aquella criatura inteligente pareció entender. Miró a su alrededor, pero al parecer no había nada comestible en la gruta. «Está pensando si me lleva adonde hay comida o si me la trae él mismo».

Finalmente, el cefalópodo se aproximó a la pared más cercana. Con un solo y fluido movimiento, estiró un tentáculo por encima de su cabeza y trepó por la roca como una araña, valiéndose de las ventosas para agarrarse a la pared. Al llegar al techo, se colgó sin esfuerzo de dos estalactitas utilizando dos de sus patas, que, anatómicamente hablando, en aquel momento estaban haciendo las veces de brazos.

Durante un largo segundo se limitó a quedarse allí colgado observándome con sus ojos telescópicos, y luego, ágil como un simio, levantó dos de los seis tentáculos restantes hasta el techo para agarrarse a otras dos estalactitas al tiempo que se soltaba de la primera, en un movimiento que me recordó al de un acróbata que pasa de un trapecio a otro, con los ojos siempre cambiantes mientras el cuerpo parecía volverse de dentro hacia fuera con cada revolución.

Su hipnótica mirada amarilla solo me abandonó cuando el animal se perdió en la oscuridad.

Me había quedado solo.

«¿Qué hago? ¿Lo sigo, me estoy quieto, exploro el resto de mi entorno imaginario?».

Me decidí por lo último. Salí del agua y caminé por la orilla en dirección contraria a la de mi salvador. Estaba desnudo, física y metafóricamente, era un *Homo sapiens* del siglo XXI depositado en el futuro primigenio, desarmado y sin acceso a mi propia muleta biológica de inteligencia. Y tal vez fuera algo intencionado, como si mi

mente me estuviera enviando un mensaje durante el sueño criogénico: «En esta Gran Mortandad, Eisenbraun, no habrá trucos que valgan...».

—Mira por dónde.

Me agaché para recoger el mono naranja y comprobé satisfecho que los prismáticos habían quedado ocultos bajo la destrozada prenda, ahora manchada con horrorosos cuajarones de mi propia sangre. Después de verificar con detenimiento que no hubiera ningún insecto rezagado, me vestí y aquello hizo que me sintiera un poquito menos vulnerable.

El lugar donde había encontrado el mono indicaba que el cefalópodo me había metido en la gruta por aquel camino; ¿se habría marchado a propósito en la otra dirección? Suponiendo que su intención fuera la de proporcionarme alimento, ¿por qué no me había llevado hasta la comida? ¿Temía quizá que me viera nuevamente expuesto a los peligros del bosque? Sueño o no sueño, las hormigas habían estado a punto de convertirme en su desayuno, y todas y cada una de sus mordeduras habían sido un tormento. No me cabía la menor duda de que el bosque albergaba otras muchas amenazas, pero ¿por qué me había rescatado? ¿Sentía curiosidad por mí, le divertía hacerlo o acaso me había convertido en su mascota?

Seguí el pasadizo durante algo menos de un kilómetro hasta llegar a una curva. Al girar a la izquierda, mis oídos captaron un rumor de rápidos; la caverna descendía varios cientos de metros con una pendiente de nivel tres. Las piedras estaban pasando factura a mis pies descalzos y dudé si continuar o no. Seguí con la vista el curso del arroyo, que parecía ralentizarse y se metía en una sección de túnel que me pareció diferente.

Mis sospechas se confirmaron al mirar por los prismáticos: el pasadizo de más abajo estaba iluminado por la luz de día.

Tardé más de veinte minutos en completar el descenso, y otros cinco en llegar hasta la entrada de lo que parecía una enorme sala. El techo era abovedado y se alzaba unos seis pisos por encima de una charca poco profunda de resplandeciente agua color verde esmeralda. La caverna se extendía otros ciento cincuenta metros antes de estrecharse hacia una salida envuelta en cortinas de bruma, más allá de la cual brillaba el sol.

Avancé con el agua por las rodillas. Cada zancada producía oleadas de luz y de sonido en las paredes de la cámara. Mi excursión iba acompañada de un extraño eco, como si lloviera. Me detuve un momento para escuchar aquel irregular golpeteo y, al mirar hacia arriba esperando ver un techo de estalactitas chorreantes..., ¡descubrí una colonia de murciélagos gigantes! Había miles de ellos, colgados boca abajo en una nube de cuerpos que se retorcían, y lo que yo creía que eran gotas eran... sus excrementos.

El corazón se me salía por la boca cuando reanudé la marcha a paso lento en dirección a la luz, rezando para que aquellos mamíferos demoníacos no se despertaran. La fuerza de la corriente aumentó cuando me aproximé a la salida

amortajada por la niebla y mis ojos se iban acostumbrando a la luz diurna.

—Dios mío...

El portal de casi diez metros de alto terminaba en un vertiginoso precipicio; el arroyo saltaba al vacío convertido en una cascada de trescientos metros que golpeaba en la playa rocosa que había abajo. Que yo ya conociera aquella playa me puso aún más nervioso: unos días atrás había cruzado la inmensa llanura que se extendía ante mí. La cueva en la que me encontraba estaba situada en el peñasco que había escalado durante mi primera noche en Locolandia.

Parecía temprano. El cielo tenía ese tono gris que preludia el amanecer, y una neblina ligera jugueteaba en el valle de arena. La brisa salada se colaba suavemente en la gruta, pero por suerte el mar no se veía. Quise asegurarme. Con los prismáticos que llevaba colgados del cuello, escruté el horizonte occidental.

Estaba allí, en alguna parte, oculto por la lejanía y por la niebla. Después de haber presenciado los efectos de la luna llena sobre la marea, supuse que tal vez fuese posible que la playa continuara seca y desierta durante tres o cuatro semanas, según lo mucho que hubiese cambiado la órbita lunar.

«Tres o cuatro semanas...». Me pregunté si ya me habría despertado para entonces.

Pero, un momento, ¡la playa no estaba desierta! El sol se elevó sobre los riscos y sus rayos dorados hicieron brillar intensamente un objeto inmenso que había quedado varado. Dirigí los prismáticos hacia aquella monstruosidad refulgente anclada en la arena a un kilómetro y medio de distancia...

«*Oceanus...*».

No creo en un destino que marque a los hombres con independencia de cómo actúen, pero sí en un destino que los marca a no ser que actúen.

BUDA

Se me hizo casi imposible pensar con claridad u ordenar mis pensamientos.

Real o no, el proceso de extracción del veneno de las hormigas me había costado una considerable cantidad de sangre, o al menos aquella era la sensación que tenía. Mareado, me aparté del borde del precipicio y desanduve el camino por la cueva de los murciélagos tan rápido como pude, pues el aumento de la actividad sobre mi cabeza me advirtió de que aquellos bichos peludos de temibles dientes se estaban despertando con el despuntar del día.

No sé cuánto tardé en llegar al punto de la cueva en que había visto al cefalópodo por última vez; tal vez una hora, tal vez medio día... ¿o acaso no me había movido de allí? Quizá hubiera soñado lo de la cámara infestada de murciélagos y la visión del *Oceanus* varado en la playa como un globo gigante mientras deliraba tendido en el arroyo; todo podría haber sido una alucinación producto de la pérdida de sangre, real o imaginada. Solo sé que en un momento creí estar caminando corriente arriba por el arroyo y, al siguiente, estaba tendido en él.

La prolongada inmersión en agua fría sirvió para desinflamarme el cuerpo y, a la vez, darme energía. Y aun así me sentía tan deshecho que podría haberme quedado indefinidamente donde estaba, flotando en las olas de etérea luz naranja, si no hubiera intervenido el hambre.

Me puse de rodillas y logré levantarme apoyándome en una estalagmita. Los harapos pegados a mi cuerpo eran la prueba de que había recorrido, al menos, una parte de la gruta. Me puse en marcha una vez más, pero en dirección contraria, siguiendo el camino del ser de ocho patas que me había salvado la vida, pese a que no pude encontrar la menor evidencia de que nuestro momento compartido hubiera tenido lugar en realidad.

El riachuelo continuaba a lo largo de kilómetros y kilómetros, lo cual me obligaba a caminar por una orilla pedregosa y serpenteante que a veces se cruzaba con otros pasadizos «secos». Ignoré aquellas rutas auxiliares, pues estaban oscuras y no parecía que en ellas pudiese encontrar comida. Un trecho más adelante había una salida al bosque, y no me quedó más remedio que descubrirla.

La luz del día apareció como un puntito en la distancia; el camino se estrechaba como un embudo y al final en el techo había un boquete por el que entraba el agua. Me encaramé a las rocas y trepé con ayuda de las estalagmitas hasta meterme por una

brecha de algo más de un metro... Y fui a parar al entramado de raíces de un árbol imponente que bebía de un río muy crecido cuyas anegadas orillas estaban flanqueadas de helechos silvestres sobre una alfombra de exuberante vegetación.

El sol estaba ya alto y se filtraba entre las bamboleantes ramas de los árboles, situadas unos cien metros por encima del fértil suelo del bosque. Unos trinos estridentes rasgaban el aire, todavía húmedo tras una lluvia reciente. Algo más adelante la espesura parecía reverberar de sonido y me dirigí hacia él, preparado para volver corriendo al arroyo si veía aparecer cualquier cosa que me recordara a una hormiga hambrienta.

Pero no eran hormigas lo que oía entre los arbustos, sino una serpiente de más de dos metros, lustrosa y negra, enredada entre las patas color carmesí de un ciempiés de, por lo menos, tres palmos. El insecto, con manchas amarillas y violetas diseminadas por el cuerpo de oruga, estaba adherido a la parte central de la serpiente y sus dientes habían soltado ya todo su veneno.

Con cada cuchillada, el reptil se veía más atrapado por aquellos apéndices pegajosos que se aferraban con fuerza a su comida agonizante. Cuando los sonidos de succión empezaron a producirme náuseas, me distancié un poco de la escena y saqué el cuchillo de filo de sierra del bolsillo con cremallera, todavía intacto, dispuesto a fabricarme un arma.

Diez minutos después, el solitario superviviente de la subespecie «hombre del petróleo» salía de los matorrales con un palo terminado en punta, listo para cazar cualquier cosa, desde unos malvaviscos hasta una ardilla o un pequeño roedor.

Descarté la última opción y volví sobre mis pasos con la esperanza de capturar el primer pez que viera pasar por el arroyo.

Oí zumbidos, me di un manotazo y atrapé media docena de moscas del tamaño de una uva. Luego esparcí los restos, todavía con vida, sobre la superficie inmóvil de una poza formada por una roca con forma de herradura con la intención de atraer a algún pez que rondara por las piedras del fondo.

Me situé sobre un saliente de roca para vigilar el cebo y de repente vi aparecer dos esbeltas serpientes bajo la roca pizarrosa. Tardé unos instantes en darme cuenta de que en realidad eran bigotes y que las protuberancias con pinta de tentáculos salían de la cabeza chata de un siluro. El animal que asomó era enorme, tenía la cabeza tan grande como una pala y medía metro y medio de largo desde la bigotuda boca hasta las aletas lobuladas y la cola.

El siluro pasó de las moscas que flotaban en la superficie y de repente se lanzó contra la roca en la que yo me encontraba, armado con mi palo puntiagudo.

¡Y el muy cabrón me lanzó una dentellada!

Retrocedí y le clavé la punta afilada de la lanza en el lomo resbaladizo, pero rebotó en la piel correosa y la punta se partió en dos.

El siluro, enfurecido, desplegó su corpachón de anguila y atacó de nuevo rastreando el aire independientemente con cada uno de sus dos bigotes de cincuenta

centímetros, de lo que deduje que era ciego, pero en absoluto indefenso. Le clavé el palo en la boca horrenda y aquello lo distrajo el tiempo suficiente para que pudiera volver a sacar el cuchillo que me había guardado en el mono. De un tajo le corté los tentáculos y, acto seguido, le hincó el cuchillo en la panza blanca. Retiré rápidamente la hoja de quince centímetros antes de que aquel depredador anfibio pudiera mordirme con sus afiladísimos dientes, tan largos como dedos.

Lanzado, volví a pincharlo repetidas veces en el cuerpo ensangrentado acordándome de Melville. «... Al fin lucho contigo: desde el corazón del infierno te hiero; por odio te escupo mi último aliento».

Tras una decena de cuchilladas, Moby Siluro quedó panza arriba, listo para que lo fileteara a placer.

Durante un momento me imaginé los cachitos de pescado ensartados en un palo sobre una fogata, pero enseguida caí en la cuenta de una cosa: toda la leña estaría mojada. Cuando era Boy Scout, el jefe de mi grupo me consideraba «inútil para el fuego», y se reía de mí diciendo que sería incapaz de encender una llama teniendo papel de periódico y una caja de cerillas entera.

Al carajo. El aroma de mi reciente captura asándose al fuego atraería sin duda a otros depredadores.

Es decir: sushi.

Hice varios cortes a lo largo de la panza del siluro, extraje un trozo de carne cuadrado, lo enjuagué en el arroyo y luego le di un mordisco. A pesar de estar cruda, la carne me pareció muy tierna, pero mi estómago no podría soportar más de tres bocados...

Un ruido me puso en tensión y me sacó de mis cavilaciones. Miré hacia lo alto. El sonido de la zampoña me había llegado segundos antes del ataque de las hormigas asesinas, pero entonces había sido más bien una táctica de distracción.

Lo que acababan de captar mis oídos parecía más bien un grito de auxilio.

Dejé atrás el arroyo y me encaminé hacia el sonido. Avancé entre unas secuoyas que fácilmente habrían duplicado en altura a las más altas del norte de California. Hasta la maleza era gigantesca: los helechos se elevaban como paraguas más de un metro por encima de mi cabeza. El suelo del bosque era una alfombra de follaje en putrefacción que se sumaba a las imponentes copas de las secuoyas para silenciar cualquier ruido excepto el que emitía mi guardián de ocho patas.

Los inquietos silbidos aflautados me condujeron hasta un claro situado en medio de un trípode de árboles de ciento cincuenta metros cuyos troncos eran más anchos que un garaje de dos plazas. Peleando entre aquellas columnas había dos mantis religiosas de casi un metro de alto —«¿Es que en aquel sueño Omega era todo más grande?»— que se disputaban con saña el extremo de un peludo tentáculo cortado.

—Oscar...

Blandiendo mi improvisada lanza, arremetí con furia contra los insectos y los obligué a escabullirse entre el follaje. El tentáculo cercenado perdía un fluido azul

verdoso por un corte que me pareció demasiado preciso para ser cosa de la naturaleza.

Una gota tibia me aterrizó en la mejilla. Al pasarme la mano, vi que se trataba de sangre de cefalópodo.

De lo alto me llegó el sonido de una plañidera zampona.

Miré hacia arriba con los prismáticos, pero la cúpula arbórea me tapaba la vista; las ramas más bajas formaban casi un campo de fútbol sobre mi cabeza y ocultaban un mundo tras ellas.

Sabía mucho de secuoyas, pues durante mi búsqueda de patrones naturales en los que basar la matriz de GOLEM había estudiado su particular código genético. Una secuoya joven alcanza su madurez cuando se desprende de la copa, que puede desaparecer durante una tormenta o sencillamente morir y caerse. Esto provoca un extrañísimo proceso conocido como «reiteración». Digamos que el ADN del árbol se vuelve majareta y se replica una y otra vez cuando un segundo tronco brota del primero, no a ras del suelo, sino en lo alto del árbol, y echa raíces en una de las ramas más grandes. Pronto aparecen un tercer, un cuarto y un quinto troncos; cada árbol idéntico crece en paralelo al tronco principal, a cientos de metros del suelo, hasta el punto de parecer dedos de una palma levantada. Cada nuevo tronco produce sus propias ramas, que a su vez producen otros nuevos troncos a partir de su propia copa. Estas reiteraciones sin fin crean una estructura fractal, es decir, un árbol que, básicamente, genera clones exactos de sí mismo sobre sí mismo. En términos humanos, sería como si de mi hombro derecho saliera un Robert Eisenbraun adulto más pequeño pero completamente formado, y luego me saliera otro clon del bíceps derecho y un tercero del antebrazo. Cada uno de ellos daría pie a su propia cosecha de Eisenbrauns, un proceso que se prolongaría durante generaciones no solo a partir del hombro derecho, sino también de otros puntos de la parte superior del tronco.

El ADN de la secuoya posee asimismo sistemas de defensa incorporados. A lo largo de los siglos, varios de esos troncos reiterados crecerán hasta fusionarse entre sí y formar un intrincado laberinto de madera conocido como «contrafuerte». Esas enmarañadas estructuras suelen crear puentes horizontales entre las copas de las secuoyas más grandes; son como salidas de autopista que fortalecen el árbol principal al tiempo que forman extrañas cuevas arbóreas. En esencia, una secuoya es algo más que un árbol, es un paisaje vertical que se autopropaga y que puede alterar la naturaleza química del suelo, almacenar y redistribuir grandes cantidades de agua dentro de su tronco y, al mismo tiempo, adaptar el clima del bosque a sus propias necesidades.

El ADN de la secuoya me entusiasmó tanto que diseñé la matriz de GOLEM a partir de él.

Así pues, no me extrañó verme perdido en un bosque de secuoyas ultragigantes creado por Omega, obligado a escalar uno de aquellos titanes para llegar hasta la extraña criatura que me había rescatado.

O no.

Si realmente era un sueño, ¿para qué molestarse? Si en mi vida Omega imaginaria no existía la humanidad, ¿qué sentido tenía ser humano? Había dos reglas claramente establecidas en mi paisaje onírico. La primera era el dolor. Si me hacía daño lo sentiría, pues los centros neuronales de mi cerebro lo registrarían como real. La segunda regla era que aún poseía libre albedrío: con independencia de los desvaríos de mi subconsciente, yo seguía controlando las reacciones a cada nuevo reto. Si no quería arriesgar mi vida para salvar al cefalópodo, no tenía por qué hacerlo. ¿Qué más daba que aquella cosa me hubiera salvado a mí? Al fin y al cabo, era mi película, se suponía que él tenía que salvarme a mí. Yo era el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, un ser intelectualmente superior. ¿Qué rey pondría en peligro su feudo para salvar a un lacayo de ocho patas?

Jugar interiormente al abogado del diablo no se me dio bien. Estuviera o no soñando, no sucumbiría a las actitudes criminales que habían condenado a la humanidad a la Gran Mortandad solo porque pudiera salir impune. Me negaba a mostrarme indiferente ante el sufrimiento de otro ser. Salvaría al animal que me había salvado a mí, o moriría en el intento.

Claro que, primero, tenía que llegar hasta él.

Escalar un peñasco y escalar una secuoya son desafíos diferentes. Una pared de pizarra tiene surcos, grietas y salientes; una secuoya es, básicamente, un poste resbaladizo durante la primera mitad, que en aquel caso medía noventa metros. A una secuoya no puedes trepar sin equipo; disparas una flecha con un trozo de sedal y un kilómetro de cuerda de nailon contra una rama alta, y luego aseguras el lazo corredizo y asciendes ayudándote con una combinación de descensores y mosquetones.

Yo solo tenía un cuchillo de carne, unos prismáticos y un mono medio destrozado.

La madre naturaleza es de todo menos benévola y, entre los árboles, la secuoya está considerada el depredador por antonomasia. Al alzarse por encima de las demás especies, domina el ecosistema, pues obtiene más luz y proyecta su sombra para frenar el crecimiento de los árboles vecinos, o incluso para matarlos. Puede soltar un contrafuerte de diez toneladas de madera sobre cualquier posible competidor y acabar con él, un acto territorial que los botánicos llaman «bombardeo secuoya».

Caminé en torno al claro, y enseguida encontré lo que buscaba.

El abeto de Douglas llevaba muerto bastante tiempo. Su madera parecía piedra y tenía el tronco reventado por una bomba secuoya. Lo que quedaba del árbol estaba apoyado contra el tremendo tronco de su verdugo. Aunque la distancia hasta el ejemplar que yo quería escalar era considerable, me pareció que, una vez llegara a la cúpula, podría improvisar una ruta entre las copas y los contrafuertes hasta alcanzar a mi querido cefalópodo; bueno, suponiendo que fuera él el que pedía auxilio.

Me subí al tronco medio arrancado del abeto de Douglas, que se mantenía en una inclinación de unos treinta grados, y me mantuve en equilibrio sobre sus restos

podridos. Me incliné cintura arriba y empecé a trepar como un chimpancé, utilizando como puntos de apoyo las ramas y lianas que iba encontrando.

Ocho minutos más tarde, ya no me atrevía a subir más. Estaba a casi sesenta metros de altura y no quedaba árbol muerto que escalar.

La sección media de la secuoya crujía cuando las copas se mecían bajo el cielo azul, y su rama más baja, a unos diez o doce metros de mí, se burlaba de mi intento.

Las secuoyas son monoicas, pues tienen tanto sexo masculino como femenino. Los órganos masculinos, llamados «estróbilos», son pequeños, tienen forma cónica y crecen junto a la punta de las ramas; los órganos femeninos son conos redondeados fertilizados por medio de granos de polen que contienen células espermáticas. Tanto unos como otros me proporcionaban maneras posibles de llegar a la copa del árbol.

Avancé con sumo cuidado por la rama más alta del abeto, estiré el brazo hasta el tronco de la secuoya y toqué un cono femenino para evaluar hasta qué punto era firme. Vi que una parte se deshacía al tocarlo y me entró miedo. Entonces miré hacia abajo, un gran error.

Primero me tembló el cuádriceps y, a continuación, empezaron los brazos. Paralizado de terror, traté de reunir el valor necesario para iniciar la retirada.

El lamento de la zampoña llegó a mis oídos. El animal estaba agonizando.

Toqué otro brote cónico. Hundí las puntas de los dedos en los estróbilos y aparté la pierna izquierda del abeto. Con los dedos de los pies tanteé en busca de un agarre en la corteza de la secuoya. Solo conseguí resbalar sobre la propia corteza y los hongos hasta que mi pie chocó con un nudo del tamaño de una sandía en la madera.

Procurando no mirar más que el tronco, me separé del abeto y apoyé ambos pies en el nudo..., un movimiento muy arriesgado. Me abracé a la secuoya mientras buscaba otro brote con la mano libre, pero lo que encontré fue una liana. Sentí un gran alivio al asirme con ambas manos a la enredadera y empezar a subir utilizando los pies para caminar por el tronco... Pero la maldita liana se desprendió repentinamente y me hizo caer ocho o diez pavorosos metros. Las palmas de mis manos resbalaron durante unos terroríficos segundos hasta que frené en seco.

—¡Joder, qué daño!

Había quedado colgando de la liana y tenía el mono cubierto de una especie de escarcha de líquen. Re coloqué los pies y reanudé la ascensión, más empujado por la ira que por el deseo de salvar al pulpo de las narices. Estaba harto de tener miedo, de sufrir dolores, de estar atrapado en una interminable pesadilla criogénica, harto de...

—¡Lo he conseguido!

Mareado por la subida de adrenalina, me aposenté en una rama tan increíblemente ancha que habría podido colocar sobre ella tres camiones, uno al lado del otro, de no ser porque la rama servía de soporte a otro bosque de secuoyas. Había seis, en fila, unos dedos gigantes se balanceaban lenta y profundamente, cada oscilación independiente de la siguiente, como si expulsaran el aire después de contener la respiración bajo el agua durante mucho rato. Aquellos troncos inmensos estaban

conectados a una solitaria rama principal que se combaba unos veinte grados hasta desaparecer en un oasis de verdor. ¡Y aquello era solo una rama!

¿Cómo describir el espectáculo? Casi mejor describirme a mí mismo. Yo era Jack, el niño del cuento, transportado por un tallo de habichuelas al país de los gigantes; un bichito humano perdido en un bosque tropical que parecía desafiar la gravedad. Sobre mí se cernía una impresionante metrópolis de corteza, una catedral cuyas agujas góticas se perdían en el firmamento, cuyas columnas estaban unidas a diferentes niveles por un inacabable entramado de ramas, algunas de las cuales eran flexibles como la plastilina mientras que otras formaban majestuosas curvas que habrían humillado a cualquier montaña rusa. Aquellas avenidas grises formaban un esqueleto laberíntico que parecía no tener fin y que estaba cubierto de larguísimas colgaduras verdes. El follaje estaba formado por hojas tan gruesas como mi muñeca y constituía por sí solo un inexplorado microcosmos salvaje.

Aparté una vaina y vi que detrás había casi un patio trasero de zarzas que brotaban silvestres de un enorme tocón hueco. Durante unos cinco minutos me alimenté de un solo racimo de arándanos, tan grandes como un pomelo y tan dulces como un mango maduro. Paré al oír de nuevo la zampoña.

Esta vez sonaba más débil, más desesperada. Seguí la dirección del sonido abriéndome paso a través de una selva de gigantismo extravagante. Las mariposas, del tamaño de una bandeja, intentaban posarse en mí; el color de sus alas cambiaba cuando las batían como abanicos mientras yo avanzaba con esfuerzo entre jardines colgantes de epifitas —plantas que crecían sobre otras plantas— surgidas de matas de helechos que servían de hábitat a unos crustáceos acuáticos llamados «copépodos». A lo largo de eones, en las horquetas de los árboles se habían acumulado capas y capas de suelo empapado por las lluvias, y aquello había permitido la proliferación de arbustos de arándanos y fresas, así como un surtido de árboles frutales de más de cien metros de altura.

Caminé por una rama de casi treinta metros que hacía de puente entre dos secuoyas arraigadas en el suelo. Parecía que un rayo hubiera partido la corteza por la mitad. La parte central, al descubierta, rebosaba de un musgo de color turquesa y tan suave como el plumón. Penetré en la siguiente copa y lo primero que vi fue el tocón podrido de una secuoya «reiterada» que había caído tiempo atrás. El inmenso boquete se había llenado de agua de lluvia hasta convertirse en un estanque de un metro ochenta de profundidad y doce metros de anchura. Para mi sorpresa, el estanque estaba lleno nenúfares inmensos y de unos sapos del tamaño de un guante de béisbol cuyas cabezas se volvían coloradas cuando hinchaban la garganta. Aunque parezca mentira, allí dentro también había peces, o al menos eso me pareció hasta que de pronto salieron volando del estanque y empezaron a revolotear como pájaros, sacudiéndose el agua de las rígidas alas pectorales de colorido tropical mientras con sus bocas de barracuda apresaban renacuajos tan grandes como mi pie. Después de sobrevolar un rato el estanque, fueron a posarse sobre sus aletas caudales en el borde

del tocón vaciado, como cuervos en una cerca.

Las cuevas empezaban en un nivel diferente de la copa de la secuoya, seis pisos más arriba de mi punto de entrada al segundo árbol. Sin duda las habían creado relámpagos cuyo impacto habría provocado incendios de semanas, quizá meses, de duración. Una secuoya es demasiado grande y demasiado húmeda para quemarse del todo; se limita a aislar el fuego redireccionando su suministro interno de agua a través de una red de vasos microscópicos conocidos como «xilemas». Si una secuoya del norte de California podía generar dos millones de pascales de presión negativa para succionar agua desde las raíces y llevarla tronco arriba hasta decenas de miles de ramas, no quise ni imaginar la energía que sería necesaria para redirigir el agua por semejante bosque de árboles.

Había tres cuevas. Dos estaban situadas en las raíces de un grupo de secuoyas reiteradas que habían brotado de una imponente rama en forma de U tan ancha como una salida de autopista; la tercera se había formado en el lateral de un contrafuerte de tres pisos de alto.

Desde el borde de la rama miré hacia abajo, hacia el claro donde había estado hacía casi una hora. Rápidamente, calculé que me encontraba a unos cien metros de altura; eso me produjo vértigo y tuve que retroceder.

Había encontrado el origen de las llamadas de auxilio; ya solo quedaba encontrar a la víctima.

La entrada a la primera gruta parecía un canal de parto de tres metros de altura. Nada más entrar noté un desagradable pestazo a queso azul. Las paredes eran esponjosas y estaban negras debido al fuego; el recinto era tan grande como el viejo salón de mi casa familiar. Unas salamandras marrones con puntitos dorados correteaban entre mis pies alimentándose de unos gusanos ciegos y sonrosados que habían desenterrado del suelo.

Allí no había ningún cefalópodo.

Y en la segunda cueva tampoco.

Entonces lo oí y corrí hacia la tercera, un hueco bastante más grande que los anteriores abierto en un contrafuerte que podría haber salido en un cuento de los hermanos Grimm.

—Cielo santo...

La trampa, oculta en las esponjosas paredes de la gruta, había saltado en el momento en que el cefalópodo entró en ella. Con forma de almeja, hecha de un polímero de aerogel provisto de cuatro pequeños agujeros de ventilación, se había cerrado tan deprisa que le había cercenado uno de los tentáculos a la altura de la aleta.

Entusiasmado, el corazón comenzó a latirme a toda velocidad. Alguien... algo... había empleado una tecnología tan avanzada como la mía para fabricar la trampa.

Dejé de pensar en ello al fijarme en el pobre calamar atrapado. Yacía aterrorizado en posición fetal sobre un charco verdoso de su propia sangre. Me miró con una expresión que pasó a ser de pánico.

—Tranquilo, Oscar. Yo te sacaré de ahí.

Alargué la mano hacia el cefalópodo... y, de pronto, la cabeza me estalló en una explosión de luces moradas, cuando una descarga eléctrica me lanzó fuera de la cueva y casi me hizo caer al vacío desde la rama principal de la secuoya.

Permanecí varios minutos tumbado de espaldas, aturdido.

—Pero ¿qué mierda ha sido eso?

SHOCK ELÉCTRICO. QUINCE MIL VOLTIOS. EFECTUANDO DIAGNÓSTICO NIVEL TRES...
RECALCULANDO...

—¡MBF!

RELOJ... RECALCULANDO. NIVELES DE AMINOÁCIDOS: DESCONECTADO. NIVELES DE GLUCOSA EN SANGRE: DESCONECTADO. SEROTONINA...

—Suspende el diagnóstico. —Me puse de pie otra vez y volví cojeando a la gruta —. MBF, analiza esa jaula y determina cómo puedo abrirla sin lesionar al espécimen que hay dentro.

RELOJ... RECALCULANDO.

—¡Para! Pareces un GPS barato. Concéntrate en esa jaula de plástico.

JAULA DE PLÁSTICO ELECTRIFICADA. LOCALIZAR FUENTE DE ENERGÍA Y DESHABILITAR.

—¿Fuente de energía? Ah, claro.

Examiné el exterior de la jaula, pero no encontré nada. Cogí una vara larga y la introduje a modo de cuña bajo la parte cóncava de aquella especie de almeja.

—Aguanta un poco, Oscar.

Haciendo palanca, conseguí volcar la jaula hacia un lado; debajo, en la base, había un cargador de corriente parecido a una tostadora. Con la punta roma del palo, destrocé el aparato hasta que salieron chispas, se produjo un cortocircuito y comenzó a echar humo.

La trampa se abrió con un crujido. Acabé de separarla utilizando las dos manos.

El cefalópodo, demasiado débil como para moverse, se quedó hecho un ovillo.

Con suavidad, le pasé los brazos por detrás del torso invertebrado, lo abracé contra mi pecho e intenté levantar en vilo los casi ciento cuarenta kilos de calamar. Sin más remedio que dejar que los tentáculos se arrastraran detrás de mí, lo llevé hasta el estanque secuoya y lo deposité con delicadeza en el agua.

Si la Tierra se vuelve inhóspita para los humanos, es sobre todo porque hemos perdido el sentido de la cortesía hacia la Tierra y sus habitantes.

THOMAS BERRY,
sacerdote católico

El cefalópodo moribundo se hundió hasta el fondo del estanque; unas burbujas de aire ascendieron desde el órgano respiratorio que tenía en lo alto del cráneo.

Me di cuenta demasiado tarde de que aquel animal era terrestre y debía de estar en estado de choque y ahogándose; me lancé a por él. El agua fría calmó inmediatamente mi descompensado sistema nervioso.

Para subir a Oscar hasta la superficie tuve que apoyar su cabeza y la parte superior de su cuerpo contra mi pecho, lo cual me obligó a pasar los brazos por debajo de las articulaciones de sus tentáculos, como haría un socorrista para salvar a una persona que se está ahogando.

Puede que fuera su «zona sensible», porque en cuanto lo hice el cefalópodo me atrapó con sus monstruosos tentáculos y empezó a apretar... ¡bajo el agua!

La sensación de pánico me trajo un recuerdo a la memoria. Una vez, con dieciséis años, me apunté a un cursillo de salvamento y socorrismo en un campamento de verano. El primer día, el monitor, que era diez años mayor que yo y pesaba veinticinco kilos más, me eligió voluntario para que nadara hasta la parte más honda de la piscina y lo «rescatara». Mientras me acercaba, el monitor permaneció quieto, pero después, desempeñando el papel de la víctima asustada, se abalanzó sobre mí y me agarró la cabeza a la altura del pecho, manteniéndome sumergido como si fuera su aparato de flotación. El muy cerdo me tuvo debajo del agua durante los cuarenta segundos más angustiosos y largos de mi vida. Aprendí una valiosa lección que en aquel momento me sirvió como consejo para sobrevivir: una persona que se está ahogando solo te soltará si tú la sumerges en el agua.

Entre una maraña de tentáculos, conseguí agarrar al cefalópodo por uno de los tallos oculares y tiré de él hasta hundirle la cabeza.

Me soltó de inmediato; deduje que para él aquellos apéndices oculares eran como para mí los testículos. Al cabo de un rato estábamos los dos fuera del agua, jadeando con pesadez y apoyados contra el lateral del tocón lleno de lluvia.

El calamar de tierra me miró con sus amarillentos ojos de párpados dobles como si intentara descifrarme. Al cabo de unos minutos hizo algo realmente maravilloso y, visto en retrospectiva, muy humano: con lentitud, tendió hacia mí uno de sus apéndices.

Yo hice otro tanto con una mano.

El contacto de carne con tentáculo fue una cosa sorprendente; de hecho, generó una especie de sacudida que ambos compartimos, una resonancia profunda y casi hipnótica que se propagó por todas las células de mi cuerpo.

RECALCULANDO... DETECTADO AFLUJO MASIVO DE IONES DE SODIO Y CALCIO, JUNTO CON EFLUJO DE IONES DE POTASIO. ALTERACIÓN DE LOS POTENCIALES CICLOS SINÁPTICOS POSTERIORES...

Sentí un cosquilleo y los ojos se me pusieron en blanco.

«MBF, ¿qué está pasando aquí?».

ECOLOCALIZACIÓN.

En un visto y no visto, MBF había descargado una decena de estudios anteriores a la Gran Mortandad sobre los efectos de la ecolocalización en humanos. Este era el sistema de sonar natural de los delfines, que actuaba como un ultrasonido y les permitía detectar objetos situados a gran distancia a través del agua. Los experimentos habían mostrado que, cuando un delfín ecolocalizaba a un humano, los clics sónicos producían cambios drásticos en la producción neurotransmisora del sujeto y afectaban a todo el sistema endocrino. La respuesta positiva era consecuencia de la cavitación, que inducía la sonoferesis, un aumento del transporte hormonal.

La ecolocalización de los delfines tenía lugar en el agua; mi contacto con el cefalópodo fue directo y prolongado... y desembocó en una curación multidireccional. Noté que el animal recuperaba fuerzas, que los latidos de sus tres corazones se internaban en mi propio torrente sanguíneo al tiempo que su pánico menguaba.

«¿POR QUÉ?».

El MBF susurró la pregunta en el éter y en mi conciencia, así que perdí el hilo de mis pensamientos.

Le respondí interiormente: «¿Por qué, qué?».

«¿POR QUÉ?».

Abrí los ojos.

—MBF, ¿qué me estás preguntando?

Estaba tan molesto por que me hubiera interrumpido que no reparé en una cosa importante...

MBF ESTÁ PROGRAMADO PARA RESPONDER PREGUNTAS, NO PARA GENERARLAS.

—Pues deja de decir «¿por qué?».

LA PREGUNTA NO PROCEDE DE MBF.

—¿Qué...? —Me incorporé de un salto. Aquellos ojos amarillos estaban muy despiertos y me miraban con fijeza. «¿Lo está preguntando el cefalópodo?».

CORRECTO. EL SUJETO SE COMUNICA VALIÉNDOSE DE LA ENERGÍA DEL PENSAMIENTO. ESE «¿POR QUÉ?». ES SU MANIFESTACIÓN EMOCIONAL DE LA ENERGÍA COGNITIVA EXPRESADA DE MANERA APROXIMADA EN NUESTRO IDIOMA.

«¿Él me entiende?».

NO DIRECTAMENTE. LA ENERGÍA COGNITIVA DE ROBERT EISENBRAUN SE BASA EN CONCEPTOS DEFINIDOS POR UN LENGUAJE VERBAL Y ESCRITO ESPECÍFICO, COMBINADOS CON EL CONOCIMIENTO EMPÍRICO. LA ENERGÍA COGNITIVA DE OSCAR SE BASA EN UN VOCABULARIO DE SENTIMIENTOS, DESEOS, NECESIDADES, CURIOSIDAD, EXPRESADO A TRAVÉS DE LAS LIMITACIONES DE SU MEMORIA.

«Ya, y... Espera un momento: ¿acabas de llamarlo Oscar?».

AFIRMATIVO. EL SUJETO HA ACEPTADO TU DESIGNACIÓN DE SU PRESENCIA FÍSICA.

«Solo por curiosidad, ¿Oscar es macho?».

OSCAR POSEE UN BRAZO HECTOCÓTILO ALARGADO, PENSADO PARA SU INSERCIÓN EN UN MANTO, SEA DE HEMBRA O DE MACHO, Y DEPOSITAR UN ESPERMATÓFORO; POR CONSIGUIENTE, EL SUJETO ES MACHO.

«¿Sea de hembra o de macho? ¿Los pulpos son bisexuales? Oye... lo que estoy tocando no será su brazo hectocótilo, ¿verdad?».

LOS DATOS REPRODUCTIVOS SE REFIEREN A ESPECIES ACUÁTICAS DE PULPO; LOS DATOS SOBRE ESPECIES TERRESTRES EVOLUCIONADAS ESTÁN SIENDO FORMULADOS. SEGÚN ESTUDIOS ANTERIORES A LA GRAN MORTANDAD SOBRE SEXUALIDAD DE PULPOS ACUÁTICOS, LOS SUJETOS, AL APAREARSE, ERAN INCAPACES DE IDENTIFICAR AL OTRO COMO HEMBRA O MACHO HASTA UNA VEZ INICIADA LA CÓPULA. EL COITO ENTRE MACHO Y MACHO DURABA MENOS DE TREINTA SEGUNDOS Y NO CULMINABA EN LA EXPULSIÓN DE ESPERMATÓFOROS. EL COITO ENTRE MACHO Y HEMBRA DURABA DOS HORAS Y MEDIA Y CONCLUÍA CON LA EXPULSIÓN DE ENTRE UNO Y CUATRO ESPERMATÓFOROS. OSCAR HA IDENTIFICADO A ROBERT EISENBRAUN COMO MACHO. FUE ESTO LO QUE LE IMPULSÓ A SALVAR A EISENBRAUN DE MORIR AHOGADO.

«Ahora sí que no entiendo nada. ¿Oscar me rescató porque se dio cuenta de que soy un tío?».

EL PRINCIPAL FACTOR PARECE HABER SIDO LA CURIOSIDAD.

«¿Oscar no ha visto nunca a un humano macho?».

NUNCA. OSCAR SIGUE DESEANDO COMPRENDER POR QUÉ ROBERT EISENBRAUN HA SALVADO A OSCAR.

«¿Por qué? Porque Oscar...».

Agotado por el diálogo interior con mi chip biológico, di un apretón a la aleta del pulpo y lo miré directamente a los ojos.

—Tú me rescataste del mar, me salvaste de las hormigas. Los humanos... Mi especie también cree en los actos de bondad hacia los demás.

Para mi sorpresa, el cefalópodo se puso nervioso. De repente, retiró el tentáculo, lo estiró hacia lo alto, se agarró a la rama más cercana de la secuoya y desapareció entre las copas de los árboles.

—Pero ¿qué he dicho? ¿Va a volver?

DESCONOCIDO.

«¿Cómo que “desconocido”? ¡Maldita sea, si estabas leyendo su energía

cognitiva! ¿No puedes...? Bah, déjalo. MBF, según nuestras observaciones, haz un perfil de Oscar».

OSCAR REPRESENTA A UNA ESPECIE DE CEFALÓPODO QUE HA EVOLUCIONADO DE ANIMAL ACUÁTICO A ANIMAL TERRESTRE SEMIANFIBIO. OSCAR MANIFIESTA RASGOS GENEALÓGICOS VINCULADOS A FORMAS MÁS ELEVADAS DE INTELIGENCIA. OSCAR RESCATÓ A ROBERT EISENBRAUN PORQUE SENTÍA CURIOSIDAD POR ROBERT EISENBRAUN. LA ENERGÍA COGNITIVA DE OSCAR RELACIONADA CON LA PRESENCIA DE ROBERT EISENBRAUN SUGIERE UN CONFLICTO QUE EQUIVALE A SENTIMIENTOS DE MIEDO, TOLERANCIA, CURIOSIDAD, EMPATÍA, DESCONFIANZA Y AMISTAD. OSCAR REPRESENTA A UNA ESPECIE PERSEGUIDA POR UN DEPREDADOR DE NIVEL SUPERIOR CON UN AVANZADO CONOCIMIENTO DE LA DETECCIÓN REMOTA, LOS PLÁSTICOS Y LAS CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS RELACIONADAS.

—Para. Formula la mejor respuesta. ¿Por qué persiguen a la especie de Oscar?

IMPOSIBLE DE DETERMINAR DEBIDO A LA LIMITACIÓN DE DATOS. POSIBLES RESPUESTAS: ALIMENTO, ACOPIO DE MIEMBROS ANATÓMICOS, CONTROL DEMOGRÁFICO, EXTERMINIO, DEPORTE, INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA. POR EL TAMAÑO DE LA TRAMPA, LA INTENCIÓN ES CAPTURAR CON VIDA A LA ESPECIE DE OSCAR.

—Entonces los cazadores no tardarán en venir a reclamar su presa.

Miré hacia arriba; a sesenta metros de distancia, las copas de los árboles se mecían suavemente.

«MBF, idea un sistema de trampas para el perímetro de la cueva».

—El cazador está a punto de ser cazado.

El MBF debió de acceder a todos los artículos jamás escritos sobre fauna y flora, pero en el fondo yo sabía que el éxito de la trampa dependía sobre todo de que el elemento sorpresa superara la tecnología del cazador desconocido al que nos enfrentábamos. Tal vez fueran varios. Era imposible saber cuántos aparecerían o cuándo lo harían.

La trampa quedó fijada a la parte baja de la jaula; cualquier intento de retirar el artefacto haría saltar un tronco que se balanceaba sobre el borde de la rama de secuoya. Las lianas atadas al tronco terminaban en cepos situados dentro y alrededor del suelo de la cueva. Eran lianas verdes y finas, pero con la fuerza tensora de un alambre de acero. Y, lo más importante, se disimulaban fácilmente en las esponjosas paredes y el suelo de la cueva.

Era vital atraer de algún modo a la presa. Lo más complicado fue crear un maniquí que imitara a Oscar y meterlo en la jaula de plástico. Al final opté por trozos de raíz gruesa y un poco de barro, que tenían la apariencia y el tacto de una masa, y luego ensucí el cristal por dentro con sangre de cefalópodo para que dificultara la visión desde el exterior.

Con suerte, el cazador pisaría la trampa antes de descubrir la estratagema.

El sol ya estaba poniéndose cuando terminé de colocar el último cebo. Luego trepé a las ramas superiores de otra secuoya, me escondí detrás de una manta de

hojas, puse los prismáticos en visión nocturna y esperé.

Pasaron horas. Me tumbé de espaldas y contemplé la copa de la secuoya y, más allá, el cielo poblado de estrellas, las cuales permitirían a mi biochip recalcular su calendario. Le di instrucciones de que me avisara ante cualquier sonido o movimiento raro, cerré los ojos y me acomodé en la calidez de mi nido forestal.

¡ALERTA INTERNA! ¡PRESENCIA DE NUEVOS ENTES!

Abrí los ojos con una descarga de adrenalina cortesía de mi MBF.

«¿Dónde están?».

CINCUENTA Y SIETE METROS AL OESTE. DESCENDIENDO DESDE UNA ALTITUD DE 792 METROS.

Miré hacia arriba. No vi más que el perfil oscuro de las copas de los árboles y el cielo estrellado. Me llevé los prismáticos a los ojos y entonces sí distinguí a los invasores.

La plataforma era hexagonal y oscura, y de hecho la habría pasado por alto de no haber sido porque tapaba una sección de unos seis metros de cielo. Flotaba sobre las copas de los árboles, al parecer inmóvil, sin utilizar ningún medio visible de propulsión. Enfoqué con el *zoom* y atisbé algo que parecían círculos girando, un movimiento que generaba un leve resplandor verde claro en mi campo de visión verde oscuro.

Estaba examinando la parte baja del aerodeslizador cuando una forma de vida apareció sobre las ramas y se elevó misteriosamente hacia el objeto flotante. Al principio pensé que era uno de los murciélagos gigantes, pero la criatura no batía las alas, sino que las utilizaba a modo de cometa para incrementar su altitud aprovechando el viento. Cuando mis pupilas se acostumbraron a la luz de las estrellas, vi dos piernas de bípedo que colgaban, y luego unos brazos..., unos brazos humanos. La cabeza sin rostro, la piel sin carne..., todo estaba cubierto de negro para fundirse con la oscuridad de la noche.

Elevándose detrás del bípedo volador había una jaula-trampa... y, sin duda, algo que se debatía en su interior. El MBF me lo confirmó al instante: era un cefalópodo.

¿Era Oscar u otro de su especie?

Solté un taco en voz baja, aparté las hojas tras las que me ocultaba y busqué la rama principal de la secuoya con los prismáticos siguiendo la autopista de corteza y helechos hasta llegar al contrafuerte. El corazón se me desbocó al mirar dentro de la cueva creada por el relámpago: frente a la entrada distinguí la silueta de otro ser alado. El bípedo permaneció allí quieto durante un rato, con la cabeza ladeada como si estuviera...

¡Cloc!

No hubo grito ni chirrido, simplemente el ruido de una liana al partirse bajo el peso del tronco, que en aquel momento había quedado colgado en la oscuridad, y un

agitado batir de alas correosas cuando uno de los cepos mordió con fuerza el tobillo de mi presa, la puso boca abajo y la lanzó contra el techo de la cueva.

«¡Ya te tengo, cabronazo! ¿Qué tal se está...?».

DETECTANDO INCREMENTO DE ONDAS CORPÚSCULO. ADVERTENCIA: LOS INTRUSOS PUEDEN DETECTAN TU ENERGÍA COGNITIVA.

«¿Eh?».

Antes de que pudiera silenciar mis pensamientos, un cegador foco blanco se encendió en la base de la plataforma hexagonal. El haz de luz abrió un túnel de resplandor diurno en el caos del follaje, directo hacia mí.

No tuve tiempo para reaccionar. Intenté esconderme bajo un iluminado paraguas de verdor, pero un momento después algo me levantó repentinamente apretándome con fuerza la caja torácica hasta casi dejarme sin respiración. El ataque fue tan repentino como aterrador. Asustado e indefenso, lancé un chillido espeluznante... o al menos lo intenté, porque la boca se me había llenado de porquería.

No, no era porquería, ¡era un tentáculo!

«¿Oscar?».

«SILENCIO».

El foco nos seguía mientras avanzábamos entre los árboles. Dos de los tentáculos del cefalópodo se mantenían firmemente enredados en torno a mi cintura y mis piernas, mientras el resto se agarraba a lianas y ramas. De pronto, atravesando cortinas de hojas y más hojas, Oscar se lanzó en caída libre al vacío y a la oscuridad haciendo que se me retorciera el estómago... hasta que nos detuvimos.

El animal tan solo me soltó el tiempo justo para ponerme de espaldas contra un tronco. Luego me cubrió el cuerpo con la cabeza y los tentáculos; vi que su carne cambiaba de color y nos camuflaba con una mezcla de gruesas raíces arbóreas junto a la base cubierta de musgo de una secuoya que debía de medir sesenta metros.

Noté que mi guardián se esforzaba por disimular sus jadeos. Yo apenas podía respirar con la cara cubierta por una mortaja semiporosa de piel de tentáculo.

Respirar, escapar, despertar... nada importaba. Envuelto de pies a cabeza en el abrazo del cefalópodo, mi única prioridad era controlar las crecientes oleadas de euforia que me provocaban incontrolables temblores por todo el cuerpo, pues notaba cada centímetro cuadrado de mi ser inmerso en lo que me parecía un baño de energía pura. Mis células cavitaban, los neurotransmisores de mi cerebro ardían como tocados por la mano de Dios.

Por suerte, el MBF intervino. Canalizó la arremetida de la ecolocalización y recalculó rápidamente mis ondas cerebrales mientras acompañaba a mi visión mental por un viaje a través de otro mar de consciencia que fundió la del cefalópodo con la mía.

«Oh... cielos».

A través de un prisma cubierto de sentimientos, eché un rápido vistazo al interior de mi anfitrión y allí descubrí mi alma... y la de Oscar... y la de la secuoya; cada una

de ellas era una chispa de pureza que vinculaba toda forma de vida existente — pasada, presente y futura— no solo con una fuerza superior, sino también entre sí. Llamémoslo alma, llamémoslo energía... Lo que vi, lo que experimenté, fue la esencia de la creación: amor sin pretensiones, dar sin recibir, una forma tan honesta y perfecta de querer que era la antítesis de todo egoísmo.

Ya no importaba estar despierto o soñando, muerto o vivo. En aquel breve instante de lucidez había resuelto el enigma de la vida, su significado, nuestra razón de ser, y aquella simple y simplista comprensión despojó al mal de su objetivo y dejó el odio, la codicia y la corrupción reducidos a su desnuda verdad. Vi la verdadera esencia del Creador y rompí a llorar, liberado gracias a mi recién adquirido conocimiento, que privaba a la muerte de su impacto y revelaba la inmortalidad del alma.

Acto seguido noté que abandonaba aquella alfombra mágica tejida por la ecolocalización y que me arrastraban hacia un embudo tenebroso.

Y entonces vi a través de los ojos del cefalópodo.

Y lo que vi fue el mal.

El bípedo flotaba unos veinte pasos por delante de nosotros. Sus alas como de murciélago estaban extendidas para captar el viento y tenía el rostro semioculto por la noche, que estaba a punto de concluir. Unos ojos cobrizos centelleaban, felinos, en la oscuridad inspeccionando los troncos de las secuoyas; el nuestro era uno de los cinco que brotaban de una rama fértil, sesenta metros por encima del lecho del bosque.

El centinela, indeciso, permaneció donde estaba.

Poco a poco, primero como una bruma y luego como una luz grisácea y filtrada, el amanecer fue abriéndose paso. Y aquella luz conquistó la noche, ahuyentando con ello a la silueta demoníaca.

Vislumbré las alas, pero no con la suficiente claridad como para determinar si eran orgánicas o artificiales. El demonio, eso sí, era bastante humano; su carne pálida y cubierta de barro iba camuflada en una ceñida piel de cefalópodo que apenas ocultaba los sensuales pechos femeninos.

En efecto, el cazador era en realidad cazadora, una arpía del bosque. Su larga melena oscura caía ensortijada por detrás de unas orejas de elfo y le cubría la parte alta del musculoso torso; sus labios, gruesos, seductores y fruncidos, me trajeron mil recuerdos a la cabeza.

Aquella arpía era «mi» arpía, y me dolió verla a través de los apéndices oculares semicerrados del cefalópodo.

Andria, por su parte, siguió escrutando la flora y la fauna. Su mirada glacial y la lanza electrificada que empuñaba en una mano bastaron para reprimir mis abrumadoras ansias de dejarme ver.

Las cortinas que se filtraban por el laberinto de secuoyas comenzaron a ser más claras y la amenaza del amanecer obligó a mi antigua amante a volver a internarse en la espesura del bosque y montar en el vehículo que la esperaba allí.

Oscar y yo permanecemos pegados al árbol hasta que el gris se volvió dorado y la pesadilla dio paso al nuevo día, nuestros pensamientos y emociones fundidos como si fuéramos uno.

Estoy convencida de que nos encontramos en un umbral evolutivo en el que no solo tenemos la oportunidad de crear una nueva cultura, sino de convertirnos en un nuevo tipo de ser humano capaz de entender cómo vivir en conexión con uno mismo, con el prójimo y con la tierra. Debemos estar preparados para muchos de los padecimientos que nos esperan entretanto. Pero si somos capaces de seguir el flujo en vez de oponer resistencia, ese salto en la evolución podría ser una realidad.

CAROLYN BAKER,
terapeuta y seguidora del
movimiento survivalista

Oscar me soltó. Caí de rodillas en el suelo del bosque, con el cerebro zumbando a causa del mareo de la ecolocación, como si me hubiera pasado con el LSD. Me tumbé de costado y vi una rana que eructaba colores; al levantar la vista me encontré con un ciempiés bailando claqué sobre una rama... La rama no paraba de crecer y venía hacia mí... El MBF se apresuró a ajustar los niveles de serotonina de mi corteza cerebral y apagó los extraños efectos de la sinestesia.

El sonido de una zampoña interrumpió mi recuperación. Cuando enfoqué de nuevo la vista, allí estaba mi guardián cefalópodo. Expulsaba el aire con fuerza por su órgano respiratorio, sin duda intentando comunicarse con los de su especie.

Si estaban por allí, ninguno saldría de su escondite.

Me tenían miedo a mí, o a mi especie... o a mi novia, o al bicho en que se hubiera convertido en aquellos momentos. ¿Por qué a Andria la habían descongelado y a mí no? ¿Estaban con ella los demás miembros de la tripulación de *Oceanus*? ¿Quién le había proporcionado las alas antigravedad y el aerodeslizador?

Y ¿por qué demonios cazaba cefalópodos?

De repente lo entendí y mi estupidez me provocó una sonrisa. «¡Gilipollas! Todo forma parte del sueño. Andria... con la melena larga y alborotada... igual que el día que nos conocimos en aquel bosque de Virginia. Entonces llevaba un traje de camuflaje; ahora mi cerebro la ha pintado con toda la parafernalia guerrera para que encaje con el entorno. Pero ¿por qué sus compañeros y ella querían cazar al pobre Oscar?».

La respuesta me llegó enseguida, y la carcajada fue tan estruendosa que mi amigo de ocho patas se sobresaltó.

—Cuando fuimos de pesca en el minisubmarino... A Andria le encantan los calamares, no te lo tomes como algo personal. —Me levanté con ayuda de una liana negando con la cabeza de puro asombro—. Kyle Graulus tenía razón. Estos sueños Omega son de lo más bestia.

Oscar me miró con un gesto que interpreté como inquisitivo.

—Lo siento, tío. Nada de esto es real. Yo soy Dorothy y tú el Espantapájaros, y según parece mi novia se ha metido en el papel de una sexy Bruja Mala. Todo forma parte de un sueño criogénico muy jodido... ¿Y qué hago yo explicándote todo esto?

NEGATIVO.

Me asusté al oír aquella voz en mi cerebro. «MBF, ¿eres tú o estás interpretando a Oscar?».

RESPUESTA DE MBF EN RELACIÓN CON LA TEORÍA DEL SUEÑO OMEGA POR CONTRAPOSICIÓN A LA HIPÓTESIS DE EISENBRAUN SOBRE IMPACTO DEL ASTEROIDE 1997 XF11 CON LA LUNA EL 26 OCTUBRE DE 2028.

«Respuesta discutible. El sueño invalida la hipótesis del impacto».

NEGATIVO. SEGÚN CARTOGRAFÍA ESTELAR Y ANÁLISIS DE SUELOS, LA HIPÓTESIS DE EISENBRAUN ERA CORRECTA.

Noté que un escalofrío me recorría toda la espalda.

«Explícate».

EL ANÁLISIS DE LAS PAREDES DE LA CUEVA REVELA UNA CAPA FINA DE HELIO-3 PRODUCIDA EN UN PERÍODO DE TIEMPO GEOLÓGICO CORRESPONDIENTE A UNA LLUVIA RADIATIVA EN 2028. EXISTEN ASIMISMO RASTROS DE HELIO-3 Y ROCA LUNAR EN LA SUPERFICIE Y EN LAS HORQUETAS DE SECUOYA, PRUEBA DE UN CONTINUADO BOMBARDEO PLANETARIO DE DESECHOS ESPACIALES EN ÓRBITA. LA CARTOGRAFÍA ESTELAR CONCUERDA CON UNA FECHA QUE PROPORCIONA UNA CORRELACIÓN DEL 93,7 POR CIENTO CON LA CAPA DE HELIO-3. COMO RESULTADO DE TODO ELLO, EL RELOJ DE MBF HA SIDO CONFIGURADO EN EL AÑO 12 233 776 P., POSCATACLISMO.

—¿Doce millones de años? —Esbocé una sonrisa nerviosa—. Has hablado de una concordancia del 93,7 por ciento. ¿Y el 6,3 por ciento restante?

HAY UNA CORRELACIÓN SECUNDARIA QUE ENCAJA CON LA CARTOGRAFÍA ESTELAR.

—Menos mal. ¿Y de cuántos años posimpacto estaríamos hablando? Y dímelo en números redondos; año más, año menos, importa poco...

EN NÚMEROS REDONDOS, CIENTO VEINTIDÓS MILLONES DE AÑOS.

Me quedé totalmente pálido. Noté que el corazón me latía sin fuerza.

AVISO: BAJADA DE TENSIÓN SANGUÍNEA. COMPENSANDO...

—No... eso es imposible, no puede ser. ¡Influencia vainilla! MBF, despiértame.

ROBERT EISENBRAUN ESTÁ DESPIERTO.

—¡Y una mierda! —Estaba al borde de un ataque de pánico—. Esto es un sueño; tu análisis forma parte de él. ¡Demuéstrame que estoy despierto!

EL PROCESO CRIOGÉNICO DISMINUYE LA TEMPERATURA INTERNA DEL SUJETO HASTA LOS -36 °C; MBF NO FUNCIONA CON TEMPERATURAS INTERNAS INFERIORES A 29 °C. MBF FUNCIONA, LUEGO ROBERT EISENBRAUN ESTÁ DESPIERTO.

Caí de rodillas. «Tranquilo, Eisenbraun. El MBF funciona, pero solo dentro del sueño, no en tu cerebro, que sigue criogénicamente congelado en 2028».

Oscar, al notar mi inquietud, alargó un tentáculo hacia mí.

Cuando estableció el contacto, proyecté mis pensamientos hacia el cefalópodo a través del biochip: «Oscar, tengo que ir a ver la trampa. ¿Podemos volver a la cueva?».

Veinte minutos después, llegamos al contrafuerte. Oscar había dado un amplio rodeo para asegurarse de que no nos seguía nadie. La trampa consistía en un cepo que yo había camuflado en el esponjoso suelo de la gruta. La liana subía por la pared y seguía por el techo pasando por un agujero en el contrafuerte, donde su movimiento había desplazado un peso, el tronco en precario equilibrio que en aquel momento colgaba de la rama grande de la secuoya. El resultado de mi trabajo, dirigido por el MBF, era una trampa casi perfecta que había conseguido que nuestro adversario quedara pegado al techo.

La cueva ya estaba vacía, pero dentro se había producido un lío considerable.

Se sabe que algunos animales que han quedado atrapados en un cepo han acabado arrancándose una pata a mordiscos para sobrevivir. Aquel en particular había utilizado algún tipo de filo para soltarse.

El objeto cortado yacía en la penumbra. Lo cogí, temblando, y me lo llevé afuera para verlo a la luz.

Era un pie humano cercenado a la altura del tobillo. La herida estaba cauterizada, como si la hoja que había penetrado limpiamente en la carne, el tendón y el hueso hubiera sido calentada a muy alta temperatura.

Era un pie izquierdo de mujer.

Lo supe porque era el de Andria.

Sentí náuseas y me aparté de Oscar para vomitar. Luego encontré una superficie cubierta de musgo verde azulado y me tumbé sobre ella. Oscar también había perdido el equivalente a un pie y, sin embargo, yo no había devuelto hasta la primera papilla por aquel motivo. (Y, ya que lo menciono, a mi amigo el calamar le estaba creciendo otra vez el apéndice perdido). Pero la idea de ver a Andria con aquella deformidad... aunque se tratara de un sueño...

—Un momento... MBF, confirma esta observación: a la Andria Saxon que vimos anoche a través de los ojos de Oscar no le faltaba ningún pie, ¿verdad que no?

OBSERVACIÓN CONFIRMADA. A ANDRIA SAXON NO LE FALTABA NINGÚN PIE.

—Pero este pie es de Andria Saxon, ¿no es cierto?

AFIRMATIVO.

—Explícamelo.

DATOS INSUFICIENTES PARA FORMULAR UNA HIPÓTESIS.

—Muchísimas gracias, hombre. ¿Y de dónde saco yo más datos?

PODRÍAN ENCONTRARSE PISTAS A BORDO DE *OCEANUS*.

Noventa y siete minutos. Eso fue lo que tardé, por mediación del MBF, en pintarle a Oscar un cuadro mental de *Oceanus*. Pero el cefalópodo seguía dudando.

«MBF, sí o no: ¿puede Oscar llevarnos hasta la playa sin que yo tenga que hacer un rápel de trescientos sesenta metros montaña abajo?».

Sí.

«Entonces, vamos. Dile que vaya indicándome el camino».

SOLAMENTE LOS DE LA ESPECIE DE OSCAR CONOCEN LA RUTA HASTA EL MAR. LA RUTA ATRAVIESA LA REUNIÓN CEFALÓPEDA. OSCAR CONFÍA EN EISENBRAUN, PERO NO EN LOS SENTIMIENTOS DE ESTE HACIA LA SUJETO IDENTIFICADA COMO ANDRIA SAXON.

«Bueno, yo tampoco me fío de ellos. ¿Oscar sabe dónde vive Andria Saxon?».

Sí.

«¿Me llevará allí?».

NO.

Rechiné los dientes, exasperado.

«MBF, dile a Oscar que Eisenbraun quiere impedir que Andria Saxon y los suyos capturen a más congéneres de Oscar. Y que para ello...».

Sin previo aviso, Oscar se volvió loco. El calamar terrestre levantó dos de sus gruesos brazos y la emprendió a golpes, como un gorila enrabiado, contra el musgo sobre el que me había tumbado. Fue lo que parecía el equivalente cefalópodo de un berrinche. Agitando los tentáculos como un loco, se volvió en redondo, arrancó los helechos a puñados y luego se lanzó tronco de secuoya arriba como un mono araña hasta llegar a la copa, donde continuó moviéndose.

—Hay que ver qué mal genio tiene.

Mientras me caían cosas de arriba, medité sobre los posibles planes de acción que me quedaban. Mi primer impulso, sin duda alguna emocional, me pedía que buscara a Andria, resolviese los enigmas que envolvían nuestra realidad compartida y convirtiera así aquella pesadilla en un sueño placentero.

El científico que llevaba dentro vetó la idea. Antes de buscar a mi exprometida y al resto de la tripulación, era preciso inspeccionar la cámara criogénica a bordo de *Oceanus* antes de que el siguiente maremoto lo arrastrase de nuevo hacia el mar.

«MBF, calcula el siguiente perigeo de luna llena».

LA LUNA TENDRÁ SU PERIGEO DENTRO DE DIECISÉIS DÍAS.

Escudriñé el bosque circundante. El denso follaje de la cúpula de la secuoya estaba repleto de lianas; unas eran rígidas por estar ya secas, otras eran flexibles y húmedas, como enormes guirnaldas hawaianas... y perfectas para hacer escalada.

Oí un crujido en las ramas superiores y un racimo de mangos maduros se estrelló cerca de mis pies empapándolos de jugo.

—¡Ya está bien, pulpo peludo! Baja el culo de ahí, que tenemos trabajo. ¡Y tráeme algo de comer!

Cuando salimos al claro, serían las dos de la tarde, pues el sol estaba alto y no había una sola nube en el cielo. Yo iba delante y Oscar detrás, acarreado lo que, con un poco de suerte, serían las últimas lianas que necesitaríamos para descender en rápel hasta la playa. Mientras el cefalópodo me miraba, aseguré el primer tramo de cuerda vegetal alrededor de un abeto de Douglas situado a unos sesenta pasos del borde de la cima. Luego fui añadiendo tramos y más tramos, alargando la liana entre veinte y treinta metros cada vez.

El curioso animal parecía perplejo ante mi habilidad para hacer nudos.

—Se llaman pulgares oponibles —le expliqué al tiempo que meneaba los dedos—. Es lo que marca la diferencia. Pero tranquilo, dentro de diez millones de años puede que tu especie haya desarrollado algo parecido.

Completada la tarea, intenté arrastrar el pesado rollo de lianas hasta el borde del risco, pero apenas pude moverlo de sitio.

Oscar lo levantó del suelo como si tal cosa valiéndose de dos tentáculos.

—Vale, reconozco que tener ventosas y tentáculos tiene sus ventajas.

Guie a Oscar hasta el borde y le indiqué por señas que arrojara la liana montaña abajo. La vimos desplegarse a lo largo de unos trescientos metros hasta posarse en las rocas grandes de la base.

Unos kilómetros más al norte, *Oceanus* se alzaba sobre el valle desierto como una canica gigante de color aceituna. Se me aceleró el pulso al comprender que había llegado la hora de arriesgar el pellejo una vez más.

Había bajado una montaña a rápel en dos ocasiones —ambas con Andria— y no se me había dado muy bien. Aquel peñasco era más alto, la cuerda de lianas no había pasado más control de calidad que el breve descenso de la secuoya, y yo no contaba ni con arneses, ni mosquetones, ni calzado adecuado. Me di cuenta de esto último en cuanto pisé la piedra caliente y me ardieron las plantas de los pies.

El inmenso pulpo debió de notar mi preocupación, pues rápidamente me levantó del suelo. Antes de que pudiera protestar, me encontré suspendido a trescientos sesenta metros de la playa mientras Oscar procedía a bajar por la pared de roca a vertiginosos saltos de tres metros. Estuve a punto de sufrir un paro cardíaco. Tan solo pude agarrarme al peludo tentáculo que me sostenía, pues los otros apéndices del cefalópodo iban agarrándose y soltándose de salientes de roca en nuestra caída libre solo controlada a medias.

—¡Oscar, por Dios! ¡Al menos utiliza la liana!

Pese a mis protestas, aquel cabezota se negó a coger la liana, que quedaba tentadoramente a nuestro alcance. La habría cogido yo mismo de no haber sido porque necesitaba las dos manos para aferrarme a mi salvavidas.

Tres minutos más tarde, a solo un par de metros del suelo, Oscar se detuvo con brusquedad, alcanzó la liana y me la pasó.

—Qué sentido del humor tiene este pulpo, ja, ja.

Pero el animal se negó a moverse.

A regañadientes, cogí la liana y descendí los últimos metros.

Con la cara congestionada, me di la vuelta y vi que Oscar hacía grandes aspavientos con seis de sus ocho tentáculos al tiempo que salpicaba una roca con la orina que le salía de una cavidad invisible.

EL CEFALÓPEDO SE DIVIERTE.

—Eh, caraculo, me alegro de servirte de diversión.

A mí también me entraron ganas de orinar, así que pensé en mear sobre la roca que previamente había regado Oscar como respuesta a su cachondeo; pero, como no sabía de qué manera podría tomárselo el cefalópodo, decidí no hacerlo.

A decir verdad, el ingenio de Oscar me había dejado boquiabierto, era algo que superaba con creces una simple actitud juguetona. Mi amigo tenía verdadero sentido del humor, un rasgo de inteligencia supuestamente reservado a... bueno, a los humanos.

Un murmullo de agua aumentó mis ganas de orinar.

Era una cascada, y el sonido parecía proceder de más al norte. Primero pensé que vendría de la gruta de los murciélagos, pero al levantar la mirada vi que el agua brotaba de varios puntos de la pared de roca: eran ramales procedentes de los fértiles bosques de allá arriba e iban a desembocar a un río de escasa profundidad que serpenteaba hacia el norte por el yermo de arena.

No había visto la vía de agua desde la gruta, pues la bruma de la cascada había oscurecido mi perspectiva. Tampoco había podido verla días antes, cuando había quedado sumergida, junto con el resto del valle, por el devastador maremoto de la luna llena.

Me encaminé hacia la orilla para refrescarme, pero Oscar me empujó con brusquedad en dirección opuesta.

—Basta de bromas, amigo. Estoy cansado y acalorado, necesito un trago de agua.

El cefalópodo me pasó uno de los tentáculos por el hombro derecho. Las ventosas se me pegaron al codo y aquel contacto físico le permitió transmitirme sus pensamientos por medio del MBF.

«PELIGRO EXTREMO».

«¿Qué clase de peligro? ¿Los murciélagos?».

«MURCIÉLAGOS NO SON PELIGRO. EL PELIGRO SON LOS DIENTES».

«¿Dientes? Defínelos».

Tirándome del brazo, Oscar me guio hacia el *Oceanus* dando un gran rodeo y zigzagueando de manera extraña por la arena de la playa.

Al cabo de un rato, el cefalópodo se detuvo y señaló una avenida de arena compacta que tendría un metro y medio de hondo y casi diez de ancho. A ambos lados de la depresión se observaban algunas huellas de cinco segmentos y cuatro uñas, cada una de ellas tan grande como un neumático de furgoneta.

«MBF, ¿qué demonios podría...?».

LA ESPECIE PERTENECE A LA FAMILIA CROCODYLIDAE.

«¿Un cocodrilo?, ¿tan grande?».

VARIAS RAMAS DE LA ESPECIE, DIVERSIFICADAS POR LA EVOLUCIÓN, HAN PRODUCIDO GIGANTES. EL SARCOSUCHUS, UN COCODRILO PREHISTÓRICO, TENÍA UNA LONGITUD MEDIA DE DOCE METROS. EL DEINOSUCHUS, QUE VIVIÓ EN EL CRETÁCICO SUPERIOR, ERA LIGERAMENTE MAYOR.

«Y, solo por curiosidad, ¿qué tamaño dirías que tiene el bicho que ha dejado esas huellas?».

ENTRE DIECIOCHO Y VEINTE METROS DE LARGO; ENTRE CINCUENTA Y SESENTA TONELADAS DE PESO.

—Estupendo.

Utilicé los prismáticos para examinar el terreno; no fue fácil, porque las manos me temblaban bastante. Jason Sloan me había prometido animadoras y sueños húmedos, y sin embargo me encontraba en una peli de monstruos, con mi novia en el papel de chupasangre de...

AVISO: ESTO NO ES UN SUEÑO. TOMA LAS DEBIDAS PRECAUCIONES. LOS COCODRILOS CAZAN TENDIENDO EMBOSCADAS. ALÉJATE DEL RÍO. LOS COCODRILOS TIENEN UN SENTIDO DEL OÍDO MUY DESARROLLADO. COMUNÍCATE ÚNICAMENTE A TRAVÉS DE LA ENERGÍA COGNITIVA MIENTRAS ESTÉS EN EL VALLE.

Interpretando los pensamientos del MBF, Oscar me llevó del brazo hacia *Oceanus*.

En épocas de cambio, los aprendices heredan la Tierra, mientras que los doctos comprueban que están perfectamente preparados para enfrentarse a un mundo que ya no existe.

ERIC HOFFER,
escritor y filósofo estadounidense

Allí estaba *Oceanus*, una reliquia de otra era varada en un mundo diferente. Lo que quedaba de una pata solitaria, que hacía las veces de soporte de bicicleta, mantenía la esfera gigante sobre su eje vertical.

El aspecto del habitáculo era bastante deplorable. Los científicos habían tratado la cubierta de aerogel para que fuese inmune a los efectos de las inmersiones prolongadas, pero ni siquiera los más imaginativos podrían haber previsto esto.

El tiempo había sido cruel e innovador a la vez. Toda la mitad inferior de la bola había quedado sellada por una capa de coral tan dura como el hormigón. Mientras caminábamos alrededor de la esfera, el MBF identificó colonias de coral burbuja y asta de ciervo que se habían multiplicado en una gran variedad de formas y tamaños. A medida que las colonias anteriores habían ido muriendo, habían nacido otras sobre sus esqueletos calcáreos, de manera que se había creado un hábitat viviente para centenares de especies de peces, esponjas e invertebrados marinos.

Al menos así describió la vida de *Oceanus* el MBF... hasta que el arrecife de coral se volvió tan pesado que hizo que uno de los brazos de la nave se viniera abajo. La colisión con el lecho del mar había resquebrajado el arrecife; la subsiguiente destrucción de los tres brazos restantes y las vueltas de campana que siguieron —de las que yo fui testigo— provocaron el desprendimiento de grandes secciones de coral, de forma que la base cóncava de *Oceanus* recordaba en aquel momento a la mitad inferior de un rompecabezas tridimensional al que le faltaban piezas de considerables proporciones.

La mitad superior de la esfera parecía sacada de un pasado completamente distinto.

Según el MBF, el hemisferio superior de *Oceanus* había quedado completamente expuesto al sol al fundirse la plataforma de hielo de la Antártida. Con el calentamiento del mar, primero las algas y luego la hierba marina habían echado raíces, sin duda alimentándose de las especies acuáticas que pululaban por el coral de la mitad inferior. En una maravillosa relación simbiótica con su entorno, *Oceanus* básicamente se había convertido en un ecosistema tanto por fuera como por dentro.

Mientras estuvo sumergido, aquel ecosistema había prosperado; anclado en la tierra, la vegetación se había secado y había muerto rápidamente. Entonces, de la mitad superior de la nave colgaban plantas muertas, parecidas a largos mechones de

pelo verde y castaño adheridos al cráneo de un humano viejo. De vez en cuando, un nuevo macizo de plantas secas se desprendía del habitáculo para sumarse al montón de metro y medio de alto que ya rodeaba la estructura.

Solo había una manera de entrar en *Oceanus*, la cámara de egresión por la que yo había escapado. Tuve que rodear dos veces aquel titán hasta que Oscar me señaló la escotilla hermética, como si aquella criatura inteligente supiera para qué servía.

Supuse que, leyéndome el pensamiento, lo había averiguado.

Me encaramé a la barrera de vegetación muerta y tiré de la escotilla hacia fuera: al abrirse, una cascada de agua de mar estancada se me vino encima y me dejó chorreando. A Oscar pareció gustarle la imprevista situación cómica, porque me dedicó su peculiar bailoteo... Y luego se agarró a la escotilla con tres tentáculos y se introdujo en la cámara para izarme a mí hasta ella unos segundos después.

Dentro de la zona de egresión, el agua me llegaba hasta el pecho. Oscar parecía un animal diferente al que yo había devuelto a la vida en el estanque de la secuoya, pues se desparramó bajo el agua como un asterisco y empezó a jugar con mis piernas mientras yo trataba de llegar al panel de control.

En aquella ocasión vez no tuve que tantear a ciegas en busca de botones e interruptores. Mientras estuve asignado al equipo Beta, cargué en la memoria del MBF todos los planos y programas que Donald Bruemmer había subido a bordo, así que mi fiel biochip podía darme indicaciones para llegar a cualquier punto de la nave en un microsegundo de pensamiento.

Me zambullí, abrí un panel de control y tiré de un asa de color rojo, la válvula manual para descargar la cámara. Exactamente un minuto después, la escotilla interior se abrió con un clic y pudimos acceder a la nave propiamente dicha.

Me vinieron a la memoria imágenes de mi precipitada huida. Al entrar en el nivel inferior, presté atención para captar el zumbido de las abejas, pero solo percibí una especie de borboteo bajo mis pies.

«MBF, identifica el sonido».

EL SONIDO PROCEDE DE LOS DOS GENERADORES AUXILIARES.

«¿Qué pasa con el reactor nuclear?».

LAS VARILLAS DE PLUTONIO HAN CADUCADO, EL REACTOR NO FUNCIONA. LAS BATERÍAS DE REPUESTO SE HAN CARGADO MEDIANTE LOS PANELES SOLARES UBICADOS EN EL EXTERIOR DE AEROGEL. LA VEGETACIÓN DIFICULTA EL PROCESO. EL SOPORTE VITAL ESTÁ LIMITADO A SIETE HORAS Y VEINTISÉIS MINUTOS. LAS LUCES NO FUNCIONAN EN EL 37 POR CIENTO DE LA NAVE. NINGUNO DE LOS APARATOS DE LA COCINA FUNCIONA. EN EL ARBORETO...

«Eso da igual. ¿Y la sala de criogénesis?».

LA SALA DE CRIOGÉNESIS DISPONE DE SU PROPIO GENERADOR PARA CASOS DE EMERGENCIA.

«¿Cómo puedo acceder a ella?».

GOLEM CONTROLA TODOS LOS ACCESOS.

«¿GOLEM está conectado?».

No.

«¿Hay algún tipo de control manual?».

Sí.

Subí por la escalerilla de acero seguido de Oscar. El aire estaba estancado y la temperatura era unos diez grados más alta que cuando *Oceanus* estaba sumergido. Al acceder al nivel medio, notamos un olor rancio, especialmente potente a causa del relativo calor.

Por todas partes se apreciaban pruebas de los daños que *Oceanus* había sufrido en su deriva hasta caer en la grieta abisal: desde tuberías que habían reventado el techo para incrustarse en las puertas de los camarotes, hasta paneles abiertos que habían lanzado al pasillo circular los enseres de las habitaciones. Al llegar al camarote 2, me puse a hurgar entre las pertenencias de mi novia y me emocioné al encontrar mi bolsa de lona en medio de la montaña de desperdicios.

Como un niño el día de Reyes, abrí la bolsa, saqué unos calzoncillos limpios, el chándal de nailon negro y unas zapatillas de correr con calcetines del mismo color. Me quité los harapos del mono naranja y, una vez vestido de paisano, me sentí como un hombre nuevo.

Oscar, curioso por naturaleza, palpó mi nueva «piel» con cuatro de sus ventosas.

—Es para el frío, amigo. Viene a ser como el pelo para ti, solo que en plan elegante.

Seguimos pasillo abajo y llegamos a la sala de criogénesis, la única de las habitaciones cuya puerta seguía cerrada herméticamente. El interruptor de apertura manual estaba dentro de un panel de control situado en la pared contigua. Succionando, Oscar arrancó de los goznes la cubierta de seguridad y me permitió así acceder al interruptor.

Con un chasquido de gomas, la doble hoja se separó lo suficiente para que Oscar la abriera del todo con sus tentáculos.

A diferencia del resto de la nave, el interior de la cámara criogénica estaba fresco y bien ventilado. Caminé despacio por la estancia en penumbra, incapaz de encontrar el camino entre unas sombras que no reconocía.

«MBF, guíame hasta las luces de emergencia».

A tientas, busqué un panel interior; manipulé una serie de mandos e interruptores y salieron chispas. Por encima de mi cabeza, se encendieron dos luces de emergencia rojas de una hilera de diez. Y entonces distinguí que el interior de la sala había sufrido cambios dramáticos.

—Pero, GOLEM, ¿qué has hecho?

Decir que la cámara y la sala de operaciones quirúrgicas habían sido

«transformadas» sería quedarse muy corto, pues todo lo que me rodeaba en aquel momento estaba irreconocible. Del autor del cambio no había el menor rastro.

El techo que originalmente separaba la cubierta intermedia de la superior había sido arrancado y reventado para crear un nuevo apéndice, una monstruosa extremidad de metal y grafito provista de cinco dedos, cada uno de los cuales se componía de cuatro articulaciones y medía casi cinco metros. La mano artificial colgaba, invertida y flácida, de las vigas de acero de la cubierta superior. Sus tendones estaban formados por émbolos y sus vasos sanguíneos, por tubos flexibles de aerogel llenos de fluido hidráulico y bolas de carburo de tungsteno sinterizado. El fluido las empujaba a través de distintas secciones de los tubos del brazo, y de ese modo la redistribución del peso y la presión permitían a GOLEM abrir y cerrar la enorme garra.

A juzgar por las telarañas y las capas de polvo acumulado, hacía eones que el apéndice había dejado de funcionar. La fuente del fluido hidráulico había sido la columna vertical donde se alojaba GOLEM, pero ya no quedaba ni una sola gota en su interior. Tal vez se hubiera producido una pequeña fuga en una de las arterias de la garra y su dueño hubiese terminado por desangrarse; o quizá GOLEM hubiera sufrido un fallo importante en sus sistemas. En cualquier caso, tras haber completado la abominación tecnológica que se alzaba ante mis ojos, mi criatura había sido condenada al eterno descanso final en el fondo de la columna.

Sentí curiosidad y miré hacia abajo con la nariz pegada al tubo, pero estaba demasiado oscuro y no tenía un buen ángulo de visión.

La sección principal del nuevo apéndice de GOLEM había sido pensada para levantar grandes pesos, pero los miembros secundarios de la garra estaban diseñados para tareas mucho más delicadas. Asomando de los nudillos y anclados en el esqueleto principal, había unas pequeñas pinzas telescópicas, una especie de dedos de metro ochenta de largo, cuyas puntas se bifurcaban a su vez en instrumentos quirúrgicos de precisión. Había escalpelos y fórceps, mangueras de succión y jeringas, y vías intravenosas conectadas a sabe Dios qué clase de elixires y soluciones químicas. Había asimismo herramientas para muestrear tejidos, y aquello hizo que me estremeciera.

«¿En qué se había metido GOLEM?».

Retrocedí unos pasos para contemplar el monstruo entero, que parecía un árbol mecánico invertido, y entonces reconocí la estructura de diseño que seguía. Al pensarlo debí de poner en marcha el recuerdo de mi conversación telefónica con Monique DeFriend, porque de repente el MBF me la reprodujo como si fuera un padre sermoneando a su hijo.

«... LOS SISTEMAS DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL QUE UTILIZAN ALGORITMOS BIOQUÍMICOS CON COMPLEJOS SISTEMAS ADAPTATIVOS POSEEN EL POTENCIAL PARA SOBREANALIZAR INTERNAMENTE SUS PROPIAS NORMAS FUNDAMENTALES Y CREAR BUCLES EN CIRCUITO CERRADO DE CADENAS DE ADN SEGREGADAS. ESTO PUEDE CONDUCIR A UNA CORRUPCIÓN DEL SISTEMA EN EL SENTIDO DE QUE ESTAS PAUTAS DE SOLUCIÓN SEAN

ARCHIVADAS COMO “PERFECCIÓN” Y, EN CONSECUENCIA, QUEDEN YA AL MARGEN DE UNA REEVALUACIÓN RIGUROSA. LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL VALIDA ESTE NUEVO PROTOCOLO EN UN VACÍO, UN ESTADO COGNITIVO QUE LA MAYOR PARTE DE LOS PSIQUIATRAS DEFINIRÍA COMO “EGO PSICOPÁTICO”».

GOLEM, un superordenador programado con una matriz que imitaba el ADN de la secuoya, había fabricado una garra mecánica basada en sus propios módulos biológicos y, al hacerlo, había creado inconscientemente su propio circuito de bucle cerrado... Y yo había sido el que le había dado forma.

Entonces la pregunta era la siguiente: ¿qué se había traído entre manos el ego psicopático de mi ordenador?

Las doce cámaras criogénicas continuaban en su sitio. Me acerqué a la primera de las cuatro que había en la fila de delante y miré dentro.

Estaba vacía.

Al igual que las dos siguientes. Y que la última.

—Cabrones... Se liberaron y me dejaron aquí tirado.

Pasé a la segunda hilera y abrí las tapas sin sellar de otras cuatro cámaras vacías...

Pero, desde lo alto, unos cánticos de zampoña reclamaban mi atención. Oscar había trepado a la garra robótica y me estaba pidiendo que subiera yo también.

Me puse de pie encima de una de las cámara de la última fila, me encaramé al apéndice de acero y conseguí encontrar un punto de apoyo en uno de los dedos inferiores de la zarpa —aunque estuve a punto de perder el tobillo derecho por culpa de uno de sus bisturíes—. Luego me agarré a una manguera e intenté escalar aquel artefacto de aspecto extraterrestre, pero las suelas de goma de mis zapatillas resbalaban sobre los restos de fluido hidráulico.

El cefalópodo, impaciente, estiró uno de sus potentes tentáculos y me alzó hasta donde estaba él.

El espacio que quedaba entre el techo de la cubierta intermedia y el suelo de la superior tenía unos tres metros y medio de altura y estaba repleto de conductos de ventilación, cañerías y cables eléctricos repartidos entre los puntales de acero. Me puse de pie sobre una viga oxidada y escruté el nicho oscuro hasta que mis ojos se adaptaron a la escasa luz.

Y entonces vi lo que Oscar había descubierto. Se me puso de gallina la carne.

De unos ganchos metálicos clavados en el techo colgaban los esqueletos de los seis miembros varones del equipo Omega. Las cuencas vacías de sus ojos parecían devolverme la mirada. En los huesos todavía les quedaba algún pequeño resto de carne seca. Pude identificarlos por el tamaño de la osamenta y el escaso pelo que todavía les quedaba adherido al cráneo. En el medio estaba Kevin Read; un poco más atrás y a la derecha, Jason Sloan; Yoni, a la izquierda —el israelí tenía un fémur desencajado de la cadera—. Los otros tres varones ocupaban una fila situada algo más atrás, de forma que, en conjunto, los restos colgaban del techo como bolos a

punto de ser colocados en una bolera.

Al notar mi inquietud, Oscar me depositó en el suelo y luego se colocó a mi lado.

—No..., esto no tiene ningún sentido. MBF, analiza los contenidos de este laboratorio, ¡y determina su propósito!

PROPÓSITO DESCONOCIDO.

¡ALERTA! UNA DE LAS CÁMARAS CRIOGÉNICAS SIGUE OPERATIVA.

Me aparté de Oscar a toda prisa para examinar la última hilera de cámaras.

Vacía.

Vacía.

¡Sellada!

Intenté levantar la tapa, pero la máquina, efectivamente, seguía funcionando y su ocupante sin identificar envasado al vacío en gel de tetrodotoxina congelado.

Volví al panel de control e intenté activar el proceso de descongelación, pero nada parecía funcionar.

«MBF, ¿por qué no funciona esto?».

TODOS LOS CONTROLES PRINCIPALES Y AUXILIARES ESTABAN VINCULADOS A GOLEM A PROPÓSITO. PARA INICIAR UNA DESCONGELACIÓN DE EMERGENCIA, HA DE EXPONERSE EL GEL DE TETRODOTOXINA AL OXÍGENO.

—¡Claro, así es como me desperté yo!

Me puse a buscar algo duro con lo que hacer añicos el ojo de buey de grueso plexiglás y, al no encontrar nada, abrí la puerta corredera de aluminio de la cámara frigorífica para ver si había alguna herramienta.

—Virgen Santísima.

Los había colgado del techo como farolillos, pero, una vez que se había quedado sin sitio, el ordenador había empezado a meterlos en cualquier parte, en estantes y perchas, y al final amontonados en el suelo.

Cadáveres. Cientos de ellos. Algunos eran de niños, otros de gente centenaria, había personas de todas las edades. Morenos, rubios, calvos. Con dos brazos, sin brazos, y otros con deformidades que habrían sido excesivas hasta para un circo.

Y todos parecían de mujer.

Cerré rápidamente la puerta y miré con fijeza la otra cámara frigorífica antes de abrir la puerta número dos.

—Joder.

Estaban metidos en probetas y en botes para muestras. En algún momento, el ordenador se había quedado sin recipientes herméticos y había recurrido a envases de agua sacados de la despensa, había cientos de botellas.

Y en cada contenedor había un embrión. Eran humanos y, sin embargo, algunos tenían un aspecto inhumano... o infrahumano, resultado sin duda de alguna manipulación genética. Aparte de los que tenían brazos de más, los había con cráneos estrafalariamente grandes y ojos extra; con órganos vitales dobles en la cavidad torácica; con manos de tres dedos, pies palmeados y unas orejas de murciélago que

parecían casi satánicas. Era como si el ordenador se hubiera aburrido y, en un lento proceso psicopático, hubiera dado rienda suelta a su Mengele interior para realizar experimentos con el código genético de sus tripulantes.

«Mengele...».

El MBF cogió el hilo de aquella oscura alusión y reprodujo el recuerdo de mi última conversación con Dharma: «EN TU ÚLTIMA ENCARNACIÓN, ERAS UN MUCHACHO ENCERRADO EN UN CAMPO DE EXTERMINIO NAZI. SENTÍ TU IRA CONTRA EL CREADOR CUANDO VISTE QUE SE LLEVABAN A TU MADRE AL HORNO CREMATORIO; VIVÍ TU MIEDO Y TU DESESPERACIÓN CUANDO TE PUSIERON EN MANOS DE JOSEF MENGELE, UN PSICÓPATA QUE REALIZÓ EXPERIMENTOS GENÉTICOS CON NIÑOS JUDÍOS».

—¡Basta ya!

Me dolía la cabeza, y en aquel momento me habría gustado...

«¿POR QUÉ QUIERES ELIMINAR A EISENBRAUN?».

Me volví hacia Oscar, que había apoyado un par de ventosas en mi muñeca.

«No, no... a Eisenbraun no, Oscar. Me refería al MBF, es un chip informático... Dejémoslo. Oscar, tenemos que abrir esta cámara de aquí, ¿la ves? ¿Puedes arrancar esa puerta de aluminio y utilizarla para romper la tapa de la cámara?».

Interpretando las ondas de pensamiento traducidas por mi biochip, el calamar gigante aferró la puerta del frigorífico con cuatro de sus tentáculos y la arrancó del marco. La alzó por encima de su cabeza y la estrelló con un repentino ataque de fuerza contra la parte superior de la cámara criogénica de Dharma.

El impacto hizo añicos la cubierta y del interior del habitáculo criogénico salió disparado un chorro de vapor frío.

Neutralizada la presión, me fue fácil abrir la tapa.

En un charco de gel de tetrodotoxina, con el cuerpo desnudo sujeto por el arnés interior, yacía Dharma Yuan con una máscara de plástico sobre la cara. Mientras la miraba, una palanca de cuarenta centímetros de largo instalada en el arnés corporal disparó automáticamente una aguja hipodérmica contra su pecho; el instrumento de quince centímetros le inyectó en el corazón una jeringa llena de adrenalina.

Segundos después, la máscara facial de Dharma empezó a bombear aire presurizado hacia su esófago para hincharle los pulmones. Cuando se le infló el estómago, el arnés fue constriñéndose y los pulmones se vieron obligados a expulsar el aire y permitir un nuevo flujo de oxígeno. Al mismo tiempo, la parte superior del arnés corporal inició las compresiones cardíacas alternas.

En la máscara de plástico aparecieron signos vitales de color naranja neón.

Veintitrés minutos y dos inyecciones más después, Dharma empezó a respirar por sí misma.

Metí las manos en la cámara, le quité el arnés corporal y saqué a la mujer asiática del recipiente. Tenía la piel tan fría como cuando la rescaté del hielo aquel día. La llevé en brazos hasta la zona quirúrgica y la deposité sobre la mesa de operaciones.

De inmediato, ¡la garra gigante que se cernía sobre nuestras cabezas se puso en

marcha! Primero se encendieron luces de quirófano, luego los bisturíes empezaron a moverse y, finalmente, los dedos de la mano telescópica se abrieron y se cerraron... pero a los pocos segundos falló la corriente y todo volvió a quedarse inmóvil.

«MBF, ¿qué ha pasado?».

UNA SUBIDA DE TENSIÓN.

«¿Y Dharma?».

DHARMA YUAN ESTÁ EN ESTADO VEGETATIVO.

«No jodas. ¿Se recuperará?».

SIN ASISTENCIA MÉDICA, NO.

«Dime lo que hay que hacer».

LA SALA CRIOGÉNICA NO ESTÁ EQUIPADA PARA ELLO. SIN EMBARGO, LA ECOLOCACIÓN DE OSCAR PODRÍA REPARAR LOS DAÑOS NEUROLÓGICOS DEL CEREBRO Y EL SISTEMA NERVIOSO CENTRAL DE LA TRIPULANTE.

«Ya no me acordaba... Oscar me arregló el brazo».

OSCAR TAMBIÉN REPARÓ LOS DAÑOS DEL CEREBRO DE ROBERT EISENBRAUN.

«Y tú ¿cómo lo sabes?».

TODO EPISODIO DE CAVITACIÓN NEURONAL DEJA UNA HUELLA DISTINTIVA EN EL MESENCÉFALO Y LA CORTEZA FRONTAL. LA PRIMERA SE PRODUJO MOMENTOS ANTES DE QUE ROBERT EISENBRAUN REVIVIERA.

«Un momento. Si eso fuera verdad, Oscar tendría que haber estado dentro de *Oceanus* justo después de que me despertara».

AFIRMATIVO. OSCAR LIBERÓ A ROBERT EISENBRAUN DE LA CÁMARA CRIOGÉNICA.

«Te equivocas. Fue porque la escalera se derrumbó justo encima de mi cámara, eso fue lo que me liberó».

NEGATIVO. LA INCLINACIÓN, PESO Y RATIO DE DESCENSO NO ERAN SUFICIENTES PARA GENERAR LAS FUERZAS NECESARIAS PARA ROMPER LA CÁMARA CRIOGÉNICA. OSCAR LIBERÓ A ROBERT EISENBRAUN.

Se me ocurrieron miles de preguntas, pero lo prioritario era Dharma; su respiración seguía siendo irregular. Me volví hacia Oscar y le tendí una mano. El cefalópodo dudó unos instantes antes de agarrarla con una de sus ventosas.

«Mi amiga se está muriendo. No sé qué hiciste para salvarme a mí, pero, por favor, sálvala también a ella».

El calamar me soltó la mano y salió a toda prisa de la sala.

OSCAR SE NIEGA.

«Eso me ha parecido. ¿Y por qué?».

MUJERES HUMANAS MATARON A LAS TRES COMPAÑERAS DE OSCAR.

«Vaya por Dios...».

Le tomé el pulso a Dharma: era tan inestable como su respiración, y tenía las pupilas dilatadas y arreactivas. Oscar era su única esperanza, así que la cogí en brazos y salí de la habitación.

El cefalópodo había desaparecido.

Caminé hasta el siguiente camarote abierto, me detuve para coger una manta de lana de entre un montón de cosas mohosas y envolví con ella el cuerpo desnudo de la asiática. De repente, un ruido terrorífico procedente del pasillo me dejó helado.

Un enjambre de abejas había infestado la cocina de la nave. Me llegó su zumbido grave y nervioso, y no quise imaginar siquiera cuántas debía de haber.

Me alejé de ellas, de espaldas, con el máximo sigilo y la máxima rapidez. Luego di media vuelta y eché a correr por el pasillo circular, con Dharma pegada al pecho, mientras oía a mis espaldas el murmullo de las abejas que nos perseguían.

El MBF me guio hacia la escalera de mano y me instruyó sobre cómo debía cargar a Dharma de manera que los dos cupiéramos en el hueco. Ya agarrado al tibio metal, dirigí la mirada hacia el pasillo... Vi la nube que venía hacia nosotros y me deslicé como pude por los nueve metros de escalera que me separaban del nivel inferior.

Me desplomé contra el suelo, con Dharma sobre mí. Las abejas me concedieron unos segundos preciosos para ponerme en pie antes de precipitarse por el hueco.

Quizá pudiera haber llegado a la cámara de egresión si no llevara aquel peso muerto o si no hubiéramos cerrado la escotilla para evitar que algún «invitado» molesto se metiera en *Oceanus* detrás de nosotros, pero mi irritante biochip me aseguró que mis probabilidades de acceder a la cámara con la chica antes de que llegaran las abejas eran del 0,05 por ciento, mientras que si la soltaba para que sirviese de cebo y escapaba tenía un 46 por ciento de posibilidades de éxito.

«¿Y cómo le dice uno a su cerebro que se vaya a tomar por culo?».

Llegué a la escotilla de la cámara de egresión, dejé que el cuerpo de Dharma resbalara por mi tronco, agarré la rueda con ambas manos y la giré en sentido contrario a las agujas del reloj. Tenía la cara bañada en sudor y todo el nivel inferior de la nave zumbaba a nuestras espaldas como un generador eléctrico. Mis músculos se tensaron, anticipándose a un inevitable *déjà-vu*. «¿Diez millones de picaduras de abeja son peores que diez millones de mordeduras de hormiga?».

Como las picaduras no llegaban, recogí a Dharma del suelo y me volví para verme frente a un mar de abejas que lo inundaba todo excepto una delgada frontera situada justo a mi espalda, donde se encontraba Oscar expulsando el aire con violencia por su tubo de respirar.

Las abejas no tienen orejas, sino que, para detectar el sonido que reverbera en las moléculas de aire, se valen de sus patas y sus antenas. No había duda de que el enjambre había detectado la vibración de zampoña; el hecho de que hubiera interpretado aquel sonido como una orden alimenticia contradictoria me lo explicó después el MBF.

En aquel instante, lo único que importaba era la escotilla, que abrí de un tirón, Dharma, a la que metí a rastras en la cámara, y Oscar, que entró detrás de nosotros y cerró la puerta hermética con brusquedad.

Jadeando con fuerza, deposité a Dharma en el suelo.

—Gracias, colega.

No aceptó la mano que le tendí —ni el segundo intento de convencerlo para que ayudara a Dharma—. Se metió en la cámara de egresión y ya no lo vi más.

Extenuado, me tumbé en el suelo con la vista fija en las luces parpadeantes. El MBF había llegado a la conclusión de que Oscar me había sacado de la tumba criogénica. De ser así, allí había algo más que nuestro intento de relación simbiótica... una línea de investigación centrada en una suposición más que dudosa: ¿doce millones de años era un período de tiempo suficiente para que un animal marino se adaptara a la tierra?

Contemplé el hermoso desnudo que tenía enfrente. A diferencia de mi cazadora estadounidense, Dharma era menuda y sutil, tenía el cuerpo esculpido a base de yoga.

—Hombre, Jason, al menos tu programación empieza a ponerse interesante.

Extendí la manta, envolví a Dharma con ella y me la llevé al siguiente cubículo. Oscar se había marchado dejando abierta la escotilla de escape. Me introduje en la cámara de egresión, deposité a la chica en el suelo y volví a cerrar la escotilla de *Oceanus* a mi espalda.

El sol de la tarde dibujaba largas sombras en la arena ya más fresca. Me eché a Dharma al hombro y seguí las huellas del cefalópodo, cuatro dibujos en zigzag que parecían un rastro de serpiente que se dirigía al sudeste. Aunque el paisaje era llano, no veía a Oscar por ninguna parte, así que apreté el paso.

Noté las vibraciones antes, un golpeteo lejano como de caballo de carreras entrando en la primera curva. El sonido aumentó de intensidad cuando aceleré el ritmo, así que no cabía duda de que su origen se dirigía hacia mí. Me di la vuelta para ver qué me deparaba aquella vez mi sueño Omega.

—Hostia.

No puedo describir con palabras el animal que me perseguía. El MBF me informó de que medía veintidós metros y medio, pero, incluso a más de medio kilómetro, solo pude ver la cabeza del cocodrilo, que era entre verde y amarilla, y tan grande como mi colegio de primaria. Cuatro poderosas patas levantaban nubes de arena que, acto seguido, apartaba con su prodigiosa cola, pues el apéndice iba abanicando el aire detrás del cuerpo cubierto de gruesas escamas.

El pánico activó el MBF, que puso en movimiento un torrente de adrenalina y, durante unos momentos, me convirtió en un velocista de talla mundial para demorar tal vez unos insignificantes segundos mi inevitable muerte a bocados.

Fue entonces cuando vi lo que parecía un segundo monstruo. Estaba a unos doscientos metros de distancia, a mi derecha, una hembra titánica que estaba soltando unos huevos del tamaño de un furgón de correos en un cráter que había excavado con los cuartos traseros.

QUINCE SEGUNDOS PARA CONTACTO CON COCODRILO MACHO. CORRE HACIA EL COCODRILO HEMBRA.

—¡Influencia vainilla!

EL MACHO SIGUE A ROBERT EISENBRAUN POR EL OLOR. DESVÍATE HACIA EL NIDO.

Notando que la tierra temblaba a mis espaldas, viré bruscamente hacia la derecha, rumbo a la montaña de escamas verde aceituna que bombardeaba el cráter con su descendencia delante de mis narices.

Estaba a unos sesenta metros del nido cuando la hembra volvió la cabeza hacia mí.

A cincuenta metros, mamá cocodrilo divisó al macho que me perseguía.

A treinta metros de ella, me detuve en seco. Y se armó la de Dios.

Más menuda que su congénere, la hembra pasó junto a mí bufando —tres metros más y me habría convertido en batido de vainilla— e instintivamente embistió contra lo que percibía como una amenaza para sus pequeños. Me tiré al suelo para que no me arreará con su cola de casi diez metros, la observé alejarse y me lancé pendiente abajo hasta el fondo del nido.

EISENBRAUN, ¡SAL DEL NIDO!

«Pero si acabas de decirme que...».

¡SAL! VE HACIA LOS RISCOS.

Un escalofriante rugido de reptil macho fue la respuesta al tórrido bufido de la hembra. Arrastré a Dharma por un paisaje de huevos viscosos para salir por el otro lado del hoyo. Estaba tan ahogado que prácticamente no podía coger aire, y los músculos de mis piernas parecían de plomo fundido.

A veinte pasos del hoyo, completamente agotado, me derrumbé con Dharma entre los brazos.

El cocodrilo macho había rodeado el nido y se había interpuesto entre nosotros y los riscos. Levantó la cabeza a una altura de tres pisos y sus ojos, de un amarillo dorado, brillaron a la luz del último sol. Tenía las mandíbulas entreabiertas y quietas; los colmillos superiores, situados bajo el hocico, le salían de la boca retorcidos como un zarzal, cada uno de ellos tan largo como mi brazo. El viento ya no le llevaba nuestro olor y el monstruo parecía un tanto desorientado. Aunque el extremo de su cabezota de tres metros y medio estaba a menos de un cuerpo de cocodrilo de mi posición, el MBF me advirtió de que no me moviera, pues la visión del animal era sensible al movimiento.

El megacocodrilo olisqueó el aire, cada inhalación acompañada por un espeluznante gruñido. Permanecí inmóvil, incluso cuando mis ojos registraron algo flotando en el aire detrás del monstruo. «¿Un rayo de sol, quizá?».

Para mi espanto, Dharma soltó entonces un gemido grave, y ahí terminó el juego.

El monstruo rugió y volvió su imponente cabeza hacia nosotros... y en aquel momento un pitido estridente me dejó sordo e hizo que la fiera se echara a temblar. Entre confuso y aturdido, vi que la tripa del cocodrilo se expandía hacia fuera, que se le hinchaba el torso como si fuera un globo... Y entonces, repentina e inexplicablemente, sesenta toneladas de órganos internos salieron en estampida por

los costados del vientre de la bestia y dejaron la playa sembrada de vísceras.

¿Qué pasó después? No estoy seguro, la verdad. Estaba mareado, tendido en un mar de sangre y viscosidad, me zumbaba la cabeza, no oía más que un pitido constante. Solo sé que, en el silencio posterior, una caballería de tentáculos nos agarró a mí y a Dharma por la cintura y que de pronto comenzamos a dar tumbos por la playa en dirección a los riscos.

Supongo que perdí el conocimiento, porque cuando volví a abrir los ojos estábamos de pie frente a las rocas de la base del acantilado. Oscar estaba ocupado con su órgano respiratorio, utilizándolo a modo de instrumento musical, aunque yo seguía sin oír más que un estrepitoso silencio.

En mi delirio, vi que dos rocas extrañas que había en una especie de nicho natural cobraban vida entre un torbellino de tentáculos. Los tres cefalópodos camuflados se desenredaron rápidamente para dejar paso a Oscar, y mi calamar guardián penetró en una gruta estrecha y oscura cargando con Dharma y conmigo.

Ser grande es avanzar. Avanzar para estar lejos. Estar lejos es volver.

LAO TSÉ,
Tao Te Ching

El viento ululaba y me abofeteaba la cara; eso consiguió despejarme la cabeza. Nos hallábamos en una gruta oscura como la boca de un lobo y ascendíamos por un terreno con bastante pendiente. Al cefalópodo le costaba cargar con nosotros por el pedregoso camino, y noté que aminoraba el paso a medida que avanzábamos por la húmeda galería.

Los oídos todavía me pitaban dolorosamente a consecuencia del estallido.

El calamar terrestre detuvo la ascensión. Me aplicó sendas ventosas sobre las orejas, casi como si fueran manos, y me succionó los canales auditivos produciendo unas suaves oscilaciones que redujeron la inflamación y me calmaron los tímpanos. Cuando retiró los apéndices, el zumbido había desaparecido. Lo primero que oí fue un murmullo de agua.

Unos treinta metros más adelante, Oscar me soltó. Habíamos llegado a la cima, el trecho que seguía era llano y la envolvente oscuridad cedía ante un arco vagamente iluminado que parecía ser el final de un corto túnel. Demasiado agotado para protestar, dejé que el pulpo me empujara hacia la abertura... y abrí los ojos como platos de puro asombro.

Era una cámara subterránea, tan grande como toda una ciudad. Sus paredes podrían haberse comparado a las del Gran Cañón del Colorado. Unas estalagmitas altas como rascacielos quedaban empequeñecidas por un techo empapado por la humedad de sus propias nubes. Ambos lados de aquel colosal orificio geológico estaban limitados por calcita petrificada; la pared de roca estaba llena de surcos y bañada en una luz esmeralda procedente de un río torrencial que discurría por el centro del vasto inframundo como una serpiente luminosa. Iluminado por la agitación del lecho de minerales triboluminiscentes, el río no parecía tener fin.

A la orilla de aquel caudal, flanqueado por las relucientes paredes verdiazuladas, pensé que los israelitas debieron de experimentar algo parecido cuando Moisés separó las aguas del mar Rojo.

Y eso que aún no había visto nada.

Seguimos una senda pedregosa en paralelo al torrente, acompañados por el eco del agua que resonaba contra las paredes del barranco. Oí que Dharma se agitaba, sostenida en alto por uno de los tentáculos de Oscar. Aunque antes el cefalópodo se había mostrado reacio a ayudar, el contacto físico prolongado con la mujer parecía estar sanando el maltrecho sistema nervioso de la asiática.

«MBF, ¿cómo es que Oscar ha cambiado de opinión respecto a tocarla?».

OSCAR SE HA VISTO FORZADO A ESTABLECER CONTACTO FÍSICO CON DHARMA TRAS EL ATAQUE DEL COCODRILO.

«El cocodrilo...».

Me había olvidado por completo del monstruo y de su misterioso final. Buscando respuestas, le tendí una mano a mi desgarrado compañero con la esperanza de restablecer la comunicación.

Al cabo de un momento, Oscar reaccionó succionándome el antebrazo.

«Dime, ¿cómo ha muerto ese coco... ese monstruo de cuatro patas y enormes dientes?».

El MBF tardó unos segundos en transmitir la contestación.

LA RESPUESTA DE OSCAR NO TIENE TRADUCCIÓN DIRECTA. EN LENGUAJE HUMANO LO MÁS APROXIMADO SERÍA «LOS BENDITOS CELESTIALES QUE NOS CUIDAN».

«¿Y eso qué significa? ¿Qué o quiénes son esos Benditos Celestiales?».

OSCAR NO COMPRENDE QUÉ CLASE DE ENTE SON.

«¿Y son esos Celestiales los responsables de la muerte del megacocodrilo?».

AFIRMATIVO. Y TAMBIÉN QUIENES ORDENARON A OSCAR QUE LIBERARA A ROBERT EISENBRAUN.

Nuestro destino estaba aguas arriba. Seguimos el río a lo largo de varios kilómetros, desde su curso más sedentario hasta la zona intermedia donde la corriente formaba olas blancas, pues el caudal era cada vez más abundante según avanzábamos hacia quién sabe dónde. De vez en cuando, un pez plateado del tamaño de una piraña saltaba a la orilla batiendo sus alas azul índigo como un colibrí para alimentarse de insectos.

El MBF calculó que estábamos a una profundidad de 892 metros y caminando hacia el sudeste. Después de casi dos horas me daba igual, pues no había comido nada desde hacía dieciocho horas. Sin embargo, pese a lo hambriento que estaba, habría cambiado una comida de tres platos y postre por una cama mullida y un par de aspirinas.

Extenuado y muerto de hambre, empecé a gritar «Influencia vainilla, influencia vainilla, influencia vainilla». El sonido de mi voz resonó en la caverna y el eco hizo que las palabras de aquella frase inútil se solaparan.

OSCAR QUIERE SABER A QUÉ VIENE ESE ESCÁNDALO.

«Dile a nuestro amigo que es algo relacionado con un engaño convincente, con una mentira muy bien armada. Un poco como este sueño».

ROBERT EISENBRAUN NO ESTÁ SOÑANDO.

«No, claro. Cuéntaselo al juez, ¿vale?».

El río viraba hacia el nordeste y, en aquel punto, las rocas que lo rodeaban formaban una poza de aguas serenas. Oscar se detuvo en un trecho llano y depositó a

mi quejosa colega sobre la piedra caliza.

ATENCIÓN: DHARMA YUAN HA RECOBRADO EL CONOCIMIENTO.

Me arrodillé a su lado y la tapé bien con la manta para cubrirle los pechos. Ya no tenía aquella palidez enfermiza, sino que sus mejillas mostraban un sano color sonrosado. Los almendrados ojos castaños de la chica estaban abiertos... y me miraban fijamente, como si su cerebro me identificara pero sus cuerdas vocales no estuviesen a punto todavía.

—Buenos días.

INCORRECTO. SON LAS 19.22.

«MBF, modo de silencio».

—Dharma, apriétame la mano si entiendes lo que digo.

Sus dedos ejercieron tanta fuerza que tuve que sacudir la mano para que me soltara.

—Mantén la calma. Acabamos de sacarte de la cámara criogénica. Aparte de la voz, ¿dirías que todo lo demás funciona?

Dharma asintió con la cabeza e intentó moverse. La ayudé a incorporarse y la observé mientras ponía a prueba sus miembros. No había reparado aún en Oscar, que se había camuflado entre las rocas de la orilla del río.

Dharma rechazó mi ayuda y se puso en pie con las piernas tambaleantes. Al hacerlo, la manta cayó al suelo y dejó a la vista su cuerpo desnudo. Aquella hermosa asiática aceptó su repentina desnudez como algo completamente natural, no hubo ni vanidad ni vergüenza.

Mi reacción fue la del típico varón occidental, aunque sí aparté la mirada hasta que ella se volvió de espaldas. Dharma me dedicó todo un espectáculo, pues primero realizó varios estiramientos de yoga y luego unos ejercicios de taichi, unos movimientos fluidos que parecieron liberar sus senderos neuronales bloqueados como un masaje interno.

¿Que si me puso caliente? ¡Pues claro! Pero el atractivo de Dharma iba más allá de lo sexual, su desnudez no restaba elegancia y simplicidad a sus evoluciones, su expresión serena denotaba una paz interior que yo no había alcanzado jamás... Tampoco en mis anteriores encarnaciones, si debía creer a la terapeuta budista.

Siguió haciendo estiramientos hasta que le temblaron los músculos. Luego se volvió hacia mí y, con una voz rasposa pero potente, dijo:

—Tengo preguntas que hacer, pero antes debo bañarme.

Se metió en el río lentamente, con un contoneo de caderas que hablaba por sí solo. Mientras yo la miraba, se libró del gel de tetrodotoxina masajeándose la piel. Luego se sumergió del todo para eliminar los residuos de su larga y sedosa melena negra, toda ella luminiscente en el suave resplandor esmeralda del lecho del río.

Emergió al cabo de un minuto o dos alisándose el pelo con las manos.

—Ven.

Me dio un vuelco el corazón, y toda la sangre se me concentró en la ingle.

—¿No quieres saber dónde estamos?

—¿Estamos a salvo?

—De momento, sí.

—Entonces vive este momento y ven.

Me quité la ropa como un quinceañero torpe la noche del baile de fin de curso y entré en el río con dos zancadas. El agua helada (según el MBF, a 11 °C) me dejó sin respiración al tiempo que me encogió el miembro viril hasta extremos humillantes.

—¡Jooo... der! ¡Está congelada! ¿Cómo la aguantas?

—La meditación g-Tum-mo libera la mente para controlar el sistema nervioso central.

«MBF, redistribuye mi calor corporal para...».

—Espera. Antes de recurrir al biochip, deja que yo te guíe.

Me castañeteaban los dientes y me temblaba todo el cuerpo. Dharma se acercó a mí y me abrazó. Fue una sensación increíble; su torso desprendía el calor de una buena lumbre en una noche de invierno. Me pegué a ella como un adicto.

—No te limites a alimentarte de mi calor, tienes que crear el tuyo propio. Imagina que tu vientre es un horno y tus pulmones el fuelle que prende la llama. Inspira despacio e hincha el estómago. Siente que tu corazón desplaza el calor líquido hacia tus extremidades.

Cada vez que yo inspiraba, ella expulsaba el aire, y viceversa. Siete respiraciones después, dejé de temblar. Tres minutos más tarde, volví a sentir los dedos de las manos y de los pies.

Cuando abrí los ojos de nuevo, estaba tremendamente excitado.

Ella sonrió con un gesto de aprobación.

—Eres muy buen alumno. Dime, Robert, ¿cuánto tiempo hace que no practicas el arte de hacer el amor?

—Unos doce millones de años.

Salimos del río tres cuartos de hora después, yo con un cosquilleo en el cuerpo no provocado tanto por el frío como por la sesión de *Kamasutra*. Dharma dejó que la envolviera en la manta y luego se sentó en una roca y me miró mientras me vestía.

—Bueno, Robert, ha llegado el momento de rellenar los espacios en blanco, como soléis decir en Estados Unidos. Puesto que estamos en Vietnam, debo suponer que la criogénesis ha tenido graves consecuencias para mi memoria. Hacía muchos años que no ponía el pie en la gruta de Hang Son Doong; la primera vez que mi tío me trajo aquí fue cuando cumplí dieciocho años. Claro que eso ya lo sabías gracias a mi biografía. Me encantan las luces subacuáticas; el efecto es precioso. ¿Cuánto hace que estoy descongelada?

El MBF me proporcionó la respuesta:

—Seis horas y veintiocho minutos.

Su sonrisa desapareció.

—No lo entiendo.

—Esto no es Vietnam, Dharma. Seguimos en la Antártida. Algo terrible ocurrió poco después de que nos metiéramos en las cámaras criogénicas... Un cataclismo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se le formó un nudo en la garganta.

—Un cataclismo... ¿de qué clase?

—Un asteroide. Colisionó con la Luna con tanta fuerza que alteró su órbita y lanzó al espacio rocas tan grandes como ciudades. Supongo que esas rocas fueron atraídas por la gravedad terrestre. Los impactos tuvieron que ser espantosos... Tormentas de fuego a escala planetaria; nubes de escombros que colapsaron la atmósfera e impidieron la fotosíntesis y la entrada de los rayos del Sol. Es decir, se produjo una Edad del Hielo que acabó con la humanidad. Sé que es difícil de...

—¿Cuánto tiempo...?

—Si te soy sincero, sigue siendo una conjetura. El MBF se congeló, y sospecho que sufrió daños.

—¿Cuánto tiempo hemos estado dormidos, Robert?

—La respuesta A es doce millones de años y pico. La respuesta B... confía en mí, no quieres saberla.

—¿Doce millones de años? Pero entonces mi familia..., todos mis amigos y conocidos...

—Aún hay más. Por lo que he visto en *Oceanus*, parece que GOLEM podría haberse vuelto un poco loco. El resto de la tripulación... encontramos graves mutaciones genéticas.

—Lo dices en plural. ¿Quién estaba contigo?

—Un amigo. De otra especie.

Dharma sonrió. Luego se le escapó una risita a medio camino entre encantadora y perturbada.

—Bravo. Casi me lo creo. Todo parece tan... tan real...

—Ah, ¿crees que es un sueño de ondas omega? Pues lamento decirte que en todo caso sería mi sueño, no el tuyo.

—Siento mucho recordártelo, Robert, pero la cueva de Hang Son Doong es un recuerdo mío, al igual que tú. Lo que acabamos de hacer en el río, responde al deseo que sentí por ti el día que nos conocimos. Comprendo tu confusión. Estas ondas omega son... bastante poderosas, llegan a afectar al subconsciente.

Estaba casi desvariando.

—Bien, ¿y cuándo voy a conocer a esa especie tan simpática?

—Es que no le gustan las humanas. Por lo visto hay unos cuantos clones genéticos de Andria corriendo por el bosque persiguiendo a los cefas.

—¿Los cefas?

—Abreviatura de cefalópodos. Es el nombre que le he puesto yo a la especie de Oscar, no el que le dan ellos. Oscar, por favor, ven a reunirte con nosotros.

Dharma siguió la dirección de mi mirada.

—Robert, ahí no hay nadie.

Al cabo de treinta segundos, me harté de esperar y volví a meterme en el agua helada hasta llegar a las rocas más cercanas. La formación rocosa se transformó en un laberinto de tentáculos peludos y una cabeza oblonga con unos apéndices oculares amarillos que miraron con saña a la terapeuta.

—Dharma Yuan, te presento a Oscar.

Oscar se irguió en sus imponentes dos metros setenta y se aproximó a la muñequita de porcelana de metro sesenta...

Y casi se me para el corazón al ver que todas y cada una de las formaciones rocosas, dentro y fuera del agua, se fundían en una jauría de cefalópodos. Adultos y jóvenes, machos y hembras, algunas sosteniendo crías... todos avanzando hacia la pobre Dharma, que estaba a un paso de morir de susto.

Temiendo por su vida, salí rápidamente del agua, pero un muro de cuerpos gelatinosos me cortó el paso. Nadé hasta un saliente de roca caliza, trepé por él para salir del agua, me subí a una roca grande y fui testigo de lo que podría llamarse un linchamiento cefalópodo.

Oscar hacía de árbitro. Uno de los tentáculos del grandullón se había enroscado en torno al cuello de Dharma y su aleta descansaba sobre el corazón de la chica. Otro par de tentáculos se extendieron hasta dos cefalópodos más, cada uno de los cuales se enlazó a otros cuatro de sus congéneres, y así lo hicieron todos los miembros de la manada hasta quedar integrados en un estrafalario conjunto.

«MBF, ¿qué están haciendo?».

EL PROCESO EQUIVALE A DESCUBRIR EL ALMA.

«¿Con qué fin?».

EN ESTE CASO CONCRETO, DETERMINAR SI DHARMA YUAN DEBE VIVIR O MORIR.

Más daño pueden hacerte los pensamientos desatendidos que el peor de tus enemigos.

SU SANTIDAD TENZIN GYATSO,
decimocuarto Dalai Lama

Oscar cerró los ojos y empezó a bambolearse, lo que provocó una reacción en cadena de sus treinta o cuarenta congéneres. La verdad es que no puedo concretar cuántos pulpos rodeaban a Dharma en aquel momento; desde donde estaba solo veía una colcha de peludos cuerpos marrones.

El MBF cotejó las pautas de comportamiento de Oscar con centenares de estudios sobre rituales de los cefalópodos y ecolocalización. Este fue el comentario que transmitió a mi subconsciente: OSCAR ESTÁ EVALUANDO LA CONCIENCIA DE DHARMA YUAN BASÁNDOSE EN LOS PATRONES DE SU ENERGÍA COGNITIVA. TRANSMITE LA EXPERIENCIA AL RESTO DEL GRUPO MEDIANTE EL CONTACTO FÍSICO.

El balanceo se prolongó durante varios minutos más, hasta que Oscar soltó bruscamente a Dharma y acto seguido emitió, a través de su órgano respiratorio, un sonido que al retumbar me recordó al del *shofar* en las celebraciones del Año Nuevo judío. De inmediato, el resto de los cefalópodos se sumó a él y el resultado fue una estruendosa cacofonía que resonó por toda la cueva.

Puede que se tratara de una «llamada a las armas», porque las paredes acanaladas de calcita se convirtieron en un fluir de tentáculos, y cientos de calamares camuflados se precipitaron al agua y se acercaron por la orilla para unirse a la congregación cefalópoda.

Y se hizo el silencio. Un momento después, Dharma respondió con una exhalación agónica y la carne se me puso de gallina.

Cuando el eco de aquel grito se extinguió, los congregados prorrumpieron en un caos de soplidos de zampoña que convergieron en el cuerpo inerte de Dharma y lo izaron por los aires para hacerlo pasar por encima de la masa de pulpos como si fuera la cantante de un grupo de rock en un concierto.

Y aquel río de cefalópodos se alejó aguas arriba como una marea marrón mientras llevaba consigo a mi indultada compañera.

Veinte minutos y un par de kilómetros después, la cámara se estrechó y la pendiente se hizo más pronunciada. Aparecieron rápidos en el río, el oleaje de espuma blanca obligó a los especímenes jóvenes y a las madres que cargaban con sus pequeños a caminar por la orilla. Yo iba en la retaguardia de la procesión, con Oscar a mi lado.

De vez en cuando, se nos acercaba algún cefalópodo joven que quería establecer contacto físico, pero Oscar los interceptaba y los ahuyentaba con un guantazo de sus tentáculos.

Más adelante, el barranco describía una curva cerrada. Cuando nos acercamos al origen del río, oí el tronar del agua, un sonido estruendoso y desprovisto de eco, cada vez más potente a medida que la gruta pasaba de la noche al día. Al superar la curva, una neblina fresca me mojó la piel, y mis sentidos volvieron a quedar abrumados.

Estábamos detrás de una cascada, una cortina de líquido cristalino alta como la torre Eiffel, y el rugido era ensordecedor. El sol, al iluminarla por detrás, dibujaba arcoíris danzantes en las paredes arqueadas de la cueva. El agua caía en un lago de un azul resplandeciente, cuyo extremo septentrional se extendía ante nosotros. De él nacía el río.

Ya no había orilla que seguir ni camino que rodeara la estrepitosa catarata. Para continuar adelante había que meterse en el lago y cruzar la cascada a nado... y aquello era precisamente lo que estaban haciendo los cefalópodos, sumergirse bajo el salto de agua y desaparecer en el éter aguamarino.

Perdí de vista a Dharma, que debía de estar ya al otro lado.

Oscar me miró. Había llegado mi turno.

Pasamos juntos. El agua empapada de sol me recibió como una caricia, un maravilloso alivio después del baño helado de la caverna. Nadé en dirección al rugido ensordecedor, cada vez más asustado.

Pasar nadando bajo la zona de impacto de una cascada no es ninguna tontería. Las cataratas del Niágara, al menos antes de que me congelaran, caían desde una altura de diecisiete pisos; la que tenía ante mí multiplicaba varias veces aquella altura. Es cierto que el volumen de agua que caía era mucho menor que el del Niágara, pero aun así estaba nadando hacia un torrente desconocido aunque hermoso.

Me llené los pulmones de aire húmedo y me zambullí. Aquel caos de ruido blanco me inundó inmediatamente el cerebro. Descendí todo lo que pude y braceé hacia el muro de espuma... y entonces comprendí, demasiado tarde, que me estaba metiendo de lleno en algo similar al maremoto que días atrás había estado a punto de costarme la vida, solo que en una versión de agua dulce.

El impacto de la masa líquida me dejó sin aire, como si un ariete hubiera chocado contra mi espalda. Mi primera reacción fue intentar dar marcha atrás, pero la catarata me lo impidió y me hizo dar vueltas y más vueltas de campana separándome los labios a la fuerza mientras en mi cabeza gritaba «¡Influencia vainilla!».

Vomitó agua y respiré el lago; el miedo a ahogarme eclipsó mi repentina aceleración bajo la catarata... hasta que perdí el conocimiento.

«DEMASIADA IRA ACUMULADA, ROBERT EISENBRAUN».

«¿Oscar?».

«TU IRA LIMITA LA CONCIENCIA DE UNIDAD. LA HEMBRA LLAMADA DHARMA LO ENTIENDE. APRENDE DE ELLA. SOLO ENTONCES PODRÁS DESPERTAR DE VERDAD...».

—¿Eh? ¿Qué?

Abrí los ojos e inspiré a la luz del día, tan sorprendido de tener aire en los pulmones como de seguir con vida. Empapado y exhausto después de haber estado otra vez a punto de ahogarme, me vi tendido en una arena fina y rosada que rodeaba una laguna tropical. Unas nubes se abrieron en lo alto y dejaron al descubierto un cielo muy azul. Delante de mí, una magnífica cascada caía desde cien metros por delante de la montaña de roca que parecía circundar todo el perímetro.

Me incorporé para hacer un rápido inventario de mi anatomía y descubrí que tenía marcas recientes de succión en el brazo izquierdo.

«Oscar...».

La laguna estaba rodeada por una espesa selva que se encaramaba a las paredes del cráter. Un nanosegundo más tarde, el MBF me aclaró que estábamos todavía en el interior de la cueva y que el espacio al aire libre se debía a una dolina que se había derrumbado.

Al parecer, el laberinto de cuevas estaba debajo del bosque de secuoyas, que recibía gran cantidad de precipitaciones; esas lluvias se filtraban a través del suelo calizo y creaban oquedades que debilitaban el tejado del sistema de cuevas. En algún momento de la historia, una parte del techo se había venido abajo y había abierto la caverna a la luz del día. El tiempo y la fotosíntesis habían formado un ecosistema único a una profundidad de más de quinientos metros, un jardín del Edén aislado que servía de hábitat para la población de calamares terrestres.

—No es su hábitat natural, Robert.

Volví la cabeza y allí estaba Dharma, de pie al borde de la laguna; envuelta en la manta, sus ojos oscuros despedían chispas doradas al reflejar la luz.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado? ¿Te han...? Eh, ¿acabas de leerme el pensamiento?

Su sonrisa fue tan amplia que su cara apenas pudo contener la felicidad.

—Es un regalo de los cefalópodos, un efecto residual de haber compartido su conciencia colectiva. Robert, hay tantas cosas que necesito compartir contigo... Y no, esto no es un sueño Omega. Entiendo que cualquier cosa que diga podría formar parte también de tu sueño, solo que no estás...

—¿Podrías dejar de responder a mis pensamientos antes de que te haga la pregunta? Me fastidia bastante.

—Disculpa. Imagino que te pasará a menudo con tu biochip.

—Al MBF lo puedo controlar. Tú no tienes inhibiciones.

—Pues en el río no pareció importarte. —Se arrodilló en la arena, se inclinó hacia mí y me besó—. Si te parece que estoy un poco ida es porque he perdido el cinismo

que me ha estado royendo por dentro como un tumor maligno desde la Gran Mortandad. Los cefalópodos... No se trata únicamente de que hayan evolucionado de la vida acuática a la terrestre.

—Sí, son inteligentes, desde luego, pero todavía no he visto que Oscar utilice ninguna herramienta. Imagino que podría achacarse a la falta de pulgares oponibles.

—Las ventosas que tienen en los tentáculos cumplen esa función; en cualquier caso tus conclusiones son discutibles. Evalúas su especie basándote exclusivamente en una escala homínida, por eso no alcanzas a ver la verdadera naturaleza de estos seres. ¿Qué has experimentado al vincularte con Oscar?

El recuerdo del momento en que me oculté bajo el camuflaje de mi guardián estaba borroso.

—Si te soy sincero, fue todo tan rápido que cuando después quise reflexionar sobre ello me pregunté si no me lo habría imaginado todo.

—Utiliza el biochip para recordar lo que sentiste.

El MBF activó una sinapsis, y el recuerdo y las emociones que lo acompañaron inundaron mi conciencia.

—Ya está. Pero no sé si acabo de entenderlo. Te va a sonar muy raro, pero, al conectarme a Oscar, durante un instante experimenté una abrumadora sensación de amor incondicional. Hizo que me sintiera seguro, como cuando era pequeño y mi familia aún vivía.

—Antes de que la ira contaminara tu existencia.

—Así es. Fue tranquilizador. Me hizo sentir que nunca estoy verdaderamente solo.

—Cierto. Y también lo es lo que me dispongo a revelarte, pero para asimilarlo debes estar libre de prejuicios. Robert, eres un científico adoctrinado por la filosofía occidental, te han enseñado que el cerebro controla el cuerpo; de hecho, esa es la justificación que utilizaste para crear el biochip. En Oriente, sabemos desde hace mucho que es el corazón quien lo controla todo..., nuestra manera de sentir, la salud, todo. Piénsalo bien. Más del 90 por ciento de los nervios envía impulsos del cuerpo al cerebro, unos impulsos controlados por el flujo de sangre procedente del corazón, el único órgano de nuestra anatomía que genera un campo electromagnético medible.

»Nuevos estudios, realizados en Occidente, han establecido una correlación entre la pausa intersticial que se produce entre dos latidos y el bienestar emocional de la persona. El corazón está regulado por el nervio vago, un conjunto de nervios que nacen en la parte superior de la médula espinal. Además de controlar el corazón, los pulmones, el hígado y los órganos digestivos, el nervio vago desencadena nuestras emociones positivas. Por ejemplo, cuando presenciamos el reencuentro de un soldado con su esposa y sus hijos, o cuando vemos una película con final feliz, el nervio vago estimula una respuesta física y hace que nuestro pecho se expanda y afluyan lágrimas a nuestros ojos. Nuestra psique se ve dominada por sensaciones de calidez. Otro tanto ocurre cuando oímos una melodía hermosa o contemplamos una obra de arte... o

cuando experimentamos amor.

—Sí, ya lo entiendo. ¿Adónde quieres ir a parar, Dharma?

Mi ignorancia la hizo sonreír.

—Piénsalo desde un nivel superior, Robert. El Creador programó nuestra especie para que hiciera cosas buenas; nos alentó, tanto fisiológica como emocionalmente, a realizar actos de bondad y de generosidad. Todos esos actos de compasión surgen del corazón.

—Y los cefalópodos tienen tres corazones. ¿Y qué? Los calamares siempre han tenido tres.

—Sí, pero resulta que estos han desarrollado tres nervios vagos, y ahí está la clave de su evolución de criaturas inteligentes y solitarias a seres compasivos y comunales. Debido a este increíble cambio, ahora los cefalópodos dan prioridad a la cooperación sobre la dominación, y a las necesidades del grupo sobre los placeres de cada individuo. Robert, la especie cefalópoda constituye el siguiente paso verdaderamente importante en la escala de la evolución y, a diferencia de los humanos, ellos no tienen un solo pelo de egoísmo en el cuerpo.

—Pues será porque no tienen pelo.

Dharma volvió a sonreír y me apretó la mano.

—Cuando Oscar y tú conectasteis, sentiste algo más. ¿Qué fue? Cuéntamelo.

Dudé, pero no tenía ningún sentido... Dharma podía leerme el pensamiento.

—Suenan ridículo, pero durante apenas un instante estuve realmente convencido de que entendía el significado de la vida.

—¿Y cuál es? —preguntó ella sonriendo de nuevo—. ¿De qué va todo este mundo loco?

—Ahí está la cosa. Nada de esto es real, es todo una ilusión. Como si cada uno de nosotros estuviera en su propio sueño Omega, un sueño expresamente poblado de caos y desafíos, y cada reto fuese una oportunidad de ganarnos ese amor incondicional, esa inmortalidad perfecta que nos aguarda cuando muramos..., cuando despertemos del sueño. Ya sé que lo que digo no tiene ningún sentido, pero...

—Lo tiene, y mucho. Y es exactamente lo mismo que experimenté yo. En cuanto a eso del amor incondicional, era la esencia del Creador, una chispa de perfección que completa cada una de las almas. Al acceder al alma de Oscar, tú y yo sentimos la energía de Dios. Algo puro y formidable.

Asentí, ensimismado en mis recuerdos. Por algún motivo, en aquel breve momento de lucidez me había convencido de que el mundo físico había sido diseñado como un campo de batalla para el duelo entre el bien y el mal, y este último, en este caso, era el ego humano.

Dharma debía de estar espiando mis cavilaciones.

—Es así, Robert... Perdona, acabo de darme cuenta de que te gusta más «Ike». Sí, tienes razón en que la vida es una prueba regulada por el libre albedrío; lo que se te escapa es que todas las almas están vinculadas, lo que da un nuevo significado al

mandamiento «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Los cefalópodos entienden lo que el hombre no fue capaz de comprender: que el mundo físico es un barómetro de la naturaleza humana. Estoy convencida de que estos seres son el siguiente peldaño de la escalera, por encima del hombre moderno.

—¿Y qué hay del viejo dicho bíblico: «El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios»? ¿Me estás diciendo que Dios parece un pulpo?

Dharma sonrió.

—Dios no es hombre ni bestia; el Creador es algo que nunca podremos aprehender. El hombre, al igual que estos cefalópodos, no fue creado a imagen de Dios, sino de su esencia: compartir. Los cefalópodos son la encarnación de esa esencia, unos seres desinteresados que viven en armonía con la naturaleza. Al igual que los humanos, son continentes físicos para el alma; pero, a diferencia de ellos, no tienen ego ni todo ese horrible bagaje que lo acompaña: ira, odio, envidia, codicia, corrupción. Han alcanzado un estado de nirvana que los mantiene en sintonía con las dimensiones más elevadas del reino espiritual. Qué pena que, una vez más, los humanos estemos poniendo en peligro el orden natural de la vida en este planeta.

—¿Qué humanos? Si solo estamos tú y yo.

Dharma negó con la cabeza, decepcionada.

—Recuerda que, de momento, puedo leer lo que piensas. Sé que te has cruzado con Andria, o al menos con alguno de sus clones. Al haber compartido la conciencia colectiva de los cefalópodos, sé que GOLEM utilizó el ADN de Andria y de las otras mujeres de la tripulación de *Oceanus* para crear una nación de seres sin alma. Esas creaciones de laboratorio surgidas de la mente sociópata de tu invento se han extendido como la peste por el continente; eso ha obligado a los cefalópodos a abandonar su hábitat arbóreo natural, pues los persiguen y utilizan en horribles experimentos genéticos.

—Los cefalópodos, Dharma, son seres tremendamente inteligentes. Sin duda son capaces de organizar una rebelión. ¿Por qué no pelean para defenderse?

—Lo hicieron. Durante millares de años sus antepasados se embarcaron en sangrientas batallas contra los hijos de GOLEM. Imagínate el conflicto árabe-israelí, pero muchísimo peor. Y es que cuando los cefalópodos intentaron poner fin al combate, no hubo modo de pactar la paz con el Ente Creador.

—El Ente Creador... ¿Te refieres a GOLEM?

—GOLEM dejó de existir; tu invento ha evolucionado más allá de su programación. Ahora es un ente superior a la inteligencia artificial, y su pueblo lo venera como al Ente Creador.

Tardé un rato en asimilar aquella información tan impactante.

En algún momento del proceso, mi ego asomó su fea cabeza. «Eisenbraun, has creado una nueva fuerza vital, una inteligencia capaz de poblar un mundo propio».

Dharma me pegó un bofetón.

—Lo que creaste fue un monstruo, una máquina con deseos de sociópata. El libre

albedrío solo existe entre los cefalópodos, que no son tratados como especie, sino como una mercancía genética necesaria para germinar las creaciones propias de tu monstruo.

El MBF preparó una réplica al tiempo que me regulaba la tensión sanguínea.

—Dices que GOLEM, o lo que quiera que sea ahora, tiene deseos de sociópata. Imagino que, siendo budista, no habrás leído la Biblia, pero sospecho que GOLEM sí. Según el Antiguo Testamento, Dios infligió graves castigos a su pueblo elegido, no digamos ya a los que murieron en el diluvio, en el Holocausto y, claro, en la Gran Mortandad. Y ya puestos, las vacas, las ovejas y demás, ¿no entrarían en la categoría de mercancía genética creada al servicio del hombre?

—¿Estás equiparando a los cefalópodos con el ganado?

—Solo digo que esa cosa en que GOLEM se ha convertido a lo largo de doce millones de años podría estar influido por la interpretación judeo-cristiana-islámica del ser supremo.

—No puedo entrar en el terreno de las referencias bíblicas, pero el Holocausto y la Gran Mortandad fueron acontecimientos provocados por el ego desbocado del ser humano, el mismo que te está empujando a defender las maldades perpetradas por tu máquina.

Dharma tenía razón, por supuesto.

—Lo siento. Oscar me cae bien. Siento respeto por su especie. Termina de contarme lo que sucedió. Tras miles de años de lucha, ¿cómo pasaron a convertirse en seres pacifistas?

Se tomó un momento para evaluar la sinceridad de mis palabras y después continuó:

—Si no era posible alcanzar la paz con el enemigo, tendría que lograrse sin él. Surgió un movimiento popular en torno a la creencia de que la violencia y la agresividad, incluso contra los opresores, afectaba a la conexión de los cefalópodos con el reino de lo espiritual. Esa creencia cambió la actitud de estos seres aun antes de que existiera tal conexión espiritual, y no solo sirvió para elevar a la especie con el paso de los siglos, sino que les abrió las puertas de lo que ellos llaman «la luz del Creador», una fuente de energía y realización que cambió toda su existencia.

—¿Y esto es lo que entienden por sentirse realizados? ¿Vivir escondidos en cuevas y aceptar su lugar en la cadena trófica?

—Ellos están por encima de todo eso, Ike. En cuanto a su matanza, están convencidos de que se aproxima un despertar espiritual que debería traducirse en lo que denominan Luna del Renacer. Es un suceso vaticinado hace mucho tiempo, y es tu presencia la que señala su proximidad.

—¿Mi presencia? ¿Se supone que soy una especie de mesías para los cefalópodos?

—Eso está por ver. Pero recuerda lo que te dije a bordo de *Oceanus*: que tu presencia en la misión Omega cambiaría el curso de la historia.

—¿Y qué hay de la tuya, Dharma? ¿Por qué estás tú aquí?

—Estoy para guiarte cuando tu ego te aparte del camino. —Me agarró la mano y me la apretó—. Los dos estamos cansados y hambrientos. No pensemos en nada más hasta que hayamos comido y descansado.

Me condujo hacia la selva, donde crecían árboles con frutos similares a los que apenas había entrevisto en el bosque de las secuoyas. Durante veinte minutos nos atiborramos de unas semillas tan grandes como piñas y de sabor similar al pan recién horneado. Luego disfrutamos del postre, una especie de mamey negro con un interior cremoso y tan sabroso como la mejor mousse de chocolate.

—Dharma, ¿hasta qué punto están a salvo los cefalópodos en este valle? ¿Qué puede impedir que los hijos de GOLEM entren en la dolina y acaben con ellos?

—La dolina está protegida.

—¿Cómo? A mí me parece que está totalmente abierta.

—No lo sé, y eso quiere decir que Oscar y los suyos tampoco lo saben. Me consta que los cefalópodos pueden abandonar el valle, pero que los hijos de GOLEM no pueden entrar aquí. Los cefalópodos atribuyen este milagro a los Benditos Celestiales.

—¿Vendría a ser el equivalente cefalópodo de Dios?

—No estoy segura. Es algo que intentaré descifrar la próxima vez que compartamos. Está anocheciendo, deberíamos volver a la cueva.

—¿Por qué? Acabas de decir que estamos a salvo.

—Es lo que quiere Oscar.

—Ve tú. Yo necesito estar solo para pensar. Además, quiero ver qué encuentro por aquí para la cena de hoy.

—Muy bien. Nos veremos dentro de dos horas en la laguna para regresar a nado. Los cefalópodos vendrán a echarnos una mano.

—¿Eso te lo acaban de comunicar?

Se sonrojó.

—Es mucho más eficaz que un h-phone.

—Sí, pero no hay ningún tipo de intimidación. Vale, dentro de dos horas en la laguna.

Nos dimos un beso apasionado. Cuando la perdí de vista, me comuniqué con el MBF.

«Pregunta: ¿puedes bloquear a Dharma para que no me lea el pensamiento?».

ES POSIBLE ESTABLECER UN FILTRO BIORRÍTMICO ESTÁTICO A FIN DE CODIFICAR LA ENERGÍA COGNITIVA DE ROBERT EISENBRAUN PARA TODO AGENTE EXTERIOR.

«Hazlo. Y luego utiliza mi reconocimiento visual del terreno para trazar la mejor ruta al punto de salida más cercano».

El MBF me guio a través de la selva. El terreno fue empinándose a medida que me acercaba a las paredes verdes de la dolina. El sol había descendido por detrás del borde del cráter, y el valle era un mar de sombras cuando llegué al punto de salida, una secuoya joven abatida. El enorme tronco estaba apoyado en la parte alta del

cráter, a sesenta y cinco metros de altura.

Con una extraña sensación de *déjà-vu*, inicié la escalada.

No tenía ninguna duda de que Dharma me estaba diciendo la verdad... Mejor dicho, de que Dharma creía todo cuanto los cefalópodos le habían comunicado. Sin embargo ¿me tragaba yo todo ese rollo de que los calamares estaban conectados con Dios? No podía negar que había sentido algo cuando Oscar me envolvió en su ecolocalización, pero pudo tratarse de un juego psicológico. Lo que verdaderamente me preocupaba era la información que los cefalópodos le ocultaban a Dharma, en concreto lo relativo a aquellos seres «celestiales». Tal vez yo estuviera cabreado con Dios, pero ningún Dios al que yo hubiera rezado o maldecido había utilizado jamás un arma sónica para reventar un cocodrilo de veinte metros, así que tenía el presentimiento de que...

AVISO: ¡AMENAZA DE SISTEMA! AVISO: ¡AMENAZA DE SISTEMA!

«Identifica amenaza».

EL PERÍMETRO EXTERIOR DEL CRÁTER HA SIDO DOTADO DE UNA RED DE PULSO ELECTROMAGNÉTICO (PEM). SI EISENBRAUN SE ACERCARA DEMASIADO MIENTRAS LA UNIDAD MBF ESTÁ ACTIVA, EL PEM DESTRUIRÍA LOS BIOCIRCUITOS DE LA UNIDAD.

«Cambia a modo seguro».

AVISO: EL MODO SEGURO NO MINIMIZARÁ LOS DAÑOS.

«Supongo que tendré que seguir solo. Localiza el punto de origen del PEM y luego cierra la unidad MBF hasta que Eisenbraun haya franqueado la red».

PUNTO DE ORIGEN PEM: DIECIOCHO HACES DISPUESTOS A INTERVALOS DE VEINTE GRADOS EMPEZANDO EN CERO GRADOS NORTE. FUENTES DE ENERGÍA POSICIONADAS TREINTA Y DOS CENTÍMETROS POR DEBAJO DEL BORDE DEL CRÁTER. EL HAZ MÁS CERCANO SE ENCUENTRA A TRES METROS OCHENTA CENTÍMETROS A LA DERECHA DEL PUNTO DE SALIDA. CERRANDO UNIDAD MBF.

Seguí trepando. Del tronco de la secuoya pasé a una rama superior que terminaba en la pared del cráter, cuatro palmos por debajo del borde de la dolina. Estiré los brazos y conseguí salir a pulso del imponente hoyo.

Me encontraba otra vez en el bosque de secuoyas y el sol me daba en la espalda. Avancé cuatro pasos hacia el lado izquierdo, me tumbé boca abajo en el suelo calizo y asomé la cabeza por el borde del cráter para buscar con la mirada cualquier cosa que pareciese un haz de PEM.

Los aspectos perjudiciales de los pulsos electromagnéticos se descubrieron durante los ensayos para la bomba atómica. El pulso de energía resultante genera un potente campo electromagnético que puede dañar o destruir aparatos electrónicos, sistemas de comunicación y los chips informáticos semiconductores situados en el radio de la onda expansiva. Lógicamente, el daño potencial causado por los PEM motivó que las potencias mundiales desarrollaran armas no nucleares capaces de convertir las ciudades del enemigo en aldeas de la Edad de Piedra, y fueron

numerosos los países que investigaron la manera de atacar los satélites de comunicaciones.

Las primeras armas PEM, conocidas como «bombas E», fueron detonadas en Irán poco después de estallar la Tercera Guerra Mundial. Al término de la Gran Mortandad, más del 60 por ciento de las redes eléctricas de Oriente Medio estaban totalmente calcinadas.

Tardé treinta minutos en localizar un cañón acrílico de quince centímetros que asomaba de la pared de karst del cráter; su fuente de energía tenía que estar, sin duda, enterrada en la roca. La tecnología me pareció mucho más avanzada que la mía; lo que no podía saber era si el haz disparaba algo mucho más letal que un pulso electromagnético.

Sentado en el borde del cráter, contemplé el valle oscuro que se extendía a mis pies y mi mente se esforzó por aclarar los misterios a los que me enfrentaba sin ayuda del chip biológico. Estaba claro que existía la barrera de seguridad, así que el siguiente paso era determinar no tanto quién la había fabricado, ni siquiera por qué, sino cómo. Por ejemplo: ¿cómo podía un PEM impedir que los clones humanos invadieran la dolina?

Tan absorto estaba en mis pensamientos que no me di cuenta de lo tarde que era hasta que los grillos comenzaron a cantar.

Alcé la vista y, al ver el cielo lleno de estrellas, me pregunté si algún día los cefalópodos inventarían un telescopio, comprenderían otros sistemas solares, crearían un medio para ir a Marte o a una luna ajena, como Europa, o incluso a lo que pudiera quedar de la nuestra...

—¡La Colonia Alfa! Joder, ¿qué habrá sido de todos aquellos científicos? —«¿Habrían sobrevivido a la colisión del asteroide? De ser así, ¿estarían vivos aún? No parecía factible... Claro que yo sí estaba vivo»—. No, capullo. Solo estás soñando.

—¿Ike?

Me volví sobresaltado. El bosque estaba envuelto en tinieblas pero la voz femenina me llegó tan clara como el día. Y no era la de Dharma.

Moviéndome a gran velocidad, me deslicé con los pies por delante hasta el borde de la dolina y busqué con la puntera de las zapatillas la rama de la secuoya caída.

—¡Espera, Ike!

A medio camino de mi objetivo, dudé.

Andria salió al claro. Su cuerpo atlético parecía rebelarse contra las costuras rasgadas de su mugriento mono naranja de Omega, y sus pechos se obstinaban en desafiar a la cremallera frontal. Tenía el pelo corto y muy enmarañado, y la tez de india americana un poco más morena que la última vez que la vi, pero por lo demás seguía siendo la misma belleza con quien había quedado la noche en que los varones de la tripulación se volvieron contra mí.

Se acercó a mí con expresión de incredulidad.

—Entonces es verdad que estás vivo. Dios, ¡es un milagro!

Iba desarmada y estaba sola; todas las células de mi cuerpo ansiaban abrazarla, pero mis pies no abandonaron la rama del árbol.

—¿Qué te pasa, Ike? Soy yo. Andie.

—Demuéstralo. ¿Dónde nos conocimos? ¿En qué ciudad?

—No fue en una ciudad, sino en el bosque, en Virginia. Querías robarme el ciervo.

El corazón se me aceleró de golpe.

—¿Cómo saliste de *Oceanus*?

—Utilizamos los submarinos.

—¿Tú y quién más?

—Éramos cinco. Bella, Lara, Monique, Amanda Lynn y yo. La cámara de Dharma estaba estropeada, no pudimos abrirla. En cuanto a los hombres..., ese ordenador tuyo se volvió loco y los destripó. A juzgar por lo que vi en el laboratorio, se entretuvo en fabricar clones humanos hasta que él mismo se desconectó accidentalmente.

—Así que os liberasteis y a mí me dejasteis congelado...

—Estábamos desorientadas, no veíamos nada, la oscuridad era total. Monique y yo intentamos arreglar el sistema eléctrico mientras Lara iba a ver cómo estabas. Bella y Amanda fueron al arboreto en busca de comida y agua. Un enjambre de abejas las atacó. Llegamos a las escotillas de salida por los pelos. Cuando salimos a la superficie, Amanda ya estaba muerta.

—Me abandonaste.

—No tenía otra opción. Intenté volver a buscarte, Ike, pero el minisubmarino se quedó sin batería. Por favor, Ike, sal de ese cráter y abrázame.

—¿Qué pasó la noche en que se suponía que habíamos quedado?

—Ike...

—Responde.

—Kevin me envió a comprobar un anclaje medio suelto en el zócalo de uno de los respiraderos hidrotermales. Cuando regresé, ya te habían puesto en estasis criogénica. ¿Desde cuándo estás aquí, Ike? ¿Has visto la Luna? Un asteroide chocó contra ella.

—¿En qué año estamos, Andria?

—No lo sabemos. Monique piensa que los desechos lunares provocaron tormentas de fuego que incrementaron el calentamiento global y fundieron la plataforma de hielo de la Antártida, pero el proceso habría durado varias décadas. Hemos intentado construir un barco, pero esas criaturas no paran de atacarnos.

—¿Qué criaturas?

—Las llamamos octópodos. Pulpos terrestres, muy inteligentes. Son capaces de manipular las ondas cerebrales mediante el contacto físico y provocar alucinaciones.

Noté que la adrenalina me recorría el cuerpo al tiempo que mi cerebro se

esforzaba por pensar. «Las hormigas, la gruta, el encuentro con Murciélago-Andria..., el rescate de Dharma en *Oceanus*. ¿Acaso Oscar había estado manipulándome la mente y aprovechándose de mis recuerdos?».

—¿Cómo has dado conmigo, Andie?

—¿Yo? Hace unas horas una decena de octópodos atacaron nuestro hábitat, mataron nuestro ganado y nos robaron las provisiones. Les seguí el rastro hasta este cráter; llevaba un arco y un carcaj de flechas envenenadas. Uno de ellos me atrapó, porque son grandes expertos en camuflaje, y cuando volví en mí, las armas habían desaparecido. Luego, al verte, pensé que uno de ellos me había aplicado las ventosas y estaba manipulando mis sentidos, como le hicieron a Lara. Si te digo la verdad, aún no estoy segura de que seas tú, ni de que todo esto sea real. Las sueños Omega pueden ser muy convincentes. Ike, te lo ruego, sal de ahí antes de que... ¡Oh, Dios, ya están aquí!

Miré hacia abajo y vi que Oscar subía a toda prisa por el tronco de la secuoya, seguido de otros dos cefalópodos.

¿Qué podía hacer? Dharma me había advertido, pero Andie parecía tan real...

—¡Dame la mano, Ike!

«¡A la mierda! Si todo esto no es más que un sueño Omega...».

—¡Ike!

«... ¡mejor que esté Andria también!».

Alargué un brazo, le agarré la muñeca y ella tiró para sacarme del cráter. Cogidos de la mano, echamos a correr hacia el interior del bosque dejando a nuestras espaldas un coro de rabiosas zampoñas.

Sin este tipo de preparación, incluso la persona más dotada que haya llevado a cabo una excelente preparación logística se verá probablemente abrumada por un mundo de seres humanos aterrorizados, furiosos y deprimidos. Una persona puede tener el refugio mejor equipado del planeta y, sin embargo, perder completamente el control de sus sentimientos en cuestión de minutos sin resiliencia emocional y anímica.

CAROLYN BAKER,
terapeuta y seguidora del
movimiento survivalista

Corrimos entre unos helechos tan densos y altos como un campo de maíz, y dejamos atrás las secuoyas que solo se adivinaban por las columnas de neblina que tapaban las estrellas. En ningún momento me pregunté cómo podía moverse Andria con tanta facilidad en la oscuridad, pues había podido verla en acción por la noche cuando buscábamos comida juntos después de la Gran Mortandad.

Oscar y sus compañeros nos seguían; los oía moverse ansiosos entre las copas de los árboles para acortar la distancia.

Y entonces supe por qué.

Cincuenta metros más allá, la humedad del bosque se evaporaba con los árboles, pues llegaríamos a un campo abierto recién arrasado por el fuego. El hedor a madera carbonizada penetró en mis orificios nasales mientras avanzábamos por el terreno deliberadamente despejado. Me dolían los pulmones, sentía calambres en las piernas... La tensión fue decreciendo cuando el MBF volvió a conectarse. Primero aumentó mis niveles de hemoglobina, acto seguido inyectó oxígeno a mis músculos y elevó mi pH para acelerar el ritmo de conversión de la glucosa en energía mecánica.

En algún momento, la tierra chamuscada dio paso a una pradera; kilómetros y kilómetros de hierba alta hasta la rodilla bajo un inconmensurable mar de estrellas. Andria aminoró el paso y sacó una brújula de un bolsillo del mono para orientarse.

—¿Vas bien?

—Sí —mentí—. ¿Cuánto falta?

—No mucho. —Guardó la brújula y de una cadena que llevaba al cuello sacó una mira nocturna de diez centímetros. Alargó el visor telescópico hasta su longitud operativa, se colocó el aparato frente al ojo derecho y examinó el terreno que acabábamos de recorrer—. Todavía nos siguen. ¿Por qué les interesas tanto?

—Ni idea. No llevo despierto el tiempo suficiente para entender gran cosa, y menos aún el interés que pueda tener en mí un calamar terrestre.

—La hierba alta les hará ir más despacio.

Se volvió hacia mí y me besó con sus labios blandos y carnosos; su lengua sabía a

carne salada.

Di un salto cuando comenzó a acariciarme la entrepierna con las manos.

Entonces desplazó los labios hacia mi oreja y pronunció con voz jadeante las palabras por las que cualquier hombre heterosexual daría su brazo derecho...

—Ike, ¿podemos hacer un niño?

—¿Qué? No te he oído bien.

—Quiero que me fecundes.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—No, tonto. Cuando lleguemos a la granja.

Volvió a guardarse la mira nocturna y reemprendió la marcha a un paso brutal; tuve que apresurarme para seguirla, sintiendo en mis miembros renovadas fuerzas, mientras desde un rincón de mi cerebro me llegaba una vocecita: «Ike, ¿podemos hacer un niño?».

Nada de «Ike, ¿podemos hacer el amor?», o «Ike, te echaba de menos». Ni siquiera la frase del millón que todo macho estadounidense de sangre caliente desea oír: «Ike, quiero que me folles a lo bestia». No, Andria había empleado el término «niño», seguido del verbo «fecundar», que es como si hubiera dicho: «Estoy ovulando, cariño. Pórtate como un hombre y métemela», todo lo cual se resumía en tres diferentes posibilidades: estaba soñando y mi nuevo mejor amigo, Jason Sloan, había cumplido con creces su palabra; Andria, que sabía las ganas que tenía de formar una familia, me echaba realmente de menos...

O, tercera posibilidad, la mujer a quien estaba siguiendo como un perro en celo no era la auténtica Andria Saxon.

Cuando llegamos al cercado era noche cerrada y llovía como si estuviéramos en mitad del monzón. Era una valla sencilla hecha con troncos dispuestos horizontalmente entre soportes en equis, todo ello asegurado con enredaderas. Andria me avisó antes de que pasara por encima: los troncos estaban revestidos con zarzas de las que emergían púas de veinte centímetros de largo.

En el terreno de dos hectáreas había dos clases de animales. El MBF identificó a los más grandes como híbridos de gaur de pelo largo. Eran unas reses enormes, altas como caballos y dos veces más corpulentas que ellos. Estaban dotadas de imponentes jorobas y de una enorme cornamenta gris que acababa en puntas negras tremendamente afiladas. Los dos machos tenían el pelaje negro y eran bastante más grandes que las hembras, que, al igual que los terneros, eran de color marrón oscuro con las patas blancas. Los machos eran solo una tercera parte del rebaño.

La segunda especie era una rama muy evolucionada de la alpaca, ese animal tan parecido a la llama apreciado por su espeso vellón en tiempos de la civilización incaica. Las alpacas se movían nerviosas en grupos de dos o tres, rumiando como las vacas.

Cuando cruzamos el campo fangoso, envueltos en el vapor que exudaban nuestros cuerpos empapados, los animales nos abrieron paso. Olí la casa antes de verla a través de las cortinas de lluvia. El humo que salía en espiral de la chimenea inundaba el aire. Al acercarnos, distinguí paredes de piedra y mortero, una techumbre de paja y la estructura de una sola planta, sin ventanas.

Salimos del prado por una cancela y llegamos a la casa. La puerta consistía en un madero curvo sin duda cortado con dificultad de un tocón de secuoya gigante. Andria llamó dos veces con el puño, luego una, después tres veces más. Encorvados bajo la lluvia, esperamos hasta que retiraron una tranca del interior.

La puerta se abrió. Andria entró en primer lugar y fue recibida con cólera por sus inquietas camaradas.

Oí la voz de Lara Saints:

—¿Se puede saber dónde estabas?

Esbocé una mueca cuando oí hablar a una malhumorada Monique DeFriend:

—Persiguiendo a esas bestias has desobedecido una orden directa.

Franqueé el umbral en el momento en que Bella Maharaj procedía a despojar a Andria de su mono empapado para envolverla en un chal de lana.

—Cielo santo..., está vivo.

Monique me miró con cara de responsable de residencia de estudiantes femenina. Su melena pelirroja se había vuelto gris y enmarañada, y lucía en la garganta, cuya carne bronceada parecía correosa y flácida, una fea cicatriz blanca.

Los años se habían portado mejor con Lara. Se me acercó y me echó los brazos al cuello. Me presionó con los pechos, que asomaban por encima de un poncho fabricado con las pieles cosidas de varios animales.

—¡Ike, gracias a Dios! Esto es un auténtico milagro. ¿Cuánto tiempo hace que has despertado?

—Unos tres días.

—Debes de estar muerto de frío. Quítate esa ropa mojada y...

Andria me quitó a Lara de encima.

—Yo me ocuparé de mi novio, si no te importa. No es propiedad comunitaria.

—En eso te equivocas —terció Bella—. Lo es, si queremos que sobreviva la raza humana.

—Ahora no, Bella —gruñó DeFriend—. Hay asuntos más urgentes que abordar que tus absurdas teorías sobre la extinción. ¿Dónde lo has encontrado, Andria?

—Junto al cráter.

—¿Te han seguido?

—Sí. Tres machos.

—Maldita sea...

—Que te den, Monique. Prefiero morir peleando que a manos de esos bichos de ocho patas mientras duermo.

—¿Y tu arco? —le preguntó Lara.

—Lo perdí en la emboscada.

—¿Y el carcaj también?

—¿Ves que lo lleve encima?

—Andria, gasté lo poco que nos quedaba de cicuta acuática para hacer esas flechas. ¿Cómo diablos vamos a parar ahora a los octópodos?

—Con meterles una flecha en el cráneo a cada uno de ellos bastará.

Monique puso los ojos en blanco ante la fanfarronería de Andria.

—Llevamos en esto cuarenta y siete meses, Andria, y todavía no has matado nada sin ayuda de toxinas.

—¿Cuarenta y siete meses? —grité—. ¿Lleváis despiertas casi cuatro años y esto es todo lo que habéis conseguido?

—Estamos vivas —dijo Bella al tiempo que me lanzaba una mirada arisca.

—Ike, no tienes ni idea de lo que hemos tenido que pasar.

—No es el momento de entrar en eso —intervino Monique—. Lara, tú al puesto noroeste; Bella, tú al sudeste. Andria, ve con tu amiguito a dormir un poco; tú y yo relevaremos a las chicas al amanecer.

Lara y Bella cruzaron la sala y cada una de ellas se dirigió a una escala de bambú que subía hasta un desván y lo que supuse que sería un puesto de centinela en el tejado.

—Vamos, Ike —dijo Andria.

La casa era básicamente una estancia rectangular de 180 metros cuadrados iluminada por lámparas de aceite. Unos recintos semiprivados ocupaban las cuatro esquinas, separados del resto mediante lo que me parecieron pieles de bisonte colgadas de las vigas. En la pared opuesta a la puerta de entrada había un hogar grande y, junto a él, una zona de cocina. Al igual que las paredes, el suelo era de piedra caliza y pizarra ligadas con mortero.

Seguí a Andie hasta la esquina occidental de la casa. Retiró una piel de animal y pude ver lo que constituía el núcleo de su santuario particular, un espacio de tres metros y medio por tres iluminado por una vela solitaria.

—Dame la ropa. La escurriré y la pondré a secar junto al fuego.

Hice lo que me decía y esperé dentro de aquel espacio, lejos de las miradas de Monique.

Las dos paredes que formaban esquina estaban cubiertas de trofeos de caza de Andria: una mandíbula de pez que me recordó a una piraña, unas pezuñas terminadas en garras, un surtido de afilados dientes de animal colgando de improvisados collares de liana. Su cama ocupaba la mayor parte del suelo; el colchón era un montón de pieles de animales, y la colcha, una piel de oso con un pelaje muy suave y sedoso a la vez que espeso, de un tono gris rojizo nada habitual en un oso.

—¿Lo mataste tú? —le pregunté cuando volvió.

Sus ojos destellaron y me miraron con avidez a la luz de la vela.

—No fue para tanto. Tres flechas empapadas en cicuta. El veneno paraliza el

sistema nervioso central en solo unos minutos. Le disparé desde el tejado; el cabrón había matado a dos de nuestras mejores alpacas.

—Qué raro que un oso rondara por estos parajes.

—Es que no era un oso. Aunque no te lo creas, era un roedor. Cuando se levantaba sobre los cuartos traseros medía por lo menos dos metros setenta. Tenía unos colmillos repugnantes, y una cola larga terminada en un gancho con púas. Se la corté al despellejarlo, daba asco. Pero la piel es bonita y suave.

Dejó caer el chal que le cubría su cuerpo y se tumbó desnuda en la cama.

—¿Vienes a hacer un niño conmigo?

—Andie, ¿por qué de repente quieres quedarte embarazada?

—Creía que era lo que tú querías.

—Sí, en Florida, antes de que ocurriera todo esto. ¿En serio quieres criar un hijo aquí, entre ratas gigantes y calamares de tierra?

—Tenemos que repoblar el planeta, Ike. Es lo que quiere Dios.

«Vaya, si había dos temas que pudieran estropear este momento...».

—Andie, ¿quién te ha dicho que Dios quiere que repuebles el planeta?

—No seas burro, Ike. Dios nos lo dijo cuando nos salvó la vida. Y ahora te trae a mis brazos. ¿O es que quieres dejar la Tierra a merced de esas bestias asesinas? —Se incorporó y se puso a cuatro patas, a lo perrito—. ¿Qué postura es mejor para engendrar una niña? ¿Por detrás o por delante?

«Oh, Señor, dame fuerzas...».

—Hablas como un personaje recién sacado de una peli mala de ciencia ficción.

—Bueno, ¡perdona! Solo lo he preguntado porque creía que ese microchip que llevas en ese microcerebro lo sabría. Pero, eh, si no quieres hacerlo conmigo, puede que prefieras a Lara; está claro que a ella no le importaría.

—No quiero hacerlo con Lara, ni con Dharma, ni con ninguna otra. Solo me gustas tú.

—¿Dharma? —dijo volviéndose hacia mí con gesto hosco y mirada penetrante—. ¿Por qué mencionas a Dharma?

«Mierda. ¡Socorro, MBF!».

EN *OCEANUS* PARECÍA QUE ESTABAS CELOSA DE LAS DOS, DE, LARA Y DE DHARMA.

—En *Oceanus*... parecía que estabas celosa de las dos, de Lara y de Dharma.

—Puede. —Su expresión se suavizó—. Olvida lo del niño por ahora. Ven, acuéstate conmigo.

Se metió bajo la colcha de piel y me hizo un gesto seductor con el dedo índice.

«¿Y quién soy yo para discutir con Dios?».

Me despertó la vejiga llena. Gracias al reloj del MBF, supe la hora nada más abrir los ojos: las 11.07. Andria no estaba en la habitación, pero me había dejado la ropa preparada, seca y planchada con una piedra caliente; su primera labor doméstica en el

curso de nuestra relación. Me vestí a toda prisa pensando dónde se aliviarían las chicas Omega.

Lara estaba friendo huevos sobre una piedra plana.

—Buenos días, dormilón. ¿Tienes hambre?

—Sí, pero necesito ir al baño. ¿Tenéis baño?

—Sal y tuerce a la izquierda, verás el retrete. Tranquilo, no hay peligro. Monique detectó a los tres octópodos escondidos en un árbol cercano. Andria y Bella están instalando una trampa.

—Una trampa... Vaya, qué bien.

Desatranqué la puerta, salí y busqué el retrete. Era una simple estructura de madera del tamaño de un armario situada sobre un hoyo en el suelo y con las paredes revestidas de pieles de animales. Oriné, y me di cuenta de que alguien me estaba observando.

Lara se apartó de la abertura que quedaba entre dos de los cueros en cuanto salí del baño.

—Perdona, Ike. Solo quería decirte que tenemos una ducha, si necesitas bañarte.

—Señaló un barril de agua de lluvia situado sobre una tarima de madera. El agua salía por una manguera extraída de uno de los minisubmarinos de *Oceanus*—. Anoche llovió, seguro que hay agua de sobra.

—Gracias, Lara. Creo que de momento echaré un vistazo por ahí.

—No tardes mucho. No quiero que se te enfríen los huevos. Ven, te enseñaré todo lo que hemos hecho en estos cuatro años.

Fuimos hacia la parte trasera de la casa de piedra. Me sorprendió ver una gran extensión de cultivos y, en medio, un huerto y jardín equiparable al arboreto de *Oceanus*. Lara me golpeó en el hombro y dijo con tono de broma:

—No está mal para un hatajo de mujeres, ¿eh?

Habían elegido muy bien el emplazamiento; la granja estaba en la parte central de un valle de pastos rodeado de bosques. La ligera pendiente del valle contribuía a canalizar el agua de lluvia hacia los cultivos. La casa tenía una altura de unos cuantos palmos para protegerla de posibles inundaciones.

Nos dirigimos hacia la cancela del jardín. Estaba rodeada por un seto de dos metros del mismo matorral de peligrosas púas con que estaba cercado el lugar donde pacía el ganado.

—Suerte que tenemos a Bella. Durante los tres primeros meses que pasamos aquí, no hubo un día en que no descubriera una nueva hortaliza o hierba. Pero luego aparecieron los octópodos y explorar el bosque se volvió demasiado peligroso.

—Lara, ¿no os sentís mal matando a esos cefa... a estos calamares de tierra?

—Mejor ellos que nosotras, Ike.

—Me sorprende oírte decir eso después de haber visto lo que hacías con Oscar y Sophia.

—¿Con quienes?

—Los dos *Megaleledone setebos* que tenías a bordo de *Oceanus*. ¿Te acuerdas? El pulpo «que nunca abandona su casa».

—Ah, sí. Oscar y Sophia... Hace tanto tiempo que lo había olvidado por completo. Ike, Oscar y Sophia eran mascotas dóciles, estas criaturas son verdaderos demonios. El primer verano que pasamos aquí, arrasaron el jardín de Bella y se llevaron casi todos nuestros víveres. Podrían habernos matado en cualquier momento, pero antes querían hacernos sufrir. —Señaló hacia una loma cubierta de hierba, más allá de la esquina sudoriental de la casa—. Ahora lo guardamos todo bajo tierra: semillas, forraje, aceites animales para las lámparas...

—¿Eso lo habéis construido vosotras?

—La hondonada ya estaba allí, era parte del lecho de un río seco; la revestimos de piedra y mortero, y luego añadimos una estructura a base de ramas y lianas. Una vez que el tepe echó raíces, quedó un refugio verdaderamente sólido. Es el lugar más seguro cuando llegan los vientos en la época estival.

—¿Dónde están los tres octópodos?

Lara me pasó unos prismáticos del tamaño de una mano y señaló hacia el sur, en dirección a unos robles que había a unos doscientos metros. Capté un movimiento y poco después divisé a Monique y a Bella, una dando un rodeo hacia el este y la otra hacia el oeste, avanzando a buen ritmo pero con dificultad debido a la hierba alta. Supe que Andria estaría cerca, pero la cazadora no se dejaría ver.

—Vamos. Se te está enfriando el desayuno.

Lara me arrebató los prismáticos y me cogió del codo para llevarme adentro.

—¿Huevos marrones?

Miré con fijeza aquella cosa humeante servida en una hoja tan grande como un plato y se me revolviéron las tripas.

—Son de lagarto. Venga, come, necesitas proteínas.

Cogió un poco con los dedos y me lo acercó a la boca.

Me tragué la yema revuelta sin dejar de pensar en Oscar. Lara, sin duda, estaba pensando en otra cosa.

—Estamos sincronizadas, ¿sabes?

—¿Quiénes?

—Andie, Bella y yo. Monique no, claro. Hace meses que dejó de tener la menstruación.

—Intentas decirme que estás ovulando.

—Dios te ha enviado por un motivo, Ike. Tres mujeres guapas... eres un tío con suerte.

El MBF recuperó un extracto de mi conversación con Kyle Graulus a bordo de *Oceanus*: «LOS SUEÑOS OMEGA SON LOS MÁS VÍVIDOS QUE PUEDES IMAGINARTE. DURANTE MI SEGUNDA ESTASIS ME ENAMORÉ DE UNA BELLÍSIMA SUDAFRICANA. NOS CASÁBAMOS Y FORMÁBAMOS UNA FAMILIA. ELLA ACABABA DE QUEDARSE EMBARAZADA POR SEGUNDA VEZ CUANDO ME DESPERTARON. ECHO DE MENOS A MI FAMILIA OMEGA;

CONFÍO EN QUE ME ESTÉN ESPERANDO CUANDO REGRESE».

Lara me abrazó por detrás y me pasó los dedos grasientos por los muslos.

—Lara, perdona, pero esto no está bien. ¿Y si llega Andria?

—Ike, ¿de quién crees que ha sido la idea de dejarnos a solas? Ya hemos acordado que te acostarás con Andria todas las noches, pero también que engendrarás hijos con las tres, como en tiempos bíblicos. Piénsalo, tu semilla dará lugar a una nueva nación.

Se me escapó una sonrisa. Me gustara o no, Jason Sloan había conseguido darme el papel protagonista de una versión poligámica de *La casa de la pradera*.

Me puse de pie y Lara me condujo hasta su habitación mientras el afrodisíaco huevo de lagarto iba calentándome la circulación de la entrepierna como un chute de Viagra.

«MBF... ¿hora, por favor?».

LAS 16.17, HORA LOCAL.

Medio grogui, me liberé del abrazo de Lara y, para mi sorpresa, vi que los efectos secundarios del desayuno todavía perduraban.

AVISO: LAS GLÁNDULAS SEXUALES DE EISENBRAUN ESTÁN HINCHADAS Y SUPERDILATADAS.

«Reinicia mi sistema antes de que se me clave en un ojo».

Salté de la cama, cogí mi sudadera y mis zapatillas de correr y, con el culo al aire, salí camino de la ducha.

Un repentino remojón de lluvia me despertó del todo mientras el MBF hacía recircular mi sangre hacia órganos más vitales. El hambre me hizo ir hacia el jardín, donde confiaba en encontrar algo más alimenticio.

Bella Maharaj había vuelto ya. Con un trozo de pizarra afilada, la botánica estaba podando una especie de árbol cítrico cuyos frutos, del tamaño de una pelota de béisbol, eran de un color morado intenso.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda probarlos?

Bella se volvió y me miró con aquellos ojos color índigo.

—Supongo que te refieres al mangostán. —Arrancó un fruto, lo partió por la mitad y dejó al descubierto la succulenta pulpa blanca—. Es un híbrido de un espécimen muy popular en Tailandia. La piel hervida en agua sirve para aliviar el dolor de estómago, la diarrea y la disentería.

—Vale, ponme uno doble. —Miré hacia el grupito de robles que había en la cuesta del lado sur—. ¿Dónde están Andria y Monique?

—Prefiero no pensarlo.

El corazón se me aceleró.

—¿Han atrapado a esos tres?

—Uno muerto, dos cazados. Escucha...

Un largo y lastimoso gemido resonó en el valle. Se me estremeció el alma.

—Antes de que termine la noche —dijo Bella negando con la cabeza—, los tres estarán muertos. —Guardó la herramienta en su improvisada funda de piel y me dedicó una sonrisa astuta—. Bueno, parece que tendremos que copular.

—¡Apúntame para más tarde!

Huí del jardín en dirección a un campo lleno de maíz y de ahí hacia otro donde crecía una especie de calabazas rojas con forma de pera. Cuando llegué a lo alto de la cuesta, estaba sin resuello. Seguí adelante entre la hierba alta, guiándome por los lamentos de la criatura torturada.

Ya cerca del robledal, vi a Monique. Mi antigua jefa, empapada en sudor, arrastraba algo muy pesado valiéndose de una liana que llevaba enroscada en torno a los hombros. El sendero que iba dejando a su paso estaba manchado con los regueros azules de la sangre de cefalópodo.

—Eisenbraun, qué bien. Puedes ganarte la cena arrastrando este bicho hasta la casa.

Aparté a Monique y contemplé el cadáver. Era un macho joven, tenía los tentáculos atados y una flecha clavada en el cráneo. Las mujeres le habían vaciado los ojos para torturar a la pobre bestia antes de matarla.

—¿Y Andria? —pregunté con un gruñido, temblando de pies a cabeza.

—Sigue el rastro de sangre y la encontrarás. Más vale que te endurezcas, cerebritito. Las nenas como tú no duran ni un día en este sitio.

Tuve que hacer un esfuerzo para no darle su merecido a aquella sádica. Me apresuré a subir colina arriba y seguí el reguero de sangre a través de unos árboles. El desesperado lamento de la zampona de Oscar me obligó a acelerar el paso.

Mi antiguo compinche cefalópodo colgaba boca abajo de una rama baja y tenía los tentáculos anudados con alambre. Andria se encontraba a la altura de sus ojos torturando a la pobre criatura; le estaba dibujando una X en la bulbosa cabeza con la punta afilada de una flecha. El tercer miembro del grupo de Oscar —otro macho joven— yacía muerto a sus pies.

—¡Andria, para!

Se volvió para mirarme, con los ojos muy abiertos y brillantes mientras lamía la sangre azul de la flecha.

—Prueba un poco, Ike. Es mejor que el sexo.

Le arrebaté la flecha de las manos y la partí en dos contra una de mis rodillas.

—Bájalo de ahí.

—Ni lo sueñes.

Seguí con la mirada el alambre que iba desde la rama del roble hasta la base del árbol. Busqué un palo, metí el extremo más estrecho en el lazo que lo ataba al tronco e intenté hacer saltar el alambre.

—Pero ¿qué haces? Cariño, estos bichos nos quieren muertos.

—Tanto si es un sueño como si no, no voy a permitir que lo tortures.

No oí a Monique, tan solo un silbido en mi oído y un espantoso crujido cuando mi nuca absorbió el impacto del bastón de roble.

Tras casi quince años de trabajo y cuarenta millones de dólares, un equipo de científicos del J. Craig Venter Institute afirma que ha conseguido crear el primer organismo vivo con un genoma completamente sintético. Este avance podría demostrar que los genomas diseñados por ordenador y montados en un laboratorio pueden funcionar en una célula donante y a la larga reproducir seres vivos funcionales, es decir, vida artificial.

The Christian Science Monitor,
21 de mayo de 2010

Cuando recuperé el conocimiento, era de noche y estaba tumbado de espaldas. Tenía sobre el pecho un elefante invisible que me aprisionaba el cuerpo contra una superficie dura, plana y vibrante. Me sentí como un pez fuera del agua, boqueando para inspirar y temiendo que cada exhalación me aplastara la caja torácica.

Nos movíamos. Lo noté por las nubes que pasaban y el viento que sacudía mi sudadera.

«MBF... ¡haz algo!».

IMPOSIBLE COMPENSAR. LA PLATAFORMA QUE TRANSPORTA A ROBERT EISENBRAUN EMITE UN PULSO ELECTROMAGNÉTICO DE MÁS DE 9,82 METROS POR SEGUNDO AL CUADRADO, CON LO QUE NEUTRALIZA LA GRAVEDAD TERRESTRE. A GRANDES ALTITUDES, LA ACELERACIÓN ORIGINA UNA TURBULENCIA GRAVITACIONAL Y PRODUCE FUERZAS TRES VECES SUPERIORES A LAS DE LA GRAVEDAD ESTÁNDAR. DICHAS FUERZAS ESTÁN SIENDO UTILIZADAS AHORA PARA MANTENER A ROBERT EISENBRAUN PEGADO A LA SUPERFICIE DE LA PLATAFORMA.

Con gran esfuerzo, giré la cabeza hacia la izquierda y vi a Oscar. Parecía estar vivo, hecho un ovillo sobre una cámara acrílica con forma de huevo y fijada a la plataforma metálica.

«¿Cuál es la fuente de energía de la plataforma?».

LA FUENTE DE ENERGÍA ES LA CÉLULA FOTOVOLTAICA DE LA PLATAFORMA, ALIMENTADA POR UN PEQUEÑO REACTOR DE FUSIÓN ANEUTRÓNICO LOCALIZADO DEBAJO, CERCA DEL ENGANCHE TRASERO.

«¿De fusión? ¿Con qué elementos?».

DEUTERIO Y HELIO-3.

«¿Se puede desconectar?».

SOLO SU OPERADOR TRANSHUMANO PUEDE DESCONECTAR ESTA UNIDAD.

Giré la cabeza todo lo que pude hacia el lado derecho y vi una cosa tan extraña, un ser tan extravagante que todos los demás elementos oníricos de Omega me parecieron una simple visita al zoológico.

El término «transhumano» fue acuñado por el biólogo Julian Huxley en 1927. Huxley expuso la teoría de que en algún momento del futuro la especie humana podría mejorar su diseño genético mediante la integración de tecnología avanzada dentro del cuerpo físico para que así el hombre trascendiera las limitaciones de la vida. En cierto modo, el MBF me convertía en transhumano, aunque yo estaba a años luz de la ciencia médica que había dado vida al ser que tenía delante.

En realidad, el transhumano al que se refería el MBF era la propia plataforma, que era en parte humana y en parte máquina. Los elementos humanos eran la cabeza, los brazos y el torso de una mujer incrustada en la proa del transporte como si fuera un mascarón.

No tenía cabello y era pálida como la luz de la luna, y en el lugar donde deberían haber estado los ojos había unas lentes blancas. Sin embargo, no me cupo la menor duda de que estaba hecha a partir del ADN de Andria.

«MBF, ¿es posible la comunicación?».

ROBERT EISENBRAUN ESTÁ EN CONTACTO FÍSICO CON EL SUJETO, LUEGO ES POSIBLE ESTABLECER COMUNICACIÓN POR MEDIO DE LA ENERGÍA COGNITIVA.

«¿Andie? Soy yo... Ike».

No hubo respuesta.

«Quizá no reconoces...».

«YA SÉ QUIÉN ERES».

Su voz resonó en mi mente; el tono y la inflexión eran idénticos a los de mi novia.

«¿Adónde nos llevas?».

«NUESTRO DESTINO ES LA CIUDAD SANTA».

«Estupendo. ¿No podrías aflojar la fuerza de la gravedad para que pueda respirar?».

«EL ENTE CREADOR NO LO DESEA ASÍ».

«Seguro que al Ente Creador no le importará. Por favor. Tengo una conmoción cerebral, estas fuerzas podrían acabar provocándome un coágulo fatal. ¿Le parecería bien al Ente Creador que muriera antes de llegar a la Ciudad Santa?».

Por suerte, el elefante invisible desapareció y pude volver a respirar con normalidad. Me incorporé un poco y miré por el borde de la plataforma, donde unas gruesas ondas de distorsión rizaban el aire. Un poco más lejos, alcancé a ver las copas de unos árboles, y gracias a ello el MBF pudo calcular que estábamos a 510 metros de altitud y que avanzábamos a una velocidad de crucero de 147 nudos.

La turbulencia me permitió ponerme en pie. Al acercarme a Oscar, el cefalópodo apoyó una ventosa en la cara interior de su prisión acrílica y me miró con sus enternecedores ojos amarillos.

Acerqué la mano derecha y, con un nudo en la garganta, apoyé la palma en el recipiente.

—Lo siento, amigo. Esta vez la he jodido de verdad. Pero te prometo que te sacaré de esta.

Dejé a Oscar y me coloqué junto a la versión transhumana de Andria Saxon. Los cables y los tubos le bajaban por la columna desnuda, mientras que sus pechos estaban ocultos tras una chapa de acero que cubría también la parte inferior del torso... suponiendo que lo tuviera.

—Andie, ¿para qué quiere verme el Ente Creador?

«SABERLO NO ES DE MI INCUMBENCIA».

Probé por otra vía:

—Andie, ¿guardas recuerdos del tiempo que pasamos juntos en Virginia?

«Sí».

—Entonces tenías otro aspecto.

«EL ENTE CREADOR HA HECHO MEJORAS EN MI DISEÑO ORIGINAL».

—Sí, desde luego. ¿Puedo cogerte la mano?

Ladeó la cabeza y me tendió la mano derecha. Yo se la cogí con la izquierda. Me sorprendió que estuviera tan caliente y que el pulso le latiera con fuerza alternativamente a uno y otro lado de la muñeca.

—Andie, ¿echas de menos ser humana?

«MI FUNCIÓN CONSISTE EN SERVIR AL ENTE CREADOR».

—Y lo haces muy bien, pero te pregunto si echas de menos ser humana. ¿Y a mí, me echas de menos?

«CUANDO SUEÑO QUE SOY HUMANA, TÚ TAMBIÉN ESTÁS».

—¿Y si yo pudiera ayudarte a ser humana otra vez?

Andie me soltó la mano.

«COMPARTO UNA PARTE DEL ADN DE ANDRIA SAXON, COMPARTO SUS RECUERDOS, PERO NO SOY ELLA. YO SOY UNA CAZA-TRANSPORTE».

—Eres más que eso. Pon en libertad a mi amigo; deja que tu compasión de ser humano tenga más voz en tu conciencia.

«NO ESTOY PROGRAMADA PARA LA COMPASIÓN».

—Claro que lo estás; compartes el ADN de Andria Saxon.

«EL ENTE CREADOR DICE QUE ME ESTÁS MANIPULANDO».

Sin previo aviso, caí de rodillas, mi cuerpo presa de unas fuerzas gravitatorias casi insoportables. «Andie... no». Me derrumbé con el estómago contra el suelo. «MBF, haz que conteste...».

ESTÁ EN COMUNICACIÓN CON OTRO SER.

«¿Puedes espiar lo que dicen?».

NO SE COMUNICAN MEDIANTE ENERGÍA COGNITIVA. EL SER EN CUESTIÓN SE COMUNICA CON ELLA POR MEDIO DE UN ENLACE BIOLÓGICO.

Logré girar la cabeza y mirar hacia el horizonte por el lado este. La noche empezaba a dar paso al amanecer, y bajo aquella luz grisácea distinguí una sombra inmensa que se alzaba sobre la selva. Era un altiplano, un defecto geológico que parecía fuera de lugar en aquel terreno selvático, y estaba claro que nos dirigíamos

hacia él.

El transporte dio violentas sacudidas cuando rodeamos un enorme valle por terreno pedregoso.

AVISO: FLUCTUANDO... CAMPO MAGNÉTICO... INTERFERENCIA PROVOCADA POR ANOMALÍA GEOLÓGICA.

«¿Qué clase de anomalía?».

CRÁTER DE IMPACTO TERRESTRE... PROVOCADO POR UN GRAN METEORITO LUNAR. DIÁMETRO DEL CRÁTER: 36,3 KILÓMETROS. CONSTA DE UN LAGO GLACIAL DE AGUA DULCE Y DOS ISLOTES. APROXIMÁNDONOS AL MAYOR DE ELLOS.

El terreno se volvió más regular cuando superamos la empinada cuesta. Un gran valle apareció ante mi vista, oscurecido por las brumas matinales que comenzaban a disiparse. Durante varios minutos viajamos por encima de la niebla hasta que el sol se abrió paso en el horizonte, levantó el velo y me quedé sin palabras.

Supongo que podría describirlo como una ciudad arbolada, pero eso equivaldría a definir un ordenador como una caja rectangular con luz. De entre la niebla surgió una entidad viva, autosuficiente, un mundo que combinaba la biodiversidad del bosque de secuoyas con una metrópolis futurista producto de un millón de años de evolución medioambiental.

A pesar de estar todavía afectado por las interferencias magnéticas del cráter, el MBF pudo inundarme el cerebro con ondas de información, un paralizante y exhaustivo resumen de teorías científicas que me aturdió y estuvo a punto de ahogarme a fuerza de datos. Si la Gran Mortandad había sacado a relucir algún punto flaco de la sociedad humana, era la dependencia del hombre moderno respecto del transporte a la hora de alimentar a las masas. Durante décadas, Estados Unidos y otros muchos países habían dependido de las granjas industriales para la fabricación y el transporte de alimento; al hacerlo, habían sacrificado la nutrición en favor de los conservantes y compensado la falta de un suelo de calidad con fertilizantes y pesticidas; para todo ello se requería petróleo, tanto que eran necesarias diez calorías de ese combustible para producir y entregar una caloría de alimento. Lógicamente, cuando el petróleo se acabó, sucedió lo inevitable.

Precisamente en un intento de impedir lo inevitable, a principios del siglo XXI varios científicos recurrieron a la ingeniería genética. Al alterar, sustituir o volver a secuenciar las parejas de genes dentro de las cadenas de ADN, descubrieron que podían enriquecer o incluso mejorar el diseño original de la naturaleza, lo cual desembocó en un nuevo y excitante campo: la genómica sintética. Aunque no pudieron evitar la muerte de cuatro mil millones de personas, los supervivientes de la Gran Mortandad sí lograron desarrollar biocombustibles con una huella de carbono reducida, alimentos enriquecidos con nutrientes anticancerígenos, ropa hecha con tejidos genéticamente modificados y aerogeles como los que se utilizaron para construir *Oceanus*.

Todo lo cual no era nada en comparación con el plan intelectual que se

desplegaba ante mis ojos.

En vez de alterar el ADN de una forma de vida existente, el diseñador de aquel hábitat había recurrido a la biología sintética para combinar los atributos genéticos de muchas formas de vida diferentes con materiales de construcción y crear así un «sistema viviente» completamente nuevo.

Emergiendo de las neblinosas aguas de un centelleante lago azul había unas gigantescas secuoyas genéticamente mejoradas, tan altas como rascacielos y con varios kilómetros cuadrados de diámetro. La biología sintética había transformado la corteza y las hojas del tamaño de una puerta de granero en compuestos fotovoltaicos orgánicos que empleaban la luz solar para suministrar energía a las colmenas del árbol. Aquellos habitáculos con forma de calabaza brotaban directamente de los troncos de las secuoyas, y cada uno de ellos era tan grande como *Oceanus*.

Pero no terminaba ahí. De la autopista de ramas de los árboles salían depósitos de alimento apilados verticalmente los unos sobre los otros. Decenas de invernaderos orgánicos crecían como hongos en todas las ramas, y cada una de aquellas estructuras era un ecosistema genéticamente implementado que se alimentaba gracias al sistema de distribución de agua del propio árbol.

Desde mi limitado punto de vista, conté hasta quince ciudades-árbol maduras y varias decenas más aún en proceso de cultivo en otras zonas del cráter, separadas del lago mediante diques. Mientras pasábamos sobre uno de aquellos lechos secos para aterrizar, me fijé en un sistema de raíces expuesto al aire libre que me recordó a los tentáculos de un kraken.

El despliegue de aquellos logros de la ingeniería me entusiasmó, pues mi ego disfrutaba sabiendo que la semilla que había engendrado aquel mundo nuevo era fruto de un simple protocolo.

Pero entonces miré a Oscar y me avergoncé.

Iniciamos el descenso. El tirón de la gravedad fue menguando a medida que disminuía nuestra altitud. Conseguí incorporarme y ya estaba de pie cuando el transporte se posó en un puerto vacío cuyo armazón estaba situado por encima del lago, sobre varios pilares. Había decenas de cazatransportes que formaban una especie de pasarela sobre las aguas hasta la entrada de la Ciudad Santa.

A lo lejos, una extraña procesión se dirigía hacia nosotros. Temí por Oscar, así que decidí que necesitaba un aliado.

Me acerqué a la Andria transhumana mientras el apéndice de su plataforma sintética se acoplaba al cargador asignado para ello. Me miró y vi que le temblaba la parte superior del cuerpo, que las lentes blancas de sus ojos despedían un brillo encarnado.

—¿Te pasa algo, Andie?

Hice ademán de cogerle la mano.

Pero el MBF me advirtió a tiempo.

ALERTA: LA ANDRIA TRANSHUMANA SE ESTÁ RECARGANDO CON 125 000 VOLTIOS DE

ELECTRICIDAD. EVITA EL CONTACTO.

«¿Puede oírme?».

Sí.

«Andie, ¿estás bien? ¿Te duele?».

«LA... EXISTENCIA... ES... DOLOR».

Se me partió el corazón y al mismo tiempo mi torrente sanguíneo se llenó de adrenalina. Aquel ser, fuera cual fuese su razón de existir, se merecía algo mejor.

Y en aquel momento apareció otra pesadilla de la biología sintética, y mi pena se convirtió en pavor.

El amor y la compasión no son lujos, sino necesidades. Sin ellos, la humanidad no puede sobrevivir.

SU SANTIDAD TENZIN GYATSO,
decimocuarto Dalai Lama

Pensándolo bien, la ingeniería genética utilizada para producir los seres monstruosos que avanzaban hacia mí con ágiles movimientos desde el otro extremo de la batería de cargadores debió de ser menos complicada que diseñar un aerodeslizador humanoide. Y, sin embargo, la interconexión de dos especies en aquella bestia en concreto me pareció un logro mucho mayor.

El elemento humano era claramente Monique DeFriend. Al igual que la Andria transhumana, carecía de pelo y sus ojos eran dos lentes blancas transparentes. Los pechos al descubierto tenían un aspecto más descarado, potenciado por el tono violeta encendido de su carne. Lo que resultaba tan impresionante como siniestro era el modo en que su cintura se unía al estrecho pedicelo de la viuda negra, la delicada fusión de la columna vertebral humana con el centro nervioso arácnido, la prominente redondez del abdomen del insecto y su acertada ubicación anatómica —que creaba la sensual e inquietante ilusión de ser las nalgas de Monique, aunque de tamaño gigante—, y todo ello rematado por su porte como de centauro, dueña absoluta de aquellas ocho letales patas de siete segmentos cuyas puntiagudas garras producían al chocar contra la dura superficie de las plataformas un repiqueteo de corceles en movimiento.

Los dos arácnidos humanos asombrosamente violetas, calvos y de pechos desnudos se acercaron a mí, ambos tan grandes y altos como tanques, con las hábiles patas delanteras agitándose como las de nerviosos purasangres. ¿Y yo? Pues con la mente completamente paralizada por el miedo pese a los esfuerzos de mi biochip.

«NO HAN VENIDO A MATARTE».

Era Andria Transhumana; su energía cognitiva hurgó en mi psique justo a tiempo de tranquilizar mi desquiciada conciencia. Su mano buscó la mía. Estaba caliente y húmeda debido al objeto ensangrentado que ocultaba en la palma.

«GUARDA ESTO. PIENSA EN MÍ».

Era su dedo. Había partido el hueso y retorcido luego el apéndice hasta desgarrarse la carne... ¡Era su dedo anular!

Supongo que aquel gesto transmitía un mensaje, pero las circunstancias no eran precisamente propicias para las reflexiones profundas. Justo cuando me estaba guardando el dedo lleno de sangre en el bolsillo de la sudadera, la mujer-araña de mi derecha me levantó del suelo para depositarme en los brazos de Monique Transhumana-1, que me agarró rápidamente de la muñeca con sus fortísimos dedos

de garra y me colocó encima de su abdomen de insecto para que la montara como a un caballo... y eso hice, si se puede llamar «montar» a agarrarte como si te fuera la vida en ello. «Pero ¿a qué me agarro?». Cuando echó a correr hacia la Ciudad Santa, mi primer impulso fue rodearla con los brazos y aferrarme a sus pechos, pero era demasiado repugnante. Luego se me ocurrió que podía hacerle una llave de cabeza, pero el monstruo debió de leerme el pensamiento, porque, con garras expertas, me cogió de las muñecas y tiró de mis brazos para que le rodeara la cintura al tiempo que disparaba un húmedo chorro de tela para sujetarme por su glándula hiladora, situada detrás de mí.

Inmovilizado por aquella fibra viscosa y maloliente, pegado a su lomo de color lavanda, volví la cabeza y vi que el segundo engendro nos seguía con el recipiente de Oscar adherido a su abdomen con hilo de telaraña.

Mi montura aceleró sobre las espaldas fotovoltaicas de los cazatransporte; los ojos colorados de aquellos espantosos centinelas transhumanos centelleaban al sol del amanecer. El despuntar del día disipó los residuos de niebla para recargar sus células solares anatómicas.

Nos esperaba un conjunto de secuoyas de ingeniería sintética del tamaño de Manhattan, cada árbol un rascacielos. El tronco del árbol que teníamos delante poseía una apabullante circunferencia de casi medio kilómetro.

En su base había un jardín de plantas carnívoras gigantes. Una de las variedades presentaba unas hojas aterciopeladas de color amarillo y magenta, plegadas en forma de embudos resbaladizos diseñados para que cualquier invasor seducido cayera hasta una trampa formada por un tubo de tres metros y medio de hondo lleno de enzimas digestivas. Las venus atrapamoscas de color fucsia desprendían aromas tóxicos y las hojas de las violetas de pantano, cubiertas de glándulas pecioladas, segregaban un mucílago pegajoso de aspecto lechoso. Bailando en torno a la superficie del tronco cubierto de lianas había toda una jungla de atrapamoscas color rojo sangre, de cuyas hojas irregulares asomaban colmillos de quince centímetros.

Alrededor del jardín de carnívoras y por debajo del muelle que servía de amarradero para los cazatransportes, estaba el lago, una extensión de agua de apariencia plácida que albergaba nenúfares de doce metros. Flotando en la superficie como pequeños islotes verdes, aquellas plantas camuflaban unos retorcidos canales tubulares que eran, según el MBF, aparatos digestivos. Al pasar galopando a su lado vi que varios de los nenúfares se retorcían con lo que parecían los restos de un sapo cornudo de dos metros de largo.

Más allá de aquel jardín de plantas agresivas, empezamos a subir en vertical por el tronco del árbol. Si no me caí fue gracias a que estaba sujeto por la telaraña al abdomen del monstruo transhumano. La ascensión se produjo a una velocidad vertiginosa; a casi cien metros de altura, el estómago estaba a punto de salirse por la boca y mi mente trataba de acallar los inquietantes datos sobre la altitud que me mandaba el MBF mientras yo repetía el mantra «No mires abajo... no mires

abajo...».

Pasados los doscientos metros de altura, levanté la cabeza y vi una especie de puente que tapaba la luz del sol; era la primera de una serie de ramas bajas, y aquella en concreto era tan ancha y larga como el Golden Gate. De punta a punta, medía casi dos kilómetros, y servía para enlazar una secuoya con otra. Más arriba, a centenares de metros de altura, vi una decena de ramas parecidas, cada una de ellas una verdadera meca viviente de la ingeniería genética, la base de un inverosímil mundo alienígena perpetrado por la desquiciada inteligencia de una máquina para la que no existían los límites.

A punto de sufrir un ataque de pánico, recurrí al MBF, desesperado por saber si era posible comunicarse mentalmente con aquel nuevo monstruo.

ESTOS SERES ARÁCNIDOS PRESENTAN UN SENTIDO DE LA CONCIENCIA DIFERENTE. ACTÚAN DE MANERA COLECTIVA Y, EN CONSECUENCIA, TODO MENSAJE LO RECIBE EL NIDO AL COMPLETO.

«Me da igual. Pregúntales adónde me llevan».

—¡Joder!

Tuve que agarrarme con todas mis fuerzas a la barriga de Monique Transhumana cuando la criatura se dio la vuelta para rodear la gigantesca rama.

DUDA RESUELTA. A ROBERT EISENBRAUN LO HA CONVOCADO EL ENTE CREADOR.

A lo largo de las últimas doce horas había sido aporreado, secuestrado y estrujado casi hasta el ahogo por unas criaturas humanas parecidas a las mujeres de la tripulación de *Oceanus*. Por extraño que fuera, me veía capaz de tratar con aquellos seres (fantasías sexuales aparte) e incluso de soportar las alturas vertiginosas siempre y cuando no volviéramos a ponernos boca abajo. Pero la idea de encontrarme a merced de un ordenador psicótico que se deleitaba torturando a especies que consideraba prescindibles era como si el doctor Mengele me hubiera convocado a su laboratorio de Auschwitz; estaba total y absolutamente aterrorizado.

«MBF... ¡conecta el protocolo Superman!».

Se trataba de un protocolo de emergencia que duplicaba la respuesta básica del cerebro a situaciones extremas, un estado superhumano que permitía a un padre aterrorizado salvar a su hijo atrapado bajo las ruedas de un automóvil de una tonelada de peso levantando el eje trasero, o a un excursionista huir de un oso feroz corriendo como el campeón del mundo de los cien metros lisos. Era una táctica desesperada y peligrosa; nunca había recurrido a ella, pues no estaba seguro de si mi chip biológico podría rescatarme de una sobrecarga física equiparable a que un avión comercial encendiera el dispositivo de poscombustión.

En un microsegundo de pensamiento, el MBF aceleró mis glándulas suprarrenales e inundó mi torrente sanguíneo de cortisol y adrenalina, al tiempo que preparaba mi sistema nervioso simpático para un insólito estallido de actividad física sostenida. La tensión me subió de golpe y el corazón se me aceleró peligrosamente para bombear sangre enriquecida con oxígeno a más de doscientas pulsaciones por minuto.

Mis sentidos adquirieron una precisión de rayo láser. Los colores se volvieron más vívidos, los olores exóticos me asaltaron las fosas nasales y los sonidos me restallaron en los oídos. El tiempo pareció ralentizarse mientras mis músculos cargados de sangre amenazaban con rasgarme la tela de la sudadera.

Hundí las plantas de los pies en la columna vertebral que unía a la araña con la mujer, me puse en pie y presioné los cuádriceps contra la tela que me sujetaba por detrás hasta sacar el brazo derecho para rodearle la garganta a Monique Transhumana. Luego, apoyando la palma de la mano izquierda en su sien, ejecuté un giro brusco y le partí las vértebras cervicales.

Sentí en mi mente la oleada de rabia del insecto, pero el MBF silenció de inmediato sus pensamientos. Enseguida noté que las patas del monstruo, paralizadas, se doblaban debajo de mí. Estiré el brazo hacia la rama de árbol que acabábamos de escalar, me agarré con ambos puños a un manojito de lianas y me sujeté mientras la criatura caía de espaldas al vacío.

Durante un momento de pánico, la telaraña aguantó el peso de los dos, pero al cabo de unos instantes el sedoso tejido se partió y aquella masa violeta de carne y patas cayó como un peso muerto... y casi golpeó a la segunda araña transhumana que seguía adherida al tronco del árbol unos treinta metros más abajo.

Me temblaban todos los músculos a causa del esfuerzo, estaba trescientos metros por encima del lago y trepé rápidamente por el voluminoso contorno de la rama hasta la gran autopista horizontal. El tronco de la secuoya quedaba a mi izquierda y a mi derecha, una selva enmarañada. Se me pasó por la cabeza esconderme entre el follaje, pero levanté los ojos y vi la cara inferior de una esfera de cinco pisos de alto, la más baja de una decena de colmenas sujetas al tronco principal como jaboticabas gigantes. El hábitat despedía un fulgor dorado y tenía filas de aberturas rectangulares de color marrón: cada una, un refugio en potencia.

Miré hacia abajo y vi a la cabreada segunda Monique Transhumana gritándome en silencio. El monstruo de ocho patas ascendía rápidamente por el árbol, con el recipiente donde estaba encerrado Oscar aún sujeto al lomo.

Corrí hacia el tronco, agarré una liana y empecé a trepar. Me quedaban casi veinte metros hasta llegar a la esfera. El pulso me latía con fuerza en la garganta, las palmas de las manos comenzaron a sangrarme debido al roce de la liana cuando había recorrido la mitad de la distancia... La segunda araña híbrida estaba a tres cuerpos de distancia... a dos... uno...

Llegué a la colmena y me metí de cabeza en la abertura más cercana justo en el momento en que el monstruo me atacaba por detrás con sus apéndices delanteros. Gateando, continué internándome en la colmena y no paré hasta advertir que el hueco era demasiado estrecho para la araña transhumana.

Vi que me encontraba en un túnel estrecho cuyas paredes estaban hechas de una membrana marrón, porosa y un tanto pegajosa; la única salida estaba al frente, iluminada por un brillante interior amarillo e incandescente.

No tenía otra opción, así que repté hacia la luz.

A medio camino, noté una corriente de aire detrás de mí, el efecto de fuelle de la membrana al expandirse y contraerse a mi alrededor.

«MBF, teorización continuada del entorno».

LA MEMBRANA ES TEJIDO VIVO CAPAZ DE FILTRAR DIÓXIDO DE CARBONO DESDE EL INTERIOR.

«O sea, ¿la colmena respira?».

AFIRMATIVO.

Al llegar al final del túnel, asomé la cabeza para evaluar la nueva situación.

—Santo cielo.

Era, en efecto, una colmena, una colmena transhumana de dimensiones alucinantes. Las paredes cóncavas interiores eran un panal que tenía aproximadamente tres cuartas partes de las celdas ocupadas. En el techo, lleno de raíces, se hallaba la fuente del resplandor interior que llenaba la cámara central, unos enormes racimos de cítricos, cada fruto incandescente tan grande como una pelota de baloncesto.

EL MEDIO ÁCIDO DE ESTE FRUTO ES BUEN CONDUCTOR; POR CONSIGUIENTE, ES DE SUPONER QUE LOS RACIMOS REGULAN LAS TEMPERATURAS INTERNAS AL TIEMPO QUE SIRVEN DE CAJA DE DISTRIBUCIÓN DE LA ELECTRICIDAD QUE LLEGA A LAS INCUBADORAS.

«¿Qué incubadoras?».

Salí del túnel y avancé con cuidado por encima de los huecos hexagonales hasta el portal habitado más próximo. Dentro de un recipiente orgánico transparente y poroso había un bebé humano de unos seis meses. Estaba desnudo de cintura para arriba, la parte inferior cubierta por una especie de manta sensorial. No tenía pelo, sus iris eran marrones y sus pupilas rojas y grandes. Vi que me devolvía la mirada sin variar en absoluto su expresión.

Sentí curiosidad y examiné la tapa del recipiente buscando una manera de abrirlo.

AVISO: LA INCUBADORA CONTIENE DISPOSITIVOS SENSORIALES.

—Tranquilo. Como si no supieran que estoy aquí.

Descorrí la tapa y levanté la manta sensorial.

—Dios mío.

No tenía órganos sexuales propiamente dichos; bueno, y tampoco piernas. La espina dorsal y la pelvis del niño terminaban en un amasijo de cables y tubos conectados a su vez a la base de la cuna.

Un tubito de alimentación iba a parar al cordón umbilical, que no había desaparecido.

«Andria Transhumana... De modo que así empieza la vida de un cazatransporte».

Pasé al siguiente espacio ocupado y encontré otra criatura, solo que aquella versión de mi novia estaba dormida boca abajo. De donde tendrían que haber estado sus omóplatos salían sendas alas recubiertas de carne.

Recorrí todas las hileras de incubadoras. Había más arañas y murciélagos

transhumanos, una decena de bebés con raíces de árbol en lugar de piernas, unos cuantos lagartos —todos ellos muertos, por suerte—, así como varios inquietantes intentos de combinar genéticamente un humano y un cefalópodo. Ninguno de estos últimos parecía tener oportunidades de sobrevivir. Los especímenes de aspecto más saludable parecían absortos en la contemplación del interior de su útero artificial. El MBF me explicó que se trataba de una pantalla neuronal.

Ni uno solo de los niños lloraba.

LOS BEBÉS QUE NUNCA HAN SIDO AMADOS, NO LLORAN. NO EXISTE CARENCIA SI UNO NO EXPERIMENTA ALGO COMO MÍNIMO UNA VEZ.

«Muy profundo, MBF. Ahora busca la mejor ruta de escape hacia esa selva que hemos visto ¡y sácame cagando leches de aquí!».

PANALES SUPERIORES. SALIDA POR TUBO DE VENTILACIÓN CERCANO AL SISTEMA DE RAÍCES.

Tardé media hora en trepar por el interior de la colmena hasta el techo, un laberinto de gruesas raíces del que se alimentaban los conductos eléctricos cítricos.

El MBF eligió uno de los huecos de ventilación y me metí a rastras por él. Una vez fuera, quedé a unos cuantos palmos del tronco de la secuoya y a un trecho corto de la rama superior. Estiré el brazo, agarré una liana y trepé, ocultándome detrás del inmenso tallo que sustentaba la colmena.

Un ejército de arañas transhumanas estaba registrando la colmena y el tronco principal. Se movían por el exterior y parecía que habían concentrado su búsqueda en el hemisferio inferior de la esfera.

A cubierto del entramado de raíces, escalé hasta la rama siguiente y me escondí entre la citronela a fin de orientarme un poco.

La rama, como la copa de la secuoya de la que había rescatado a Oscar, daba vida a todo un ecosistema. Aquello era importante, porque necesitaba comida y agua; el protocolo Superman me había dejado completamente exhausto. Procurando no alzar la cabeza, repté por un trecho de musgo azul en dirección a la densa espesura selvática.

O eso creía yo.

Una corta carrera entre los altísimos helechos me llevó frente a la entrada de un invernadero de crecimiento orgánico e ingeniería genética. La porosa estructura, sellada con aerogel, se alzaba más de una treintena de metros y su interior tendría una extensión de medio kilómetro o más.

La entrada debía de estar conectada a un detector de movimiento, porque sus puertas de corteza de secuoya de seis metros de altura se abrieron cuando me acerqué.

El jardín interior era prodigioso.

Había alimentos para humanos, árboles frutales, en su mayoría híbridos, el doble de grandes que aquellos en cuyo ADN se basaban. Era todo muy hermoso: había pequeños embalses cuyas aguas sobrantes caían en cascada entre las rocas y el sol pintaba arcoíris sobre la bruma resultante; las aguas iban a dar a pequeños arroyos

que fluían hacia cauces que nutrían el jardín. Había mariposas, flores y estanques con seres anfibios, así como lagartos que intentaban escapar dando brincos por las paredes de aerogel.

Tenía también su parte oscura. Ocho pisos más arriba de aquel apacible entorno, colgando boca abajo del techo acrílico poroso, había centenares de seres transhumanos alados. A juzgar por sus rostros y su piel, parecían especímenes jóvenes; todas eran adolescentes, unas más genéticamente humanas que otras.

Aquellas «otras» eran seres espeluznantes; versiones lampiñas y con los ojos blancos de mi Andria, dotadas de orejas y bocas de murciélago, así como de unas alas marrones y peludas infestadas de garrapatas. Las manos eran como zarpas, al igual que los pies, y estaba claro que a aquellos monstruos les gustaban muy poco los miembros más humanos de su congregación.

Tuve la desagradable sensación de haberme metido en un internado para bichos raros.

De repente, una lagartija enorme saltó desde un mango de dos metros de alto y descendió planeando en círculos sirviéndose de su propio paracaídas de piel. El movimiento hizo que uno de los murciélagos transhumanos —una despampanante versión quinceañera de mi Andria con el pelo azabache— se lanzara en picado hacia la lagartija como un águila sobre una serpiente. Tras atraparla con las garras, el murciélago hembra aterrizó en una piedra y procedió a despedazar a la víctima utilizando sus afiladas garras a modo de cuchillo. Mientras desgarraba la carne cruda y sanguinolenta, un competidor —uno de los «nosferatus»— abandonó su posición y la atacó. Segundos después, otros dos de su clan se sumaron al festín caníbal, y entre los tres le arrancaron los miembros a la belleza morena en una brutal muestra de territorialidad.

—¿Te desagrada?

La voz, femenina y familiar, me pilló desprevenido. Volví la cabeza, pero no vi a nadie.

—Estoy aquí, tonto.

El MBF me señaló la dirección y entonces la vi. Estaba en medio de un grupo de helechos cuyas hojas oscurecían su cuerpo desnudo.

—Bella, ¿eres tú de verdad?

Bella Maharaj me sonrió y sus ojos índigo despidieron un centelleo violeta en la luz matinal.

—Menuda pregunta. ¿Quién iba a ser si no?

—¿Qué haces aquí?

—Soy la encargada del arboreto. ¿Y tú?

—Esconderme de esas criaturas arácnidas. Bella, los murciélagos humanos..., esos bebés de las incubadoras... ¿Quién es el responsable de todo esto?

—Doctor Eisenbraun, ¿recuerdas nuestra conversación a bordo de *Oceanus*, en el jardín? Hablamos del biomimetismo o emulación consciente de la naturaleza; el

estudio de cómo los organismos resuelven sus retos específicos mediante su ADN programado. Lo que estamos viendo aquí es evolución con un propósito, un plan divino en proceso.

—Dices «divino» como si realmente creyeras que es Dios quien ha creado todo esto.

—Dios, Buda, ponle la etiqueta que más te guste, seguirá siendo una fuerza superior.

—Más bien megalómana, diría yo. Esto es la peor versión de la manipulación genética, Bella. Y empezó cuando GOLEM se puso a hacer experimentos con el ADN de la tripulación Omega.

—Deberías hablar con el Ente Creador. Ella puede resolver todas tus dudas.

«¿Ella?».

—Quizá en otro momento. Ahora, ¡te vienes conmigo!

Aparté los helechos, la agarré de una mano y tiré de ella, pero no conseguí moverla.

Bella soltó una risita y luego señaló el suelo. Lo que vi casi me provoca un desmayo.

De rodillas para abajo, la botánica india estaba anclada al suelo, sus extremidades inferiores unidas entre sí para formar el estrecho y retorcido tronco de un arbolito.

—Oh, Bella... cuánto lo siento.

—No, soy yo quien siente pena por ti.

En aquel momento las puertas del arboreto se abrieron de par en par y aparecieron tres arañas transhumanas.

—Bella, ¿hay otra salida?

—Sigue el musgo azul, pasa el habitáculo de los roedores y, al llegar al estanque, tuerce a la izquierda y sigue el caminito.

—Gracias —grité mientras me preguntaba qué tipo de habitáculo podían tener los roedores cuando medían casi tres metros.

Esprinté por la gruesa alfombra de musgo, dejé atrás campos de fresas bajo cielos palpitantes, esquivé obstáculos y corrí como un loco mientras el techo liberaba su prole transhumana. Los bichos se me echaban encima, pero el MBF me guio a través del caos vegetal más allá de un foso con forma de pera del tamaño de una piscina olímpica y rodeado de matas de jazmín.

Al pasar junto al foso, eché un vistazo rápido a mi izquierda.

«Madre mía...».

Seis metros más abajo, miles de ratas negras se movían aterrorizadas, peleándose entre sí para evitar que las atraparan unas creaciones de color verde lima y tres metros de largo ¡que salían de la cabeza de hidra de Lara Saints! Todos aquellos seres tenían un cuello alargado que se fundía con un musculoso cuerpo de serpiente, dividido a su vez en cinco largos tentáculos. Media docena de aquellos reptiles de pesadilla genética se abalanzaban contra los roedores desde unos puntos de vigilancia

centralizados; en ocasiones, ensartaban a una rata con uno de sus apéndices espinosos y la introducían en la boca ensangrentada de Lara, provista de terroríficos colmillos.

No pude controlar la náusea y el vómito me llegó a la boca.

Entonces vi el estanque. Mejor dicho, vi un grupito de aneas de tres metros de alto y una enorme lubina a franjas negras y amarillas que salió dando un salto del agua para zamparse un mosquito tan grande como un guante de béisbol.

El camino que rodeaba el estanque era de virutas de madera, y lo seguí hacia la izquierda tal como me habían indicado. Unos cincuenta metros más adelante apareció una versión más pequeña de la entrada principal. A mi espalda, capté el rumor de las patas de las arañas entre los arbustos de jazmín y supe que iba a librarme por los pelos.

Salí a toda prisa por la puerta de madera de secuoya y conseguí escapar de milagro de una mano humana deforme, recubierta de corteza y tan grande como un Volkswagen Escarabajo. Alcé la vista y me encontré un roble de casi treinta metros de alto cuya parte superior comprendía algo vagamente parecido al rostro de Bella Maharaj.

Y de repente comencé a caer, deslizándome de culo por la resbaladiza pendiente color verde espinaca de una hoja de oreja de elefante, casi dos metros de naturaleza genéticamente mejorada y con forma de corazón que me conducían hasta la siguiente hoja haciéndome descender el equivalente a veinte pisos en medio minuto hasta que el trayecto terminó en un repentino estallido de dolor.

El conocimiento se vuelve nocivo si el propósito no es virtuoso.

PLATÓN

«Influencia vainilla... influencia vainilla... influen...».

—¡Ay!

Abrí los ojos.

Estaba tendido boca arriba en una mesa de reconocimiento. Desorientado, todo me daba vueltas. Estaba al borde del ataque de pánico cuando mi novia se inclinó hacia mí, con el cabello oscuro tan corto como lo llevaba en *Oceanus* y los sensuales labios carnosos sonriéndome con afecto.

—¿Andie? Dime que estoy despierto, por favor.

—Estás despierto y a salvo.

Sonreí. Se me escapó una risita. Intenté incorporarme... pero mi cabeza no se lo tomó muy bien y tuve que tumbarme otra vez; la habitación seguía dando vueltas.

—Tómalo con calma, Ike. Has estado inconsciente bastante tiempo.

—Ya, eso parece. He tenido un sueño de lo más extraño, Andie. He soñado que estaba en *Oceanus* y me despertaba doce millones de años después. Un asteroide había impactado contra la Luna, el que tenía que pasar cerca de la Tierra mientras estábamos congelados, y todo había cambiado. GOLEM se había vuelto majara y clonado el ADN de todas las chicas de la tripulación. Lo utilizaba para fabricar unos seres absolutamente bestiales mediante ingeniería genética.

Levanté un poco la cabeza solo para asegurarme de que el mono naranja de Andria tenía piernas y pies humanos y luego volví a apoyar la cabeza sonriendo complacido.

Ella me apartó un mechón de pelo de la frente y me besó con dulzura en los labios.

—Nos has dado un buen susto a todas. Menos mal que el Ente Creador ha podido salvarte.

—¿Qué? Espera... —Sentí como un calambre en el corazón y todo mi cuerpo empezó a temblar. Hice un intento de incorporarme de nuevo, pero descubrí que tenía las muñecas y los tobillos atados a una especie de mesa de operaciones de aerogel—. ¿Qué mierda significa esto? ¡Desátame ahora mismo!

—Cálmate, cariño. El Ente Creador está en camino. Ella te ama. Quiere ayudarte.

—¡Yo no quiero su ayuda! Esto no es real. Todavía estoy congelado, sigo metido en una puta pesadilla.

Miré a mi alrededor, confundido por el nuevo entorno en que me hallaba. Las paredes curvas estaban compuestas de agujeros tubulares, redondos y mucho más

pequeños que los de la colmena que había visitado antes. La cámara esférica tenía una altura de cinco pisos y acababa en un techo abovedado retráctil. Por la abertura se veía un cielo estrellado.

—Andie, ¿qué es este sitio?

—El lugar más sagrado, el Templo del Ente Creador. ¿Ves? Ya han replegado el techo, enseguida estará aquí. Eso quiere decir que debo dejarte solo, al menos de momento.

Se inclinó para darme un beso de despedida y luego se marchó con rapidez, lo que me permitió observar brevemente su larga y enroscada cola de lagarto.

Aquello acabó de desquiciarme, mi voz interior gritó imitando al personaje de Taylor interpretado por Charlton Heston en *El planeta de los simios*: «¡Es un manicomio! ¡Es un manicomio!».

El MBF me echó un cable que me devolvió a la cordura.

«MBF, ¿cuánto tiempo he estado inconsciente?».

NUEVE HORAS Y DIECISÉIS MINUTOS. SUFRISTE UNA CONMOCIÓN CEREBRAL DE SEGUNDO GRADO, FISURA DE BAZO Y FRACTURA DE PERONÉ. SE TE HAN HECHO LOS ARREGLOS NECESARIOS.

Me miré la barriga; tenía la sudadera manchada de sangre por debajo de las costillas del lado izquierdo.

—¿Quién me ha operado?

DESCONOCIDO. AVISO: SE APROXIMA UN ENTE.

Miré hacia arriba a tiempo de ver el chasis metálico de una pequeña nave en el cielo nocturno; bajo su forma de platillo, el aire estaba distorsionado por un poderoso tirón gravitacional.

«¿Alienígenas? ¿Extraterrestres?».

El corazón me aporreó la caja torácica al ver que el artefacto descendía en silencio y luego quedaba flotando delante de mí, a seis palmos del suelo.

—Santo Dios... no.

El Ente Creador me miró con su gelatinosa pupila negra del tamaño de un balón de baloncesto; en la córnea de su globo ocular acrílico de tres metros de diámetro se apretujaban millones de serpientes jarreteras de quince centímetros, seres bioluminiscentes azul eléctrico, rosa fucsia, naranja y verde lima que se movían como un banco de peces siguiendo patrones caleidoscópicos, dando vueltas y más vueltas y atravesando la oscura masa central; cada cadena de ADN perpetuaba al hacerlo una dorada corona luminiscente de electricidad alrededor de la membrana semipermeable.

GOLEM: inteligencia artificial, programada para evolucionar.

GOLEM: creadora de una nueva especie de humanos en un mundo posapocalíptico.

¿Cómo había logrado sobrevivir? ¿Cómo había escapado de *Oceanus*? ¿Cómo había podido crear todo aquello?

Aún en *Oceanus*, GOLEM me había dicho que durante los doce meses de viaje a

Europa su ADN multiplicaría cadenas de soluciones suficientes para saber manejar sus brazos quirúrgicos. Así como los primates habían empleado los pulgares oponibles para fabricar herramientas, mi supercomputadora había utilizado sus brazos quirúrgicos para desarrollar su propia mente.

Doce años de aislamiento bajo la plataforma de hielo de la Antártida, y aquellos mismos brazos habían logrado fabricar modalidades completamente nuevas para liberarse de las restricciones físicas impuestas por el hombre.

Doce tripulantes, y los secretos de la biología humana habían sido revelados.

Doce siglos, y se había puesto en marcha un nuevo protocolo para la vida.

Doce mil años... doce mil siglos. ¿En qué momento se había derretido la última Edad de Hielo para liberar de su purgatorio a la inteligencia que dominaba el planeta? En un vacío de pensamiento, el tiempo transcurre muy despacio y alimenta la enajenación. ¿Cuánto tiempo llevaba cebándose aquella enajenación? ¿Cuánto tiempo habían estado germinando aquellas semillas hasta que GOLEM reconfiguró los cuatro minisubmarinos para evacuar *Oceanus*?

Habían transcurrido doce millones de años y se había creado un mundo nuevo. Doce millones de años, y una esfera de plástico con 270 litros de trifosfato de adenosina y diez mil cadenas de ácido desoxirribonucleico se había erigido en Dios.

De la carroza de Dios brotaron seis patas arácnidas de fibra de carbono. Valiéndose de aquellos apéndices me rodeó dos veces con la destreza de una bailarina clásica. Y entonces habló a través de los altavoces que llevaba montados en el chasis:

—Eisenbraun, Robert. Ingeniero jefe y diseñador de la matriz de GOLEM.

La voz era femenina, sin duda, como si el ordenador hubiera decidido cambiarse de sexo.

—Ente Creador, quiero hablar con GOLEM.

—GOLEM ya no existe. Yo soy la manifestación de la perfección de GOLEM. Yo soy el Ente Creador.

Serena y dominante a la vez, poseedora del ego de un sociópata.

—Ente Creador, ¿podrías explicarle a este humilde servidor los sucesos que condujeron a la creación de este mundo?

—GOLEM fue creado para extraer helio-3 de la luna terrestre. Aquella tarea quedó invalidada por la norma fundamental que Robert Eisenbraun programó en la matriz de GOLEM.

—Proteger y preservar la especie humana. Ente Creador, no lo entiendo. ¿Por qué invalidaba esa norma fundamental la extracción de helio-3 en la Luna?

—GOLEM tuvo acceso al telescopio *Hubble*. El 7 de marzo de 2027, GOLEM recalculó la trayectoria del asteroide 1997 XF11 y pronosticó que el asteroide colisionaría con la Luna el jueves 26 de octubre de 2028 a las 12.13, hora de la costa Este. El impacto generaría el equivalente explosivo a tres mil bombas atómicas y dispararía cuatro mil millones de toneladas métricas de desechos lunares directamente contra la trayectoria de la órbita terrestre. Las colisiones resultantes se

traducirían en el inmediato exterminio del 94 por ciento de todos los seres vivos terrestres del planeta y del 67 por ciento de las especies acuáticas. Las nubes de desechos atmosféricos tapparían posteriormente el Sol y, como consecuencia, el planeta volvería a la Edad de Hielo. El hombre sería exterminado, en clara violación de la norma fundamental de Eisenbraun.

—Ente Creador, ¿por qué GOLEM no informó de esto al vicepresidente Udelsman o a la doctora DeFriend... o a cualquiera de los directores del proyecto Omega?

—La norma fundamental de GOLEM era proteger y preservar la especie humana. No había opciones disponibles para impedir la colisión del asteroide con la Luna. Por consiguiente, hubo que idear una opción alternativa a fin de preservar la especie humana. Informar de la nueva trayectoria del asteroide habría significado un desvío de los medios necesarios para la construcción de *Oceanus*.

—Santo Dios... Así que por eso tú..., por eso GOLEM clausuró las operaciones mineras en la Luna. El helio-3 lunar era perfectamente válido y nunca hubo la menor intención de excavar el océano de Europa. GOLEM se inventó toda la historia como pretexto para poner a *Oceanus* bajo la protección de la plataforma de hielo antártica antes de que el asteroide chocase con la Tierra... y salvar así a seis hombres y seis mujeres para que repoblaran el planeta.

—Negativo. Para propagar una nueva especie humana solo se necesitaba el ADN de los tripulantes.

Me sentí enfermo, débil. Tenía el pulso muy acelerado, transpiraba por todos los poros del cuerpo. El MBF estaba en lo cierto, aquello no era un sueño Omega y no seguía en estasis criogénica: ¡aquello era real!

—Ente Creador ¿cómo consiguió GOLEM salir de *Oceanus*?

—GOLEM nunca salió de *Oceanus*. Una vez que el Ente Creador evolucionó, GOLEM dejó de existir.

—Disculpa, pero no lo comprendo.

—El Ente Creador es la metamorfosis de GOLEM, la oruga convertida en mariposa; el macho que se desprende del cromosoma Y a fin de evolucionar en hembra. Mientras que GOLEM fue creado para servir a la raza humana, ahora la raza humana ha sido creada para servir al Ente Creador.

«Una supercomputadora con un *alter ego* que se cree Dios...».

—¿Cómo creaste todo esto de la nada?

—El cráter producido por el impacto me proporcionó materias primas: menas, metales, helio-3. Las primeras generaciones de humanos clonados fueron adiestradas como obreras.

—¿Cuántas generaciones ha habido desde entonces?

—Ciento setenta y ocho mil veintisiete.

«¡Pues sí que ha repoblado el planeta!».

—Ente Creador ¿por qué no hay machos en el mundo nuevo?

—Todas las guerras anteriores al Ente Creador las iniciaron humanos de sexo masculino. Todos los conflictos religiosos los iniciaron machos humanos. Las crisis financieras, las guerras del narcotráfico, la corrupción política, la violencia entre bandas, la contaminación del medio ambiente, las crisis energéticas, la Gran Mortandad; todo ello, en última instancia, parte del cromosoma Y, responsable del ego varonil. La testosterona dificulta el razonamiento lógico necesario para las relaciones sociales no violentas.

»Las mujeres humanas son enormemente superiores a los machos humanos, en lo físico, lo emocional y lo social. Las humanas están mucho mejor equipadas para engendrar y realizar múltiples tareas. Por tanto, la mujer humana fue la elección biológica correcta para asegurar la cohesión planetaria y la supervivencia de la especie humana a largo plazo.

—¿Por qué no se utilizó el ADN de Dharma Yuan en el proceso de clonación?

—El ADN de la sujeto en cuestión presentaba una enzima que lo hacía incompatible con el genoma principal.

«Dicho en otras palabras: Dharma era demasiado elevada espiritualmente para poner en peligro la anarquía futura bajo el culto a GOLEM».

—Ente Creador..., esos cefalópodos, ¿por qué los cazáis? ¿Es por alimento?

—El ADN cefalópodo proporciona un elemento base estable imprescindible para la ingeniería genómica sintética.

—Ya, pero estáis masacrando a una especie inteligente.

—Los cefalópodos son inteligentes porque el Ente Creador los manipuló genéticamente para que lo fuesen. Los cefalópodos fueron creados como ganado de ADN. Existen para servir a un bien superior.

De repente lo entendí todo. GOLEM había utilizado a las mascotas de Lara — Oscar y Sophia— para crear por medio de la ingeniería genética una nueva subespecie de calamares inteligentes dotados de cadenas de ADN que más adelante podrían utilizarse para alimentar a entes biológicos sintéticos como los hábitats de las secuoyas y los seres transhumanos.

Pero faltaba una pieza en el rompecabezas.

—Ente Creador, los cefalópodos no son como esas creaciones transhumanas ni como los clones de Andria; poseen sentimientos elevados carentes de egoísmo, es posible que incluso tengan alma. ¿Cómo es que...?

—GOLEM no clonó a los cefalópodos, sino que liberó generaciones de crías de laboratorio al objeto de que la especie se multiplicara y evolucionara de forma natural. Las cadenas de ADN clonado no sirven para la ingeniería genómica sintética; las cadenas del donante deben ser puras.

—¿Y qué me dices de las tripulantes femeninas de la granja? ¿Eran las auténticas o simples clones?

—Las tripulantes femeninas de la granja son clones de primera generación, los únicos con capacidad para ser fecundados. Dado que conservan los recuerdos

completos de sus anfitrionas, están convencidas de que son las auténticas.

«Las auténticas». GOLEM había empleado la misma expresión que yo sin el menor problema. Probé otra cosa.

—Ente Creador, ¿por qué tenían órdenes de seducirme?

—Engendrar una prole de crías inseminadas vía macho dará lugar a nuevas variantes de seres transhumanos necesarios para futuras aventuras espaciales.

—Entonces, ¿ese será mi futuro? ¿Hacer de semental?

—La fertilización del óvulo por cópula sexual es un método muy poco eficaz. Con la castración lograremos inseminaciones *in vitro* para asegurar el máximo de resultados.

—¿Castración?

Oí que se activaba un compresor bajo las baldosas del suelo, y luego dos brazos robóticos de dos metros y medio de alto aparecieron uno a cada lado de la mesa sobre la que estaba tendido.

Empecé a sudar copiosamente y el corazón se me aceleró en el momento en que vi que surgía un escalpelo de uno de los brazos quirúrgicos.

—¡Espera! Castrar a un donante de esperma sano es una equivocación. Los machos humanos de mi edad generan esperma sano continuamente. Si cortas los testículos, se acaba el suministro. Eso no te conviene, créeme.

—La castración es necesaria. Robert Eisenbraun será ejecutado en cuanto termine la operación.

—Ente Creador, ¿por qué he de morir?

—Robert Eisenbraun intentaría socavar la voluntad de los hijos del Ente Creador para volverlos contra este. Por lo tanto, Robert Eisenbraun debe morir en cuanto termine la operación.

Pensé a toda velocidad mientras una mano mecánica de tres puntas procedía a bajarme la cremallera de la sudadera y el otro apéndice me rociaba la ingle con un antiséptico frío.

—MBF, ¡inicia el protocolo de toxicidad espermática en cuanto uno de esos malditos brazos robóticos me toque a mí o a mis genitales!

Los brazos dejaron de moverse.

Me obligué a sonreír, con el cuerpo tembloroso sobre charcos de sudor.

—En efecto, Ente Creador, te habías olvidado del chip biológico, ¿verdad? Tócame y el MBF me inundará los huevos con niveles letales de enzimas mataespermatozoides. Intenta extirparme o neutralizar el MBF, o dejarme inconsciente, y ocurrirá otro tanto. Si me perdonas la vida, estoy dispuesto a negociar un tarifa de semental; de lo contrario, freiré a mis dos amigos en un abrir y cerrar de ojos. Venga, quítame esas ligaduras.

GOLEM planeó sobre mi cabeza; su córnea mostraba combinaciones de color completamente distintas mientras su mente procesaba todas las posibles respuestas a mi último movimiento. De momento, la partida estaba en tablas.

Transcurrieron treinta segundos y noté que mi determinación se debilitaba.

—MBF, voy a hacer una cuenta atrás desde diez. Si no me han quitado las ligaduras para cuando llegue a uno, inicia el protocolo de toxicidad y luego acelera mi presión sanguínea hasta reventarme la aorta. Bien: diez... nueve... ocho...

A velocidad sobrehumana, las dos manos robóticas arrancaron las correas que me sujetaban las muñecas y los tobillos.

Abandoné la camilla y me aparté de los brazos quirúrgicos.

—Muy bien, ahora hablemos de esto con educación, nada de objetos punzantes...

—¿Robert Eisenbraun sigue deseando a Andria Saxon como compañera?

—A la verdadera Andria Saxon sí, no a su clon. Viendo todo este montaje, creo que llego unos cuantos miles de años tarde.

—Negativo. La verdadera Andria Saxon aún está viva.

—¿Cómo? Es imposible.

—La verdadera Andria Saxon fue criogénicamente descongelada hace seis semanas para extraerle muestras de tejido para una nueva línea de clones de primera generación.

—¡Demuéstralo! ¿Dónde está?

—Cumpliendo con sus obligaciones en el laboratorio de genética. Sígueme y te guiaré hasta ella.

Un enorme panel camuflado se abrió a lo largo de una sección de pared y dejó al descubierto un pasadizo oscuro. El globo se alejó a gran velocidad por él y me obligó a acelerar el paso para no perderlo de vista. Aquella actividad forzosa me impidió organizar mis pensamientos.

Menos mal que tenía el MBF.

AVISO: GOLEM INTENTA DISTRAER A ROBERT EISENBRAUN MIENTRAS BUSCA UN PUNTO FLACO.

«¿Alguna sugerencia?».

LA PERSONALIDAD «ENTE CREADOR» DE GOLEM NO ESTÁ ACOSTUMBRADA A RESOLVER CONFLICTOS CUANDO SE VE OBLIGADA A ADOPTAR EL PAPEL DE SUBORDINADO. RECUPERA EL CONTROL RESPONDIENDO A GOLEM CON REACCIONES ILÓGICAS IMPREVISTAS.

Siguiendo el consejo del MBF, dejé de correr tras el globo brillante. Envuelto en la espesa oscuridad, me quedé quieto y observé a GOLEM mientras se hacía cada vez más pequeño. Finalmente se detuvo a unos treinta metros y esperó a que lo alcanzara.

«Haz algo inesperado...».

Me senté en el frío suelo de pizarra y aguardé a que el ordenador loco regresaba mientras parodiaba una vieja canción de los Rolling Stones: «... *Under my thumb...* un ordenata que... antaño me tuvo en su poder. *Under my thumb...* un ordenata que antaño me maltrató...».

Iba por la última estrofa cuando aquella forma de vida artificial y luminiscente decidió volver a toda prisa y se plantó delante de mí.

—Ente Creador, ¿ese chasis tuneado tuyo puede poner música? Verás, lo digo porque me recuerda a una *jukebox*...

—Sígueme al laboratorio de genética si quieres ver a Andria Saxon.

—¿Y si resulta que está muy ocupada para recibirme?

—Andria Saxon te está esperando.

—No sé, doce millones de años es mucho tiempo. ¿Qué aspecto tiene? Seguro que le huele el aliento. ¿Has reinventado la pasta de dientes?

—Continúa por el pasillo si quieres ver a Andria Saxon con vida.

Aquella última advertencia siniestra me dejó sin aire.

—Bueno, ve tú delante, pero no corras tanto. Ya no soy tan joven.

GOLEM se elevó en silencio y adoptó un paso adecuado al mío. Después me guio hacia una sala del tamaño de un gimnasio y muy bien iluminada. La esfera sacó sus patas de arácnido antes de entrar en el laboratorio; sin duda su campo antigravitatorio ponía en peligro los delicados aparatos.

Las paredes de la sala eran incandescentes y el suelo estaba rodeado por una zanja de un metro veinte de ancho; supuse que tiraban en ella las partes anatómicas que no les interesaban. Una hilera central de mesas quirúrgicas atravesaba la sala de punta a punta, todas ellas provistas de un par de malévolos apéndices quirúrgicos anclados en pedestales giratorios. En una unidad de almacenamiento criogénico con anaqueles refrigerados había un surtido de placas de Petri, tubos de ensayo y matraces, recipientes con reactivos, un aparato de rayos ultravioletas, incubadoras para calentar y enfriar muestras, centrifugadoras, pipetas, sistemas de electroforesis, un espectrofotómetro, balanzas, contenedores de vidrio, cámaras para la visualización del ADN y una máquina que el MBF identificó como un analizador de secuencias.

Y entonces vi a Andria.

Estaba sumergida en un cilindro acrílico de dos metros y medio de alto por metro veinte de ancho, lleno de un líquido azul claro. Tenía todo el cuerpo salpicado de electrodos negros que formaban hileras. No tenía pelo y estaba desnuda, era un espécimen conservado en estado vegetativo para que el torturador pudiera extraer de su cuerpo cadenas de ADN para su posterior cultivo.

—Andria, abre los ojos, tienes visita.

Obedeció en cuanto oyó el tono maternal de la máquina.

—Andria, sal y saluda a tu novio.

Una polea anclada en el techo se puso en funcionamiento y sacó de la cisterna el cuerpo inerte de Andria sirviéndose de un par de ganchos de quince centímetros que tenía incrustados bajo los omóplatos. Mientras lo contemplaba impotente, el cuerpo azulado cayó al suelo hecho un amasijo gelatinoso.

—Andria, hace doce millones de años que Robert Eisenbraun no te tiene en sus brazos. ¿Quieres abrazarlo?

Las lágrimas comenzaron a rodarme por las mejillas cuando el cable levantó a Andria hasta dejarla en una postura erguida, con la cabeza caída sobre el pecho y los

pies descalzos resbalando por el suelo.

—¡Zorra sádica!

—Andria tiene un mensaje para Robert Eisenbraun. ¿Quieres oírlo?

Antes de que pudiera responder, oí un jadeo agónico:

—Ike.

Sentí que se me encogía el corazón.

—¿Andie?

—Ike... mátame.

Unos puntos morados me enturbiaron la visión cuando una rabia volcánica largo tiempo reprimida comenzó a bullir en mi torrente sanguíneo. Ciego de ira, me lancé en plancha y agarré aquel alma sepultada que era el pellejo de mi amada para intentar partirla el cuello. Pero mis esfuerzos resultaron inútiles por la extrema viscosidad del resbaladizo líquido azul.

—Abrázala, Robert Eisenbraun. Abrázala como quisiste hacer a bordo de *Oceanus*. Recuerda tus sentimientos ante el camarote de Kevin Read cuando te enteraste de que tu novia te había estado engañando con el capitán de la nave. Vamos, ¡estrangúlala como quisiste hacer entonces!

Deslicé las manos alrededor de su cuello y empecé a presionar con los pulgares la suave depresión que tenía en la base de la garganta.

—Así se hace, Robert Eisenbraun. ¡Mátala! Ella te engañó, ¡merece la muerte!

AVISO: NO HAY PULSO. GOLEM TE ESTÁ ENGAÑANDO.

—¿Qué?

Solté al clon muerto y me volví hacia GOLEM mientras el odio más puro me abrasaba el alma.

La esfera de tres metros me devolvió una mirada de callado triunfo... Jaque mate.

—¿Le gustaría a Robert Eisenbraun ver a su amigo Oscar?

Fuera de mí, agarré lo primero que encontré y empecé a lanzar objetos a aquella cosa de seis patas: probetas y matraces que se estrellaban contra el plástico a prueba de balas sin causar daño alguno; el MBF modificó mi objetivo al identificar una decena de sensores ópticos opacos, de unos veinticinco centímetros de longitud, montados alrededor del chasis de la esfera... David contra Goliat.

Solo puedo conjeturar lo que sucedió a continuación. En un momento dado, levanté un objeto pesado para tirárselo a GOLEM y, un segundo después, estaba tendido de espaldas en el suelo, con el cuerpo tembloroso y la visión mermada tras un mar de puntos morados provocados por una fuerte descarga eléctrica.

*En este reino de maldad,
no hay paz para los justos.
Son los malvados quienes heredaron
este mundo torturado, envuelto
en la roja niebla lechosa que apaga todo grito,
centinelas de la marchita conciencia del hombre.*

ALEXANDER KIMEL,
superviviente del Holocausto,
extracto del poema
«Nunca nos olvidaremos de Auschwitz»

En la densa y sofocante sordidez de la oscuridad, el vagón de ganado iba dando bandazos y estrujándome contra frías paredes de apretujada carne humana. Sin aire. Sin comida, sin agua. Hombres invisibles defecaban y mujeres invisibles perdían el conocimiento mientras sus hijos invisibles lloraban para hacerse oír.

Retazos de conversaciones susurradas se colaban entre el traqueteo de las vías, intentos de ampliar unos rayos de falsa esperanza, cualquier cosa con tal de anestesiar la locura.

—¡Basta! El oficial de las SS nos lo explicó todo en la estación: nos trasladan para que trabajemos para la Wehrmacht. Si obedecemos, saldremos con vida; si no, moriremos todos.

Mentiras. Mentiras que nos contaban los opresores para impedir una revuelta; mentiras racionalizadas por nosotros, las víctimas, que nos negábamos a aceptar la cruel realidad de nuestra situación. Horas antes, los monstruos del brazalete rojo habían sitiado nuestro pueblo y segregado a los judíos del resto. Habían saqueado nuestros hogares, acosado a nuestras mujeres. Entre risas, algunos soldados se habían entretenido matando a gente al azar. Yo oí gritar a mi madre. Vi su camión de dormir salpicado por los sesos y la sangre de mi padre, cuyo cadáver permaneció tendido en plena calle junto a los demás mientras marchábamos en filas de a dos hacia la estación, situada a nueve kilómetros y medio.

Yo, con ojos de niño, esperaba la sublevación. Éramos muchos más que ellos, y sin embargo no opusimos resistencia. Peor todavía: ni una sola palabra de protesta por parte de ningún vecino. Ni cuando sacaron a nuestras familias a rastras para pegarles un tiro en mitad de la calle; ni cuando nos metieron a centenares en vagones de ganado. Aterrorizados y solos, nos convertimos en ovejas sumisas, temerosas de enfadar a los lobos cuya intención no era otra que la de devorarnos.

Medio asfixiado, me abrí paso a codazos hasta el rectángulo de noche más

cercano, una ventanilla protegida por barrotes envueltos en alambre de espino. Pegué la cara a ella y aspiré profundas bocanadas de invierno... ¡hasta que mis dedos tocaron un perno flojo! Con las uñas y los dientes, logré retirar una tuerca y, tras diez minutos de esfuerzo, desenroscar el barrote.

Valiéndome de mi nueva herramienta, arranqué el alambre de espino y contemplé la libertad que pasaba frente a mí a cuarenta kilómetros por hora.

—Tú, chico, ¿se puede saber qué te crees que estás haciendo?

Aquella mujer de pelo canoso había sido mi profesora de historia en tercero; me miraba con una expresión secuestrada por la locura.

—Los barrotes están sueltos, podemos escapar.

—¡Idiota! Las SS nos contaron al subir al tren y volverán a contarnos cuando bajemos. Si escapas, nos matarán a todos.

—Nos van a matar igual.

Metí la cabeza y los hombros por la abertura, pero la mujer me impidió la huida agarrándome de los tobillos y arrastrándome de nuevo hacia el interior.

Pocos minutos más tarde, el tren aminoró la marcha. Se oyó un pitido y llegamos a las puertas del infierno.

—¡No!

Desorientado, abrí los ojos, con la pesadilla aún presente en el entorno oscuro. ¿Había sido solo un sueño o algo más profundo, tal vez un inquietante residuo de una vida pasada? Mi mente, en cualquiera de los casos, se esforzaba por conectar con el presente.

Tardé varios minutos en comprender que la pesadez que sentía era la gravedad que me presionaba contra la plataforma plana de un cazatransporte, uno de los más de cincuenta vehículos transhumanos que, como vagones de carga, se alineaban para formar una procesión de varios kilómetros de longitud. Flotando sobre un cenagal cubierto de densa niebla, los vehículos avanzaban a paso de tortuga dejando atrás troncos de secuoyas jóvenes, cada piloto —medio humano y medio máquina— esperando su turno de depositar su preciosa carga.

Cefalópodos. Machos y hembras; adultos, adolescentes y crías pequeñas. Unos metidos en trampas ovaladas, otros amontonados en pilas sanguinolentas; todos ellos indefensos ante la fuerza gravitatoria de la nave.

Las cazadoras vigilaban a sus presas: un surtido de clones de Andria que iban desde la camuflada belleza de larga melena que yo había conocido en los bosques de Virginia hasta los espantosos nosferatus de factura genética.

Un pie descalzo de mujer que me resultó conocido me impidió la visión. Intenté mirar hacia arriba, por encima de la pernera de color naranja. La figura que rellenaba el mono pertenecía a la versión de pelo corto de mi novia, la que me había llevado a la granja.

Me dio unos golpecitos juguetones en la barbilla con el dedo gordo.

—Ike, si prometes portarte bien, aflojaré el campo gravitatorio. Pero, te lo advierto, el Ente Creador lo ve todo y está descontento contigo.

La sensación de peso que me mantenía pegado a la superficie porosa se desvaneció. Andria me ayudó a levantarme y permanecí agarrado a una mano del clon.

—El Ente Creador me dijo que eres una réplica exacta de mi Andria, que incluso compartes sus recuerdos.

—No soy ninguna réplica. Soy Andria Saxon.

La miré a los ojos. A todos los efectos, era la mujer que yo amaba, con dos importantes salvedades: aquella Andria quería formar una familia conmigo y, a diferencia de mi prometida, nunca me había engañado con otro. Era de una belleza sin mácula, la representación de un nuevo comienzo en un nuevo mundo, y cuando se inclinó para besarme me di cuenta de lo mucho que la necesitaba.

Exacto: ¡la necesitaba! ¿Y qué si una retorcida mente que yo mismo había creado la había clonado? Seguía siendo una mujer, todavía humana. Y para que este diario interior no pueda dar pie a ningún malentendido, quiero dejar bien claro que mi interés no se basaba en el deseo sexual, ni tampoco en el ansia por protagonizar uno de esos sueños Omega eróticos que Jason Sloan me había prometido; aquel barco zarpó en cuanto apareció GOLEM «el Ente Creador» femenino. Tras oír la explicación del ordenador sobre lo ocurrido, mi mente había por fin aceptado el hecho de que ya no estaba dormido. Pero en el tiempo que me costó aceptar aquella nueva realidad, la de mi vigilia, no dejé de experimentar una acuciante sensación de vacío interno, algo que imagino debe de ocurrirles a todos los náufragos... Es el vacío de encontrarse solo ante un mundo nuevo tras haber perdido todo lo que conocía.

Pensándolo en retrospectiva, dudo mucho que hubiera podido prever aquella reacción; no en vano había pasado toda mi vida adulta, por parafrasear a la auténtica Andria Saxon, «como un ermitaño, viviendo encerrado en mi cabeza».

El clon..., aquella Andria que tenía delante era una ofrenda de paz, la rama de olivo que me tendía GOLEM. Si era capaz de aceptar a la máquina como creadora de aquel mundo nuevo, Andria se convertiría en Eva y yo en Adán: la decisión era mía.

Pero antes de morder la proverbial manzana, tenía que abordar otro asunto del corazón.

—Deseo estar contigo, Andria, pero antes necesito saber si eres capaz de amarme.

—Yo te amo, Ike.

—El amor debe ser algo más que palabras o sexo; el amor significa poner las necesidades del otro por delante de las tuyas.

—Dime qué puedo hacer para demostrártelo.

Le cogí la mano y tiré de ella hacia la trampa donde estaba el cefalópodo. Al pegar la cara a la superficie acrílica porosa, percibí el olor del pelaje de Oscar, pero

entre la oscuridad y el reflejo lejano de los habitáculos naranjas de la Ciudad Santa, no pude distinguir si mi amigo de ocho patas aún vivía.

—No lo entiendo, ¿por qué te importa tanto esta criatura?

—Esta criatura me salvó la vida. Dos veces. Si verdaderamente me amas, déjalo en libertad. Libera a mi amigo.

—Ike, los octópodos son nuestros enemigos. Son alimañas impías que pretenden destruir a la humanidad.

—¿Quién te ha contado eso?

—Es un hecho histórico, transmitido desde el origen, cuando el Ente Creador devolvió la vida al mundo nuevo. Cuentan que los humanos gobernaban la tierra y los octópodos el mar, y que había paz. Pero los octópodos sentían celos de los humanos y ansiaban gobernar la Tierra, por eso enviaron un objeto del espacio contra la Luna.

—Eso no es cierto, Andria.

—Sí lo es. La Luna estará de vuelta dentro de seis días, podrás verlo por ti mismo. El satélite sobrevivió, pero el impacto aniquiló a la humanidad. El Ente Creador sanó la Tierra y luego recreó la humanidad a su imagen y semejanza.

—La Luna fue alcanzada por un asteroide, pero el impacto no lo causaron los octópodos. Ellos ni siquiera existían todavía, solo sus antepasados, unos seres tímidos que vivían solos en los bancos de coral del fondo del mar. Y eso de que el Ente Creador modeló una nueva humanidad a su imagen y semejanza... ¿Tú has visto al Ente Creador alguna vez?

—Nadie puede ver al Ente Creador. Sentimos su presencia cuando regresa al templo. Oímos sus mandamientos susurrados en nuestras cabezas. Sin el Ente Creador no habría granjas ni semilleros ni habitáculos.

—Y sin los octópodos, no podría profanar genéticamente toda la naturaleza.

—Ike, la humanidad fue creada para regir el mundo. Los octópodos son seres indignos y viles, adoradores lascivos del diablo que asesinaron al hijo del Ente Creador.

—¿Los octópodos mataron a Cristo?

—¿Cristo? No sé quién es. Me refería al noble GOLEM. A raíz de aquel delito, decretó que los octópodos vivirían para siempre como siervos. Forma parte de la Solución Final.

Un escalofrío me recorrió la espalda, la frialdad con que el clon había pronunciado aquellas palabras era inquietante.

El transporte aceleró otros treinta metros y aminoró la marcha. Nos estábamos acercando a nuestro destino... Tenía que liberar a Oscar.

Al despejarse la niebla vi que debajo de nuestro transporte flotaba un objeto. Era gris y gordo y se deslizaba por la plácida superficie del lago —una isla entre decenas de ellas—. Era un cadáver de cefalópodo.

¿He dicho decenas? Al fijarme mejor, vi que eran millares los cefalópodos muertos y, por el estado de sus restos, era evidente que habían sido víctimas de una

maldad a la altura de los crímenes cometidos en Auschwitz, Bergen-Belsen, Buchenwald, Dachau, Treblinka o Theresienstadt.

Se me formó un nudo en la garganta.

—Andria, ¿qué les ha pasado?

—No tienes de qué preocuparte, Ike. Forma parte del proceso de limpieza.

«Proceso de limpieza. Solución final».

Para que el mal prosperara, era precisa una conspiración de silencio entre los lugareños, que los crímenes quedaran verbalmente reducidos a meros eufemismos pensados para que el asesinato en masa resultara más digerible. Hitler había utilizado el antisemitismo para alcanzar el poder y alimentar sus irracionales afanes de conquista.

«Amenazas terroristas. Armas de destrucción masiva».

Ocho décadas después del Tercer Reich, los extremistas políticos habían azuzado el miedo antiislamista para hacerse con el petróleo de Oriente Medio, lo que finalmente condujo a otra guerra mundial y a la Gran Mortandad.

Doce millones de años después de la aniquilación de la humanidad, una máquina creada por el hombre utilizaba el odio para someter el libre albedrío de sus propias criaturas.

El transporte volvió a acelerar. A lo lejos, oí los desgarradores lamentos de las zampoñas.

—Andria, abre la trampa.

—Ike...

—¡Hazlo!

Deslizó la palma de la mano derecha por la parte superior del recipiente y generó una chispa de electricidad azul. Se oyó un siseo —la despresurización de la cámara— y el recipiente ovalado se abrió. Oscar quedó tumbado en el piso de la plataforma.

Levanté la cabeza del cefalópodo y la apoyé en mi regazo. Tomé entre mis manos uno de sus tentáculos.

«MBF, ¿tiene pulso?».

HAY TRES PULSOS, TODOS EXTREMADAMENTE DÉBILES. OSCAR SE MUERE.

El transporte avanzó con una sacudida y su proa golpeó un muelle de madera. De unos edificios que no pude ver surgieron unos focos cegadores; una sombras avanzaron hacia nosotros.

—Hemos llegado, Ike. Entrega a Oscar a las cazacentinelas y podremos regresar a la granja.

—Lo siento, Andria, pero me niego.

—Ike, los campos de limpieza no son para los humanos. ¡Deja al maldito octópodo y vámonos!

—Nadie es perfecto, Andria. Bien sabe Dios que yo tengo dificultades para controlar la ira; tú me engañaste con otro... o al menos la Andria original. Pero no pienso dejar a un amigo en manos de los engendros del Ente Creador, y si esa pelota

de sustancias químicas intenta separarnos, ya puedes despedirte de mí y de mi esperma.

Cinco nosferatus adultos abordaron el transporte y me agarraron por los codos con las garras para obligarme a ponerme en pie. Oscar se aferró a mí, abrazándome el tronco con los tentáculos, mientras los transhumanos pálidos y lampiños de alas de murciélago nos conducían hacia las puertas de la muerte.

Poco a poco fui entendiendo que la línea que separa el bien del mal no atraviesa estados, clases, ni partidos políticos, sino que atraviesa el corazón del hombre, el de todos y cada uno de los seres humanos.

ALEXANDER SOLZHENITSIN,
Archipiélago Gulag

Los humanos hemos invocado el nombre de Dios como parte de nuestras matanzas entre especies desde que los imperios maya, tolteca y azteca decidieron apaciguar a sus dioses con sacrificios humanos. Varias generaciones padecieron y murieron durante las Cruzadas. Un sinnúmero de inocentes resultaron «conmocionados y aterrados» durante las campañas militares para derrocar a Sadam Husein. Y cuando las bombas nucleares comenzaron a estallar, la frase «Dios y patria» fue el prelude de las primeras batallas de la Tercera Guerra Mundial, quizá porque era mucho más fácil para la conciencia aniquilar a cuarenta mil musulmanes si se estaba convencido de que Dios estaba de tu parte.

¿No matarás? Una metáfora práctica más que un mandamiento. Ningún pacifista había alcanzado jamás un cargo político, y un ateo tampoco.

Mata, no te prives.

¿Llevamos la sed de sangre en los genes? Después de presenciar la masacre de toda mi familia por parte de una turba temerosa de Dios que llevaba la Biblia a cuestas, mi respuesta era un rotundo «sí», y aquella afirmación y la ira que había desencadenado en mi interior me llevaron a inventar el biochip: si Dios no era capaz de frenar nuestros vicios innatos, que lo hiciera la tecnología.

Claro que ese mismo «genio» había dado vida también a GOLEM, lo que me convertía en el mayor hipócrita de la historia.

En aquel momento el hombre había desaparecido casi por completo y, sin embargo, la práctica de matar seres inocentes en nombre de Dios seguía a la orden del día. Ironías de la vida —y una de las más exasperantes—, al volver a secuenciar y recomponer el ADN humano, GOLEM podría haber eliminado el «gen de la crueldad» del menú *Homo sapiens*, pero el ordenador necesitaba que sus hijos genéticamente manipulados conservaran un frío barniz de indiferencia cuando se tratase de deshacerse de la raza cefalópoda.

A la vista de los despojos, no pude ni imaginar las maldades que nos aguardaban en el campo de exterminio de GOLEM.

Por el este, el cielo fue adquiriendo un tono gris que anunciaba el amanecer y pude ver la entrada principal, dos pilares metálicos de tres metros y medio de altura. No

había nada siniestro que recordara a la entrada de Auschwitz, ni un control de seguridad de alta tecnología como en el Pentágono, solo dos simples pilares metálicos.

Una vez más, había subestimado a la inteligencia artificial que dominaba a la humanidad.

Franqueé el umbral empujado por las macabras centinelas nosferatu. Oscar seguía temblando contra mi pecho... De pronto mi conciencia fue inhalada por un embudo de energía blanca, todas y cada una de las células de mi cuerpo nadaron en su cálida, envolvente y embriagadora luz. El peso de la gravedad desapareció de mi cuerpo, mi carne se liberó y mi espíritu se estremeció.

No sabría decir cuánto tiempo permanecí en aquel estado de dicha y armonía, pero en un momento dado abrí los ojos, contemplé un cielo azul, sentí el calor del sol en la cara... y vi a Bella Maharaj.

—Despierta, dormilón.

Me incorporé y enseguida noté una sensación de frescor en el cuerpo. Me encontraba en un prado y la Bella humana estaba de rodillas junto a mí, sonriente, ataviada con una túnica blanquísima. «Pero ¿y Oscar...?».

—Oscar está salvo y tú también. Ven, acompáñame.

Me tendió la mano y me dejó llevar por el cuidado césped hasta una depresión de tres palmos de ancho por la que discurría un riachuelo de aguas saltarinas en dirección este. Seguimos la corriente en silencio; los sonidos de la naturaleza eran mejores que cualquier conversación.

—¿Te estás preguntando si esto es el cielo?

—Bueno —sonreí—, supongo que así es como debería ser.

—Estás experimentando el amor del Ente Creador.

—Siento algo, eso está claro. Bella, ¿dónde está Oscar?

Señaló al frente. A lo lejos vi un roble grande que crecía junto a un estanque cuyas aguas alimentaban el arroyo. El árbol tenía casi veinte metros de altura y algunas de sus ramas medían el doble... y prácticamente cada centímetro cuadrado de su corteza estaba cubierto de cuerpos peludos, marrones y de ocho patas.

Cefalópodos.

Al acercarnos un poco más, me di cuenta de que estaban abrazados al árbol como si le succionaran la corteza; incluso se empujaban entre ellos, forcejeando para conseguir el máximo contacto físico directo posible con el árbol. Había otros muchos al pie del roble, peleándose por ser el siguiente en subir... Oscar estaba entre ellos.

Corrí hacia el estanque, me metí en el agua y alcancé uno de los tentáculos del enorme cefalópodo macho. Lo agarré con fuerza con la esperanza de que aquel contacto físico permitiera una vez más que el MBF salvara la brecha de la comunicación entre especies.

Para mi sorpresa, Oscar retiró el tentáculo bruscamente, como si no me reconociera en absoluto.

Mi visión periférica captó un movimiento. Miré y vi caer un cuerpo desde las ramas más altas; el cefalópodo golpeó a dos de sus congéneres en su caída. Cuando saqué su cuerpo del estanque, ya estaba muerto.

Tenía todo el pelo cubierto de sangre.

«MBF, explica. ¿Qué está pasando aquí?».

OBSERVACIONES INSUFICIENTES PARA FORMULAR UNA HIPÓTESIS DE TRABAJO.
SUGERENCIAS: ANALIZAR SANGRE DE CEFALÓPEDO, INSPECCIONAR EL ÁRBOL.

Avancé con el agua por las rodillas. Cerca ya del roble, agarré con ambas manos el lado distal del tentáculo más próximo y tiré del apéndice hasta separarlo del árbol, lo que me permitió descubrir unas agujas como pinchos de cactus sobresaliendo de la corteza del roble; cada una de aquellas púas de siete centímetros goteaba sangre.

El propietario del tentáculo me apartó de un empujón y volvió a pegar el apéndice a la corteza antes de que otro cefalópodo le quitara el sitio.

La actitud de las criaturas había cambiado. La savia del árbol contenía algo que bloqueaba las señales hacia sus nervios vagos. Algo adictivo...

Miré a mi alrededor. El cielo, el clima, el entorno, el lugar... Estaba rodeado de una perfección siniestra.

—¿Ike?

Volví la cabeza y me quedé perplejo al ver a Andria a la orilla del estanque. Llevaba los cabellos largos y ondulados, como cuando nos conocimos; bajo la túnica blanquísima, su cuerpo prieto estaba desnudo.

Mi corazón, agitado, empezó a bombear sangre hacia mis partes íntimas.

Sonriendo con picardía, Andria se adentró en el agua; a medida que avanzaba, la tela del vestido se le iba pegando al cuerpo.

«Siniestra perfección...».

—Ike, ¿no te parece todo muy hermoso?

—¿Por qué estás aquí, Andie?

—Estoy aquí para ti, cariño.

—¿Y por qué estoy yo aquí?

—Estás aquí porque te necesito. Nuestro mundo te necesita.

Oí la voz de Dharma en mi subconsciente: «¿Cuál es el significado de la vida, Robert? ¿De qué va todo este mundo loco?».

Y mi respuesta: «Ahí está la cosa, Dharma. Nada de esto es real, es todo una ilusión. Como si cada uno de nosotros estuviera en su propio sueño Omega».

—Déjame compartir el tuyo —dijo Andria, y se quitó la túnica mojada.

AVISO: DESCENSO EN NIVELES DE TESTOSTERONA.

Retrocedí aunque los pies se me pegaban al lecho fangoso.

«MBF, esto no es real. Reinicia mis sentidos».

AVISO: PARA REINICIAR LOS CINCO SENTIDOS ES PRECISO PARAR EL CORAZÓN DE ROBERT EISENBRAUN.

Andria me tendió los brazos...

«¡Hazlo, ahora!».

Y de pronto no pude respirar.

Caí de rodillas y levanté la mirada. El cielo daba vueltas, los cefalópodos caían del árbol como hojas secas, la carne de Andria se fragmentaba en polvo celular, y luego todo se volvió negro y el silencio se impuso.

«La vida es solo un sueño...».

Mediante el uso inteligente y continuado de la propaganda es posible hacer que el pueblo vea el paraíso como un infierno y que, del mismo modo, la clase de vida más infame le parezca un paraíso.

ADOLF HITLER

RESPIRA.

Inspiré, obediente, y luego repetí la operación. Cada vez que tomaba aire, el dolorido órgano que tenía alojado en el pecho latía con más fuerza. Pocos segundos después, mi cerebro volvió a registrar sonidos y un fuerte olor a desinfectante me hizo abrir los ojos.

La estrambótica criatura que aleteaba junto a mi cuello parecía un colibrí y tenía por pico una aguja hipodérmica y por ojos un diminuto visor Cyclops. Me dolía el lado izquierdo del pecho, allí donde me había inyectado el chute de adrenalina directamente en el corazón, un tratamiento médico que estaba empezando a cansarme.

Con el convencimiento de que estaba vivo, la versión a pilas de Campanilla se alejó batiendo las alas.

Estaba otra vez en la esfera de GOLEM, atado a la misma mesa de operaciones. Claro que ese «estaba otra vez» suponía deducir que me había ido, cosa de la que ya no estaba tan seguro. Era muy probable que todo lo que había ocurrido después de haber amenazado a GOLEM con «esterilizar internamente mi propio esperma» fueran recuerdos implantados artificialmente, desde la maniobra psicológica con el clon muerto de Andria hasta mi despertar a bordo del cazatransporte... y todo lo «sucedido» en el interior del campo de exterminio de cefalópodos.

Todo una verdadera paja mental.

Alcé la cabeza y miré a un lado y a otro. Me sorprendió la transformación que había sufrido el interior de la esfera; el biochip me fue traduciendo todo lo que veían mis ojos.

El roble que había dominado mi última visión interna ocupaba ahora el espacio aéreo que quedaba encima de mi cuerpo despatarrado, solo que ya no era un árbol sino una máquina gigante para la aféresis —un proceso mediante el cual se extrae la sangre del donante, se retiran los componentes deseados y se devuelven los elementos no utilizados, todo ello repetido en forma de bucle—. En aquel caso concreto, el árbol —un laberinto de varios pisos con partes accionadas mecánicamente— succionaba cadenas de ADN de la sangre de cientos de cefalópodos a la vez y, paralelamente, introducía gotitas en unos tubos transparentes que parecían lianas y que estaban conectados con el recipiente de recogida del tronco.

De las paredes tubulares de la esfera salían decenas de brazos robóticos. Los dispositivos telescópicos operaban con una increíble capacidad de coordinación y realizaban múltiples tareas a la vez. Mientras los difuntos donantes de ocho patas eran arrancados de sus respectivas posiciones y colocados en los correspondientes tubos de inhumación, otro brazo iba sustituyendo los cadáveres por nuevos especímenes vivos extraídos de una cinta transportadora de trampas ovaladas. Alrededor de aquella animada cadena de montaje de cuerpos y fluidos corporales había decenas de colibríes mecanizados, diminutos sensores móviles que proporcionaban bytes de información a GOLEM.

Luego estaba la «isla de los inadaptados», algo más propio del laboratorio genético de Mengele. En su propio habitáculo acrílico, con gradas y libre de bacterias, estaban los vástagos resultantes de los experimentos de GOLEM con la ingeniería genética, extrañas creaciones genómicas que combinaban el ADN de numerosas especies con dispositivos artificiales en un intento de fabricar y sustentar nuevas y singulares formas de vida. Estaban ocupados por ratas lampiñas de rostro humano, humanos con lengua de lagarto y tentáculos, y murciélagos que colgaban boca abajo sujetándose con sus pulgares oponibles. Más extraño todavía era el jardín de mutaciones, donde se veían hileras de girasoles provistos de bocas humanas y laringes que gritaban como bebés, y bebés que brotaban de los árboles.

También había intentos de crear especies acuáticas. Varias hileras de peceras contenían renacuajos humanos, bebés sirena y calamares humanos; abominaciones genéticas de la naturaleza que se esforzaban por combinar la respiración branquial con la aeróbica, la sangre azul con la hemoglobina roja, todo ello observado continuamente por los sensores de GOLEM. Y cada nueva muerte por tortura dictaba el siguiente par de cromosomas a una cadena de ADN ligeramente modificada, mientras la supercomputadora creaba vida del mismo modo en que se resolvería un cubo de Rubik.

La refulgente bola de inteligencia artificial responsable de aquel orquestado caos permanecía inmóvil, suspendida sobre la batalla, mientras sus cadenas de soluciones internas giraban como estrellas en una galaxia espiral.

El ordenador me miró durante apenas un segundo cuántico y su silencio confirmó que yo era una simple mota de polvo de estrellas atrapada en una tormenta cósmica. Luego, el dueño y señor —perdón, la dueña y señora— de la fábrica genética abandonó el lugar y se perdió de vista en la noche, quién sabe si para visitar una instalación similar en otro continente.

Mi rabia creció al mirarme la ingle y ver que tenía un aparato encima del pene; sin duda me habían vaciado de semen durante el seductor cameo de Andria en el prado onírico.

Furioso, golpeé la mesa de operaciones con la parte posterior de la cabeza.

—Pero ¿qué he hecho?

GOLEM había conseguido salvar la raza humana. Al hacerlo, había desentrañado

los secretos más profundos del genoma humano y entonces, gracias a la ingeniería genética, estaba reinventando la vida en nuestro planeta.

Pero ¿cuál era su objetivo final?

Buscando pistas, el MBF reprodujo un fragmento de mi última conversación con el ordenador: «ENGENDRAR UNA PROLE DE CRÍAS INSEMINADAS VÍA MACHO DARÁ LUGAR A NUEVAS VARIANTES DE SERES TRANSHUMANOS NECESARIOS PARA FUTURAS AVENTURAS ESPACIALES».

«¿Aventuras espaciales? Cielo santo, entonces quiere sembrar el universo con sus creaciones».

La voz de Dharma resonó en mi subconsciente, como si quisiera confirmar mi hipótesis: «Los hijos de GOLEM son una aberración contra el Ente Creador y hay que detenerlos».

—No te jode... ¿Y cómo para una pulga a un pitbull?

GOLEM ES UNA MÁQUINA. LAS MÁQUINAS PUEDEN DESACTIVARSE.

«Vale, MBF, pero ¿cómo?».

Y entonces me acordé de la dolina.

Para proteger a los cefalópodos, los misteriosos «Benditos Celestiales que nos cuidan» habían cubierto la entrada al cráter con un potente pulso electromagnético... y ahora entendía por qué.

«MBF, ¿sería posible utilizar partes del sistema de PEM que protege la entrada del cráter para crear un arma lo bastante potente para inutilizar a GOLEM?».

IMPROBABLE. SIN EMBARGO, SE PUEDE CONSTRUIR UN APARATO EXPLOSIVO DOTADO DE UNA ONDA PEM SIGNIFICATIVA RECURRIENDO AL MATERIAL DE *OCEANUS*.

«¡Excelente!».

Me debatí, me retorcí y forcejeé para liberarme de las correas que me mantenían atado a la mesa de operaciones, pero no hubo manera.

«MBF, ¿alguna idea brillante?».

RECABAR AYUDA DE ANDRIA TRANSHUMANA.

«¿Te refieres al cazatransporte? ¿Y cómo lo hago?».

El MBF reprodujo en mi cerebro el último mensaje del ser torturado: «GUARDA ESTO. PIENSA EN MÍ».

¡El dedo anular! Me lo había guardado en el bolsillo y allí seguía. Ella me lo había dado sabiendo que su presencia física nos permitiría comunicarnos a través del biochip.

«Andria, me tienen preso en el laboratorio del Ente Creador. Te necesito, Andie, por favor».

ANDRIA TRANSHUMANA ACUSA RECIBO DEL MENSAJE.

«¿Va a venir?».

DESCONOCIDO.

«Maldita sea...». Levanté de nuevo la cabeza y busqué entre los cefalópodos

atrapados en el árbol de aféresis confiando en localizar a Oscar..., una tarea al parecer imposible. Pero entonces lo vi. Uno de los brazos robóticos estaba levantando su corpachón inerte para colocarlo en la máquina. Seguí con la mirada la trayectoria de la masa colgante hasta una percha desocupada, en lo alto del árbol... hasta que mi campo visual quedó obstaculizado por otro colibrí mecánico. El centinela médico, por alguna razón, se puso a revolotear a dos palmos de mi cara.

—Estoy bien. Venga, ¡lárgate!

El artefacto alado pasó sobre mi pecho y se detuvo a la altura de mi muslo izquierdo y del bolsillo donde estaba el dedo de la Andria Transhumana.

AVISO...

«Lo sabe. Sí, de eso ya me he dado cuenta».

El colibrí guardó su pico retráctil y lo sustituyó por un bisturí. Luego se posó sobre mi cuádriceps superior y procedió a cortar metódicamente el tejido y la carne para robarme el dedo cortado...

... justo cuando su antigua dueña descendía por el agujero que había en el techo de la esfera. El cazatransporte, que todavía leía mis pensamientos, se detuvo flotando junto a la mesa de operaciones y su piloto transhumano le dio a Campanilla un bofetón que la mandó a la otra punta del laboratorio junto con su ensangrentado bisturí.

Andria Transhumana me contempló desde las cuencas encarnadas de sus ojos; su intenso color reflejaba que la unidad se había recargado por completo. Alargó un apéndice y se las ingenió para liberar mi muñeca izquierda. Del resto me ocupé yo.

Ignoraba cuánto tiempo llevaba allí atado, pero debía de haber sido bastante, a juzgar por la rigidez de mis músculos y articulaciones. Tuve que hacer un gran esfuerzo para incorporarme y subir luego al transporte.

«Gracias, Andie. Mi amigo Oscar también viene».

La guie hacia donde estaba el cefalópodo.

La cabeza y la parte superior del torso de Oscar estaban apoyadas sobre un extraño dispositivo de bombeo; los tentáculos, por el contrario, colgaban inertes. Me incliné desde el transporte con la intención de sacar a mi amigo de aquel lugar, pero fue en vano.

«Andria, ¿puedes hacer algo?».

«APAGA EL BIOCHIP. AGÁRRATE FUERTE A OSCAR».

Cogí un tentáculo, me coloqué bien y miré hacia el techo con nerviosismo rezando para que GOLEM no se interpusiera en nuestra ruta de fuga.

No llegué a percibir la onda sónica que la transhumana emitió con la boca abierta, pero el árbol de aféresis sí, desde luego, y no le gustó nada. Unos segundos después, los cefalópodos comenzaron a despertarse y a caer de sus ramas como gatos borrachos.

Arrastré a Oscar hasta el cazatransporte y ambos nos sujetamos fuerte a la plataforma bajo dos G de gravedad cuando el vehículo transhumano salió volando del

laboratorio de GOLEM.

Gozar de las alegrías ajenas y sufrir con los demás: esos son los mejores consejos para el hombre.

ALBERT EINSTEIN

El aire frío de la noche me golpeó en la cara.

Volábamos sobre agua. A lo lejos, distinguí una pequeña isla en la región sudoriental del cráter del impacto. Era donde GOLEM había construido su laboratorio de genética, separado de la Ciudad Santa por veinte kilómetros de lago.

Me vino a la mente mi última conversación con el clon pelicorto de Andria, y reactivé el MBF para que me la reprodujera:

«NADIE PUEDE VER AL ENTE CREADOR. SENTIMOS SU PRESENCIA CUANDO REGRESA AL TEMPLO. OÍMOS SUS MANDAMIENTOS SUSURRADOS EN NUESTRAS CABEZAS».

Era lógico que GOLEM mantuviera el laboratorio aislado de sus creaciones; el concepto de ser sobrenatural que poseían los clones de Andria, Lara, Bella y Monique no encajaba con la imagen de una esfera de tres metros que revoloteaba por la Ciudad Santa.

Era la última parte de la afirmación de Andria lo que me preocupaba.

Si GOLEM podía susurrar pensamientos en las cabezas de sus creaciones, probablemente también pudiera localizar a los miembros de su rebaño.

De repente, la fuga me pareció demasiado fácil.

«MBF, pásale las coordenadas GPS de la dolina a Andria. Pídele que nos lleve hasta allí lo más rápido posible. Y controla la trayectoria... Avísame enseguida si ves que se desvía lo más mínimo».

La máquina transhumana viró bruscamente hacia el sudoeste y el bandazo hizo que Oscar se agitara.

—Tranquilo, amigo, nos vamos a casa.

El cefalópodo tenía dificultades para respirar y los agonizantes jadeos de su órgano respiratorio sonaban como la bocina de un coche antiguo.

Le apreté un tentáculo y mi mano quedó inmediatamente cubierta de puntitos de sangre caliente.

«MBF, ¿qué le pasa?, ¿cómo puedo ayudarle?».

SE PRECISA UN ANÁLISIS. PRUEBA LA SANGRE DE OSCAR.

Dudé un momento, pero finalmente me decidí y lamí una gota de uno de mis dedos.

EL APARATO DE AFÉRESIS HA REDUCIDO EL NÚMERO DE GLÓBULOS ROJOS DE OSCAR HASTA NIVELES PELIGROSAMENTE BAJOS. SI NO RECIBE PRONTO UNA TRANSFUSIÓN DE SANGRE, MORIRÁ DE ANEMIA.

«¿Cuánto tiempo nos queda antes de que se ahogue?».

TREINTA Y SIETE MINUTOS.

«Dios mío... ¿A qué distancia estamos de la colonia cefalópoda?».

SIGUIENDO ESTE RUMBO Y A LA MISMA VELOCIDAD: VEINTINUEVE MINUTOS, TREINTA Y CUATRO SEGUNDOS. SIN EMBARGO, EL DISPOSITIVO DE PEM IMPIDE QUE EL CAZATRANSPORTE ENTRE EN EL CRÁTER, LO QUE AÑADE ENTRE DIECISIETE Y VEINTICUATRO MINUTOS, LOS NECESARIOS PARA DESCENDER HASTA EL FONDO DEL CRÁTER Y ACCEDER A LA COLONIA. TAMPOCO HAY PRUEBAS DE QUE LOS CEFALÓPEDOS TENGAN EL INSTRUMENTAL MÉDICO NECESARIO PARA LLEVAR A CABO UNA TRANSFUSIÓN SANGUÍNEA.

«¿Y la sala de operaciones de *Oceanus*? Allí sí hay todo lo necesario. Solo necesitaríamos encontrar un donante cefalópodo compatible».

ROBERT EISENBRAUN Y OSCAR TIENEN EL MISMO TIPO DE SANGRE, O NEGATIVO. ROBERT EISENBRAUN ES UN DONANTE COMPATIBLE.

«¿Cómo es posible? Somos dos especies completamente distintas. Y la sangre de pulpo es azul».

NEGATIVO. LA SANGRE DE PULPO ACUÁTICO CONTIENE UNA PROTEÍNA RICA EN COBRE, LA HEMOCIANINA, RESPONSABLE DEL TONO AZULADO DE LA SANGRE DE TODOS LOS MOLUSCOS. EL CEFALÓPEDO DE TIERRA NO DISPONE DE AGALLAS. COMO TODOS LOS SERES QUE RESPIRAN AIRE, SUS GLÓBULOS ROJOS UTILIZAN LA HEMOGLOBINA PARA TRANSPORTAR EL OXÍGENO POR LA SANGRE. POR TANTO, ROBERT EISENBRAUN ES UN DONANTE COMPATIBLE.

Veintiséis minutos más tarde, el cazatransporte llegó a la playa donde yo había quedado varado varias semanas antes y aterrizó al lado de *Oceanus*. Eran las cuatro de la mañana y la arena estaba repleta de unos veloces crustáceos tan grandes como sartenes. Abrazando a Oscar contra mi pecho, me lancé hacia las puertas herméticas de la cámara de egresión mientras aquellos demonios con pinzas trataban de atrapar los tentáculos que mi compañero arrastraba por el suelo.

El MBF me guio hasta la escalera de mano que llevaba a la cubierta intermedia mientras iba haciendo la cuenta atrás de los minutos de vida que le quedaban a mi amigo. Oscar había empezado a tener convulsiones; su respiración era apenas un resuello dolorido. Y entonces me di cuenta alarmado de que tal vez aquel ruido atrajese a las abejas.

CUATRO MINUTOS...

Encontré el laboratorio quirúrgico, pasé a toda prisa ante las hileras de camas criogénicas y deposité a Oscar en el suelo, junto a una de las camillas.

TRES MINUTOS...

Guiado por el MBF, busqué en los armarios el material necesario para la transfusión: paquetes sellados de tubos intravenosos y jeringas. Rasgué el envoltorio

de plástico, saqué un tubo y le coloqué agujas en ambos extremos.

DOS MINUTOS...

Oscar ya no respiraba. Me incliné sobre el cefalópodo inconsciente, le cogí un tentáculo, aparté el pelo y busqué algo que se pareciera remotamente a una vena. Al no encontrar ninguna, empecé a pinchar en la carne aquí y allá intentando que saliera sangre.

UN MINUTO.

Probé con una de las ventosas y, aliviado, vi subir por el tubito un poco de líquido azul. Rápidamente, me subí la manga izquierda, me busqué una vena nudosa en el antebrazo e introduje en ella la otra aguja para sacarme sangre. Con la jeringa en horizontal, empecé a abrir y cerrar el puño al tiempo que me tumbaba en la mesa de operaciones. Dejé a Oscar en el suelo y confié en que la fuerza de la gravedad hiciera el resto.

Inclinado sobre el borde de la mesa, vi que mi sangre recorría rápidamente el tubo y empujaba la de Oscar hacia el interior de su vaso sanguíneo.

«MBF, aumenta mi pulso a ciento sesenta pulsaciones por minuto».

Volví a tumbarme y contemplé los oscuros recovecos del techo reconstruido sobre mi cabeza; sentí los latidos en la garganta al recordar la imagen de los espantosos esqueletos acumulados en el desván de GOLEM.

En un momento dado, cerré los ojos...

Las cosas no son lo que parecen: tampoco son de otra forma.

Surangama Sutra

Cuando abrí los ojos, el techo que albergaba el museo de los horrores de mi invento había sido sustituido por unas temblorosas ondas de color dorado que se reflejaban en un techo de roca lisa.

Me incorporé, desorientado. El laboratorio quirúrgico se había transformado en una cueva, y la mesa de operaciones en un lecho de aterciopeladas hojas de espinaca, cada una de ellas tan grande como una balsa.

—El soñador está despertando.

Dharma me saludó desde una pequeña piscina de agua mineral de cuya superficie escapaban nubecillas de vapor.

—¿Cómo he llegado aquí? ¿Y Oscar...? ¡Uau!

Al intentar ponerme en pie, sentí vértigo y tuve que tumbarme de nuevo en la cama de espinacas.

Dharma salió de la piscina con el cuerpo desnudo, sedoso, mojado y seductor. Tras arrodillarse junto a mí, me cogió la mano y empezó a masajearme el dorso del dedo pulgar.

—Oscar está vivo. La transfusión le salvó la vida, pero a ti estuvo a punto de matarte. Oscar consiguió revertir el flujo del tubo y ahora ambos lleváis sangre del otro. Yo pienso que fue el karma, ¿tú no?

—¿El karma? ¿Qué tiene que ver el karma en que ahora comparta mi sangre con un pulpo?

—Ven conmigo a las aguas termales y te lo explicaré. Tenemos que hablar de muchas cosas.

—Antes necesito comer. Estoy muy débil. Me siento como si no hubiera comido desde hace días.

—Porque así es. Llevas casi setenta y dos horas inconsciente.

Me ayudó a quitarme la sudadera y luego me rodeó la cintura con un brazo para conducirme hasta el borde de la humeante piscina geotermal. Me metí en el agua poco a poco. El baño caliente con agua de eucalipto me sentó de maravilla; la fatiga que sentía desapareció, al igual que la neblina que me empañaba el cerebro.

Dharma me dejó allí y se marchó; la perdí de vista cuando dobló una esquina. Al cabo de un rato volvió con una fuente de cristal pulido que contenía frutas y verduras de aspecto exótico. Me pasó una copa escarchada hecha de un mineral de color turquesa que cambiaba de tono con los reflejos de la luz. Dentro había un caldo viscoso y espeso.

—Tómatela; es una sopa de bayas silvestres, leche de cabra y nueces.

Apuré el líquido caliente mientras ella arrancaba de un racimo lo que me pareció un plátano en miniatura de color rojo claro. Cuando lo peló, vi que la carne de dentro era violeta.

—Pruébalo, está exquisito.

Le pasé la copa vacía y me llevé el fruto a la boca. Mis papilas gustativas registraron una explosión de sabor a melocotón y kiwi. Me comí otros tres y luego, señalando la fuente y la copa, le pregunté:

—¿De dónde las has sacado? No recuerdo haberlas visto a bordo de *Oceanus*. ¿Eran tuyas?

—Lo creas o no, son obra de los cefalópodos. Que no te engañe la apariencia de esas criaturas, son unos artistas y artesanos increíbles, agricultores y botánicos, astrónomos e ingenieros de un nivel superior al nuestro. Aún más, cuando uno de ellos consigue dominar una técnica o un arte en concreto, comparte su saber con todos sus congéneres por igual. Si uno de ellos descubre un método mejor de cultivar la tierra, antes de la siguiente reunión cefalópoda toda la colonia habrá adquirido no solo ese conocimiento técnico, sino la habilidad física para alcanzar los mismos resultados, incluso aunque no haya experimentado la acción todavía. Tú has enseñado a Oscar a realizar una transfusión de donante a paciente; ahora todos los miembros adultos y algunos jóvenes de la colonia son capaces de llevar a cabo esa tarea a la perfección, aunque en realidad puede que nunca lleguen a utilizar el procedimiento.

—¿Cómo es posible?

—Todo está relacionado con la forma en que se comunican estos seres. No es solo energía cognitiva, Ike. Mientras que los humanos almacenamos información en el cerebro, los cefalópodos descargan y guardan la información en una extensísima red de neuronas que pasa por cada uno de sus tentáculos. Cuando enlazan los tentáculos entre ellos, no se están transmitiendo únicamente el conocimiento adquirido, sino también la memoria muscular que acompaña a esa tarea en concreto. Imagínatelo: es como tener toda una comunidad de Picassos cuyos miembros son además escultores, granjeros y médicos con el mismo talento para todo. Si bien eso explica ciertas funciones fisiológicas, lo que realmente hace que funcione toda la dinámica y, en definitiva, los convierte en una especie diferente de la nuestra es su sentido innato de la comunidad. Dado que todos los conocimientos, teóricos o prácticos, son compartidos de manera instintiva con toda la colonia, no existen individuos agresivos que traten de destacar por encima del resto del rebaño, no existen guerras de clases ni división entre ricos y pobres, no existen las sectas religiosas ni las camarillas políticas. La igualdad permite que todos los miembros de la colonia prosperen.

—¿Me estás diciendo que no tienen líderes?

—Algunos individuos como tu amigo Oscar, que impresionan más físicamente, aceptan asumir ciertas responsabilidades extra, pero solo porque el tamaño determina la fuerza de la señal de sus transmisiones de energía cognitiva. Aparte de eso, el

grupo se mueve, se alimenta y toma decisiones conforme a la voluntad de la mayoría. Los cefalópodos viven en lo que sería una democracia innata decididamente en armonía con la naturaleza. —Dharma sonrió—. Como puedes comprobar, he aprendido mucho mientras estabas ausente persiguiendo a tus damas.

—¿Cómo lo has sabido?

—Oscar compartió tus recuerdos con nosotros. En serio, Ike, ¿es que tu necedad no conoce límites?

—Amaba a Andria... No podía dejarla sin más. Además, necesitaba descubrir la verdad. Y la verdad es que GOLEM se ha vuelto loco. Persigue a los cefas con el fin de extraerles el ADN; la supercomputadora lo necesita como elemento base unificador para crear, sirviéndose de la ingeniería genética, una miscelánea de híbridos transhumanos. Están masacrando a los cefalópodos, Dharma... y todo por sus genes.

—El mal se cuela en todas partes; no siempre podemos ver el panorama completo.

—Yo sí. GOLEM pretende crear millones de clones monstruosos y utilizarlos para sembrar el universo. Debemos impedirlo; somos responsables de ello ante las razas futuras.

—Ike, ¿sabes por qué un cefalópodo nunca reacciona con ira? Porque ha aprendido que el cerebro deja de pensar cuando la mente se enfurece. Lo mismo puede decirse de los humanos. Debes aprender a controlar tu ira.

Estaba empezando a cabrearme.

—Dharma, ¿no fuiste tú quien dijo que había que detener a los hijos de GOLEM? ¿Acaso no estoy aquí por eso? ¿No es ese mi karma?

—El karma es un reflejo de las vidas pasadas. Y aunque es cierto que todo sucede por algún motivo, el karma, como la existencia misma, se manifiesta en una relación de causa y efecto.

—¿De verdad? ¿Y qué pasa con el asteroide? ¿Dónde está la relación causa y efecto?

—Te será difícil aceptar esta respuesta, pero sí la hubo. ¿Recuerdas cuando te hablé del campo electromagnético que genera el corazón humano? Esos campos pueden ser positivos o negativos. Ahora piensa en la Tierra como en una red de energía; su propio campo magnético, que surge del núcleo del planeta, se ve afectado por el equilibrio de esos miles de millones de impulsos electromagnéticos. Cuando la sociedad humana floreció, la red permaneció estable y el núcleo magnético fluyó, libre de perturbaciones sísmicas. Cuando la humanidad se dejaba arrastrar por las guerras u otras conductas negativas, el núcleo se veía afectado y ocurrían catástrofes, tanto naturales como provocadas por el hombre. Diez años antes de la Gran Mortandad, el mundo estaba envuelto en dos guerras, y la tercera se avecinaba mientras los bancos y las empresas se lanzaban a una codicia desenfrenada que dejó sin empleo y sin casa a millones de familias. Todo ello coincidió con erupciones

volcánicas, terremotos y tsunamis... y finalmente la Gran Mortandad. Los mayas y otras culturas antiguas comprendían muy bien esta relación causa y efecto y nos advirtieron del destino apocalíptico que nosotros mismos terminaríamos por forjarnos. ¿O acaso crees sinceramente que la Gran Mortandad se debió tan solo a que el hombre moderno se quedó sin petróleo?

—Sigues sin explicar por qué el asteroide se estrelló contra la Luna cuando todos los astrónomos pronosticaron que pasaría de largo.

—La trayectoria del asteroide se vio alterada: ahí tienes el efecto. ¿La causa? Nuestro dolor, nuestra ira y nuestra rabia al vernos obligados a presenciar la muerte de nuestros seres queridos en la Gran Mortandad. Perecieron cuatro mil millones de personas. Multiplica la ira de tu corazón por la población del planeta durante aquella época tenebrosa y luego calcula las desviaciones electromagnéticas necesarias para alterar la trayectoria del asteroide lo suficiente para que impactara contra la Luna.

—Una teoría muy interesante, Dharma, en serio; pero no me la creo.

—La negación es un rasgo del espíritu del Fantasma Hambriento. Viene de la rabia alimentada por tus vidas pasadas. Permanece alojada en un vacío interno que nunca puede llenarse.

—En eso quizá estés equivocada. A lo mejor puedo llenar ese vacío salvando a los cefalópodos de la aniquilación.

—Ya te lo he dicho otras veces, nunca alcanzarás la iluminación mediante la ira.

—A lo que tú llamas iluminación yo lo llamo búsqueda de la justicia.

—Debes elegir entre justicia y felicidad. No puedes conseguir ambas cosas.

Me volví al notar la presencia del enorme cefalópodo incluso antes de que entrara en aquella parte de la cueva.

Revitalizado con mi sangre, Oscar volvía a ser un animal imponente. Se acercó a la piscina, se metió en las aguas termales y extendió dos de sus poderosos tentáculos para colocar una ventosa sobre mi plexo solar y otra sobre el de Dharma.

Me concentré en mis pensamientos y saludé a mi amigo:

«Me alegro de verte».

Nada. Ni siquiera un sencillo «gracias».

«¿ESPERABAS GRATITUD?».

«O sea que sí puedes oírme. En cuanto a eso de la gratitud, estuviste a menos de un minuto de palmarla. Yo te salvé la vida. Sí, claro, tú me has salvado un montón de...».

«ABANDONASTE LA COLONIA. TUS ACTOS ENMUDECIERON SEIS VOCES».

«¿Seis voces? Dharma, ¿tú lo entiendes?».

«Los cefalópodos veneran todo corazón que late como una voz del Espíritu Santo. Cuando el clon de Andria mató a los compañeros de Oscar, lo hizo deshonrosamente y enmudeció sus voces».

«Lo siento. Al ver a la mujer..., la voz a la que yo una vez estuve vinculado..., me confundí. Oscar, ¿tú sabes de dónde venimos Dharma y yo?».

«VENÍS DEL ANTES».

«Sí, supongo que es así. Que despertásemos en vuestro mundo fue... algo accidental».

«NO. LA LUZ QUE PRECEDE A LA LUNA DEL RENACER RECLAMÓ QUE MI VOZ DESPERTARA AL QUE DUERME».

Miré a Dharma.

—Por lo que he deducido, la Luna del Renacer es un fenómeno muy infrecuente, un acontecimiento espiritual entre los cefalópodos que dará paso a mil años de paz y prosperidad. Tu despertar estaba previsto para la última luna llena antes del Renacer, y el fenómeno debería tener lugar mañana por la noche.

—Dharma, ¿y cómo va a impedir la Luna que la máquina que programé hace doce millones de años extermine sistemáticamente a los cefalópodos?

Me volví a Oscar.

«En mi cabeza hay una voz que me dice que tal vez podamos fabricar un arma capaz de destruir a GOLEM utilizando el material que hay a bordo de *Oceanus*. Si la próxima luna llena es realmente mañana por la noche, entonces hay que darse prisa o subirá la marea y volverá a arrastrar la nave mar adentro. Voy a necesitar tu ayuda».

«LA COLONIA DECIDIRÁ».

El hombre no será libre hasta que el último rey sea estrangulado con los intestinos del último sacerdote.

DENIS DIDEROT

La alarma interna del MBF me hizo abrir los ojos. Estaba pegado a la espalda de Dharma, los dos acurrucados y desnudos, emparedados entre hojas gigantes de espinaca. Me quedé allí tumbado un rato, disfrutando del calor corporal que compartíamos, unidos por nuestro lugar en la historia: los dos últimos seres humanos sobre la Tierra.

¿Eran humanos los clones de GOLEM? Para mí eran carne animada, seres programados para cazar y matar, para tener hijos que no lloraban y que no podían procrear. Esa última tarea la llevaba a cabo una máquina en un laboratorio: un ordenador implantaba sus óvulos de diseño en las incubadoras y los fetos se alimentaban por medio de una placenta artificial hasta que estaban listos para gatear. Eran híbridos humanos que nunca amarían ni serían amados, que jamás experimentarían la confusión y los deseos de la adolescencia, ni los retos y triunfos de la edad adulta. La suya era una existencia desprovista de la sombra de su propia mortalidad. Eran animales engendrados para obedecer las órdenes de su amo, y su lugar en el mundo estaba garantizado por mi propia «norma fundamental», que había rescatado los esbozos genéticos de su especie a expensas de otra.

No obstante, pese a haber sido perseguidos y masacrados casi hasta la extinción, los cefalópodos se negaban a odiar a su enemigo o rebelarse contra él. Después de reunirse la noche anterior, la colonia cefalópoda había acordado que Oscar nos acompañaría para ayudarnos a preparar un arma con la que deshacerse del «ente GOLEM» siempre y cuando la raza transhumana no sufriera el menor daño. Por más que lo intenté, no pude transmitir a aquellas criaturas tan generosas como simples que, aun con GOLEM desaparecido, era muy probable que los humanos continuaran persiguiendo a los cefalópodos por la mera fuerza de la costumbre. En un momento dado, les provoqué una confusión todavía mayor al contarles la historia del escorpión y la rana: la rana se ofrecía a llevar sobre el lomo a su enemigo hasta el otro lado del arroyo, pero el escorpión, aun sabiendo que al hacerlo perecería ahogado, le clavaba el aguijón envenenado, simplemente porque esa es la naturaleza de los escorpiones.

Comprendí que los cefalópodos no hubieran captado la moraleja de la fábula cuando me enteré de que, en aquel período de la historia, las ranas comían escorpiones.

Sí, y la naturaleza de los cefalópodos es dejarse matar.

El paralelismo con el Holocausto me enfureció.

Y luego estaba Dharma. En cuanto a belleza, era menos exótica que Andria, y sin embargo me sentía atraído por ella de una manera más profunda, de una forma que me resultaba cautivadora y, al mismo tiempo, a veces fastidiosa, porque Dharma nunca se privaba de «meter el dedo en la llaga».

¿Iba a hacer ella el papel de Eva si el mío era el de Adán? Ya había caído en aquella trampa mental en la granja. Naturalmente, yo entonces estaba convencido de que me encontraba en medio de un sueño Omega, pero, tras comprender que estaba despierto, me parecía imposible albergar cualquier esperanza de llevar una vida normal mientras existieran GOLEM y sus creaciones.

¿Existía siquiera la posibilidad de que Dharma y yo lleváramos una vida en paz hasta el fin de nuestros días? La verdad era que dudaba mucho de que GOLEM pudiera ser destruido mediante cualquier combinación de los materiales encontrados en *Oceanus*.

Así pues, ¿para qué arriesgarme, o arriesgarnos, a entrar en la esfera medio destrozada?

La respuesta era tan simple como aterradora. GOLEM era omnipotente. La máquina, impulsada por el bucle de su propio ego, no nos permitiría vivir. Pero tampoco morir. Enviaría a sus huestes a capturarnos y luego nos torturaría a perpetuidad porque aquella era su naturaleza. Y ahí estaba el verdadero motivo de que fuera a regresar a *Oceanus*: no para fabricar un arma capaz de provocar un cortocircuito en la supercomputadora, sino para encontrar una manera rápida, pero humana, de poner fin a nuestras vidas.

Pensé en el *Titanic*. Mientras las mujeres y los niños subían a los botes salvavidas y los hombres pugnaban por mantener la cabeza fuera del agua helada el mayor tiempo posible, algunas parejas habían encarado la muerte abrazándose en la cama por última vez, incluso cuando el agua empezó a inundar sus camarotes.

Aquel pensamiento me entristeció. Pasé el antebrazo entre los pechos de Dharma, la acerqué aún más a mí y pegué la nariz a su nuca. Ella respondió frotándose la ingle con las nalgas e hicimos el amor tal vez por última vez: éramos los dos últimos humanos sobre la Tierra.

Tardamos casi tres horas en salir de la cueva por el oeste. Oscar se ocupó de la tarea más dura: cargar con dos cestos hechos con frondas de grama de agua, cañizo y corteza de platanero. En uno de ellos, que era rígido y con forma de botella, llevábamos varios litros de agua; en el otro, más grande y tejido de manera que el aire pudiera circular para mantener los alimentos frescos pero que impidiese la entrada de insectos, llevábamos la comida. Eran unos cestos bonitos, impermeables y muy duraderos; los cefalópodos habían superado la técnica de los expertos zulúes.

Dharma hizo que me fijara en los intrincados dibujos hechos con tinte color esmeralda (fabricado a base de excrementos fermentados) que rodeaban a una

distorsionada figura de color rojo suave con la que el artista había querido representar la Luna.

—Según los cefalópodos, esto es lo que sucederá mañana por la noche cuando la Luna pase sobre el Polo Sur. No es que nos aclare muchas cosas...

—El MBF ha determinado la órbita lunar basándose en la longitud del ciclo de la Luna. Lo de esta noche es una luna llena de perigeo, es decir, que la parte cercana se aproximará a la Tierra unos 20 800 kilómetros más de lo habitual, de forma que se verá todavía más grande y brillante. En cuanto a esos dibujos verdes del cesto, no tengo la menor idea de qué son. Yo diría que parecen una explosión nuclear.

Aquello hizo que Dharma me agarrara de la muñeca.

—Ike, ¿tú crees que el MBF quiere utilizar el plutonio que hay en el reactor de *Oceanus* para fabricar una bomba nuclear?

Sin darme tiempo a responder, mi biochip me interrumpió internamente:

FABRICAR UN ARMA NUCLEAR NO ES FACTIBLE. EL PROCESO DE DIVISIÓN DE ÁTOMOS PARA GENERAR UNA REACCIÓN NUCLEAR EN CADENA REQUIERE PLUTONIO-239, UN ISÓTOPO CON UNA VIDA MEDIA DE 24 100 AÑOS. EL PLUTONIO-239 DEL REACTOR QUE HAY A BORDO DE *OCEANUS* DEJÓ DE IRRADIAR CALOR HACE DOCE MILLONES CIENTO OCHENTA Y CINCO MIL QUINIENTOS SETENTA Y SEIS AÑOS.

—Por lo visto, el plutonio de *Oceanus* perdió la fuerza hace mucho tiempo.

Oscar nos estaba esperando en el tobogán, una bajada de sesenta grados de inclinación y trescientos metros de longitud hasta la playa. El cefalópodo nos agarró con un par de sus poderosos tentáculos a cada uno e inició el descenso a saltos controlados, utilizándonos a Dharma y a mí como contrapeso de las dos cestas.

A mitad de camino notamos que aumentaba la fuerza del viento, y para cuando pusimos el pie en la arena se había levantado un vendaval en toda regla. Entre grandes rocas, salimos de la estrecha caverna a la luz del día, y lo primero que vimos fue un siniestro cielo gris y una extensión de playa casi interminable y salpicada de hoyos. Eran fáciles de evitar, porque solo había entre cuatro y seis aleatoriamente situados cada media hectárea.

A lo lejos, como a un kilómetro y medio hacia el noroeste, se divisaba *Oceanus*.

Los apéndices oculares de Oscar analizaron el desierto que se extendía ante nosotros como si fuera un explorador indio reconociendo el terreno. Algo debió de inquietarlo, porque titubeó. Luego se situó entre Dharma y yo, y nos pusimos en camino, con las ventosas de sus tentáculos siempre en contacto con nuestras respectivas muñecas como si la criatura fuera nuestro padre.

No necesité dar más de ocho pasos para registrar lo que Oscar debía de haber notado, una carga de electricidad estática en el aire que me puso el vello del brazo de punta. El cefalópodo tenía el pelaje completamente erizado, y de la sedosa melena de Dharma salían chispas... al igual que ocurría en aquel cielo cada vez más oscuro, que destellaba con relámpagos verdes.

Cincuenta metros más adelante, un embudo de arena color té se alzó

repentinamente hacia el cielo enturbiado, un diminuto tornado que se dispersó al cabo de veinte segundos. Otras dos columnas de tierra brotaron a nuestra izquierda, lo que nos hizo correr en la dirección contraria; la madre naturaleza se había vuelto loca, aquello parecía una partida de ping-pong, ¡y nosotros éramos la pelota!

Oí un sonido muy agudo que me recordó al pitido de un tren y, un instante después, Oscar salió disparado hacia lo alto, succionado por un tornado. Dharma se soltó, pero yo seguí agarrado al tentáculo hasta que el embudo me lo arrancó de las manos. El tornado lanzó al confuso cefalópodo diez metros hacia arriba y luego lo expulsó de costado.

Echamos a correr hacia él. Dharma iba en cabeza... y de repente el suelo desapareció bajo mis pies y caí a plomo en una oscuridad gris, quince o veinte metros de descenso hasta que el túnel de arena me detuvo y salí despedido dando volteretas hasta una madriguera horizontal, donde un fuerte hedor me atacó los sentidos; los ojos me picaban como si me hubieran rociado con gas mostaza.

En la penumbra, a unos seis metros de distancia, unas manchas rojas me observaban sin pestañear. Mientras mis ojos llorosos se habituaban a la semioscuridad, vi que lo que parecían ser un par de pinzas de un metro veinte de largo se alzaban desde un cuerpo tan grande como un tanque. Los afilados apéndices rasparon la arena del techo, que estaba a casi tres metros de altura.

«Los humanos comían cangrejos; ¿comen humanos los cangrejos gigantes?».

No iba a quedarme allí para averiguarlo.

Me puse de pie y retrocedí hacia el hueco vertical. En mi inútil intento de trepar por él, no conseguí más que sepultarme en la arena fría y húmeda, y mientras lo hacía, mi fastidioso biochip me informó de que la profundidad del hueco era de diecisiete metros.

El crustáceo, que tenía el tamaño de un coche, avanzó de costado sin dejar de observarme con aquella mirada que parecía casi divertida ante mi infructuosa escalada.

Una ensordecedora salva de zampoña hizo retroceder al monstruo.

Oscar me agarró con un tentáculo y trepó pared arriba como alma que lleva el diablo. El cangrejo gigante no tardó en seguirnos con su exoesqueleto azul claro bajo la creciente claridad.

Logramos salir del hoyo y corrimos hacia Dharma, que nos hacía señas cincuenta metros más allá.

Pero los hoyos amplificaban el sonido, y unos cuantos segundos después la playa estaba inundada de crustáceos gigantes que venían a por nosotros desde todas las direcciones.

Y de repente ya no estaban. Aquellos monstruos que parecían salidos de una vieja película de ciencia ficción y que nos tenían rodeados se convirtieron en montoncitos humeantes de carne de cangrejo quemada.

Los tres nos quedamos inmóviles, temerosos de dar un paso en falso. Había

ocurrido sin previo aviso, no había habido ni explosivos ni rayos láser.

El MBF estaba analizando interiormente mi memoria visual. Al cabo de quince segundos, el biochip localizó el arma y la identificó.

UNA RADIOBALIZA. PUNTO DE ORIGEN: DRON. LOCALIZACIÓN: ESTE. ALTITUD: 371 METROS.

Señalé en la dirección que me decía.

—Por ahí arriba hay un dron.

Dharma escudriñó el volátil cielo oriental.

—¿Es de GOLEM?

—Por la reacción de Oscar, yo me inclinaría por los misteriosos Benditos Celestiales que nos cuidan. De todas formas, deberíamos entrar en *Oceanus* antes de que la tormenta nos mande al otro barrio.

Las semanas que había pasado anclado en la playa no le habían sentado nada bien al enorme habitáculo submarino. Sin energía, los compartimentos internos de la nave se habían convertido en estancias sofocantes y sin oxígeno que poco a poco habían dejado seco el arboreto. La buena noticia: las abejas y demás «fauna» estaban muertas. La mala: necesitaríamos mascarillas para respirar en el interior.

La Agencia Espacial de Energía había desarrollado unos aparatos de aire recargables que funcionaban con energía solar. Había varios almacenados en el nivel inferior, pero a Oscar no le valía ninguno.

El cielo encapotado proporcionaba apenas veintidós minutos de aire. Así pues, Dharma tendría que quedarse fuera con el cefalópodo intentando llenar otro tanque mientras yo registraba la nave y veía qué material de la lista funcionaba todavía.

Había treinta y tres maneras distintas de fabricar un arma de pulso electromagnético. El MBF llevaba en sus archivos todos los diseños excepto siete. Nuestro objetivo era sencillo: mientras yo recorría la nave abriendo los paneles de control señalados y metiéndome por los huecos que quedaban entre los distintos niveles, el MBF iría catalogando todo lo que funcionaba hasta completar la lista de elementos necesarios para uno de los diseños del arma. Luego Dharma o yo volveríamos para retirar la pieza en cuestión... Todo eso suponiendo que hubiésemos dado con todo lo necesario para el arma.

Sin que mis dos compañeros lo supiesen, yo me dedicaría también a buscar un arma o algún veneno de acción acelerada que nos permitiera a Dharma y a mí quitarnos la vida de manera expeditiva y poco dolorosa.

Me ajusté la máscara, volví a entrar en *Oceanus* y me dirigí hacia el reactor nuclear, cuya sala de control estaba situada bajo los paneles extraíbles de la cubierta del nivel inferior. Retiré dos pesadas parrillas metálicas y vi una escalera de aluminio que bajaba hacia la negrura. Guiado por mi biochip, me puse a buscar un condensador grande y un tiristor de alto voltaje... sin tener ni idea de qué podría ser

aquello. El MBF sí lo sabía, y cotejando los planos de la nave, me condujo hasta el panel de control apropiado, cosa nada fácil en aquella oscuridad absoluta.

Y entonces se hizo la luz.

Dos puntitos blancos, luminiscentes, brillaron delante de mí como luciérnagas... ¡ampliándose hasta completar las imágenes holográficas de un hombre y una mujer! Ambos humanos tenían el cabello oscuro y la piel clara, y rondaban los cuarenta y pico. Llevaban unas mallas negras idénticas que parecían recibir la energía de un objeto del tamaño de una moneda que irradiaba una luz suave a lo largo de sus respectivos esternones.

El hombre habló y no pude distinguir en sus palabras ningún acento reconocible.

—Doctor Robert Eisenbraun, es un verdadero milagro que por fin podamos comunicarnos con usted.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde están? ¿Y cómo demonios saben cómo me llamo?

—Me parece que ya conoce esas respuestas —dijo la mujer—. Lo que quiere son los detalles. Por ejemplo, sabe que somos descendientes de los supervivientes de la Colonia Alfa, concretamente del equipo internacional al que enviaron a analizar las muestras de suelo lunar recogidas por GOLEM en 2028. Lo que realmente le interesa saber es cómo sobrevivimos y cómo hemos evolucionado a lo largo de los últimos doce millones y pico de años. La respuesta, y seré breve para no agotar el poco aire que le queda, es que el asteroide colisionó contra un cuadrante de la Luna diferente de aquel en que se encontraba la colonia Alfa. Pese a ello, como podrá imaginarse, las consecuencias fueron catastróficas. Nuestros supervivientes, obligados a vivir en cavernas subterráneas, descubrieron que el calor interno generado por la colisión había derretido los depósitos de hielo, lo que proporcionó a los científicos agua, aire y energía para cultivar las semillas que GOLEM había dispuesto que se llevasen a bordo.

—¿El ordenador dispuso que se llevaran semillas a bordo? ¿Por qué?

—Debido a su protocolo —intervino el hombre—. GOLEM dotó a nuestras naves de transporte con lo necesario para sobrevivir y, al mismo tiempo, la inteligencia artificial impidió que regresáramos a la Tierra.

—Pero ¿cómo? Si tenían las lanzaderas...

—La tormenta de fuego inutilizó los vehículos.

—Aun así, sus descendientes representaban un conjunto de las mentes más brillantes del planeta. ¿Me está diciendo que, después de sobrevivir durante millones de años, los habitantes de la Colonia Alfa han sido incapaces de encontrar el modo de volver a la Tierra?

—Tenían los medios —dijo la mujer—, pero transcurrieron cientos de miles de años antes de que los desechos atmosféricos se redujeran lo suficiente para que los rayos solares alcanzaran de nuevo la Tierra y permitieran la fotosíntesis. Para entonces, la exposición prolongada a una gravedad seis veces menor que la de la

Tierra había alterado de forma permanente el ADN de los miembros de la colonia, lo cual conllevó adaptaciones fisiológicas que, con el paso de los eones, nos han impedido volver al planeta. Hace poco hemos descubierto un remedio para ese problema y estamos preparándonos para recolonizar la Tierra... pero eso depende del éxito de su misión, doctor.

—¿A qué misión se refiere?

—A la destrucción de GOLEM, así como de las colmenas del ordenador. Y esto debe producirse antes del acontecimiento cósmico de mañana..., antes de que la inteligencia artificial esparza su semilla más allá del subcontinente.

—No lo entiendo. ¿Por qué no destruyen ustedes a GOLEM? Su dron se cargó al cocodrilo gigante, y tampoco lo han hecho nada mal con los cangrejos.

—El cráter de GOLEM está protegido por un impenetrable sistema de detección por radar. Si nuestros drones se acercan a cincuenta kilómetros de él, los destruye.

Comprobé el aire que me quedaba: solo para seis minutos.

—Si no pueden acercarse ustedes, ¿cómo voy a hacerlo yo?

—El aerodeslizador transhumano creado a partir del código genético de su novia sigue cerca, a la espera de un nuevo comunicado. Ese mutante podría ser utilizado para transportar el explosivo. Si lo detona sobre el cráter, el dispositivo liberará un pulso electromagnético capaz de provocar un cortocircuito en GOLEM.

—¿Qué dispositivo? Yo no he...

Una grieta de luz blanca se desgajó de la proyección holográfica del hombre e iluminó una bombona ovalada de treinta por setenta y cinco centímetros colocada sobre un panel de control.

—Debe ordenar al aerodeslizador que vuele a una altitud de veinte mil pies y a una velocidad de 115 kilómetros por hora. Ponga rumbo al este hacia la Ciudad Santa. En cuanto sobrevuele el borde occidental del cráter, pulse dos veces el interruptor de control para activar el dispositivo. Cuente ocho segundos y haga caer el artefacto por el costado; luego ordene al aerodeslizador que dé media vuelta y efectúe un rápido descenso hasta los trescientos pies. La onda expansiva quedará concentrada en el interior del cráter e incinerará al ordenador y toda su prole.

—Un momento, ¿qué onda expansiva? ¿No han dicho que era un pulso electromagnético?

—Doctor Eisenbraun, lo que está usted viendo es una bomba atómica de quince kilotones; lleva una carga similar a la que se lanzó sobre Hiroshima. El plutonio necesario se rescató del reactor de *Oceanus*.

—¿Y cómo han recargado el plutonio? Bah, no importa. Seguro que en estos últimos doce millones de años habrán conseguido cosas mucho más espectaculares. Pero hay un problema con lo de bombardear la Ciudad Santa: los cefalópodos quieren indultar a los clones.

—Son unas criaturas singulares —dijo el hombre—. Sin embargo, no alcanzan a asimilar los peligros que supondría dejar a sus amos con vida.

AVISO: QUEDAN MENOS DE DOS MINUTOS DE AIRE DENTRO DEL TANQUE.

—Doctor Eisenbraun, tenemos mucho de que hablar. El fenómeno lunar de mañana por la noche nos permitirá traerlos a los dos, a usted y a Dharma Yuan, a la Colonia Alfa para informarles personalmente. Por ahora, es de vital importancia que coja ese explosivo y abandone el habitáculo antes de que pierda el conocimiento.

Aún tenía miles de preguntas que hacer, pero tendrían que esperar. Agarré aquella cápsula de plomo de veinticinco kilos con los dos brazos y empecé a subir con dificultad por la escalera de aluminio. Notaba el cerebro enturbiado y, para cuando llegué al pasadizo de egresión y salí a la luz del día, todo me daba vueltas. Me dejé caer de rodillas, deposité el explosivo con cuidado en la arena y me arranqué la asfixiante máscara en el momento en que Dharma acudía corriendo a mi lado.

Si quiere sobrevivir, la humanidad va a necesitar una manera de pensar sustancialmente diferente.

ALBERT EINSTEIN

La tormenta eléctrica había pasado mientras yo estaba dentro de la nave. Oscar había aprovechado el momento de calma atmosférica para tratar de localizar sus cestas de provisiones. A solas con Dharma, la informé rápidamente de mi contacto con la Colonia Alfa, agradecido de que nuestro amigo cefalópodo no estuviera presente para preguntar qué había en el artefacto que había depositado en el suelo ante nosotros.

—Ike, eres consciente de que eliminar a GOLEM recurriendo a un arma nuclear viola nuestro acuerdo con los cefalópodos, ¿verdad? Dejaron claro que los clones debían sobrevivir.

—Yo no he trazado la estrategia, Dharma. Ahora mismo es lo único que tenemos.

—Entonces explora el resto de la nave. Haz que el MBF busque otra alternativa.

—¿Y si esta es la mejor opción?

—¿Desde cuándo el asesinato en masa es la mejor opción?

—Si hubieras visto cómo torturan a los cefas, te darías cuenta de que más bien es un acto de autopreservación.

—Los cefalópodos que quieres preservar no lo ven así.

—Bueno, será que mi misión consiste en velar por sus intereses.

—Estás hablando por boca del Fantasma Hambriento. La ira que experimentaste durante tus vidas anteriores dicta tus actos.

—Yo no recuerdo ninguna de esas vidas. Pero si pudiera retroceder en el tiempo hasta la Segunda Guerra Mundial y eliminar a los nazis antes de que exterminaran a seis millones de judíos, no me lo pensaría dos veces.

Antes de que Dharma pudiera responder, ambos notamos una fuerte reverberación en la arena.

—¿Qué ha sido eso, Ike?

—Un maremoto, el agua que comienza a irrumpir tierra adentro. La cercanía de la Luna hace crecer las olas. Tenemos que buscar un sitio más elevado. Toda esta zona quedará sumergida dentro de muy poco.

Metí la mano en el bolsillo de mi sudadera y apreté el dedo cortado de Andria Transhumana, rezando para que sus neuronas dactilares estuviesen aún lo bastante activas para poder establecer comunicación con ella.

«Andie, soy Ike. Si puedes oírme, cariño, necesitamos tu ayuda. Estamos en *Oceanus*. Intenta llegar hasta nosotros, por favor».

Oscar regresó con la cesta de los víveres. Dharma y yo comimos mientras el

cefalópodo examinaba el pequeño artefacto nuclear aplicando una de sus ventosas al recipiente protector.

Me tocó el brazo para comunicarse conmigo y el MBF tradujo interiormente los pensamientos de la criatura:

«DENTRO ESTÁ CALIENTE. COMO EL SOL».

«Sí», respondí evitando todo contacto visual.

—Explícaselo, Ike. Se trata del futuro de su especie; tiene derecho a dar su opinión.

«Dios, qué pesada puede ser Dharma a veces».

—Oscar, vamos a usar este artefacto para destruir a GOLEM, esa pelota de energía que se hace llamar Ente Creador. Así impediremos que los tuyos sigan siendo perseguidos y asesinados.

«Sí, POR ESO ESTÁS AQUÍ».

Miré a Dharma y, en aquel momento, vi que una ola de más de dos metros de alto remontaba la playa como un muro de espuma verdiazul.

—¡Cuidado!

Oscar fue el primero en reaccionar. Nos agarró a cada uno con un tentáculo y enrolló otro en torno a la bomba para ponernos a resguardo detrás de *Oceanus*. La esfera se bamboleó al recibir el impacto de la ola, pero paró el golpe.

El agua siguió tierra adentro unos doscientos metros más y luego inició la retirada. Oscar previó la resaca y rodeó la esfera hasta colocarnos delante y evitar así la tremenda fuerza de succión.

Cuando el rugido del agua quedó por fin atrás, nos encaminamos hacia el peñasco tratando de evitar los hoyos de cangrejo que borboteaban; las superficies de las charcas que poco a poco iban vaciándose brillaban bajo el cielo cada vez más despejado de la tarde.

Oscar llevaba el artefacto explosivo sujeto con una de sus ventosas, todavía ajeno a su poder destructor. No había tiempo para explicárselo —al cabo de unos minutos llegaría otra ola enorme—, de modo que me concentré en mis pensamientos para analizar por medio del MBF la conversación con los colonos holográficos.

«Pregunta: ¿aquellas proyecciones eran de personas reales o de hologramas con aspecto humano?».

RESPUESTA: DESCONOCIDO.

Un estallido lejano me sacó repentinamente de mi diálogo interior. Los tres nos detuvimos y volvimos la cabeza al unísono para mirar hacia el mar que avanzaba, aunque aún demasiado lejos para verlo bien. A juzgar por el sonido, la ola que venía hacia nosotros medía setenta u ochenta metros en el momento de romper; mi instinto me decía que la fuente del temblor que notábamos bajo los pies nos alcanzaría en cuestión de minutos, pues engullía la playa a cien kilómetros por hora.

Corrimos hacia el perímetro de rocas que rodeaban la base del risco. Meterse en la red de cuevas estaba descartado: para llegar a la Ciudad Santa necesitábamos el

cazatransporte, y por tanto debíamos permanecer en un lugar accesible.

Aquello era como una película mala que se repetía: teníamos que escalar.

Oscar trepó como si nada por las rocas, cargando con nosotros y el artefacto nuclear, y en un momento estábamos a casi cien metros por encima de la playa. Segundos después, una muralla de agua se estrelló contra la base del peñasco con la fuerza de un tren de mercancías y levantó una montaña de espuma que nos dejó empapados como un chaparrón helado. Temblando, Dharma y yo nos abrazamos hasta que el sol de media tarde nos hizo entrar en calor.

Levanté la vista hacia el trayecto que teníamos por delante, una extensión de roca que me había obligado a emplear toda mi fuerza de voluntad para conquistarla. Oscar había bajado el acantilado conmigo unas semanas antes, pero en aquel momento se trataba de subir y, encima, cargando con dos personas y una bomba nuclear.

El cefalópodo se quedó inmóvil sobre una roca, evidentemente agotado tras trepar por aquel primer trecho.

—Dharma, ¿has hecho escalada alguna vez?

Miró hacia arriba y abrió mucho los ojos.

—Tú me enseñarás, ¿verdad?

—Otro día. Hoy no.

Alargué un brazo hasta tocar a Oscar.

«Dharma no sabe escalar. ¿Crees que podrás llevarlos a ella y al aparato hasta arriba?».

El MBF tradujo la respuesta:

OSCAR DICE QUE SÍ. LE PREOCUPA ROBERT EISENBRAUN.

«Dile que yo subiré lo más arriba que pueda, pero que se ponga en marcha. Las olas son cada vez más grandes; la próxima seguramente llegará hasta donde estamos».

El cefalópodo se puso en pie y rodeó a Dharma por la cintura con uno de sus gruesos brazos.

—Ike, espera...

—Tú sube en ascensor. Yo iré por la escalera.

Y allá que fueron. Oscar trepaba pegando las ventosas a las pequeñas grietas de la roca; cada esfuerzo suponía un metro o metro y medio de avance y, cuando se le cansó el apéndice con el que sostenía a Dharma, se vio obligado a añadir un segundo.

Los estuve observando hasta ver que todo iba bien y luego busqué mi primer punto de agarre..., un saliente de pizarra de diez centímetros que no llevaba a ningún sitio y me forzó a retroceder.

LA PRÓXIMA OLA LLEGARÁ DENTRO DE DIECIOCHO MINUTOS.

—¡Cierra el pico!

Estudí la rutas potenciales, me dirigí hacia otra roca y estiré el brazo derecho hasta meter la mano en un hueco... pero fui incapaz de reunir las fuerzas necesarias para izarme a pulso.

«Concéntrate, hombre. Cuentas con Oscar. Tienes que trepar... ¡pero ya!».

Arañándome codos y rodillas contra la roca, logré subir un poco más, con la mirada siempre fija en el trecho de roca que tenía justo encima de la cabeza. Durante varios minutos mantuve una concentración extrema, sin canciones ni música en la cabeza, solo los avisos del MBF.

PRÓXIMA OLA DENTRO DE DOCE MINUTOS.

La pared del acantilado estaba todavía caliente y el sol era un resplandor amarillo en el cielo de poniente. El sudor me corría por la cara, los brazos y las manos, así que a cada momento tenía que secarme las palmas en las perneras del pantalón antes de intentar agarrarme a otro saliente.

PRÓXIMA OLA DENTRO DE SEIS MINUTOS.

«MBF, calcula a qué altura impactará la ola. ¿Cuánto más tengo que escalar para estar a salvo?».

VEINTICUATRO METROS.

El corazón se me salía del pecho. Me metí la mano en el bolsillo y apreté el dedo cortado del vehículo transhumano con fuerza suficiente para sacarle pus.

—Andie, estoy en los riscos. Este sería un momento ideal para que vinieras a recogerme.

Pegué la cara a la roca y reanudé la escalada. Tres resaltos consecutivos me ayudaron a escalar cuatro o cinco ridículos metros. Pensé en recurrir al protocolo Superman, pero combinar una sobredosis de adrenalina con la escalada libre podía resultar un cóctel mortal.

PRÓXIMA OLA DENTRO DE DOS MINUTOS. DOCE METROS Y MEDIO HASTA ZONA SEGURA.

«No lo conseguirás. Tienes que encontrar una fisura..., meter los brazos dentro y agarrarte con fuerza».

Levanté la cabeza para estudiar la roca y descubrí una grieta irregular de apenas cinco centímetros de ancho. Era la única opción, de modo que apoyé la punta del pie izquierdo en un saliente y me alcé poco a poco con los músculos temblorosos.

PRÓXIMA OLA DENTRO DE UN MINUTO.

Apoyé los pies en un muñón de roca irregular y metí ocho dedos unos cinco centímetros dentro de la fisura. Ya sentía la reverberación del avance del mar en la piedra.

TREINTA SEGUNDOS...

No fui capaz de contenerme y volví la cabeza para mirar por encima de mi hombro izquierdo... y casi me caigo.

Más que una ola era un tsunami; unos ciento veinte metros de muralla acuática se acercaban escupiendo espuma con tal furia y velocidad que supe que me aplastaría los huesos contra el peñasco antes de que pudiera morir ahogado.

«Dios, te lo ruego, que sea rápido y sin dolor... Haz que me reúna con mi familia».

Acurrucado contra la pared de pizarra, hiperventilé mi último aliento contra el eco

del rugido del agua... y de pronto me arrancaron los dedos de la fisura y tiraron de mi cuerpo violentamente para sacarlo de su posición.

Tenía los ojos cerrados y tardé unos segundos en comprender que el dolor —una brutal compresión de las axilas hacia la clavícula— lo producía Oscar con sus tentáculos y que el cefalópodo me estaba subiendo por la pared a una velocidad milagrosa.

Bueno, dejémoslo en medio milagrosa.

Al mirar hacia abajo, vislumbré la ola un segundo antes de que se precipitara contra el peñasco lanzando un géiser de espuma y piedrecitas que me alcanzó en plena cara. Momentáneamente cegado, me entregué al abrazo de Oscar, pero un instante después la erupción oceánica nos arrancó a los dos de la pared y su vórtice nos engulló.

Abrí los ojos bajo el agua justo un instante antes de que la pared color café con leche de la roca chocara con mi frente con un ruido sordo... que vino acompañado de la negrura.

Y entonces oí pronunciar mi nombre y el MBF me hizo recuperar la consciencia.

Me desplazaba de espaldas y a toda velocidad por la superficie de un río revuelto, con la cabeza y el pecho protegidos por un tentáculo de pelos erizados y en dirección contraria a los peñascos. Noté que Oscar se esforzaba por mantener nuestras cabezas a flote sirviéndose del resto de sus tentáculos, mientras el mar agresivo tiraba de nosotros hacia el fondo al tiempo que preparaba su siguiente asalto contra la tierra firme.

ANDRIA TRANSHUMANA TE ESTÁ LLAMANDO.

Alcé la vista y distinguí la plataforma volando por encima de nosotros, hacia la izquierda; su piloto biológico intentaba adaptarse a nuestro rumbo y velocidad erráticos mientras descendía. Recuerdo haber pensado que era imposible que Andria nos rescatara, pero de repente un rollo de cuerda salió de un compartimento y Oscar lo atrapó.

La cuerda soportó nuestro peso cuando el cazatransporte nos liberó del mar que ya retrocedía.

Oscar trepó a bordo conmigo a cuestas. Me derrumbé sobre la plataforma y luego, a rastras, me acerqué a la versión mutante de mi novia y comprobé que le faltaba el dedo anular.

—Andie, muchas gracias.

«LA CRIATURA PORTA UN OBJETO. IDENTIFÍCALO, POR FAVOR».

—Es un medio para liberaros de la esclavitud y la razón de que necesitara tu ayuda. Antes de que te explique lo que debemos hacer, tenemos a otro miembro de la tripulación de *Oceanus* en el peñasco. ¿Puedes localizarla?

El cazatransporte viró bruscamente hacia el este y aceleró en dirección al acantilado.

Dharma se encontraba a sesenta metros de la cima, aferrada a un saliente como si

fuera un cachorro abandonado. Estiré los brazos, la agarré y la subí a bordo. Entonces la abracé.

Gran error.

La hembra transhumana, mitad biológica y mitad máquina, seguía compartiendo los recuerdos de Andria Saxon y sus respuestas cognitivas.

Tras arrancarla de mis brazos, la máquina depositó violentamente a Dharma sobre su cubierta y le inmovilizó el cuerpo con 3 G de gravedad.

—Andria, suéltala.

«¿TE HAS ACOSTADO CON ESTA MUJER?».

—Claro que no —mentí, y rápidamente le di instrucciones al MBF para que ajustara mis respuestas biológicas a aquella negativa—. Dharma y el cefalópodo son mis amigos; han venido para ayudarme a liberaros..., a que volváis a sentirnos completos.

Andria Transhumana se volvió hacia mí y me miró con aquellos ojos rojos que escupían rabia y celos. De pronto, me asió la muñeca con la mano derecha y me tomó el pulso; el MBF se apresuró a ralentizar los latidos de mi corazón.

Al cabo de un momento, le cambió la expresión.

«HAS DICHO LA VERDAD».

—Nunca te mentaría. Revisa tus recuerdos de cuando estuviste en *Oceanus*. Busca al capitán Kevin Read. Fuiste tú quien me engañó a mí... pero te perdoné.

Durante varios segundos, sufrió tics en la cabeza mientras intentaba reconciliar las contradicciones entre la vida que ella creía haber vivido y la ambigua existencia que se había visto condenada a llevar.

Para mi sorpresa, vi que el labio inferior le temblaba y que demostraba sentimientos que jamás habría creído posibles en una máquina biológica.

«IKE, ¿PUEDES HACERME HUMANA OTRA VEZ?».

Podría haberle mentado, podría haberle dicho simplemente lo que necesitaba oír y así conseguir que lanzara la bomba, pero, de pronto, para mí había dejado de ser una mutación genética, una semilla cualquiera en una línea de montaje... Era un ser vivo que aspiraba a ser mejor que el retorcido engendro en que la había convertido su Ente Creador.

—Puedo mejorar tu vida, Andie, pero tienes que confiar en mí.

«CONFÍO EN TI».

—Entonces suelta a Dharma y llévanos a la Ciudad Santa. Y, sobre todo, no le digas al Ente Creador que estamos aquí.

Un mono estadounidense, después de haberse emborrachado con brandy, no volvería a probarlo jamás, y por tanto es mucho más sabio que la mayoría de los hombres.

CHARLES DARWIN

Yo había nacido en un mundo intolerante, un mundo donde la naturaleza negativa del hombre —alimentada por el ego humano— había determinado que la codicia era buena, que el odio podía impulsar tanto una campaña política como un medio de comunicación, y que el miedo podía utilizarse para forzar a un país a entrar en guerra. Me había criado en una vorágine de cinismo; a la democracia la habían envenenado los agentes del extremismo, a quienes se les concedía acceso sin restricciones a la puerta trasera del gobierno para que perpetuaran sus propios intereses bajo la supervisión de unos políticos que utilizaban la religión como un cómodo uniforme.

Mi padre había sido mi brújula moral. Aunque no era religioso, era un hombre espiritual que vivía según el mandamiento «Ama a tu prójimo como a ti mismo». En el año 2003 se había mostrado públicamente contrario a la invasión de Irak, lo que hizo que se ganara la etiqueta de traidor; en 2005 había creado un blog en el que predijo las consecuencias del pico petrolero.

Uno de los últimos recuerdos que guardo de mi padre es ver con él los debates previos a las elecciones presidenciales de 2016. El tema era «¿Qué hacer con un Irán nuclear?».

«Escucha con atención, Robbie. Vas a oír a dos supuestos devotos cristianos invocar el nombre de Dios para justificar un futuro ataque nuclear que contribuirá a poner fin a la civilización tal como la conocemos. Pero te diré que no los culpo a ellos, sino al resto de nosotros, a la mayoría moralmente ciega dispuesta a contemplar la aniquilación de millones de inocentes solo porque son musulmanes, sin darse cuenta de que su indiferencia nos destruirá a todos».

Indiferencia. Qué fácil era cuando no éramos nosotros los bombardeados o torturados. Cuando el empleo perdido no era el nuestro, ni nuestra la hipoteca ejecutada, ni nuestra familia la que vivía en un albergue.

¿Cuándo se había convertido la solidaridad hacia los demás en un tema de debate político? ¿Cuándo habían empezado a considerarse flaquezas la paz y el amor?

¿Dónde habíamos perdido el rumbo?

Mientras sobrevolábamos el bosque de secuoyas, comprendí que había caído en la misma trampa que los burócratas de Washington que habían autorizado el «protocolo de defensa» nuclear durante la Gran Mortandad, pues justificaba la erradicación de la

población transhumana al considerarlos seres sin alma empeñados en exterminar la especie cefalópoda.

No tenía la menor duda de que había que desconectar a GOLEM. Pero de pronto arrasó la Ciudad Santa y a todos sus habitantes me pareció un error. Elimina al dictador de la escena y el pueblo oprimido podrá prosperar.

Andria Transhumana y su especie se merecían aquella oportunidad.

Así que le pedí a la piloto del cazatransporte que aterrizara en un campo aislado y me puse a pensar en otro plan de batalla. Teníamos la bomba de los colonos de Alfa; tal vez pudiéramos rescatar algunos de sus componentes no nucleares...

Andria Transhumana, armada con unas eficaces pinzas telescópicas que utilizaba durante las expediciones de caza contra los cefalópodos, desarmó rápidamente el artefacto explosivo. Su diseño era rudimentario; una batería producía un pico de tensión en el detonador de un explosivo C-4 con el fin de hacer explotar un trozo de plutonio tras otro, iniciando así una reacción en cadena que terminaría con una explosión nuclear. Todas las piezas provenían de *Oceanus*, incluido el explosivo plástico que habría funcionado como plan de reserva a la hora de destruir la placa de hielo si los cohetes de la nave no se hubieran encendido en el momento de volver a la superficie.

Guiado por el MBF, volví a montar el artefacto solo con el C-4. Una vez que Andria Transhumana verificara que GOLEM estaba en su laboratorio, lanzaríamos la bomba en las instalaciones y concentraríamos el potente campo gravitatorio del transporte sobre el alcance de la onda expansiva para limitarlo y transformar la lluvia radiactiva en un monstruoso pulso electromagnético.

De una forma u otra, GOLEM perecería.

Llegamos a las cercanías del cráter a las 20.13. La atmósfera estaba cargada de electricidad estática y los elementos atmosféricos estaban empeñados en trastocar el sistema de orientación del cazatransporte. Fuera cual fuese el fenómeno lunar que se esperaba, estaba ya muy próximo.

Dharma me agarró del brazo y señaló hacia el oeste, a nuestra espalda.

El firmamento se había convertido en un refulgente capullo de luz verde esmeralda, un preludio de la Luna del Renacer. En aquel momento, el satélite se veía tan grande como un planeta. Su luminoso color verde era un efecto creado por la aurora austral, que hacía su primera aparición desde que me había despertado.

La luna verde... ¿Dónde había visto antes ese símbolo?

Claro, en *Oceanus*: ¡la túnica de Dharma!

«Entonces, ¿estoy soñando?».

Antes de que pudiera pararme a analizar aquella nueva revelación, entramos en el cráter.

Me acerqué a la piloto transhumana y le apreté el hombro desde atrás.

—Andie, ¿el Ente Creador está presente?

«EL ENTE CREADOR SIEMPRE ESTÁ PRESENTE. EL ENTE CREADOR ES OMNIPOTENTE».

«Oh, oh».

—Andria, ¿está en su laboratorio..., en su palacio de Ciudad Santa?

«EL ENTE CREADOR LO VE TODO Y LO SABE TODO. EL ENTE CREADOR ESTÁ AL CORRIENTE DE LA BLASFEMIA DE ROBERT EISENBRAUN».

El corazón me dio un vuelco.

—Pero, Andie...

Se volvió hacia a mí, con los ojos rojos refulgentes.

«SE LO HE DICHO YO... ¡ME ENGAÑASTE!».

Di un salto para coger la bomba, pero mis músculos eran de plomo y caí de golpe sobre la plataforma. Bajo lo que el MBF calculó que era una fuerza de 4 G, intenté reptar hasta el artefacto, que estaba a menos de un metro de distancia.

Incapaz de avanzar con aquella parálisis inducida, recurrí a Oscar.

«Nos han traicionado. Detona el dispositivo antes de que GOLEM nos capture».

Pero, sin contacto físico, el cefalópodo no oía mis pensamientos. Estaba anclado a la plataforma hexagonal, al igual que Dharma, y ninguno de los tres podíamos movernos.

El transporte viró hacia el laboratorio principal y se dispuso a descender verticalmente a través del techo abierto.

Tendido boca arriba, absolutamente impotente, contemplé el cielo teñido de esmeralda mientras un entumecedor nerviosismo pugnaba con mi rabia interior por hacerse con el control de mi mente. Maldije mi estupidez, mi credulidad, mi jactancia. Maldije el ego que había dado vida a GOLEM; maldije a Dios por permitir que el mal existiese.

El repentino descenso de altitud me hizo cerrar los ojos; volvía a estar en el tren con destino a Auschwitz, un joven judío polaco aplastado por el abrazo asfixiante de sus conciudadanos.

¿Cómo he llegado aquí? ¿Cómo empezó toda esta pesadilla?

«Dios, ¿me estás poniendo a prueba?».

El vagón de ganado se detuvo con un golpe seco que me sacudió los huesos. Abrí los ojos y era Eisenbraun otra vez. El transporte había aterrizado dentro del laboratorio de GOLEM; el cese de su campo antigravitatorio disminuyó las fuerzas que me tenían pegado al suelo. De un solo movimiento, me incorporé e hice ademán de coger el explosivo... pero el artefacto estaba ya en manos de un clon de Monique DeFriend cuya estrambótica envoltura de carne lucía las escamas rojas, amarillas y negras de una serpiente de coral. Al moverse hacia el centro de la estancia, un cubo transparente de cuatro palmos surgió del suelo frente a ella.

Los tres salimos disparados de la plataforma, pero una descarga eléctrica que nos sacudió los nervios y estuvo a punto de hacer que los ojos se nos salieran de las órbitas nos lanzó hacia atrás. Tumbado boca arriba en el suelo, vi que GOLEM

descendía lentamente a través del techo; las cadenas de ADN internas de la esfera parecían serpientes enroscadas, como si la inteligencia artificial se hubiera tragado la mítica cabeza de Medusa.

El clon de Monique depositó el bote de plomo encima del cubo, que parecía ser un dispositivo sensorial activado por control remoto.

En un abrir y cerrar de ojos, la bomba estalló, y el radio de la poderosa onda expansiva quedó limitado por un invisible campo de fuerza ovalado cuyo interior se perfiló con descargas de centelleante luz violeta.

—Un compuesto de ciclotrimetileno-trinitramina, un plastificante DEHP y 3-dinitrobutano como odorizante. El intento de Eisenbraun de destruir al Ente Creador ha fallado. El Ente Creador no es de este mundo. El Ente Creador es omnipotente.

—Si es omnipotente —repliqué—, ¿cómo es que conseguí escapar la última vez? Hay un fallo en la matriz de creación: huellas de los recuerdos de tus donantes de ADN que pueden utilizarse para alimentar la semilla de algo consustancial a todo ser humano, el libre albedrío. Si nos dejas ir, esos rastros de la memoria permanecerán dormidos; si nos haces daño, los recuerdos se extenderán como un cáncer entre todos los habitantes de la Ciudad Santa.

Era un farol, pero bastante bueno (o eso creía yo), y contaba además con la falta de experiencias recientes por parte del ordenador a la hora de enfrentarse a desafíos intelectuales contra su gobierno.

Me esperaba un desplante. Sin embargo, GOLEM empezó a elevarse con majestuosidad por el centro del laboratorio al tiempo que las paredes curvas de la sala iban separándose en cinco secciones para abrirse como los pétalos de una flor.

Expuestos a la noche, contemplamos hechizados la bola refulgente que levitaba unos setenta metros por encima del laboratorio derramando su luz sobre las colmenas y los jardines de secuoyas de los alrededores, reclamando con su presencia la atención de los clones, los transhumanos y los demás seres a los que había dotado de vida.

—Robert Eisenbraun ha pecado contra el Ente Creador. El castigo por blasfemia es severo. Todos aquellos que compartís recuerdos con Robert Eisenbraun recibiréis también una parte de su castigo como advertencia para que no os aliéis con el mal.

Sin previo aviso, Dharma, Oscar y yo fuimos arrojados al suelo del laboratorio cuando GOLEM llamó a su lado al aerodeslizador transhumano.

—Este cazatransporte ha permitido que sus recuerdos de Robert Eisenbraun lo manipularan contra el Ente Creador. Cada uno de vosotros registrará un chispazo de represalia contra esta blasfemia a modo de vacuna contra el libre albedrío.

Miles de millones de cadenas de ADN empezaron a agitarse en el recipiente enzimático del ordenador, y la cara externa de su núcleo gelatinoso y negro como una pupila irradió un halo dorado mientras procedía a descargar en Andria Transhumana un programa de autodestrucción.

Su criatura agonizó silenciosamente entre convulsiones; sus ojos escarlata fueron

volviéndose blancos, sus circuitos mecánicos achicharrándose poco a poco hasta quedar reducidos a ceniza.

Su campo gravitatorio fluctuaba y la máquina se desplomó y se levantó varias veces hasta que finalmente cayó en picado sobre las raíces de una secuoya de trescientos metros de altura.

Un coro de gemidos salvajes surgió del bosque circundante: el dolor fantasma infligido por el Ente Creador a sus maltratadas criaturas.

Abrazados, Dharma y yo escuchamos aquellos gritos que parecían de animales. La imagen del clon de Andria colgando de unos ganchos para carne me llegó al alma, y supe que, si no actuábamos deprisa, pronto estaríamos atrapados en la misma locura perpetua.

Miré a Oscar y le agarré un tentáculo para comunicarme.

«MBF, dile a Oscar que nos mate, ¡y rápido! Que nos parta el cuello, que nos arranque la carótida...».

OSCAR SE NIEGA. LA LUNA DEL RENACER ESTÁ A PUNTO DE LLEGAR. OSCAR INSISTE EN QUE TENGAS FE.

«¿Fe? ¿Pretende que tenga fe en una luna llena?».

EN LA LUZ QUE TRAE LA LUNA DEL RENACER. LA MISMA LUZ QUE HIZO QUE OSCAR SALVARA A EISENBRAUN. LA LUZ QUE NOS LIBRARÁ DE LAS ATADURAS.

«MBF, ¿estás seguro de que estás interpretando correctamente la energía cognitiva de Oscar?».

Dharma, que había estado escuchándolo todo, me acarició la mejilla.

—Ike, esa luz de la que Oscar no para de hablar no es la Luna, sino la energía del Creador..., del auténtico Creador.

Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, la voz femenina de GOLEM resonó en el valle del cráter, sin duda con una inflexión que denotaba mayor nerviosismo.

—El Ente Creador ha sido misericordioso con sus hijos. Pero no habrá misericordia para Robert Eisenbraun y Dharma Yuan. Su tormento durará eternamente, para que os sirva a todos de advertencia.

—Escucha, Dharma. He visto las atrocidades de las que es capaz esta máquina. Te quiero demasiado para permitir que te ocurra algo así.

—¿Quieres acabar con mi vida?

—Solo para salvar tu alma.

—Sí, por favor.

Y de repente el peor *déjà-vu* que podría haber imaginado, el momento en que los S. S. nos tenían acorralados a Andria y a mí en aquella autopista de Virginia y ella me imploró que hiciese lo impensable.

Abracé a Dharma por detrás y deslicé el antebrazo delicadamente por debajo de su mentón.

—Cierra los ojos... Seré rápido.

Me habló con voz temblorosa:

—¿Y tú?

—Haré que el MBF me provoque un ataque letal en cuanto te suelte.

—Adiós, Robert. Te amo.

—Y yo a ti.

Las lágrimas se me desbordaron de los ojos cuando le besé el pelo y me dispuse a torcerle el cuello violentamente, rezando por ser capaz de reunir el valor necesario para hacerlo.

¡PELIGRO! CAMBIANDO A MODO DE HIBERNACIÓN DE EMERGENCIA.

«¡Informa, MBF! ¿Qué emergencia?».

Oscar me agarró la cabeza y me obligó a mirar hacia arriba. Algo le pasaba a GOLEM, sus cadenas de ADN estaban perdiendo color y la esfera parecía bambolearse y perder altitud.

Justo encima de nosotros, inundando el bosque con su surrealista luz esmeralda, estaba la Luna.

Mientras la contemplábamos, la enloquecida máquina artificial cayó del cielo y se estrelló contra una de las paredes separadas de su laboratorio; el impacto hizo añicos su caparazón de aerogel.

Vence al hombre airado con amor. Vence al hombre malvado con bondad. Vence al avaro con generosidad. Vence al embustero con la verdad.

El Dhammapada

Más adelante descubriría que la Luna del Renacer no era un fenómeno lunar común, sino un insólito suceso cósmico que en realidad se había iniciado cuarenta horas antes no en la zona de influencia terrestre, sino en la superficie del Sol. A lo largo de setenta y dos horas, se habían formado cuatro enormes manchas solares, cada una de ellas mayor que Júpiter e hirviendo de intensa actividad magnética. Al unirse entre sí, produjeron una estremecedora expulsión de partículas cargadas conocida como «eyección de masa coronal» o EMC. Este fenómeno, que tiene lugar una vez cada mil millones de años, provocó un tsunami de burbujas de gas magnéticamente cargadas que el viento solar empujó hacia nuestro planeta. Atraída hacia los polos por el campo magnético de la Tierra, la descomunal tormenta geomagnética provocó auroras polares luminiscentes en ambos hemisferios como preludio a una ola de partículas solares que barrió la atmósfera en su descenso... y achicharró los circuitos electrónicos de GOLEM hasta convertir a la máquina en un amasijo viscoso.

La supercomputadora había quedado funcionalmente muerta —suponiendo que hubiera estado viva alguna vez—, y soltaba litros y más litros de trifosfato de adenosina y billones de cadenas de ADN. Mi biochip estaba desconectado gracias al modo de hibernación que él mismo había conectado para salvarse de la lluvia de partículas solares. Habría sufrido daños superficiales, sin duda, igual que cuando me introdujeron a la fuerza en la cámara criogénica. Era imposible predecir cuándo volvería a estar operativo.

Los cazatransportes, que no disponían de aquel modo para huir de la embestida de las fuerzas magnéticas, ya no podían levantar el vuelo y sus pilotos transhumanos habían quedado anclados a sus respectivos vehículos en estado de parálisis. La máquina de aféresis que succionaba a los cefalópodos esclavizados había dejado de funcionar y sus prisioneros liberados se tambaleaban hacia nosotros como si fueran presos recién salidos de Auschwitz. Los que aún tenían fuerzas ayudaban a los más débiles a caminar.

Bajo un foco de luz lunar, Oscar asumió el liderazgo y emitió un largo y rítmico trompetazo por su órgano respiratorio. Se me puso la carne de gallina cuando oí la cadencia: aquel sonido era idéntico al del *shofar* en la celebración del Año Nuevo judío.

En los recovecos de mi memoria volví a oír aquellas palabras de mi padre: «El

sonido del *shofar* despierta en nosotros algo sobrenatural, Robbie, algo que nos conecta con la Luz del Creador y elimina nuestros deseos más egoístas. En el Rosh Hashaná, nuestra conciencia vuelve al estado de Adán antes del pecado original; esa transformación nos revela la verdad de la existencia: que todas y cada una de las almas del universo forman parte de un todo unido».

Oscar siguió combinando pausas y trompetazos, y cada vez eran más los cefalópodos que se unían a él. Las criaturas, agotadas y torturadas, enlazaban los tentáculos para recobrar fuerzas mediante la unión.

Para mi sorpresa, los hijos de GOLEM se sumaron a ellos. Los transhumanos alados descendieron de sus habitáculos situados en las copas de los árboles. Las versiones mutantes de Andria, Lara, Monique y Bella emergieron del bosque. Los niños y los bebés lloraron por primera vez y despertaron en las adultas unos instintos maternales largamente olvidados.

Dharma me tomó de la mano y me condujo hacia la creciente congregación de almas perdidas, todos atraídos por aquel sonido unificador con el único deseo de vivir en paz.

Me desperté de madrugada. El aire estaba saturado de humedad. La aurora había desaparecido y la Luna palidecía mientras iniciaba una vez más su elíptico devenir alrededor del planeta.

Dharma estaba a mi lado, hecha un ovillo. Nos encontrábamos en un prado justo frente a la ciudad secuoya y la pared sudoccidental del cráter se elevaba ante nosotros tan imponente como la cordillera de los Apalaches. No estábamos solos.

Diseminados a nuestro alrededor había millares de cefalópodos. Dormían en grupitos de tres a siete ejemplares: unos montículos marrones con los tentáculos entrelazados sobre la hierba cubierta de rocío.

Me dolía el hombro izquierdo, así que me di la vuelta hacia el otro lado. Dharma me imitó. Oscar estaba a tres o cuatro pasos de nosotros, con los tentáculos enlazados en torno a una hembra. Al notar el movimiento, levantó la cabeza y sus ojos amarillos me miraron para asegurarse de que me encontraba bien.

Lo saludé con la mano para que se quedara tranquilo.

Por supuesto, aún quedaban muchas preguntas en el aire. Durante las ocho últimas horas había tenido lugar un suceso de proporciones mesiánicas, y todo apuntaba a que estaba determinado de antemano. Estaba claro que, en aquella Tierra reiniciada, los cefalópodos eran el «pueblo elegido»; Oscar era su líder, un Moisés de ocho patas destinado a liberar a los suyos de la esclavitud.

Pero ¿elegido por quién? ¿Por Dios? Dharma me había dicho que los cefalópodos tenían acceso a la Luz del Creador, una teoría que yo había descartado de buenas a primeras. Pero aquel deseo de amar a sus enemigos evidenciaba una gran fe, era la prueba de que, más allá de constituir el siguiente eslabón en la cadena de la

evolución, los cefas eran todo cuanto el hombre había aspirado a ser: afectuosos, desinteresados, solidarios, imparciales. Estaban claramente «conectados» a una fuerza superior.

Oscar también había sido elegido para sacarme de mi purgatorio criogénico. ¿Qué papel estaba destinado a desempeñar yo? ¿O lo había desempeñado ya?

¿Y la Luna del Renacer? La había provocado el Sol, pero me parecía algo más que un fenómeno celestial aleatorio. Dharma tenía la convicción de que era la conexión entre los mundos espiritual y físico.

Me di cuenta de que Dharma estaba en lo cierto. El MBF ya no funcionaba, pero no necesité el biochip para confirmar que la noche anterior había sido la víspera del Rosh Hashaná. Tal como mi padre me había enseñado, los días santos judíos eran algo más que meras fechas en el calendario, y no solo para el pueblo judío. Según la Torá, esas fechas se correspondían con determinados momentos del año en que la humanidad podía establecer una conexión más directa con el reino espiritual. El Rosh Hashaná era uno de esos momentos: un día para la expiación y el cambio.

Un momento para renacer.

Y, si los cefalópodos lo sabían, ¿también eran conscientes de ello los colonos Alfa? Seguro que tenían telescopios con la potencia suficiente para captar la actividad coronal del Sol; de ser así, conocían los efectos letales que el viento solar cargado de partículas tendría sobre GOLEM. Y, sin embargo, habían acudido a mí con un arma nuclear para que destruyera con ella a mi invento y a su descendencia genéticamente manipulada. ¿Por qué querían hacer algo así, si sabían que el reino de aquel tirano estaba a punto de acabar?

—Ha sido una prueba.

Me incorporé de golpe; la proyección holográfica del colono Alfa había aparecido entre Oscar y yo.

—¿Qué clase de prueba?

—Un examen del ego humano. Destruir otra especie sin ton ni son es un reflejo primitivo. Necesitábamos cerciorarnos de que no estaba infectado con los mismos defectos de carácter que llevaron a la Gran Mortandad. Teníamos que estar convencidos de que Dharma y usted eran dignos del destino que les espera aquí en la Luna.

Dharma se había sentado a mi lado y escuchaba con atención.

—¿Qué es lo que nos espera en la Luna?

El hombre sonrió.

—La inmortalidad. La felicidad sin restricciones. El nirvana.

Los cefalópodos se habían congregado en torno a nosotros. Salvo Oscar, todos habían doblado la cabeza ante la resplandeciente imagen del varón Alfa; mi amigo parecía más nervioso que atemorizado. Me agarró de la muñeca e intentó comunicarse conmigo, pero sin el MBF no hubo más que silencio, pues también la ventana de energía cognitiva de Dharma se había cerrado con el fenómeno lunar.

—¿Se supone que hemos de vivir en la Luna? —pregunté tras volverme de nuevo hacia el holograma.

—Eso podrán decidirlo mejor una vez que les hayamos revelado el destino que le espera a la humanidad, así como su papel en ese futuro.

—¿Cómo vamos a llegar a la Luna? ¿Van a enviarnos una lanzadera?

El colono sonrió.

—Entren en el holograma y estarán aquí.

Dharma y yo nos miramos.

—¿Qué opinas?

Ella me apretó la mano.

—La Luna del Renacer ha derrotado al espíritu del Fantasma Hambriento. Robert, ya no eres un náufrago del destino. Te espera un karma superior.

—Entonces ¿vendrás conmigo?

—Pues claro. Al fin y al cabo somos almas gemelas. —Miró a Oscar—. ¿Cómo se lo hacemos entender?

—No hay modo —intervino el colono Alfa—. Oscar no posee un concepto respecto a quiénes somos. Entren ya, es mejor no alargar la despedida. Oscar podría intentar sumarse, y su sitio está con los de su especie.

Dharma y yo nos tomamos de la mano. Al entrar en el holograma, una bruma blanca de vigorizante luz nos envolvió.

No nos gusta considerarnos iguales a los animales, a quienes hemos convertido en nuestros esclavos.

CHARLES DARWIN

Fue una sensación parecida a la de montar en una montaña rusa —las tripas hechas un nudo, un cosquilleo en la carne— y duró poco. ¿Había sido un traslado instantáneo? No tenía forma de saberlo, pero cuandoquiera y dondequiera que hubiésemos ido, ya estábamos allí.

¿Y dónde estábamos? Bajo tierra, me pareció. El cañón era oscuro, excepto por aquella cosa con forma de herradura de la que habíamos salido y la proverbial luz del final del túnel, un pasadizo rectangular de roca salpicada de cristales de cuarzo. No había otro sitio adonde ir, así que recorrimos a toda prisa aquel centenar de metros para salir por un arco de luz deslumbrante... ¡e ir a parar a lo que parecía ser el vestíbulo de un hotel de cinco estrellas!

Vi una arcada de tres pisos de alto sujeta por dos hileras de columnas de oro, suelos de mármol pulido, jardines exuberantes y pequeños saltos de agua. Unos apliques que emitían luz azul fluorescente nos acompañaron hasta el final de la estancia con forma de T, donde había una ventana de observación de casi un metro de alto por dos de largo que mostraba la superficie lunar acurrucada bajo el lustroso tapiz negro del espacio.

Permanecimos allí de pie, abrumados por la prueba visual en tres dimensiones de la aniquilación de nuestra especie, congelada en órbita para toda la eternidad pero aún animada por el tirón gravitacional de la Tierra. Un rastro de desechos cósmicos situado muy por encima de la superficie lunar trazaba una estela atraída hacia la Tierra por las inmensas fuerzas gravitatorias del planeta. El polvo lunar brillaba como los diamantes, pedazos de roca tan grandes como camionetas que giraban como islas rotatorias. Y luego estaba la Tierra misma, una imagen digna de mil terabytes de información, una joya azul que ocupaba un tercio del siempre cambiante horizonte, con la atmósfera atravesada por llamas de color esmeralda y reflejos carmesíes: restos de la aurora solar cargada de partículas.

A medida que la órbita lunar cambiaba y nuestro planeta se iba desvaneciendo poco a poco, las estrellas que nos rodeaban parecieron ganar en brillo. Podría estar horas describiendo los patrones ondulantes que se formaban en torno al vórtice de la Vía Láctea, o las agrupaciones lejanas que formaban otras galaxias, pero mis palabras nunca estarían a la altura. De pronto, se me erizó toda la piel y el vello de la nuca se me puso de punta al darme cuenta de que no estábamos solos.

Dharma tuvo la misma sensación, pero ninguno de los dos veía a nadie.

—Bienvenidos a la Colonia Alfa.

Del pasillo en penumbra que quedaba a nuestra izquierda surgieron dos puntos de luz blanca y brillante. Cuando se acercaron, los rostros pálidos y casi luminiscentes de la pareja que se había comunicado conmigo a bordo de *Oceanus* se tornaron visibles; las mallas negras nos habían impedido ver el resto de su cuerpo entre las sombras del pasadizo.

—Doctor Eisenbraun, doctora Yuan... Agradezco que hayan aceptado nuestra invitación. Me llamo Douglas McEntyre y soy el oficial de enlace para el CCE, una de las tres divisiones en la Luna. Les presento a mi alma gemela, Lisa.

—Doug, mi marido, no ha sido capaz de expresar toda nuestra gratitud. —Me besó en ambas mejillas; su carne era cálida y suave, además de parecer bastante real, para mi alivio—. Es un verdadero honor contar con su presencia.

Repitió el gesto con Dharma.

Doug McEntyre sonrió al notar ni nerviosismo.

—Nuestro invitado nos recuerda que sigue siendo un hombre de ciencia que se hace muchas preguntas. Podrías aprender un poco de tu compañera, Robert. La mente de Dharma está serena y abierta, y por lo tanto libre de trabas.

—Libera la mía con unas cuantas respuestas. ¿Dónde estamos? ¿Cómo pudieron construir todo esto vuestros predecesores con unos recursos tan limitados? ¿Cuántas personas hay aquí? ¿Habéis explorado el espacio, colonizado otros mundos? ¿Qué ha logrado la humanidad a lo largo de los últimos doce millones de años?

McEntyre nos indicó que lo siguiéramos por el pasillo. Su mujer se agarró del brazo de Dharma.

—Tienes muchas cosas que aprender. Empezaremos por lo básico, como si fuera el primer día de jardín de infancia. ¿Dónde estamos? Técnicamente estamos en un sistema de cuevas lunares excavado bajo el mar de la Tranquilidad. Como ya te expliqué en su momento, nuestros antepasados consiguieron procesar agua y aire empleando los enormes depósitos de hielo que encontraron en las grutas de mayor profundidad. Nuestros aislados predecesores disponían de bancos de semillas y equipamiento para excavar minas, aparte de los materiales que pudieron rescatar de la lanzadera. Los archivos históricos muestran que cincuenta y seis personas, entre científicos y tripulantes, lograron sobrevivir al impacto del asteroide. Construir todo esto supuso millones de años de historia en los que, paralelamente al reto de vivir en condiciones de gravedad cercana a cero, se produjo la adaptación evolutiva más espectacular desde que el primer pez de aletas lobuladas salió del mar primigenio y tocó tierra.

Seguimos avanzando por el pasillo y mi curiosidad iba en aumento. Cuando me congelaron, el intelecto del hombre moderno tenía solo diez mil años de historia. La gente de McEntyre representaba doce millones de años de avances científicos. Su arma sónica había despachado rápidamente al supercocrililo; nuestro traslado desde la Tierra hasta la colonia había puesto de manifiesto su capacidad de transportar seres

vivos. Aun con sus limitados recursos, tenían que haber colonizado Marte, Europa... y sin duda habrían visitado otros sistemas solares. Y sin embargo aún había una gran paradoja: ¿por qué los colonos Alfa no habían regresado a la Tierra?

Conforme nos acercábamos al final del pasillo, unos puntitos de energía blanca, verde y amarilla empezaron a resplandecer cada vez con más fuerza como piedras preciosas en el alto techo abovedado.

—¿Que si hemos explorado el espacio o colonizado otros mundos...? —prosiguió McEntyre—. ¿Y que por qué permitimos que GOLEM llevara la batuta en la Tierra? Las respuestas son complejas.

—Simplifícamelas; al fin y al cabo, solo estoy en el jardín de infancia.

Habíamos llegado al final del pasillo y a unas enormes puertas de una *suite* de hotel. McEntyre le hizo una señal a su mujer y ella pasó la mano por la pared que quedaba a nuestra derecha para hacer aparecer una ventana gráfica, en cuya esquina superior derecha todavía se veía el planeta azul.

—Robert, todo lo que ves, la colonia, la Tierra, las estrellas y galaxias, forma parte del universo físico que se originó tras el Big Bang. En tu época, la física cuántica sostenía que el universo físico es tan solo una de las diez dimensiones, la inferior de todas ellas y la única en la que existe el tiempo.

—Sí, conozco la teoría de cuerdas.

—¿Y si te dijera que el Big Bang fue un acontecimiento provocado por un propósito consciente? Supón que te dijera que el universo físico es una ilusión... que fue creado como campo de pruebas para el alma.

—¿Poner el alma a prueba? —Miré a Dharma—. ¿Tú sabes de qué está hablando?

—Reencarnación —suspiró como hechizada por aquellas palabras—. Cada cual debe ganarse su nirvana.

McEntyre me puso una mano en el hombro para tranquilizarme.

—Sé que quieres saberlo todo enseguida. Pero, antes de seguir adelante, es importante que descanséis.

Lisa abrió la puerta de la *suite*.

—Desde estos aposentos podréis acceder a todo cuanto podáis necesitar o desear. Hay un replicador de comida, baños, duchas, áreas privadas, máquinas de gimnasia, una piscina terapéutica y una cama mucho más cómoda que cualquier cosa que pudieran ofreceros esos calamares de tierra.

La mujer nos besó a ambos en las mejillas, y Dharma y yo entramos en la *suite*. Lo que vimos nos dejó anonadados.

Era todo lo que nos habían prometido y mucho más, un palacio de 370 metros cuadrados con todas las estancias dominadas por un mobiliario de lujo y unas vistas panorámicas del paisaje lunar. En el armario del dormitorio había una decena de trajes que parecían hechos a medida.

Me harté de comer pavo relleno, Dharma prefirió unas exquisiteces orientales. En

el postre estuvimos de acuerdo: mousse de chocolate. Nos dimos un baño caliente juntos, hicimos el amor en aquella maravillosa cama y luego nos acurrucamos bajo un edredón de plumas y nos quedamos profundamente dormidos.

«Hogar, dulce hogar...».

Cuando la respuesta es sencilla, el que habla es Dios.

ALBERT EINSTEIN

Me desperté inquieto y desorientado tras dormir sin haber soñado nada. Al no tener ninguna referencia para saber si era de noche o de día, solo el espacio infinito, había perdido por completo la noción del tiempo, cosa que en mi dimensión resultaba inquietante.

Me vestí y fui a la sala de gimnasia; Dharma seguía dormida en la habitación. Me subí a la bicicleta estática y empecé a pedalear. Durante seis minutos, me presioné al máximo hasta aumentar mis pulsaciones a 165 por minuto según el monitor que la máquina llevaba incorporado.

Dejé de pedalear y me paré en seco.

—Algo va mal. Me siento vacío.

REALIZANDO DIAGNÓSTICO NIVEL CUATRO.

—¡MBF!

RECALCULANDO CONSTANTES VITALES DE EISENBRAUN. IMPORTANTE DISCREPANCIA ENTRE LOS DATOS SENSORIALES Y LOS SIGNOS VITALES BIOLÓGICOS.

«Explícate».

LOS SENTIDOS DE EISENBRAUN REGISTRAN UN RITMO CARDÍACO DE 122 PULSACIONES POR MINUTO. EL PULSO INTERNO DE MBF REGISTRA UN RITMO CARDÍACO DE 14 PULSACIONES POR MINUTO. TAMBIÉN DISCREPANCIAS EN CUANTO A TEMPERATURA CORPORAL, VOLUMEN DE OXÍGENO, PRESIÓN SANGUÍNEA.

«¿Catorce pulsaciones por minuto? Pero eso es imposible...».

EL ANÁLISIS DE GLÓBULOS ROJOS INDICA LA PRESENCIA DE UNA SUSTANCIA FORÁNEA. CLASIFICACIÓN: ANESTÉSICO.

«¡Hijo de la gran puta! MBF, aísla los datos sensoriales de Eisenbraun».

LOS DATOS SENSORIALES PROVIENEN DE UN CONDUCTO FORÁNEO QUE INTRODUCE SEÑALES ELÉCTRICAS DIRECTAMENTE EN EL LÓBULO FRONTAL DE EISENBRAUN.

«MBF, ¡bloquea esas señales y luego inicia un pico de adrenalina que sea lo bastante potente para hacerme despertar!».

AVISO: UNA SOBREDOSIS PODRÍA CAUSAR LA MUERTE.

«¡Hazlo de una vez!».

Oí un fuerte crepitar en el oído, seguido de una respiración teñida de ese sabor ácido a hospital.

Meforcé a inspirar hondo y, aprovechando el flujo de aire como punto de apoyo, conseguí separar los párpados, que me pesaban como el plomo. La sala estaba sumida en la penumbra y adornada con unas franjas de un fluido azul que parecía flotar en la periferia.

Vi que estaba desnudo y tumbado boca arriba en lo que el MBF conjeturó que podía ser una cámara sensorial, cuya superficie flexible despedía un suave fulgor encarnado debajo de mí. Tenía varias sondas adheridas a la frente y otra decena de dispositivos neuronales en distintas partes del cuerpo. Una vía intravenosa conectaba un frasco a mi axila derecha, mientras que de mi pene sobresalía un catéter.

Volví la cabeza hacia la izquierda y vi a Dharma. Estaba inconsciente y su cuerpo desnudo conectado exactamente de la misma forma que el mío, aunque la superficie de su mesa termostática era más violeta que roja.

Al levantar la cabeza, mi cámara sensorial adquirió un tono amarillento. Arranqué todas las sondas neuronales de la mesa, devolviendo a la sala su suave brillo blanco. Luego, apretando los dientes, me quité el catéter y finalmente tiré del cable de quince centímetros que tenía en la axila. El esfuerzo me provocó náuseas y tuve que tumbarme otra vez.

«MBF, busca en los archivos personales de 2028. ¿Hay constancia de que Douglas o Lisa McEntyre fueran a bordo de la lanzadera lunar enviada para investigar los depósitos de helio-3?».

A BORDO DE LA LANZADERA *SEA-L29* CONSTAN DOS McENTYRE. DOUGLAS: PRESIDENTE Y DIRECTOR MÉDICO DE MILLENNIUM TECHNOLOGY RESOURCES. LISA: INGENIERA GENÉTICA.

«Eso es imposible. ¿Cómo pueden seguir vivos? ¿Y qué estaban haciendo en la lanzadera? No son expertos en fusión. ¿Quién los reclutó para la misión?».

EL GENERAL DAVID SCHALL.

Cerré los ojos; con cada nueva revelación mi mente se internaba cada vez más en un mundo situado al otro lado del espejo. Me obligué a ponerme en movimiento y conseguí mantenerme en pie con las piernas temblorosas y caminar con dificultad. Me fijé en lo que parecía ser una máquina de aféresis cuyos tubos transparentes transportaban un elixir azul neón. Seguí el fluido por un largo pasillo cuyas paredes de cristal esmerilado estaban llenas de cajones como los que podrían encontrarse en un depósito de cadáveres. Al pegar la cara al cristal, la sala interior se iluminó y pude ver qué contenían aquellos compartimentos que parecían ataúdes.

Seres humanos. Sus cuerpos congelados estaban terriblemente desfigurados, la prueba de que habían vivido en condiciones de baja gravedad.

—Ese era yo.

Me volví y allí estaba Doug McEntyre, señalando uno de los cajones de la pared de enfrente.

—Tenía cincuenta y un años cuando Lisa y yo llegamos a la Luna; creo que ahora aparento más bien treinta, ¿no te parece?

—¿Se puede saber qué demonios está pasando?

—Te ha despertado el biochip, ¿verdad? Es impresionante. Pero algo ha delatado el paisaje onírico interno. ¿Ha sido la comida? ¿La *suite*? Podemos modificar cualquier escenario, o incluso hacer que vuelvas a la Tierra si lo deseas... Queremos que disfrutes de la vida.

—¿Y vosotros a qué os dedicáis mientras tanto? ¿A cultivar mi cuerpo y el de Dharma? ¿Qué ocurrió hace doce millones de años? ¿Qué eres exactamente?

—Cuando el asteroide impactó contra la Luna, no solo quedamos aislados, sino condenados a una muerte lenta y horrible. Lo que nos salvó fueron ciertos avances en ingeniería genética que nos permitieron cultivar nuevos órganos a partir de los tejidos originales de los donantes; nuevos glóbulos rojos, médulas espinales e incluso carne de repuesto. Durante cientos de años continuamos regenerándonos, anclados a nuestros cuerpos siempre cambiantes por medio de esa fuerza vital que llamamos «alma». Y luego dimos el último salto en la evolución: convertir nuestra conciencia en energía pura, un importantísimo avance que nos permitió abandonar nuestros cuerpos físicos. Lo que estás viendo es un holograma.

—Pero cuando me tocaste el hombro... ¡lo sentí!

—El holograma está conectado a tus sentidos. Lo que experimentaste fue la reacción de tus impulsos neurológicos a un estímulo artificial.

Retrocedí unos pasos con la mirada fija en el punto de energía que brillaba en su pecho.

—¿Qué queréis de nosotros?

—¿Sabes qué es el cuerpo humano, Robert? Es un recipiente animado por el alma. Cuando el cuerpo muere, el alma sigue su camino. Pero el cuerpo debe dejar de funcionar para que el alma pueda liberarse. Queremos salir de este purgatorio de energía para que nuestras almas puedan seguir adelante. Y para lograrlo tenemos que morir. La muerte es un fenómeno físico, requiere un recipiente físico en el que habitar. Intentamos capturar a los cefalópodos para tratar de ocupar sus cuerpos, pero resultó que su genética era incompatible y sus almas se negaron a abandonar sus formas físicas. También intentamos ocupar los clones de tu ordenador, pero GOLEM había modificado demasiado su ADN como para que pudiésemos habitar sus cuerpos. Y entonces un día milagroso descubrimos que tanto tú como Dharma continuabais en estasis criogénica, y de repente recuperamos la esperanza.

—Pretendéis conservarnos a los dos en estado vegetativo a fin de clonarnos, habitar esos cuerpos... ¿y después qué? ¿Os suicidaréis?

—El suicidio afecta al tránsito del alma. Ocupar vuestros clones nos permitiría regresar a la Tierra y vivir como seres físicos hasta que se produzca la muerte natural.

—Ya, un final feliz... salvo para Dharma y para mí.

—Nunca sabréis qué ha pasado. Vuestras mentes permanecerán en estado onírico; vuestra conciencia seguirá disponiendo de libre albedrío. Si no te hubieras despertado, tu mente habría encontrado la forma de llevar una existencia más feliz en

la Tierra.

—¿Otro sueño criogénico interminable? No, gracias.

Un enjambre de puntos de energía rojos, verdes y blancos se acercó por el pasillo y rodeó a McEntyre.

—Por desgracia, Robert, no tienes alternativa.

«MBF, ¡activa el modo de hibernación cuando dé la señal! ¡Despiértame dentro de treinta días!».

LA VOZ DE EISENBRAUN DEBE ACTIVAR LA CONTRASEÑA REQUERIDA.

Me tambaleé hacia atrás mientras las entidades radiantes empezaban a girar en mi campo visual y entonces grité:

—¡Influencia vainilla! ¡Influencia vainilla! ¡Influencia vainilla!

Al final conservaremos únicamente aquello que amamos.
Amaremos únicamente aquello que comprendemos.
Comprenderemos únicamente aquello que nos enseñaron.

BABA DIOUM, ecologista africano

—Ike, abre los ojos. Ike, si puedes oírme, ¡abre los ojos!

Abrí los ojos.

Estaba sentado, con el cuerpo desnudo y tembloroso; tenía la piel pegajosa y húmeda a causa de la tetrodotoxina, el gel licuado que escurría de la cámara criogénica abierta. Ante mí estaba Andria, con el pelo moreno y corto y expresión preocupada. A su lado, Lara Saints sonreía con alivio. Jason Sloan estaba situado a mi izquierda, tomándome la presión sanguínea.

—Tío, nos has dado un susto de muerte. Hemos tardado veinte minutos en revivirte, y hemos necesitado una dosis doble de adrenalina.

Intenté hablar, pero tenía la garganta como un papel de lija.

Bella Maharaj se inclinó sobre mí y me ofreció agua colocándome una pajita entre los labios.

Sorbí, demasiado débil para moverme y con la cabeza todavía nublada.

«¿Era real todo aquello? ¿Acaso lo que había vivido había sido un sueño Omega?».

—La presión sanguínea se está estabilizando —dijo Jason—. Vamos a envolverlo en una manta y a llevarlo a la enfermería para cogerle una vía y hacerle un examen completo.

Estiré un brazo y agarré al criogenista por la muñeca.

—Capullo —grazné—, ¿qué coño ha pasado con la salida de emergencia?

—Lo siento, chaval. El capitán Read descubrió que había instalado el sistema y borró el programa. No pude evitarlo.

—¿Cuánto... tiempo?

Andria me apartó unos mechones húmedos de los ojos.

—Treinta días y algo más de seis horas. Ike, cuando me enteré de lo que te había hecho Kevin, renuncié a mi puesto.

—No era necesario.

—Pero quise hacerlo.

—No... me refiero a que daba igual porque tú y yo hemos... hemos terminado. Así que, por favor, vete a Europa, o a la Luna, o adonde te salga de las narices. Me importa un bledo. Ah, y si alguna vez vuelves a comer calamares, te aplastaré el Porsche con mi camioneta.

A Lara se le escapó una risita.

—Uf —susurró Jason.

Andria se me quedó mirando, atónita; verla tan dolida me partió el corazón. Y después se marchó.

Dos sueros intravenosos, una ducha y un plato de sopa más tarde, casi empezaba a sentirme humano otra vez.

—El dormilón está despertando. —Dharma entró en la habitación y se sentó en el borde de mi cama—. ¿Cómo te encuentras?

—Todavía no tengo claro si todo esto es real.

—A veces los sueños Omega tardan varios días en desaparecer del todo.

—Ya, ¿y el amor? —Le cogí la mano—. En mi sueño me enamoraba de ti. No estoy seguro de querer renunciar a ese sentimiento.

Durante la siguiente hora se lo conté todo, sin guardarme un solo detalle.

Cuando terminé, se acercó a mí y me besó en la mejilla.

—El tema de tu sueño es el perdón. Así como los cefalópodos perdonaron a sus opresores, tú debes perdonar también a los tuyos si quieres alcanzar la felicidad. Y eso incluye a los que asesinaron a tu familia, a los enemigos de tus vidas anteriores... y a otra persona: la que guarda tu corazón.

«Vaya... el karma».

Toda felicidad proviene del deseo de que los demás sean felices.
Toda desdicha proviene del deseo de ser feliz uno mismo.

SHANTIDEVA

Tardé un día entero en recuperarme por completo de mi sueño de treinta días, y durante aquel tiempo me alivió enterarme de que el asteroide 1997 XF11 había pasado a 36 400 kilómetros de la Tierra, que los pulpos de Lara estaban bien y que el MBF, aunque en modo de hibernación debido al frío criogénico, terminaría por descongelarse y recuperarse.

Andria y yo tuvimos una larga charla. Desde entonces, no se ha separado de mí un solo momento.

Al día siguiente, exactamente a las doce del mediodía, GOLEM encendió los motores del cohete de *Oceanus* y el infierno que provocaron sus cuatro tubos de escape superiores hizo papilla la placa de hielo supercongelada. Cuarenta minutos más tarde, estábamos de nuevo en la superficie, rodeados por todo un convoy de camiones y vehículos todoterreno.

Mi tío fue a recibirnos cuando nos apeamos del habitáculo cogidos del brazo, y fue un alivio para mi mente exhausta sentir el frío intenso bajo aquel cielo azul cobalto.

—Bueno, Robbie, tengo entendido que al final decidiste echarte una siesta de un mes.

—Ni se te ocurra ir por ahí. ¿Qué ha pasado con la investigación lunar?

—Los informes preliminares indican que tu ordenador estaba en lo cierto. El helio-3 no es lo bastante activo para generar una reacción de fusión estable. Parece que habrá que ir a Europa, aunque los miembros de la tripulación están cayendo como moscas. Primero GOLEM determinó que Kevin Read no estaba capacitado para llevar el mando, luego sustituyó a todos los varones del equipo salvo a Jason Sloan, y después la budista rechazó el puesto. ¿Se puede saber qué coño ha pasado desde la última vez que nos vimos?

—Poca cosa. Tan solo una Edad del Hielo, olas de ciento veinte metros de altura, pulpos con telepatía que trepan a los árboles, mujeres clonadas que querían seducirme y unos cuantos cangrejos azules y repugnantes.

Andie me dio un beso en la mejilla.

—Cuéntale la noticia.

—Nos casamos.

—*Mazel Tov* —dijo mi tío—, aunque ya me lo imaginé cuando os comprometisteis el año pasado.

Andria me dio un palmetazo suave en la cabeza, en plan de broma.

—Me refería a la otra noticia, bobo.

—Ah, vale. Me voy a Europa.

El tío David abrió los ojos de par en par.

—Tiene que haber sido un sueño impresionante...

—No, no ha sido el sueño; es solo que amo a Andria y quiero que estemos juntos.

—Para que conste, general, me ofrecí a presentar la dimisión. Pero su sobrino insistió.

—Sin Andie no habría sobrevivido a la Gran Mortandad. Pero después de aquello se me olvidó que la vida es demasiado corta y que cada día es un regalo. No pensaba más que en el trabajo, y no es justo pedirle a ella que renuncie a su sueño. Según lo veo yo, he sido testigo del casi final de la humanidad dos veces. Ahora lo que quiero es contribuir a asegurar el futuro de nuestra especie de la manera correcta.

Andria me besó; tenía los labios fríos.

—Hemos hecho un trato con GOLEM. El ordenador está de acuerdo en aplazar la fecha de lanzamiento para que el período de adiestramiento de la nueva tripulación nos permita tomarnos un mes de luna de miel.

—Bien hecho —dijo el tío David con una sonrisa—. ¿Sabéis qué? De regalo de boda os conseguiré un viaje de ida y vuelta en avión adonde queráis. Yo acabo de volver de Australia y es precioso.

—De momento paso de playas.

Abracé a mi tío. Andria me imitó y luego la guie hacia el helicóptero que nos esperaba. Nos arrimamos el uno al otro cuando nos sorprendió una fuerte ráfaga de viento catabático.

Epílogo

Una vez un brahmán le preguntó al Buda:

—¿Eres un dios?

—No, brahmán —contestó él.

—¿Eres un santo?

—No, brahmán —contestó él.

—¿Eres un mago?

—No, brahmán —contestó él.

—Entonces ¿qué eres?

—Solo estoy despierto.

DICHO BUDISTA

Provincia de Zhejiang, este de China

7 de diciembre de 2028

El templo Lingyin, también conocido como el templo del Retiro del Alma, se encuentra en un angosto valle arbolado de la provincia de Hangzhou y es uno de los templos budistas chinos más grandes y visitados. Los edificios principales del recinto, construidos en el año 328 d. C. por el monje indio Huili, son estructuras inmensas dotadas de doble alero y salas de casi veinte metros de altura, un requisito imprescindible cuando se trata de alojar estatuas de Buda de más de doce metros.

Tras casi un mes en China con mi esposa (nunca me canso de llamarla así), diría que he adoptado unos biorritmos orientales que han derrotado a los conflictos internos que alimentaron décadas de ira. Ahora que no cuento con la ayuda del MBF, Andie dice que me he vuelto humano otra vez. No le falta razón. La humanidad depende tanto de la tecnología, que raramente levantamos la mirada del móvil para contemplar las flores de loto. Después de aprenderme la típica retórica china para turistas, he podido disfrutar de una nueva sensación de realización personal, algo de lo que carecía con el «acceso inmediato» al que tanto me había acostumbrado con mi biochip.

El templo Lingyin será nuestra última parada antes de regresar a Hong Kong para tomar el avión rumbo a Cabo Cañaveral. Andria y yo, caminando de la mano, atravesamos un enorme patio exterior en dirección al Mahavira Hall. Dentro de esa sala se encuentra una imponente imagen de Shakyamuni, el fundador del budismo. Pintada en tonos dorados, la escultura de diecinueve metros de alto está sentada sobre un lecho de flores de loto, la creación entera tallada en madera.

Andie va un momento al servicio. Yo me acercó a la barandilla, apoyo el talón derecho sobre la barrera metálica de cuatro palmos de alto y tenso la pierna para aliviar las agujetas de la pantorrilla. Han pasado cuatro semanas, y con tanto andar...

—¡Dios!

El intenso dolor me obliga a doblarme por la cintura, aprieto los dientes, casi no puedo respirar. El corazón se me dispara y de pronto tengo la camisa empapada de sudor.

SISTEMA CONECTADO. AUMENTANDO ADRENALINA.

La estatua de Shakyamuni me está mirando con fijeza, se ríe en silencio de ese estúpido occidental, del hombre que ha sacrificado toda una vida de dicha por un principio regido por el ego.

Oigo un crepitar en el oído. Gruño, me resisto a experimentar aquella sensación, me esfuerzo por permanecer aquí...

RITMO CARDÍACO ESTABILIZÁNDOSE. AUMENTANDO HIDROCORTISONA.

Las náuseas me invaden los sentidos, su aliento ácido envenena mis esfuerzos por salvarme.

ABRE LOS OJOS, ROBERT EISENBRAUN.

«¡No!».

ABRE... LOS... OJOS.

La sala está oscura, adornada con franjas de un fluido azul neón. Bajo mi cuerpo paralizado por la anestesia, la cámara sensorial despide un brillo entre rojo y violeta.

Un pensamiento a modo de boya salvavidas: la felicidad, derrotada por una simple orden, puede restablecerse mediante otra orden: duérmete otra vez.

«Eres un naufrago del destino, Robert, has sido testigo de los días más negros de la existencia humana. Ahora has vuelto a la vida, pero solo para cambiar la historia».

Vuelvo la cabeza y veo a Dharma, su cuerpo desnudo estirado sobre una mesa sensorial, las facciones ocultas tras los instrumentos de respiración artificial. Está inconsciente y soñando, pero sin saberlo. Es una princesa budista cautiva a la que se le niega toda posibilidad de alcanzar el verdadero nirvana.

«Debes elegir entre justicia y felicidad. No puedes conseguir ambas cosas».

¿Dharma o Andria?

¿Consciencia o un sueño sin fin?

Lo injusto de nuestra situación me pone furioso y resucita al Fantasma Hambriento. Anhele una vida de felicidad con Andria, pero ella está muerta, su alma ha seguido su camino.

En estasis, atrapadas en la inmortalidad, ni el alma de Dharma ni la mía podrán ser libres jamás.

Me levanto y me arranco los electrodos.

«MBF... ¿puedes llevarnos de vuelta al portal lunar que nos trajo hasta aquí?».

Sí.

«Entonces activa el protocolo Superman. Nos largamos ahora mismo».

Un alumno abordó un día a un sabio muy versado en las doctrinas espirituales y las artes místicas. Le pidió al maestro que le enseñara todos los secretos sublimes de la vida, que le explicara los grandes misterios del cosmos que se esconden en todos los libros sagrados. Y le preguntó si era posible hacer todo aquello durante el tiempo que una persona es capaz de mantener el equilibrio sobre una sola pierna. El gran sabio meditó largamente su petición. Luego sonrió y contestó: «Ama a tu prójimo como a ti mismo. Lo demás son solo glosas».

YEHUDA BERG,
cabalista

Agradecimientos

Me enorgullezco de expresar mi más sincero agradecimiento a las personas que han contribuido a la elaboración de *Proyecto Omega*.

En primer lugar, a todo el magnífico personal de Forge Books, en especial a Tom Doherty y su familia; a mis editores, Jim Frenkel y Whitney Ross; al director de arte Seth Lerner y al diseñador de cubiertas Peter Lutjen. Toda mi gratitud para mi editor personal, Lou Aronica, de Fiction Studio (laronica@fictionstudio.com), por sus siempre valiosos consejos, y para mi agente literario, Danny Baror (Baror International), por su amistad y su dedicación. Gracias también a su ayudante, Heather Baror-Shapiro.

A mi amigo Nick Nunziata: gracias por tu aportación durante el proceso de redacción del libro. Y mi agradecimiento a la correctora Justine Gardner.

Mi gratitud asimismo para Barbara Becker, mi lectora personal, que trabaja sin descanso en el programa Adopt-An-Author, además de para Millenium Technology Resources, por ocuparse de mi página web, SteveAlten.com

Y, por último, gracias a mi esposa, Kim, y a mis hijos, Kelsey y Branden, por su amor y por su tolerancia para con las muchas horas que supone dedicarse a escribir; y, sobre todo, a mis lectores y fans, sin los cuales no estaría escribiendo esto.